



LO QUE NUNCA IMAGINÉ

TRILOGÍA DESTINO

— VOL. II —



ALYSA GARLES

“LO QUE NUNCA IMAGINÉ”

TRILOGÍA DESTINO

- VOL. II -

Alysa Garles

PRÓLOGO

James

Creía que lo peor ya había pasado, pero qué equivocado estaba. Pensé que, una vez dejamos de fingir, todo sería más fácil y que quererla de verdad sería suficiente. Pero nadie te enseña qué hacer cuando lo que más amas se convierte en lo único que pueden arrebatarte. Ni cómo reaccionar cuando empiezas a perder el control.

Porque no fue de golpe. Fue en pequeños detalles. En miradas que no entendía. En silencios que decían demasiado. En el miedo. Miedo a no ser suficiente, miedo a que alguien más ocupara mi lugar. Y cuando el miedo entra… lo arrasa todo. Incluso a ti. Incluso a nosotros.

Mía

Pensé que, después de todo, lo habíamos conseguido. Que lo difícil ya había pasado. Que el dolor tenía un límite. Pero me equivoqué. Porque hay batallas que no terminan… solo cambian de forma.

Y esta vez no iba solo de nosotros. Iba de justicia, de verdad, de todo lo que estaba dispuesta a perder para protegerlo. Incluso a mí misma. Porque cuando amas de verdad…
no eliges lo fácil. Eliges lo correcto. Aunque eso signifique romperte por dentro.

CAPÍTULO 1: JAMES

Han pasado cuatro meses desde que accedí, finalmente, a la herencia de mi tío y me convertí en accionista al 50%, junto con mi padre, de "Bernard Legal Group".

Durante estos cuatro meses, mi relación con la mujer más fuerte, leal, testaruda, firme y preciosa, con un carácter de la leche, temperamental y… preciosa. Vaya, ¿lo había dicho ya? Bueno, a lo que iba, durante estos cuatro meses, mi relación con Mía ha sido una locura exquisita, nuestro día a día no se convierte en rutina porque todo con ella es como si lo experimentara por primera vez, nunca sabes por donde te va a salir y, además, en nuestro trabajo no hay un día igual al anterior.

Hablando de trabajo, durante este tiempo, nos hemos ido enterando de algunas cositas que… ¿adiviináis quién estaba detrás de ellas? Bingo, "Averis Lawyer", nuestro competidor en el ámbito jurídico. Al parecer estos tíos no tuvieron suficiente con no hacer bien su trabajo y casi arruinar a mi padre y mi tío cuando quisieron comprar el terreno para las nuevas oficinas (trabajo que, por suerte, hizo Mía), sino que, además, ¿se acordáis del inspector de la obra Alonay que estaba tocando los cojones? Pues, a dicho inspector se le ha visto del brazo de la hermana de Alejandro, el dueño del bufete, abogado de mi padre en la transacción y antiguo "tutor" de Mía en sus prácticas. Y, además, ¿sabéis quién fue la dirección letrada de Benji en las diligencias preliminares por la herencia? Sí, nuevamente, un abogado del despacho de "Averis Lawyer".

Como habéis visto, "Averis Lawyer" me está tocando los cojones y, ahora que estoy al mando, junto con Mía, en la sede de Madrid, me he dado cuenta que los tenemos hasta en la sopa, intentando desprestigiarnos de cualquier modo, ya sea a nivel privado como a nivel personal, y esto último, sí que me está mosqueando de verdad.

Intentemos olvidarnos de esos tipos, al menos por hoy. No sé si se acordáis de la celebración en casa de mis padres cuando se cumplía un año de la apertura del testamento de mi tío Antony, bueno, yo sí. Recuerdo perfectamente lo calentito que se fue Diego Beltrán, el cabronazo que Mía tiene como progenitor. Y, también recordaréis que, en esa celebración, Arón le pidió a mi hermano Liam que se casara con él.

Pues bien, aquí me encuentro, cuatro meses después de esa pedida, en el mismo jardín donde se produjo, pero asistiendo al casamiento de mi hermano. El muy cabrón me ha adelantado por la derecha. Menos mal que, en este momento, aquí y ahora, a mi derecha se encuentra la mujer más atractiva e irresistible del todo el planeta. Algo de consuelo tengo que tener.

Mía es la testigo de la boda pues, al ser civil, los padrinos no pueden ser familiares y… está espectacular. Cuando la vi con ese vestido entendí dos cosas al instante: la primera, que nunca iba a acostumbrarme a lo preciosa que es; y, la segunda, que debería estar prohibido que alguien, a quien amas, se vea así delante de ti sin previo aviso. Ese vestido debería venir con un cartel fluorescente que dijera: "Riesgo extremo de perder la cabeza".

El vestido le queda como si hubiera sido diseñado pensando en ella. Ese tono verde grisáceo hace que sus ojos verdes brillen todavía más. La parte superior, con ese encaje delicado y elegante, insinúa más de lo que muestra, dibujando su piel con una sutileza que me tiene completamente atrapado. Las mangas de encaje abrazan sus brazos con una elegancia que grita clase y tentación. La falda le cae limpia, fluida, marcando su figura sin necesidad de exagerar nada. No necesita moverse para llamar la atención, su sola presencia es suficiente. Y ese cruce ligero en la tela, casi imperceptible, es como una promesa silenciosa, elegante por fuera, peligrosa por dentro, como ella misma.

El contraste con su piel clara, su pelo rubio recogido de forma aparentemente sencilla -que de sencilla no tiene nada porque la peluquera estuvo tres horas en casa-, y esa forma suya de sonreír, me está volviendo loco por segundos -como suele pasar cada vez que está a mi lado.

Al verla me volvieron a la cabeza los motivos de por qué no somos nosotros los que nos estamos casando en este momento y, evidentemente, me pongo nervioso. Mía, como siempre, lo nota. Odio que me conozca tan bien.

- No entiendo por qué estás tan alterado -dijo mientras observaba cómo Arón saludaba a los invitados-. Es una boda preciosa.
- Exacto -respondí-. Es una boda preciosa, sencilla, corta y sin fuegos artificiales. Eso debería ser ilegal.

Mía sonrió.

- O debería hacerte replantearte cosas -me dijo.

La miré de reojo.

- Ni lo sueñes. No quiero esto -dije contundente.
- James… -suspiró-. A mí me daría igual algo así. Has visto antes a tu hermano. Está feliz y tranquilo, sin tener a diez mil invitados esperándolo entrar.
- Liam no es yo -contesté.
- Ahí estamos de acuerdo.

Me giré hacia ella, apoyándome en la barandilla que daba al jardín que se encontraba perfectamente adornado para la ceremonia.

- Nunca me vi con pareja, mucho menos, casándome, ¿sabes? Nunca. Y ahora que sí me veo… me veo haciéndolo a lo grande. Contigo. Como si el mundo tuviera que enterarse.

Mía arqueó una ceja.

- Qué romántico y qué egocéntrico a la vez -me dijo, como no, con pullita incluida.
- Multitasking emocional -dije elocuente.

Rio bajito.

- James, no necesito una boda enorme para saber que me quieres.

Me encogí de hombros.

- Yo sí necesito una boda enorme. Es la única que tendré.

Mía me miró, divertida, pero con ese brillo que solo aparece cuando hablamos de nosotros.

- ¿Y qué pasa si yo quiero algo sencillo? -me preguntó.
- Que negociaríamos -respondí sin dudar-. Como siempre.
- ¿Negociar? -repitió-. ¿Eso incluye ceder?
- Eso incluye convencerte -admití y soltó una risa.
- Qué peligro tienes -dijo.
- Por eso te enamoraste -dije levantando una ceja.
- No fue sólo por eso -dijo sonriéndome y me derretí.

Nos quedamos en silencio unos segundos, y vi como mi padre se acercaba a los asientos de la ceremonia y mi madre acompañaba a Liam al jardín. Eso significaba que la ceremonia estaba a punto de comenzar.

- Oye… que se casen antes que nosotros no cambia nada -dijo tras ese silencio.
- Cambia mi orgullo -reconocí.
- Puedes superarlo -me dijo divertida.
- Eso cambia mi plan -dije bajito.
- Puedes adaptarlo -continuó, como siempre, sin ceder.
- Eso cambia el orden natural del universo -dije rotundo.
- Eso ya es drama -insistió.

Sonreí, acercándome un poco más. Me encanta la forma tan directa que tiene al hablarme, sin bailarme el agua, a la cara…

- Prométeme una cosa -le supliqué.

- Depende -me dijo, pero con una sonrisa que delataba que iba a aceptar, en ese momento, cualquier cosa que le pidiera.
- Que cuando nos casemos, aunque sea sencillo, me dejes hacerlo inolvidable.

Me miró en silencio, luego asintió despacio.

- Eso sí te lo prometo.

Le besé la sien. Ya no había vuelta atrás. Está bien, que se adelanten, pero cuando llegue nuestro turno… el mundo se va a enterar.

Los invitados empezaban a acomodarse en las sillas blancas dispuestas en el jardín, el murmullo suave de las conversaciones se mezclaba con la música baja que sonaba de fondo. Ese punto exacto en el que todo deja de ser preparación y pasa a ser real. La ceremonia iba a comenzar.

Yo estaba de pie, intentando parecer tranquilo -spoiler: no lo estaba, mi hermano pequeño se casaba-, cuando vi aparecer a Leticia, la wedding planner. Caminaba con esa seguridad de quien controla absolutamente todo y con su mirada fija en mi chica.

- Mía -dijo, sonriendo, pero sin margen de réplica-, cariño, te necesito ya. Es vuestro turno.

Mía levantó la vista, sorprendida, pero Leticia continuó sin dejarla decir ni una palabra.

- La ceremonia empieza en cinco minutos. Tienes que colocarte con Will, el amigo de Arón. Entran Arón y su madre, luego vosotros y detrás Gloria y Liam -dijo, señalando el camino de pétalos que llevaba hasta el altar.

Mía respiró hondo y sonrió, nerviosa pero preciosa, como siempre que intenta disimular que algo le emociona.

- Vale… voy -dijo, acomodándose ese diabólico y tentador vestido.

Antes de irse, se acercó un poco a mí y, en voz baja, murmuró:

- Ahora vuelvo amor -y me dio un beso rápido.

La vi alejarse escaleras arriba, espalda recta, pasos seguros. La miré y pensé, sin exagerar, que podría ponerla frente a cualquier sala llena de gente y seguiría siendo la única persona que yo vería. No porque destacara, sino porque es mía. Porque la amo. Porque cuando la veo, y más así vestida, el mundo entero deja de importar.

No sé en qué momento me quedé embobado mirando cómo Mía se alejaba, pero debió de ser lo suficientemente evidente como para que Eric, Enzo, Cami y Adriana aparecieran a mi lado como hienas oliendo sangre.

- Vaya cara se te ha quedado -soltó Eric, dándome un codazo-. Si babeas un poco más, te ponemos un babero.
- No está babeando -añadió Enzo con una sonrisa de medio lado-. Está sólo contemplando.
- Sí, claro -bufó Cami-. Contemplando… con cara de "esa mujer es mía y me la quiero llevar ahora mismo de aquí".

Iba a contestar algo sarcástico cuando lo vi. Will, el supuesto amigo de Arón. Caminaba hacia el mismo punto que Mía y… ¡Joder! El tío era demasiado guapo para mi tranquilidad mental. Alto. Espalda ancha. Traje del mismo tono que el vestido de Mía -joder, quién le había dicho que ella iría de ese color. Pelo castaño claro, bien peinado, pero con ese punto despreocupado que parece natural -y que seguramente no lo es. Mandíbula marcada y sonrisa fácil.

- No, no, no -murmuró Cami de repente-. ¿Pero eso qué es?
- La madre que me pario… -añadió Adriana sin ningún tipo de filtro-. ¿De dónde ha salido ese hombre? Necesito su contacto urgentemente.
- James… estás apretando la mandíbula -me dijo Enzo, con razón.

Yo no dije nada. Porque en ese momento Mía y el supuesto Will se encontraron. Él le sonrió de una manera que no podía

culparlo -pero podía molestarme, ¿no? Y ella le devolvió la sonrisa, educada, tranquila, preciosa.

Y entonces ocurrió lo que mi cerebro no estaba preparado para gestionar:
le ofreció el brazo. Ese tal Will inclinó ligeramente la cabeza hacia ella para decirle algo. Mi cerebro reaccionó: estás demasiado cerca idiota, aléjate. El tipo sonrió con esa sonrisa tranquila, segura, que no es chulesca, pero tampoco inocente. Mía respondió con una media sonrisa educada, correcta… la que usa cuando alguien le cae bien pero no quiere dar más de la cuenta. Aun así, él insistió e hizo algún tipo de comentario divertido -lo sé porque vi como Mía soltó una risa breve- y Will aprovechó para mirarla un segundo más de lo necesario.

Y ahí está. Ese segundo. Ese maldito segundo en el que se nota. Le gusta.
A Will le gusta Mía. Y, joder… no le culpo. ¿Cómo culparlo? Es preciosa. Pero eso no quita que me revuelva por dentro.

Leticia, la wedding planner, los interrumpió y les indicó con la mano que era su momento. Los vi empezar a caminar juntos por el sendero de pétalos. Despacio. Coordinados. Como si no fuera la primera vez que lo hacían. Sentí ese pinchazo desagradable en el estómago. Celos. Puros y duros. Irracionales. Ridículos. Inevitables.

Lo único de lo que me sirvió verla avanzar, del brazo de otro, fue que no soportaba -ni soportaría jamás- la idea de que Mía no caminara a mi lado, conmigo.

CAPÍTULO 2: MÍA

La ceremonia estaba siendo preciosa. Era de esas que te reconcilian con la idea del amor, incluso cuando has visto demasiados intentos fallidos como para creer en los finales felices sin reservas, y ver a Liam allí, firme y feliz, me llenó el pecho de una alegría suprema pues, mi amigo se lo merecía. Después de tanto tropezar, de buscar sin encontrarse, había dado con alguien que lo miraba como si el mundo, por fin, tuviera sentido.

Y yo no pude evitar emocionarme. Sentí cómo se me humedecían los ojos cuando pronunciaron los votos. Parpadeé rápido, pero fue inútil y una lágrima rebelde escapó.

A mi lado, Will se dio cuenta enseguida.

- Toma -me susurró, tendiéndome un pañuelo con cuidado-. Antes de que arruines todo el trabajo de las estilistas.

Sonreí, agradecida, aceptándolo.

- Gracias -le respondí en el mismo tono bajo-. Sería un crimen.
- Además -añadió con una sonrisa-, dicen que llorar de felicidad cuenta como buena suerte, pero creo que es mejor que la suerte te llegue sin rímel de por medio.

Solté una risa suave, casi muda, mientras me secaba con cuidado. En ese momento, aún con el pañuelo entre los dedos, lo busqué a él. A James. Lo encontré enseguida. Siempre lo hago. Estaba unos metros más allá, de pie, junto con nuestros amigos, sobrio, elegante y peligrosamente atractivo. James llevaba un traje gris oscuro, que le queda demasiado bien, como si ese color y ese tejido hubieran sido pensados para él. La chaqueta se ajustaba a sus hombros con una precisión casi insultante y la línea del pantalón alargaba su figura de una forma que me obligó a tragar saliva y fingir que no lo estaba mirando. La camisa blanca iluminaba el conjunto, limpia, impecable, y entonces mis ojos bajaron… y se

detuvieron en la corbata del mismo tono que mi vestido. Un guiño silencioso, de nuestro pequeño acuerdo no escrito, nuestra manera de decirle al mundo que vamos en el mismo equipo.

Cuando levanté un poco la vista, me encontré con sus ojos azules clavados en mí, serios, demasiado serios, con una intensidad que me descolocó. No sabía decir si eran enfado, frialdad o algo más profundo.

Sostuvimos la mirada unos segundos. Los suficientes para que se me encogiera algo por dentro. No entendía qué le pasaba. Y entonces, como si recordara dónde estaba, giró la cabeza y centró su atención en su hermano, en la ceremonia, recomponiendo el gesto.

Yo hice lo mismo. Guardé el pañuelo entre los dedos, respiré hondo y volví a sonreír. La boda continuó, hermosa, sencilla, llena de amor, pero una parte de mí se quedó preguntándose qué había visto en los ojos de James.

Cuando la ceremonia terminó, y Will y yo firmamos como testigos de su unión, sentí ese nudo bonito en el pecho. Los novios recorrieron el pasillo por el que antes habían caminado separados, pero ahora lo hacían juntos, de la mano, sonriendo como si el mundo acabara y empezara en ese mismo punto. Aplaudí con fuerza, emocionada de verdad.

Me acerqué a felicitarlos, con abrazos, risas y palabras atropelladas. Will y yo hicimos lo propio y, después, me separé un poco, dejándolos rodeados por el resto de invitados. Fue entonces cuando vi a James acercarse a su hermano, darle un abrazo largo, sincero, de esos que no se ensayan.

Y esperé. Esperé sentir a James colocarse a mi lado, rozarme la espalda, inclinarse para decirme cualquier tontería al oído. Lo de

siempre. Pero no ocurrió. Levanté la vista justo a tiempo de verlo… pasar de largo. Literalmente.

Se dirigió hacia nuestros amigos sin mirarme siquiera. Ni una mano, ni una sonrisa cómplice, ni ese gesto suyo, tan suyo, de buscarme con los ojos. Me quedé clavada en el sitio, completamente desconcertada. James siempre estaba pendiente de mí y lo que acababa de pasar no encajaba en ningún sitio.

Tragué saliva y decidí acercarme a mi grupo de amigos.

- Hombre, la testigo estrella -dijo Eric en cuanto me vio-. Casi nos robas el protagonismo.
- Eso, eso -añadió Cami-. Y encima bien acompañada.

Noté cómo varias miradas se desviaban de forma descarada hacia Will, que seguía, no muy lejos, hablando con Arón. Alto, pelo castaño claro, sonrisa fácil, ojos oscuros… sí, estaba buenísimo, para qué engañarnos.

- ¡Joder! -soltó Adriana-. El amigo de Arón está… -se interrumpió a sí misma-, de toma pan y moja.
- ¿Podéis dejar de decir eso delante de tres imponentes hombres? -dijo Eric con un tono de dolor teatral y cómico.

Fue entonces cuando lo noté. La incomodidad de James. No me estaba mirando directamente, pero su mandíbula estaba tensa, el gesto serio, y vi como clavó los ojos en Will un segundo de más y luego desvió la mirada como si nada.

Así que por ahí iban los tiros…

- Sí, bueno -dije con naturalidad, apoyándome ligeramente en James, invadiendo su espacio sin pedir permiso porque no lo necesitaba-. Will está estupendo. Nadie lo niega.

James carraspeó.

- Se le ve… simpático -comentó, con ese tono neutro que solo él utiliza cuando está todo menos neutro.

- Pero yo ya tengo a mi adonis particular -añadí, mirándolo esta vez de frente-. Uno un poco más borde pero bastante más guapo.

Las chicas se miraron entre ellas con sonrisas cómplices. Enzo soltó una carcajada.

- Uy -dijo Cami-, aquí huele a celos.
- ¿Celos yo? -replicó James al instante-. Para nada.
- Claro que no -dijo Eric-. Por eso has estado con esa cara de "voy a matar a alguien" durante toda la ceremonia, dirigida a alguien en particular -terminó dirigiendo una mirada en dirección a Will.
- Confirmado -dijo Enzo-. Celos.

James suspiró y me miró por fin.

- Solo… -se encogió de hombros-. No me hace mucha gracia que otro tío te mire así.
- Puede mirar quien quiera -respondí bajando tanto la voz que solo podía escucharme él-. Pero tocar, querer o importarme… eso ya tiene dueño.

Su expresión cambió. Se relajó. Sonrió con esa media sonrisa que me desarmaba. ¿Cuándo dejaría de afectarme?

En ese momento apareció Leticia, la wedding planner, impecable como siempre, dando palmaditas suaves para llamar la atención.

- James, Mía -dijo-. Os necesito ya para la foto familiar.

James me tendió la mano sin pensarlo. Y mientras nos alejábamos, sentí su pulgar apretando mi anillo de compromiso. Sonreí.

Cuando llegamos a la zona donde se estaban haciendo las fotos, la familia de Arón se estaba retirando justo después de hacerse la suya. Nos colocamos entonces la familia de Liam al completo con los novios, yo incluida, claro. Aparte de ser la testigo

de los novios y amiga de Liam, era la novia y prometida del hermano del novio. ¿Es mi imaginación o eso suena jodidamente bien?

Sonreí sin poder evitarlo mientras el fotógrafo daba indicaciones. Después, Manuel y Gloria se hicieron una foto solos, orgullosos, emocionados, con esa complicidad de años compartidos que siempre me enternece.

- Ahora los testigos con los novios, por favor -dijo el fotógrafo, señalándonos a Will y a mí.

Tensión. No tuve que mirar a James para saberlo, lo conocía demasiado bien. Y Will me tendió la mano con naturalidad.

- ¿Vamos? -me dijo en voz baja, educado y en tono correcto.

Asentí y nos colocamos junto a los novios. Sonrisas, clics de cámara, todo normal. Hasta que el fotógrafo, revisando la pantalla, soltó:

- Muy bien. Y ahora, si queréis, una foto solo vosotros dos, como pareja.

¡Oh, oh! Will me miró sin corregir al fotógrafo. Pero yo salté de inmediato.

- No, no -intervine de inmediato-. Nosotros no somos pareja.

Al parecer no fue tan inmediato porque, en ese preciso instante sentí a James acercarse. Su presencia fue como una sombra firme y segura. Se colocó a mi lado sin vacilar, con el porte serio, la mirada firme y esa expresión que utiliza cuando no piensa pedir permiso a nadie.

- La pareja de Mía soy yo -dijo, con voz grave.

El silencio fue incómodo. Will parpadeó un segundo, sorprendido por la actitud de James, pero reaccionó con elegancia.

- Lo siento, pensaba que los testigos erais pareja. Perdónenme -dijo el fotógrafo avergonzado.

- Por supuesto -respondió Will-. Ha sido un malentendido. No hay ningún problema -respondió quitándole importancia al error, porque la realidad era que, efectivamente, no tenía importancia-. Ha sido un placer conocerte Mía -concluyó mientras se alejaba de nosotros, sin añadir nada más.

El fotógrafo carraspeó y continuó con su trabajo como si nada hubiera pasado. Nos hicimos la foto con James serio y yo tensa. En cuanto terminó, me giré hacia él.

- ¿Puedes relajarte? -le dije en voz baja, intentando mantener la calma-. Ha sido una confusión.
- Claro -respondió seco-. Una confusión.
- James, no he hecho nada malo -insistí porque ese tono que usó no me gustó un pelo.
- No he dicho que lo hayas hecho -me respondió aún más seco.
- ¿No? ¿De verdad? Porque me estás tratando como si fuera culpa mía que otro tío exista -repliqué, ya molesta-. No tengo la culpa de que tengas celos sin sentido.
- No son sin sentido -me dijo mirándome fijamente con sus ojos de un color azul más intenso de lo normal.
- Sí lo son -contesté, dolida-. Somos testigos de la boda de tu hermano, es normal hacernos fotos y también entra dentro de lo normal, que, al ser testigos juntos, el fotógrafo pensase que somos pareja. Y no voy a aguantar que me hables así por algo que no he provocado.

Me giré para marcharme. Estaba enfadada con él, con su actitud de mierda. No llegué a dar dos pasos porque James me sujetó del brazo y me atrajo hacia él con firmeza, colocándome contra su cuerpo. Su otra mano subió a mi nuca y apoyó su frente en la mía, respirando hondo, como si necesitara anclarse.

- Lo siento cariño -murmuró-. Lo siento de verdad. No he sido justo contigo -continuó, pero su voz ya no era dura, era sincera-. No quiero hacerte sentir así. Me he dejado llevar por la tensión del momento.

- No me trates como si fuera el problema -susurré, cerrando los ojos un segundo dejando caer mi frente contra la suya.
- Lo sé -respondió sin dudar.

Me apretó un poco más contra él, como si con ese gesto pudiera borrar el momento anterior. Y, aunque seguía dolida, tenía dos opciones: no creerle y pensar que era un completo idiota y mandarlo a la mierda, o creerle y pensar que aquella tensión no nacía de la desconfianza, sino del miedo a perderme. Mi corazón optó por la segunda opción.

La boda era tipo cóctel y el jardín de Manuel y Gloria estaba absolutamente radiante. Cada rincón parecía pensado al milímetro: la zona donde se había celebrado la ceremonia, la estaban transformando poco a poco en el espacio de la barra libre y la fiesta, mientras que, al otro lado del jardín, donde nos encontrábamos ahora, se distribuían mesas altas y bajas donde camareros impecables servían canapés exquisitos. Todo era elegante y un ambiente cálido y familiar.

Y el tiempo… el tiempo acompañaba como solo lo hace a finales de verano: esa temperatura perfecta que te permite estar al aire libre sin frío ni calor, copa en mano, con el cielo tornándose lentamente oscuro.

Estábamos todos los amigos juntos: Enzo, Eric, Cami, Adri, James y yo, comentando lo maravillosa que estaba siendo la boda, lo bien que había salido todo, lo felices que se veían Arón y Liam, mientras reíamos, brindábamos, disfrutábamos, hasta que vi a los novios acercarse, acompañados de Will.

Lo noté al instante: James se tensó. Ese ligero endurecimiento de la mandíbula, el gesto contenido, por mucho que intentara disimularlo, yo lo conocía muy bien. Espero que esta vez se controle.

- Chicos -dijo Arón con una sonrisa enorme-, os presento oficialmente a Will. Will y yo fuimos compañeros de piso en la universidad.
- ¿En serio? -preguntó Cami, sorprendida-. ¿Dónde estudiabais?
- Aquí, en Madrid -contestó Will-. Vivíamos cerca de Moncloa.

Cami me miró de golpe.

- ¿En serio? -preguntó Cami-. Por ahí vivíamos Mía y yo -continuó mi amiga mirándome.
- El mundo es ridículamente pequeño -añadí-. No creo haberte visto nunca por el barrio.
- La verdad es que ni por el barrio ni por la facultad -explicó él-. Era un poco pasota y solo iba a los exámenes.

Fue entonces cuando James habló.

- ¿Y a qué te dedicas? -preguntó, serio, con un tono neutro que conocía demasiado bien.
- Soy abogado -contestó Will mirándolo sin problema.
- Anda -exclamó Adri-. Como vosotros. ¡Qué casualidad!

Eric, curioso como siempre, intervino:

- ¿Y dónde trabajas?

Will sonrió con naturalidad.

- En Averis Lawyer -contestó con total naturalidad.

El silencio de todos fue inmediato.

- ¿Cómo? -preguntó James incrédulo.
- Sí -asintió-. Me acaban de contratar. Terminé los estudios y estuve fuera de Madrid. Ahora, después de seis años, he vuelto a la ciudad.

Yo aún seguía con la boca abierta. No podía creerlo. "Averis Lawyer", nuestra competencia directa. Miré a James de reojo y lo vi con el ceño fruncido y con su mirada fija en Will, analítica,

evaluándolo. En ese momento, es como si Will fuera una rana de laboratorio y la estuviera diseccionando mentalmente.

Arón, ajeno a la tensión que se había creado, añadió:

- Por eso os lo presento. Will no conoce a nadie aquí, salvo a mí. ¿Os importaría que alguna vez se viniera con nosotros cuando quedemos?
- ¡Claro que no! -respondió Cami sin pensarlo.
- Faltaría más -añadió Adri.
- ¡Claro, tío! -dijo Eric.

Estaba claro que a mis amigas les encantaba Will.

- Por mí, ningún problema -asentí, educada.

Miré a James, que no dijo nada. Pero para mí, ese silencio suyo, incómodo y tenso, lo dijo absolutamente todo.

- Perfecto, gracias chicos -dijo Liam observándonos a todos-. Os veo pronto en la fiesta, ya falta poco. Tengo muchísimas ganas de bailar con mis tres bellezones -nos dijo a Cami, Adri y a mí, que contestamos con una sonrisa de "lo estamos deseando".
- Ahora nos vemos para el baile nupcial -dijo Arón fijando su mirada en mí, lo que no entendí en absoluto.
- Un placer haberos conocido chicos -se despidió Will de todos educadamente.

Cami y Adri se alejaron un poco para ir a por más copas de vino, pero cuando regresaron no tardaron ni cinco segundos en empezar.

- Oye… -dijo Cami en voz baja, pero no tanto-, ¿soy yo o Will está muy bueno?
- No, no eres tú -añadió Adri sin ningún pudor-. Vaya porte tiene el tío. Alto, seguro, esa forma de hablar tranquila y tiene un toque peligroso que me pone muchísimo.

Rodé los ojos, divertida.

- Estáis fatal -les dije-. Ni en la boda de vuestro amigo dejáis de analizar el mercado.
- Perdona, pero ¿qué mejor sitio que en una boda? -replicó Cami-. Una cosa no quita la otra y, además, es objetividad pura.

Eric, que lo había escuchado todo, intervino riéndose:

- Objetividad mis narices. Sois unas exageradas. Hay tíos guapos a patadas -dijo con un tono de ¿celos? ¡Qué interesante!
- Sí, pero ese… -insistió Adri- tiene algo.
- A mí no me gusta -intervino por fin James, serio.

Todos nos giramos hacia él.

- ¿El qué? -pregunté.
- Ese tal Will -añadió, con el ceño ligeramente fruncido-. No me da buena espina. No lo veo trigo limpio.

Enzo soltó una carcajada inmediata.

- Claro, claro -dijo-. Abogado, guapo, educado… sospechosísimo.
- Exacto -añadió Eric-. Seguro que es un villano de película.
- No es eso -replicó James-. Es… no sé, algo.
- Ese algo se llama celos -saltó Cami.
- No estoy celoso -contestó James al instante.

Cami y Adri se miraron y casi hablaron al unísono:

- Ajá.
- Vamos a ver -insistió James-. Solo digo que trabaja en Averis Lawyer, nuestro más directo competidor y el que no para de intentar buscar cualquier cosa para hundirnos. Aparece de la nada, y ahora resulta que quiere venir a todas nuestras quedadas. Normal que levante una ceja. Incluso debería levantar las dos.
- Además -añadió Eric, con sorna-, que no cunda el pánico. Mía no se va a fugar con el primer abogado guapo que pase.

Me acerqué un poco más a James, bajando la voz solo para él y acariciándole la mejilla.

- Relájate por favor -le dije.

Me miró. Y aunque intentó mantenerse serio, la tensión en su expresión se suavizó apenas un segundo. El ambiente animado volvió a inundarnos y seguimos riendo, comiendo y bebiendo.

CAPÍTULO 3: JAMES

Ese tal Will no me gustaba. Sí, había sido educado, correcto, incluso agradable… pero le había visto mirar a Mía más de la cuenta, sin que nadie lo hubiera notado, salvo yo, por supuesto, que siempre estaba atento. Y joder, lo entiendo. Soy muy consciente de la suerte que tengo: la mujer que está a mi lado es preciosa, elegante e ilumina cualquier lugar por muy oscuro que sea. Es imposible no mirarla. Pero aun así… no me gustaba. No me preguntéis por qué. Y para rematar la faena, va y suelta, así, como quien no quiere la cosa, que trabaja en Averis Lawyer. El puto bufete que casi arruina a mi padre, el que defendió a mi primo cuando intentó arrebatarnos la herencia y el que está intentando desprestigiarnos con cualquier absurdez. No. Definitivamente no me gustaba.

Aun así, me obligué a seguir celebrando el matrimonio de mi hermano. Porque si algo tenía claro era que, con mis amigos cerca, el aburrimiento era imposible. Eric estaba picando a Cami por algo relacionado con los canapés -creo-, Enzo se reía de absolutamente todo y Adri intentaba imponer orden sin éxito.

- Te lo digo en serio, Cami -decía Eric-, si vuelves a vaciar la mesa de jamón, te denuncio.
- Denúnciame… -replicó Cami encogiéndose de hombros despreocupada-, hay abogados de sobra hoy por aquí.

Todos nos estábamos riendo cuando apareció, de nuevo, Leticia, la wedding planner.

- Mía -dijo con una sonrisa profesional que ya me ponía nervioso-, cuando puedas, necesito que me acompañes, por favor.

Mía la miró, extrañada.

- ¿Ahora? ¿Para qué? -preguntó.
- Sí, vamos a abrir el baile nupcial en unos minutos. Tienes que colocarte con los novios.

- ¿Perdón? -preguntó Mía dejando la boca abierta.
- ¿Cómo? -insistí, sin poder contenerme.
- El protocolo es el siguiente: los novios comienzan el baile, luego se incorporan los padres… y después los testigos -explicó girándose a nosotros.

¿CÓMO? Mi subconsciente gritó más alto aún. Eso significaba solo una cosa: que tenía que bailar con él. ¿En serio? Hacía apenas unas horas que lo conocía y ya me había "robado" a mi chica tres veces. El odio hacia Will se intensificó.

Mía, ajena a la película que se estaba montando en mi cabeza, asintió, dejó su copa y siguió a la wedding planner.

- Tranquilo, fiera -dijo Enzo, dándome un golpecito en el hombro-. Es solo un baile.
- Sí -añadió Eric-, respira. No es que se vayan a fugar al ritmo de un vals.
- Aunque -intervino Cami con malicia-, si lo hacen, al menos será elegante.
- Os voy a matar -murmuré.
- ¡James, mírate! Pareces a punto de romper una copa con la mente -dijo Adri sonriendo.

No estaba lejos de la realidad. Mientras ellos se reían de mí, vi llegar a Mía hasta la posición de Will. Él le sonrió. Ella le devolvió una sonrisa educada, correcta, la misma que dedica a cualquiera. Pero aun así… apreté la copa con fuerza. Juro que por un segundo pensé que iba a estallar en mil pedazos.

Llegó el momento del baile y como si el universo se hubiera confabulado para ponerme a prueba, empezó a sonar "A Thousand Years" de Christina Perri. Perfecto. Una canción romántica, intensa, de esas que no se bailan, se sienten. De esas que dicen exactamente todo lo que yo sentía por ella. Y mi chica estaba a punto de bailarla… con otro.

Mi hermano y Arón comenzaron a moverse primero, despacio, mirándose como si el mundo se hubiera reducido a ese pequeño espacio entre ambos. Mi hermano estaba locamente enamorado, estaba claro. Luego salieron los padres de Arón, seguidos por los míos. Y entonces… los testigos.

Mía y Will se balanceaban suavemente, con ese vaivén lento que pide la canción. Él colocó una mano en la parte baja de su espalda, manteniendo la distancia justa; ella apoyó la suya en su hombro, elegante, contenida. Demasiado cerca para mi gusto. Demasiado íntimo para lo que yo estaba dispuesto a soportar.

La canción hablaba de esperar, de amar más allá del tiempo, de promesas eternas. Yo estaba a punto de explotar. No lo pensé. No dudé. Mis pies se movieron solos. Crucé el espacio que nos separaba y, frente a todos, posé mi mano sobre el hombro de Will. En ese instante, Mía me vio y sonrió. No fue una sonrisa cualquiera, fue una mirada que decía "gracias", que decía "me alegra que estés aquí", que decía "quiero que seas tú".

Will fue correcto. Se giró, dispuesto a tenderme la mano, pero no hizo falta. Mía fue quien me la ofreció primero. La tomé. Y la atraje hacia mí.

Nuestros cuerpos encajaron porque siempre había sido así, habían sido diseñados para estar unidos. Mi mano encontró su cintura, firme pero suave; la suya se deslizó hasta mi pecho. Bailamos despacio, al compás de la música, balanceándonos como si fuéramos uno solo, como si el resto del mundo hubiera desaparecido. La melodía envolvía cada movimiento. Cada respiración compartida.

Me incliné hacia su oído y, con la voz baja, cargada de verdad, le susurré:

- Te amaré por mil años más.

Sentí cómo se le erizaba la piel. Cómo el rubor le recorría el cuello hasta llegar a sus mejillas. Eso lo había provocado yo. Y en ese instante me sentí el hombre más afortunado del mundo.

- Para siempre -me respondió, sin dudar.

La canción terminó, y la fiesta empezó de verdad. Risas, aplausos, música más animada. Pero Mía y yo seguíamos dentro de nuestra burbuja, balanceándonos aún, incapaces de soltarnos. Entonces levantó la vista hacia mí y nuestros labios se encontraron.

Fue un beso lento, dulce, sin prisas. Como una promesa susurrada. Suave al principio, casi tímido, hasta que se profundizó, apenas lo justo, para decirlo todo sin palabras. Un beso que no necesitaba intensidad para ser devastador, porque estaba lleno de verdad.

Allí, en medio de todos, al ritmo de esa canción, entendí algo con una claridad absoluta: no había canción, ni baile, ni mil años que quisiera vivir… si no era con ella.

Nuestros amigos llegaron hacia nosotros dando botes al ritmo de "China" de Anuel AA, Daddy Yankee, Karol G, Ozuna & J Balvin -canción que, juro, no había escuchado hasta ese momento porque yo estaba ocupado en otra cosa. Mía y yo nos separamos, aún con sonrisas tontas, y nos unimos a la fiesta.

Y entonces empezó a bailar. Dios bendito. Mía no bailaba: dominaba la pista. Su cuerpo seguía el ritmo con una naturalidad obscena, segura, sensual, como si la música hubiera sido creada solo para ella. Caderas precisas, movimientos fluidos, mirada juguetona.

Acompañé a Eric y a Enzo a la barra a por bebidas, pero no podía apartar los ojos de Mía, así que me quedé clavado observándola en la barra.

El camarero nos servía, pero yo no veía copas. Veía a mi mujer bailando "La rubia – Remix 2" de Omar Montes y Bad Gyal, como si aquello fuera un maldito vídeo viral. Y yo… yo babeaba sin ningún pudor -ya no me resultaba mal la idea del babero. No había visto una mujer más sexy en toda mi vida. Eso tenía que ser pecado mortal.

Y entonces apareció Liam, mi hermano, el alocado, y se unió a la coreografía de Mía, seguido por Arón… y por supuesto, Will. Ahí volví a tensarme. Intenté fingir que no, pero lo vi. La mirada de Will no era inocente. Era lujuria pura, sin disimulo, mientras observaba a mi chica moverse. La presión volvió a crecerme en el pecho.

Y como si el DJ estuviera disfrutando de mi sufrimiento, cambió a "Bella y sensual" de Romeo Santos, Daddy Yankee y Nicky Jam. Mi subconsciente saltó como un resorte preguntando al cielo: *"¿En serio? ¿Qué tan mala persona fui en otra vida?".*

Cami cogió a Liam de las manos y empezaron a bailar. Arón sacó a Adri. Todo normal. Todo bonito. Hasta que vi a Will. Se movió más cerca de Mía, demasiado cerca. Ella seguía el ritmo, ajena -o eso quise creer-, y entonces él le cogió la mano. Y empezaron a bailar juntos. ¡Buaf! Definitivamente, iba a explotar. Me cago en la puta… Eran celos. Puros, viscerales. Y ya no iba a negarlo más.

Mis amigos cogieron las copas y, cuando se giraron y vieron la escena, me miraron sabiendo perfectamente lo que pasaba por mi cabeza.

- Amigo -dijo Eric, conteniendo la risa-, solo están bailando. Estamos en la boda de tu hermano. No quiero que esto se convierta en un funeral.

Lo dijo en tono divertido, pero sabía que no iba desencaminado.

Nos dirigimos hacia la pista. En cuanto nos vieron llegar, hicieron un corrillo, abriéndonos espacio para unirnos. Y entonces, Mía vino hacia mí, de manera provocativa, siguiendo los pasos de la canción, mirándome por debajo de las pestañas, con esa sonrisa que sabía exactamente lo que me hacía.

Y mis músculos se relajaron al instante. Solo ella podía hacerme sentir así. Pasar de la furia al deseo absoluto en un segundo.

La tomé por la cintura, posesivo, sin importarme quién mirara. La acerqué a mí y le empecé a besar el cuello, lento, marcando territorio, delante de todos. Delante de Will. Que le quedara claro. Esta mujer era mía. Solo mía. Y los besos en el cuello acabaron sin remedio en su boca, en esa boca exquisita que me volvía loco. Mía empezó a mover su lengua de una manera que, o paraba en aquel instante, o me la llevaba a cuestas a cualquier habitación de la casa. Me aparté de ella y ella me observó sabiendo perfectamente el motivo de mi distancia. Me sonrió de manera provocativa. Lo estaba disfrutando. Y yo la odié y amé al mismo tiempo.

Tras varias horas más en las que Mía no había parado ni un solo segundo de bailar, ni de beber, ni de reír, me acerqué a ella con el ceño fruncido, intentando parecer tranquilo.

- Cariño… -dije inclinándome hacia ella para que me oyera entre la música-. ¿Estás bien?

Ella me miró con esos ojos verdes brillantes, demasiado brillantes, y sonrió de medio lado.

- Estoy… chisposa -pronunció despacio, como si la palabra le hiciera gracia-. No borracha, sino una chisposa elegante.
- Claro -bufé-. Elegante y tambaleante.
- Exagerado -me dio un empujoncito suave en el pecho-. Estoy perfectamente capacitada para seguir bailando, hablando y viviendo.

- Ajá. -Suspiré-. Cuando quieras, aviso a Neil para que venga a recogernos.
- No, no, no -negó con un dedo levantado-. Voy a parar ya de beber. Palabra de Mía responsable.
- Me dijiste eso hace una hora justo antes de pedir otra copa -le dije mirándola con escepticismo.
- ¡Oye! -protestó-. Esta vez lo digo en serio.
- Vale -cedí-. Voy a por una botella de agua.

Cuando regresé con la botella, la escena me tensó al instante. Will estaba sentado a su lado. Otra vez demasiado cerca para mi gusto. Ambos se reían de algo, y aunque Mía miraba hacia la pista, la mirada de Will estaba fija en ella, sin disimulo. No escuché la conversación, pero no me hizo falta.

Me acerqué y le tendí la botella.

- Toma -le dije a Mía-. Agua.
- Gracias, amor -respondió, dándole un trago largo.

Will sonrió, apoyándose hacia atrás.

- La verdad es que estás un poco borracha -comentó, como si tuviera derecho a opinar.

Mía giró la cabeza hacia él de inmediato.

- ¡No estoy borracha! -dijo ofendida-. Estoy feliz, que es muy distinto.
- Ajá -murmuré-. Feliz y chisposa -recordé sus palabras.
- Exacto -me señaló con el dedo, orgullosa-. Ves cómo sí me entiendes.

En ese momento, Adri apareció como un huracán.

- ¡Mía! -gritó-. ¡Está sonando "Tusa"! ¡Muévete ya!

Y, por supuesto, Mía no lo dudó ni un segundo. ¿Cómo no iba ella a bailar "Tusa" de Karol G y Nicki Minaj, o cualquier otra canción que el DJ pusiera?

- ¡Voy! -se levantó de un salto.

Y se fue. Así, sin más. Me quedé allí plantado, a solas con Will, en un silencio incómodo. Él fue el primero en hablar.

- Baila increíble -dijo, mirando hacia la pista-. ¿Ha sido bailarina o algo?

Lo miré de reojo, serio.

- No -respondí seco-. Simplemente se le da muy bien.
- Además, es… -hizo una pausa-, muy guapa.

Apreté la mandíbula. Me cago en…

- Sí -contesté-. Lo sé.
- Tiene algo especial -añadió, sin darse cuenta, o sin querer darse cuenta de lo que estaba provocando-. No pasa desapercibida.

Me cago en la puta ¡Contrólate, James! Me gritó mi subconsciente.

- No -repliqué, mirándolo ya de frente-. No lo hace.

La conversación se volvió tensa, contenida, educada solo por pura fuerza de voluntad, de mi voluntad. Yo asentía, respondía con monosílabos, mientras por dentro me hervía la sangre. Y entonces, como un salvavidas, aparecieron Eric y Enzo.

- ¡Eh! -dijo Eric-. ¿Qué hacéis aquí parados? ¡A la pista, joder!
- Sí, venga -añadió Enzo-. Que esto parece una reunión de trabajo.

Nos agarraron prácticamente del brazo y nos arrastraron hacia la pista. Pero mientras caminaba, mi cabeza no dejaba de dar vueltas a las palabras de Will y a su mirada. A esa forma de observarla que yo conocía demasiado bien. Le gustaba, estaba claro. Y encima, el gilipollas, no iba de cara. Simpático, agradable, correcto delante de los demás… pero esa mirada lasciva lo delataba. Me entraban unas ganas terribles de asesinar a alguien.

Respiré hondo. Era la boda de mi hermano. No el escenario de un crimen.

Pasó una hora más. Una hora en la que Mía no se sentó de nuevo, pero al menos, ahora, bailaba con una botella de agua en la mano, riéndose y moviéndose con esa naturalidad que me desarmaba. Yo estaba sentado, apoyado hacia atrás, observándola sin disimulo alguno, embelesado y rendidamente perdido.

Hasta que la vi venir hacia mí. Caminaba despacio, arrastrando un poco los pies, el pelo algo revuelto, la sonrisa cansada pero feliz. Se plantó frente a mí y apoyó las manos en mis rodillas.

- James… -dijo arrastrando las sílabas-. No puedo más. Necesito dormir. Estoy muerta. ¿Nos vamos a casa?
- Vamos -respondí poniéndome de pie automáticamente-. Hace un rato que avisé a Neil.

Sus ojos verdes se iluminaron como si acabara de salvarle la vida.

- ¿En serio? -preguntó-. Eres… -sonrió con adoración- mi héroe esta noche.
- Siempre lo soy -contesté con media sonrisa-. Sólo que tú tardas en darte cuenta.

Se rio bajito y se acercó para darme un beso rápido en los labios.

- Gracias por cuidarme -me contestó bajito.

Y esa voz con ese tono, hizo que me excitara. A ver, seamos sinceros, he aguantado como un campeón toda la noche, teniendo delante a una mujer -mi mujer, concretemos- que no baila, hipnotiza. Y sólo rezaba, a quién estuviera escuchándome ahí arriba, que llegara a casa despierta para poder hacerle todas las perversiones que ella misma había incitado a hacerle con sus sensuales movimientos, pero…muy a mi pesar, se dormiría en el coche de vuelta a casa.

Nos despedimos de los pocos que quedaban. Enzo y Cami ya se habían ido hacía rato, la música seguía sonando fuerte, pero Mía ya estaba en otro planeta. Nos alejamos del ruido hasta la zona más tranquila del jardín, y de pronto se detuvo.

- Espera… -murmuró.

Se sentó en un banco, soltando un suspiro largo, como si el cuerpo se le hubiera rendido de golpe.

- Cinco minutos -pidió-. Solo cinco. No puedo más con estos zapatos.
- Vale -accedí-. ¿Dónde tienes el bolso?

Frunció el ceño, pensando.

- En una de las habitaciones de la casa… creo que arriba, la segunda a la derecha.
- Quédate aquí y descansa, anda -le dije-. Voy a buscarlo.
- No tardes -sonrió-. Que si cierro los ojos me quedo frita.

Joder, corre James, aligera si quieres mimos antes de dormir. Entré en la casa, pero tardé más de la cuenta. Abrí una habitación, luego otra. Nada. ¿Dónde estaba su maldito bolso? Empezaba a desesperarme cuando por fin lo encontré, escondido entre un montón de chaquetas apiladas en una cama.

Cogí el bolso y salí de nuevo al jardín. Y entonces la vi. Más bien los vi.

La escena me golpeó como un puñetazo en el estómago. Mía seguía sentada en el banco, pero ahora llevaba una chaqueta sobre los hombros y Will estaba allí, junto a ella, muy cerca, con el brazo apoyado en el respaldo del banco, invadiendo su espacio como si le perteneciera. Mía se encontraba un poco inclinada apoyada sobre sus rodillas y tenía la cabeza girada hacia él, escuchándolo. No se reía, pero asentía despacio.

A mí me salió humo por todos los orificios de la cara. Sentí cómo se me tensaba la mandíbula, cómo la sangre me subía a la

cabeza, cómo esa rabia que había conseguido retener durante toda la boda volaba por los aires.

Anduve hacia ellos dando grandes zancadas, creo que, por un momento, hasta caminé sin apoyar los pies en el suelo, porque una cosa tenía clara: esa escena no me gustaba.

CAPÍTULO 4: MÍA

James había ido a buscar mis cosas y, en cuanto se alejó, me quité los tacones sin ningún pudor. Los dejé a un lado y apoyé los pies descalzos en el suelo frío del jardín. Bendita sensación. No había parado de bailar en toda la noche y me lo había pasado increíblemente bien. De esas noches que se te quedan grabadas en el recuerdo y en el cuerpo. La boda había sido espectacular.

Estaba sentada en el banco y cerré los ojos un segundo.

- ¿Ya te vas?

Abrí los ojos. Will estaba frente a mí.

- Sí -sonreí cansada-. Estoy agotadísima.

Se sentó a mi lado, guardando una distancia correcta, sin invadir. Se quitó la chaqueta y, al verme con los hombros descubiertos, la colocó con cuidado sobre mí.

- La boda ha sido increíble -dijo-. Y vosotros… me habéis caído todos muy bien y me habéis hecho sentir muy cómodo.
- Sí, ha sido preciosa -asentí-. Y gracias, tú también nos has caído muy bien.

Nos quedamos unos segundos en silencio, escuchando la música lejana, hasta que me miró de reojo.

- Oye… ¿James y tú lleváis mucho tiempo juntos?

La pregunta me hizo levantar una ceja, pero no me incomodó.

- Más de un año -respondí con naturalidad.

No mentía. No iba a contarle que nuestra historia empezó como un acuerdo absurdo. Eso era solo nuestro.

- Sois muy distintos -comentó-. Me llamó la atención.
- Puede ser, pero en el fondo somos bastante parecidos -sonreí.
- Ah, ¿sí? -preguntó Will.

- Sí -reí-. Tenemos un carácter fuerte los dos.
- Eso sí que lo he notado -Will asintió lentamente- No sé si yo consideraría eso algo bueno o algo malo para una relación.

Esa frase se quedó en el aire dejándome fuera de lugar. ¿Era bueno o malo? No me importa, sólo sé que encajamos. Y entonces, sin previo aviso, soltó:

- ¿Y… vais en serio?

Esa pregunta sí que me pilló totalmente desprevenida. Abrí la boca para responder, pero no me dio tiempo.

- Es mi prometida.

La voz de James cayó como una losa. Levanté la vista. Estaba allí, de pie, tenso, con mi bolso, y con una expresión que podría haber asesinado a cualquiera que se cruzara en su camino.

- ¿Contesta eso a tu pregunta? -añadió, frío, cortante.

Will se removió incómodo.

- No… no quería insinuar nada -se apresuró a decir-. Solo quería conoceros un poco. Me habéis caído muy bien y Arón me habla maravillas de todos vosotros. Sólo era curiosidad.

James ni lo miró, simplemente se giró hacia mí.

- Devuélvele la chaqueta. Nos vamos.

Parpadeé, sorprendida por el tono.

- Quédate con ella -intervino Will.

Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar.

- Tiene un prometido que le da calor -escupió James-. No necesita a nadie más.

Lo miré, fulminándolo con los ojos. Estaba siendo innecesariamente capullo. Me quité la chaqueta con cuidado, se la tendí a Will y forcé una sonrisa.

- Gracias por todo. Ha sido un placer conocerte.

- Igualmente -respondió él tranquilo, como si el tono de James no lo hubiera intimidado-. Nos vemos otro día.

Me levanté, cogí mis tacones y me fui sin esperar a James. Crucé el jardín, salí por la puerta principal y vi a Neil junto al coche. Abrí la puerta y me subí sin decir una palabra. James llegó unos segundos después y ocupó su asiento.

El trayecto de camino a casa fue un maldito silencio denso, incómodo. Yo estaba enfadada. Muy enfadada. Y él también lo estaba, lo notaba en la rigidez de su cuerpo, en cómo apretaba la mandíbula. Pero no entendía por qué. Yo no había hecho nada malo. Él, en cambio, había actuado como un capullo celoso.

Cuando Neil paró el coche frente a mi casa, salí disparada del coche, entré y fue entonces cuando exploté. Cerré la puerta de un portazo que casi estampa contra la cara de James, avancé hasta el salón y revoleé los tacones sin pensarlo. Salieron disparados y se estamparon contra la alfombra como dos proyectiles cargados de rabia.

- ¿SE PUEDE SABER QUÉ COÑO TE PASA? -grité, girándome hacia él.

James dejó la cartera y el móvil sobre la encimera de la cocina con demasiada calma. Esa calma suya que siempre significaba tormenta.

- ¿A mí? -preguntó, arqueando una ceja-. No, Mía. Explícame tú qué te pasa a ti.
- ¡No me cambies el foco! -avancé un paso-. Te has pasado toda la boda con cara de funeral, el ceño fruncido, mirando a todo el mundo como si te debieran dinero. ¡Como si yo hubiera hecho algo mal!
- Ah, ¿sí? -soltó, cruzándose de brazos-. Porque desde fuera parecía que estabas disfrutando bastante… sobre todo con Will.

Ahí fue cuando me reí. Una risa seca, sin humor.

- ¿En serio? ¿Ese es tu problema? ¿Will?
- No te hagas la tonta -escupió-. No puedes fingir que no lo has visto.
- ¿El qué, James? ¿Que he bailado? ¿Que he hablado con alguien que no eras tú? ¿Que he existido sin pedirte permiso? -pregunté sarcásticamente.
- No se trata de eso -replicó, elevando la voz-. Se trata de cómo te miraba.
- ¡Ah, claro! -me llevé una mano al pecho-. Perdona, se me olvidó ponerme un cartel de "PROPIEDAD PRIVADA".
- No te pongas sarcástica -dio un paso hacia mí-. He visto cómo se te acercaba, cómo te tocaba la mano, cómo…
- ¡Me ofreció una chaqueta, no me pidió matrimonio! -lo corté-. ¿Sabes quién me pidió matrimonio? TÚ.

Eso le dolió. Lo vi.

- Pues no lo parecía cuando bailabas con él como si no existiera nadie más en el mundo -dijo, tenso-. Esa canción, Mía. Esa maldita canción…
- ¿Y qué querías que hiciera? ¿Salir corriendo de la pista gritando "mi prometido está celoso"? Estábamos siguiendo las pautas de la boda, por el amor de dios -le dije abriendo los brazos.
- No -respondió-. Quería que te dieras cuenta.
- ¿De qué? -me acerqué aún más-. ¿De que estabas de mal humor? ¿De que cada vez que alguien me miraba fruncías el ceño como si fueras a morder?
- Estoy acostumbrado a que te miren así, pero ese Will, él no… no me gusta que te mire así -admitió, apretando la mandíbula.
- Pues acostúmbrate -le solté ya sin sentido-. Porque no voy a esconderme ni a apagarme para que tú estés cómodo.
- No te estoy pidiendo eso -contestó.
- ¡Pues actúas como si sí! -le dije.

El aire entre nosotros estaba cargado. El enfado, los celos, la tensión… todo mezclado.

- Has estado distante toda la boda -continué-. Me has ignorado cuando más te buscaba. ¿Sabes lo que he pensado? Que no te apetecía estar conmigo.

Eso lo descolocó.

- Eso es una gilipollez -dijo inmediatamente.
- Pues es lo que me has hecho sentir -admití.

Se pasó una mano por el pelo, frustrado.

- Lo único que he sentido esta noche ha sido miedo -confesó-. Miedo a perderte.

Me quedé en silencio un segundo.

- Pues deja de empujarme -le dije más bajo-. Porque así es como se pierde a alguien.

No quería decir eso. ¡No quería decir eso! ¡NO QUERÍA DECIR ESO! -me grité a mí misma. Pero lo dije. El alcohol, el cansancio y la rabia me estaban haciendo decir tonterías y esa tontería noté como le dolió. Aun así, nos quedamos frente a frente, respirando agitados, con la discusión aun ardiendo entre nosotros. Ya no había gritos, pero el enfado seguía ahí, vivo, palpitando.

Nos quedamos unos minutos en silencio. El tipo de silencio que no es vacío, sino cargado, espeso, todavía vibrando por todo lo que nos habíamos dicho. Nuestras respiraciones fueron bajando poco a poco, acompasándose.

Fue James quien habló primero.

- ¿Te arrepientes de estar conmigo?

La pregunta me atravesó el pecho. Lo miré incrédula.

- Nunca -respondí sin dudar-. No se me ha pasado por la cabeza ni un sólo segundo. Quiero estar contigo por encima de todo -tragué saliva-. Pero a veces siento que no te das cuenta.

James bajó la mirada, dio un paso hacia mí. Su voz salió más baja, más honesta.

- Es la primera vez que amo a alguien, Mía. No sé hacerlo. Nunca me han interesado las relaciones y ahora que la tengo no quiero perderlo, no quiero perderte -alzó los ojos-. Y no, no me gusta Will. Hay algo en él que no me cuadra, me pone en alerta, no sé por qué.

Se acercó más. Demasiado cerca. Justo como me gustaba.

- Y me encanta cómo bailas -continuó-. Cómo te mueves… eres sensual, hipnotizas a cualquiera. Y me da igual que te miren. Eres mía, lo sé -respiró hondo-. No sé qué me ha pasado hoy. Lo único que sé es que no quiero perderte.

Ahí se me rompió todo. Fui yo la que se acercó ahora y apoyé la frente en su pecho.

- Perdóname -susurré-. No quise decirte algunas cosas que dije. Te amo muchísimo, James. Y quiero que te entre en esa cabeza dura, no hay nadie más.

Noté cómo respiraba junto a mi cara, despacio, como si necesitara anclarse a ese momento.

- Perdóname tú a mí -dijo-. No volveré a perder los papeles así por celos.

No aguanté más. Le agarré del cuello de la camisa y lo besé. Al principio fue un beso torpe, necesitado, pero enseguida se volvió profundo, cargado de todo lo que habíamos contenido. Sus manos me rodearon la cintura, subieron por mi espalda, como si necesitara comprobar que estaba ahí, que era real.

- Te deseo -le susurré contra sus labios.
- No sabes lo que he rezado todo el día para que me dijeras eso -sonrió, apoyando la frente en la mía.

Subimos sin decir nada más. Entramos en la habitación y nos desnudamos de manera urgente. Nuestras manos iban más rápido que nuestras mentes porque, cuando me di cuenta, estábamos los dos, de pie, frente a frente, desnudos, mirándonos con hambre.

James me recorrió el cuerpo con la mirada, esa mirada que decía peligro, pero peligro del bueno, del que me gustaba, del que me ponía a mil, y eso sólo lo sabía hacer una persona: James Bernard. Dio un paso hacia a mí cogiéndome de la nuca, besándome, metiendo su lengua, jugando con la mía. En ese momento, eran ellas las que estaban bailando al compás de nuestras respiraciones aceleradas. Detuvo ese baile majestuoso para recorrer mi cuerpo con ella, llegando a mi ombligo, a mi pubis. No paró, lamió mis labios hundiendo su lengua en mi clítoris, succionándolo y yo iba a explotar. Estaba totalmente mareada, ya no era el alcohol el que me estaba haciendo temblar las piernas, era puro deseo provocado por él. Pensaba que estaba en el punto justo donde quería estar, pero James no dejó sus manos quietas, sino que me aprisionó el trasero, abriéndome más las piernas y tocándome un punto posterior que me volvió loca. Rectifico, ahora sí, este era el punto en el que quería estar. Ahora sí lo sé. Y mis piernas también lo sabían porque no aguantarían mucho más sus embestidas por delante y también por detrás. James lo notó y me sujetó para que aguantara, aguanté de pie sí, pero me corrí brutalmente y mi cuerpo se convirtió en helado derretido.

James me acomodó en la cama, paseando sus dedos por su boca, esas dos partes de su cuerpo que habían estado en mi interior hace tan solo unos segundos, y ese simple gesto hizo que me excitara de nuevo ¿cómo podía ser? Hace tan solo unos segundos que había llegado al orgasmo más increíble de mi vida y ya quería más. Pero… ahora era mi turno.

Lo atraje hacia mí para besarlo, quería saborearme en sus labios. Rodé y me puse a horcajadas sobre él, sobre ese cuerpo de infarto, sobre esas onzas de chocolate que me volvían loca, ante esos ojos que veían a través de mí y me miraban con deseo, pasión y amor, todo a la misma vez. Recorrí su cuerpo mientras sus manos me agarraban de la cintura. Pasé mi lengua por su cuello, por sus pectorales, por su V del abdomen…dios este hombre me volvía loca. Llegué a mi destino y masajeé su pene largo, ancho, recto, de arriba

abajo. James echó su cabeza hacia atrás que solo significaba "sigue nena", y la nena continuó. Seguí el ritmo, el ritmo que sabía que a él le encantaba, no fuerte ni duro, sino en un nivel más suave, que no llegaba a ser lento, lo conocía, conocía cada una de sus reacciones, conocía su placer. Lo tenté. Me quedé un rato disfrutando de sus pequeños gemidos, invadiéndome, de nuevo, la lujuria. Me sentía poderosa ante aquel hombre rendido a mí. Levantó la cabeza para mirarme y le sonreí, sabía lo que quería y su miraba indicaba que estaba tardando más de la cuenta en dárselo. No le hice sufrir más y bajé mi boca hasta su glande, lamiéndolo suave, haciendo círculos, jugando. Noté su nerviosismo, pobrecito… Succioné, como a él le gusta, como a mí me gusta, le hice gemir más alto. Hizo el amago de quitarme, sabía lo que quería hacer, quería terminar dentro de mí, pero no, hoy no. Me quité sus manos de encima y continué con mi labor, arriba y abajo, lento, rápido, lento, rápido, más rápido, hasta que no pudo más y mi Adonis particular terminó por vaciarse en mí.

Nuestras respiraciones estaban agitadas, ambos habíamos tenido un orgasmo increíble. Me tumbé sobre él, sintiendo su pecho subir y bajar sobre mi mejilla. Pasados unos minutos, James me cogió la barbilla y me dijo: "Esto no ha terminado mi amor". Me tumbó boca arriba y me besó apasionadamente y yo…bueno…estaba de nuevo *ready*. ¿Y él también? No era posible. Se hundió en mí sin previo aviso. Pues sí, él también lo estaba, es puro fuego.

Hicimos el amor como nosotros solo sabíamos hacerlo. Con urgencia, con dulzura, con pasión, con posesión…muy nosotros.

Cuando todo se calmó, nos quedamos abrazados en la cama. James rompió el silencio con media sonrisa.

- Al menos una cosa buena ha hecho ese Will hoy.

Le miré de reojo.

- Ah, ¿sí? ¿Qué?

- Que llegases despierta a casa y poder hacer realidad todas las fantasías que he ido acumulando durante el día.

Solté una carcajada y cogí un cojín para estampárselo en la cara.

- Idiota.

Me lo devolvió con un beso lento, de esos que dicen "estamos bien".

CAPÍTULO 5: JAMES

El domingo amaneció tarde. Aunque si consideramos que llegamos tarde de boda y estuvimos "entretenidos" hasta, creo que eran las siete de la mañana, levantarse a las tres de la tarde no debería de considerarse tarde, sino más bien, la hora adecuada. Eran esos días en los que el reloj parece estar de adorno y el cuerpo todavía arrastra restos de la noche anterior. No había prisa. No había planes. Solo casa.

Mía cogió su portátil y los auriculares para dirigirse a la habitación.

- Videollamada con mis chicos -dijo-. Cotilleos de la boda -añadió con una sonrisa inocente.

Yo resoplé desde el sofá.

- Claro, cotilleos, seguro que no vais a poner verde a nadie… empezando por mí.

Escuché su risa alejada de confirmación absoluta.

Mientras tanto, yo me puse al día con los chicos por WhatsApp. Memes, bromas, algún comentario subido de tono sobre la boda y, cómo no, alguna pullita por mis celos. Quedamos para el martes por la tarde. Nada serio, cervezas y risas.

Al cabo de un rato, Mía salió de la habitación con el móvil aún en la mano.

- He quedado con las chicas el martes -dijo-. Para despedir a Liam, que se va con Arón de luna de miel a Tanzania el viernes.

Levanté una ceja.

- Vaya coincidencia -comenté-. Yo he quedado con los chicos esa tarde también.

Me miró con esa media sonrisa suya, la que siempre promete guerra.

- Estupendo. Así no te tengo que aguantar esa tarde -me soltó guiñándome un ojo.
- Oye -protesté-, que soy encantador.
- Sí, claro -se dejó caer a mi lado en el sofá-. Encantador y celoso compulsivo. Un combo irresistible -BUM, pullita merecida.
- Y aun así aceptaste casarte conmigo -dije bajito cerca de su oído.
- Porque alguien tenía que hacerlo -remató, apoyando la cabeza en mi hombro.

Me reí. Me gustaba eso de nosotros: no necesitábamos hacerlo todo juntos para sentirnos unidos. Teníamos nuestro espacio, nuestras vidas, y aun así elegíamos volver al mismo sitio.

Pusimos una película cualquiera, de esas que ya has visto mil veces, pero sirven de excusa para estar cerca. Mía se acomodó entre mis brazos, yo le rodeé la cintura, y así pasamos la tarde. Un domingo normal. De esos que no salen en las fotos, pero que son los que de verdad importan. Y mientras los créditos corrían sin que ninguno prestara atención, pensé que, si esto era la rutina, yo la firmaba para siempre.

Comenzó una nueva semana con el grupo de WhatsApp familiar echando humo por Liam. Mi loco hermano no paraba… fotos de la boda desde ángulos distintos, mensajes recordando anécdotas, audios eternos hablando de lo perfecta que había sido la ceremonia y, sobre todo, de las ganas que tenía de irse a Tanzania, que si los safaris, que si los hoteles…

***Yo**: todavía no te has ido y ya estás viviendo allí mentalmente.*

***Liam**: déjame disfrutar la previa, que luego desaparezco dos semanas.*

Me alegré por él, claro. Se lo merecía. Pero también pensé que, como siguiera así, acabaría sabiendo más de Tanzania que del Código Civil.

Mi padre me llamó a su despacho y cuando entré, el ambiente ya era otro. Lunes puro y duro. Mi padre tenía varias carpetas abiertas delante de él.

- Tenemos un cliente nuevo -me dijo, sin rodeos-. Viene recomendado por Alfredo Vázquez. Quiere llegar a un acuerdo con un ex socio para comprarle las participaciones de la empresa -continuó-. La negociación está estancada.
- ¿Empresa grande? -pregunté, sentándome frente a él.
- Muy grande y, además, complicada -contestó mi padre.
- ¿Y qué espera exactamente de nosotros? -pregunté de nuevo.

Mi padre apoyó los antebrazos sobre la mesa y sonrió con ese gesto que ya conocía.

- Ha pedido que las negociaciones las lleve Mía.

No me sorprendió en absoluto.

- Vázquez quedó impresionado con ella -añadió-. Desde entonces, no paran de llegar clientes que quieren que los represente directamente.

Sentí ese orgullo silencioso que siempre me recorría cuando hablaban así de ella.

- Mía me comentó que estaba esperando a que un tal Matías confirmara fecha para la reunión -dije-. Me dijo que va justa de tiempo. ¿Es ese?
- Sí. Lo sé -respondió-. Por eso quiero que trabajemos en equipo.
- Como siempre -dije-. Aquí nadie va solo -sentencié porque ese mantra lo repetiría toda mi vida, sobre todo si se trataba de Mía.

- Díselo tú. Aunque creo que ella ya lo tiene claro -mi padre cerró la carpeta y me la entregó.

Salí del despacho pensando en todo lo que estaba pasando a la vez: el bufete creciendo, Liam flotando aún en la nube de la boda, Mía desbordada de trabajo… y nosotros intentando que todo encajara.

Me planté frente al despacho de Mía y levanté la mano para llamar.
Quién me ha visto y quién me ve. Jamás pensé que tendría que aprender por las malas que entrar sin avisar en su despacho era sentencia de muerte segura. Primera vez, bronca. Segunda, peor. Tercera… mejor no recordarla.

- ¿Sí? -oí desde dentro.

Abrí la puerta y allí estaba. Rodeada de papeles, subrayadores, el portátil abierto y ese gesto concentrado que se le ponía cuando estaba metida hasta el cuello en trabajo. Levantó la mirada, me vio… y sonrió. De esas sonrisas que te desarman. Rodeé la mesa sin decir nada y, antes de que pudiera protestar, me incliné y le estampé un beso. Uno de esos que llevaba acumulando desde hacía horas. Sentí cómo pasaba su lengua por sus labios al separarnos, saboreándolo, provocándome sin ningún pudor.

- Mía… -murmuró-. No me vuelvas a hacer eso o te empotro contra la cristalera.
- ¿Promesa o amenaza? -me preguntó sonriendo.
- Puedo hacer ambas -sonrió aún más, apoyando las manos en el borde de su mesa-. ¿Cuál eliges?
- Depende de lo liada que esté y, como ves, ahora mismo es bastante -respondió, señalando su mesa repleta de papeles-. Y ahora mismo estaba siendo muy profesional… hasta que has entrado tú.
- Entonces ya he cumplido mi objetivo -me incliné un poco más hacia ella aspirando su olor.

- Venga, dime qué te trae por aquí antes de que tenga que echarte.

Le conté lo que había hablado con mi padre: el cliente nuevo, la negociación complicada, la recomendación directa del señor Vázquez y cómo había pedido expresamente que fuera ella quien llevara el asunto.

- Así que -continué-, he pensado que yo me encargo de estudiar toda la negociación. Te preparo escenarios, opciones, ventajas y riesgos. Para que cuando llegue la reunión tengas munición de sobra.

Su expresión cambió. Se le suavizó la mirada.

- ¿Harías eso por mí? -preguntó, aunque sabía perfectamente la respuesta.
- Siempre -respondí sin dudar-. Somos un equipo.

Se levantó, rodeó la mesa y me abrazó, apoyando la frente en mi pecho.

- Gracias… no sabes lo que significa para mí. No doy abasto -susurró-. Te quiero.

Le di un beso suave en la sien.

- Y yo a ti. Más de lo que debería estar permitido en horario laboral -le contesté levando una ceja.
- Vete antes de que pierda la concentración del todo -me contestó separándose, pero sonriendo.

El lunes y el martes transcurrieron como si hubieran pasado dos semanas en vez de dos días, fueron unas mañanas interminables. La tarde del martes, cuando estaba saliendo de mi despacho para mi quedada con Eric y Enzo, vi a Mía salir de su despacho.

- ¿Ya te vas? -le pregunté.
- Sí, y por lo que veo tú también -me contestó acercándose a mí y cogiéndome la mano.

Caminamos juntos al ascensor y bajamos dándonos todos los besos que esa tarde no nos daríamos. Llegamos al parking.

- Pórtate mal, pero no demasiado -me dijo son esa sonrisa rompedora.
- Tú no bebas mucho -le devolví-. O luego no respondo.
- No te preocupes, después de la boda tengo que recuperar sales minerales, pero… me encanta cuando me amenazas -dijo, guiñándome un ojo.

Me monté en mi coche con una sonrisa tonta, pensando que todavía no entendía cómo había sido mi vida antes de ella… ni cómo había sobrevivido sin tenerla cerca.

Llegué al bar y vi a Enzo ya sentado en una mesa alta, cerveza en mano, con esa cara de "llevo aquí cinco minutos, pero actúo como si fueran cuarenta". Me senté a su lado.

- Llegas tarde -me soltó-. Pensé que Mía te había puesto cadena.
- La llevo, pero invisible -respondí sarcásticamente, pidiendo dos cervezas.

No había terminado de acomodarme cuando apareció Eric, dejándose caer en la silla frente a nosotros.

- Buenas noches, tortolitos -dijo-. ¿He llegado tarde para rajar de alguien o aún estamos a tiempo?
- Siempre estás a tiempo para rajar -contestó Enzo.
- Sí, sobre todo de ti… ¿qué tal va la cosa con Cami? -le pregunté directo.

Eric bebió un trago largo de su cerveza, demasiado largo.

- Bien -dijo-. Normal.
- Ajá -respondimos Enzo y yo al unísono.
- ¿Normal-bien o normal-mal? -insistí.
- Normal-nada -acabó confesando-. No estamos en el mismo punto.
- Traducido -dijo Enzo-, tú no quieres nada serio y ella sí.

Eric se encogió de hombros.

- Exacto. No somos compatibles.
- Eso suena a excusa de abogado -me burlé.

Eric sonrió y me señaló con la botella.

- Hablemos de ti entonces. ¿Se te ha pasado ya el mal humor de la boda o seguimos en modo Hulk celoso?
- No me habléis de ese tal Will -dije suspirando.
- Uy -dijo Enzo-, ya salió Voldemort.

Les conté lo que había visto, lo de la chaqueta, la discusión, el numerito final.

- O sea -resumió Eric-, que tu prometida baila muy bien, es guapa, simpática y tú te enfadas porque el resto del planeta lo haya notado.
- Gracias por el apoyo -gruñí.
- Amigo -añadió Enzo-, eso no son celos, eso es posesión nivel "marca territorio con fuego".
- Sois imbéciles -les dije señalándolos con el botellín.
- Sí -dijo Eric-, pero tenemos razón.

Se rieron los dos mientras yo negaba con la cabeza.

- Vale -dijo Enzo-, pregunta importante: después de la mega bronca… ¿cómo acabó la noche? Porque yo apostaba a que dormiríais de espaldas.

Sonreí sin poder evitarlo.

- La mejor noche de mi vida.

Hubo un segundo de silencio… y luego carcajadas.

- Lo sabía -dijo Eric-. Los enfados os ponen cachondos.
- Entonces brindemos por Will -Enzo levantó su cerveza solemnemente.
- Ni de coña -respondí, aunque ya me estaba riendo.

Chocamos las botellas entre risas.

- Por las bodas -dijo Eric.
- Por los celos mal gestionados -añadió Enzo.

- Y por Mía -dije yo-, que tiene la culpa de todo.

Bebimos. Y por primera vez desde la boda, me sentí completamente en paz ya que, mis amigos, aparte de Mía, sabían ponerme en mi sitio y no titubeaban en llamarme capullo o algo peor.

Tras varias conversaciones sobre trabajo y proyectos, el móvil vibró sobre la mesa. Era un mensaje de Liam: "*¿Os pasáis luego? Para despedirme de todos antes de irme. Estamos en un bar de tapas, vamos a picotear algo".* Levanté la vista hacia Enzo y Eric.

- Mi hermano quiere que vayamos a despedirlo -les dije.
- Perfecto -dijo Enzo-. Así vemos a las chicas.
- Y comemos -añadió Eric-. Eso siempre es un buen motivo.

A las nueve en punto estábamos llegando al bar. Empujé la puerta… y me quedé completamente paralizado. En una mesa, riendo, estaban Cami, Adri, Liam, Arón, Mía…
y Will. Sentado. A su lado. Al lado de Mía. Claro. Perfecto. Maravilloso. Sentí cómo se me tensaban los hombros de forma automática.

- Eh -susurró Eric a mi lado-. Controla tus celos infundados. No vuelvas a cagarla.
- Respira -añadió Enzo.

Tenían razón. Muchísima razón. Vale, recuerda un mantra James: *No quiere nada con tu chica. No quiere nada con tu chica. No quiere nada con tu chica.* Repetí la frase mentalmente mientras avanzábamos hacia la mesa.

- ¡Eh! -exclamó Liam al vernos-. ¡Por fin!

Todos se levantaron para saludarnos. Abrazos, besos, risas. Yo buscaba con la mirada un sitio estratégico donde sentarme que no implicara homicidio involuntario. Intenté moverme hacia el hueco de Will, pero Arón me puso una mano en el hombro.

- James, ven -dijo sonriendo-. Siéntate aquí, al lado de Mía.

Genial. Resultado final: Mía sentada entre Will y yo. Mierda.

Me senté, intentando relajar el gesto. Mía me sonrió y me dio un beso rápido en los labios. La conversación siguió animada.

- ¿Qué ibas a decir Will? Que te hemos interrumpido -añadió Cami.

Will sonrió y se giró ligeramente hacia Mía.

- Nada, solo estaba diciendo que antes, cuando Mía estaba saliendo del baño, casi se cae con los tacones.
- Me he resbalado y casi me doy de bruces contra el suelo -soltó una carcajada.
- Pero te salvé -añadió Will-. Reflejos rápidos.

Le guiñó un ojo. *No quiere nada con tu chica. No quiere nada con tu chica.*

- Menos mal que estabas ahí -dije yo, con una sonrisa tensa, intentando parecer tranquilo, cuando no lo estaba en absoluto.

La charla continuó entre risas, tapas y brindis. Yo asentía, participaba, incluso bromeaba… pero no dejaba de notar cada vez que Will se inclinaba un poco hacia Mía, cada sonrisa que le dedicaba, cada comentario que, para mí, sonaba un poco más cercano de lo necesario. *No quiere nada con tu chica.* Sí, claro, mis cojones.

- Bueno, chicos -anunció Adri finalmente-, creo que va siendo hora de levantar el culo, que mañana algunos tenemos que madrugar.

Nos levantamos todos casi a la vez. Abrazos, despedidas, promesas de vernos pronto. En la puerta del bar, el grupo se fue deshaciendo poco a poco.

- Nos hablamos -dijo Eric, dándome una palmada-. Controla al cavernícola -me dijo bajito.
- Vete a la mierda -le respondí, pero sonriendo.

Me giré hacia Mía.

- ¿Dónde has aparcado? -le pregunté.
- Por allí -me dijo señalando a la derecha-, cerca de la esquina.
- Yo en sentido contrario, pero te acompaño al coche -le respondí.

En ese momento, como si el universo disfrutara poniéndome a prueba, Will intervino.

- No te preocupes -dijo con naturalidad-. He aparcado justo al lado de ella. Yo la acompaño.

Sentí el impulso inmediato de decir *no*, de soltar algo tipo *tranquilo, voy yo*, de marcar territorio como un imbécil primitivo. Me mordí la lengua. Respiré. *No quiere nada con tu chica. No seas un puto neandertal.*

- Vale -dije al final, sorprendiéndome incluso a mí mismo de lo normal que sonó-. Nos vemos en casa.

Me acerqué a Mía, le sujeté la cara con una mano y le di un beso lento pero firme.

- Conduce con cuidado -le susurré.

Ella me sonrió con esa sonrisa que solo me dedica a mí.

- Ahora nos vemos.

Me separé, metí las manos en los bolsillos y me dirigí a mi coche sin mirar atrás… aunque cada fibra de mi cuerpo quería hacerlo. Mientras caminaba, resoplé para mí mismo. *Dios. Pareces un puto cavernícola celoso.*

¿Y lo peor? Que solo me pasa con ese tipo. Celos, deseo, control forzado. Todo mezclado en el pecho mientras arrancaba el coche, con una única certeza clavada en la cabeza: esa mujer es mía… y yo voy a aprender a confiar sin dejar de sentir.

CAPÍTULO 6: MÍA

Caminé hacia el coche con Will a mi lado. La noche era agradable, de esas que aún guardan el calor del día y huelen a verano tardío. Se hizo un silencio cómodo hasta que él habló.

- Me ha gustado mucho conoceros -dijo-. A ti y a tu grupo. Se nota que sois… familia, aunque no todos compartáis sangre.
- Lo somos -respondí con una sonrisa-. A veces demasiado intensos, pero nos queremos mucho.

Se detuvo junto a mi coche y me miró con una sonrisa sincera, sin dobles lecturas, o al menos eso quise creer.

- Arón siempre habla maravillas de vosotros, pero se queda corto -añadió-. Me alegro de haber venido hoy. Estar en una ciudad como Madrid solo no es fácil.

Ahí fue cuando sentí ese pequeño pellizco de pena. Will era agradable, educado, y daba la sensación de estar un poco solo, agarrándose a los vínculos que le había ofrecido Arón.

- Bueno -le dije-, ya no estás tan solo. Seguro que nos volvemos a ver pronto.
- Ojalá -contestó-. Me gustaría mucho.

Nos despedimos con un abrazo breve, correcto, sin nada que pudiera malinterpretarse. Se separó primero, con una sonrisa tranquila.

- Cuídate, Mía.
- Tú también, Will. Buenas noches.

Me subí al coche, cerré la puerta y arranqué deseando llegar a casa con mi amor.

Cuando llegué a casa y vi el coche de James aparcado en la puerta, sonreí sin darme cuenta. Ya había llegado. Ese gesto tan

simple me provocó una calma inmediata, como si todo volviera a su sitio.

Entré en silencio. La casa estaba a oscuras, salvo una luz tenue que venía del piso de arriba, de nuestra habitación. Subí despacio, dejé el bolso en la mesa de entrada y empujé la puerta.

James estaba de espaldas, desnudándose para acostarse. La camiseta ya estaba en el suelo y sus manos iban al cinturón. Me apoyé en el marco de la puerta sin moverme, observándolo sin pudor. Dios… me seguía provocando el mismo efecto que el primer día. O peor.

Se dio la vuelta al notar mi presencia.

- Has tardado en llegar -dijo, como si nada, aunque su voz estaba más seria de lo habitual.
- Tenía el coche un poco lejos -respondí con una sonrisa ladeada.

Me acerqué despacio, con intención clara. Le puse mis manos en su pecho, recorriendo su piel con los dedos.

- ¿Qué tal con las chicas? -preguntó, intentando sonar normal, aunque noté cómo se tensaba bajo mis manos.
- Bien… -me incliné un poco hacia él-. Muy bien. Aunque creo que he pensado en ti más de lo recomendable. Menos mal que has venido.

No reaccionó como esperaba. No sonrió. No me atrapó. Solo me miró, serio.

- Me alegro -dijo-. Pero no me dijiste que irían Arón y Will.

Alcé las cejas, sorprendida.

- Porque no lo sabía -respondí-. Ha sido improvisado.

Deslicé las manos hacia su cintura, acercándome más, buscando su boca.

- ¿Te molesta? -le pregunté.

- No -contestó rápido-. Solo que no me esperaba verlos allí.

Besé su cuello, suave, lento, justo donde sabía que le costaba más resistirse.

- James… -susurré.

Noté cómo respiraba hondo, cómo luchaba consigo mismo, cómo intentaba mantener esa distancia que le estaba costando horrores sostener y yo no entendía su reticencia.

- Mía… -murmuró, cerrando los ojos un segundo.

Sonreí para mí. Sabía que ya lo tenía.

- Ven -le dije.

Al final fue él quien me agarró, quien me acercó con decisión, quien dejó de resistirse. Y yo me alegré por dentro, porque no quería seguir hablando. Solo quería a mi hombre, conmigo, en nuestra cama, desnudo y enterito para mí.

El resto de la semana transcurrió sin incidencias reseñables, salvo que el cliente nuevo, Matías, me llamó para decirme que si el viernes podíamos tener una primera reunión con su socio y sus abogados para la compra de sus participaciones sociales. Yo no había estudiado su caso, pero James me dijo que me ayudaría, así que le dije que, no había problema, el viernes a las doce tendríamos la reunión. Tal y como colgó la llamada se lo dije a James, quien me dijo que el jueves tendría las distintas opciones para afrontar la reunión.

Como me prometió, el jueves por la tarde, James apareció en mi despacho con una carpeta bajo el brazo y esa expresión suya de *lo tengo todo controlado*.

- Aquí tienes -me dijo, dejándola sobre mi mesa-. Distintas opciones: la más favorable para nosotros, la intermedia y una que podría funcionar para ambas partes si se ponen difíciles.

Lo miré, hojeé los documentos y no pude evitar sonreír.

- No creo que yo lo hubiera hecho mejor.
- Estoy seguro que sí -contestó, guasón-. Pero me gusta que me necesites.

Repasamos todo juntos. Su análisis era impecable. Meticuloso, estratégico, brillante. Una vez más, confirmé que trabajar con él -y vivir con él- era un lujo.

Llegó el viernes. Yo estaba sentada en la Sala de Juntas, concentrada en el informe de James, cuando Belén asomó la cabeza.

- Mía, Matías está subiendo en el ascensor con su socio y su abogado.

Asentí, cerré la carpeta y salí a la puerta de la Sala para esperarlos. Justo en ese momento, James salió de su despacho y cuando me vio se dirigió a mí.

- Va a ir bien -me dijo en voz baja-. Tienes todo controlado.
- Gracias por salvarme la vida esta semana -le agradecí.
- No hay de qué amor -sonrió-. Yo voy a ver a mi padre. Luego me cuentas.

Antes de que pudiera decir nada más, se abrieron las puertas del ascensor. Primero apareció Matías. Después, su socio, Jonathan. Y detrás de ellos… Will. Sentí cómo mi boca se abría de la sorpresa.

Miré a James. Él también los estaba viendo avanzar hacia nosotros. Pero sus ojos no se movían. Estaban clavados en uno solo. En Will.

Cuando llegaron a nuestra altura, nos saludamos cordial y profesionalmente. Hasta que llegó su turno.

- No sabía que tú eras el abogado contrario -le dije a Will sin poder evitarlo.
- Yo tampoco. Lo supe esta mañana -respondió-. Me dieron la dirección y… sorpresa.
- Vaya casualidad -dije.
- Casualidad -repitió James, seco, sin apartar la mirada.

Will lo miró entonces directamente.

- Me alegra volver a verte, James.
- Lo mismo digo -respondió él, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

Durante un segundo, la tensión fue casi palpable. Densa. Incómoda. Will fue el primero en romperla.

- Bien -dijo, ya en tono completamente profesional-. Si os parece, podemos comenzar la reunión.

Asentí. Will entró en la Sala de Juntas y yo me giré hacia James.

- Luego te veo.
- Luego me cuentas -respondió-. Suerte.

Nos miramos un instante más de lo necesario. Había algo ahí. Celos contenidos. Curiosidad peligrosa. Una sensación incómoda que ninguno quiso verbalizar. Entré en la Sala de Juntas con la cabeza alta y el pulso firme.

Comenzamos la reunión con un repaso técnico y ordenado. Expliqué la situación actual de la empresa: activos líquidos, inmuebles, líneas de crédito vigentes, pasivos a corto y largo plazo. Matías asentía, su socio escuchaba con los brazos cruzados y Will no apartaba la vista de los documentos… ni de mí.

- Entrando en materia -dije al llegar al punto clave-, el valor de las participaciones debe calcularse teniendo en cuenta no solo el balance actual, sino la proyección realista de la empresa a tres años.
- Curioso planteamiento -intervino Will, alzando una ceja-. Mi cliente considera que el valor debe fijarse en base al último ejercicio cerrado, sin expectativas futuras que, a día de hoy, son inciertas.

Sonreí, tranquila.

- Las expectativas son inciertas cuando no hay una estrategia definida. Aquí la hay. Y, además, hay contratos ya

firmados que impactarán directamente en la facturación del próximo ejercicio.

- Contratos que aún no han generado ingresos -replicó Will-. Mi cliente no va a pagar por promesas.
- No son promesas -contesté sin perder el tono-. Son compromisos contractuales con penalizaciones elevadas en caso de incumplimiento. Ignorarlos sería infravalorar la empresa de forma artificial.
- Aun así, el precio que propone su cliente está muy por debajo de lo que consideramos razonable -dijo Will cruzando una pierna sobre la otra, cómodo.
- Depende de qué se considere razonable -repliqué-. Si descontamos la deuda financiera pendiente, el riesgo asumido y la falta de implicación activa de su cliente en los últimos dos años, la cifra es más que justa.
- Eso no es exacto -intervino Jonathan, el socio de Matías y cliente de Will.
- Lo es -respondí-. Y está documentado -deslicé un informe hacia el centro de la mesa-. Aquí constan las ausencias en el consejo y las decisiones bloqueadas que han perjudicado el crecimiento.

Will tomó el documento, lo repasó en silencio y luego me miró con una media sonrisa que decía *bien jugado.*

- Mi cliente ofrece tres opciones -expliqué-. Compra total con pago aplazado, compra parcial con permanencia temporal o salida inmediata con una prima compensatoria. Todas equilibradas, todas legales y todas viables.

Hubo unos segundos de silencio. Will se giró hacia su cliente.

- Lo estudiaremos. Presentaremos una contraoferta.
- Perfecto -dije-. Quedamos a la espera.

Los dos socios se levantaron y Matías me dedicó una sonrisa de pura satisfacción por mi actuación, nos dimos la mano y se dirigieron a la puerta. Yo también me levanté, dispuesta a salir… cuando Will habló.

- ¿Podéis iros vosotros, por favor? Me gustaría hablar a solas con la señorita Beltrán.

Me sorprendió, pero asentí. La puerta se cerró tras ellos. El silencio cambió de textura.

- Me habían dicho que eras buena -dijo Will-. Pero me has sorprendido.
- Espero que para bien -le dije.
- Para muy bien -contestó en un tono más bajo, más cercano, no al que tenía segundos antes durante la reunión.
- La opción que has planteado no es, ni de lejos, favorable para mi cliente -me indicó.
- Lo es si valora una salida limpia y rápida. Si no, la alternativa es un procedimiento largo, costoso y con un resultado incierto. Profesionalmente, es la mejor opción -le contesté mirándole de frente.

Sonrió. Dio un paso hacia mí. Solo uno. Aunque demasiado cerca.

- Eres peligrosa, Mía -me dijo finalmente.
- Si te refieres en términos jurídicos… -dije automáticamente.

Negó despacio.

- En todos.

Me quedé muda. Literalmente. No supe qué responder. No sabía si estaba hablando de la negociación… o de algo que no tenía nada que ver con ella.

Will se apartó, cogió su carpeta y se dirigió a la puerta.

- Nos veremos pronto -dijo antes de salir.

La puerta se cerró. Me quedé allí, sola, intentando entender qué acababa de pasar. Si había sido una táctica, una provocación… o algo más.

Entonces, la puerta volvió a abrirse. Y entró mi peligro particular.

Cuando lo vi, por mi mente pasaron dos opciones: contarle lo que me había dicho Will, porque no me gustaba guardarme secretos, ya que me había dejado totalmente desconcertada, o no contarle nada para que no sacara conclusiones equivocadas y no empeorar las cosas entre ellos.

- ¿Por qué estabais Will y tú solo en la Sala de Juntas? -me preguntó directamente.

Definitivamente, me decanté por la segunda opción. Ya se encargaba él solito de sacar sus propias conclusiones y yo no iba a añadir más leña al fuego. Y, siendo sincera conmigo misma, yo tampoco había entendido del todo aquella frase suya: *"eres peligrosa, en todos los sentidos"*.

- Estábamos cerrando las opciones que más le beneficiaban -respondí-. Me confirmó que la primera la va a descartar y que nos mandará una contraoferta. Así que ahora toca esperar.

Noté cómo me observaba, como si intentara leer entre líneas. Pero no insistió.

- ¿Y la reunión? -preguntó.

Sonreí, esta vez con orgullo.

- Ha salido muy bien. El cliente ha quedado muy satisfecho. Y eso es gracias a ti -le dije sonriéndole orgullosa.
- Yo solo lo puse sobre el papel. La que se ha batido el cobre ahí dentro has sido tú -me dijo restándole importancia a su labor.

Di un paso hacia él. Luego otro. Demasiado cerca para ser estrictamente profesional.

- No seas modesto -le dije en voz baja-. Me diste munición de sobra.

- Y tú sabes perfectamente cómo dispararla -respondió, inclinándose un poco hacia mí.
- ¿Eso es un cumplido, señor Bernard? -pregunté, ladeando la cabeza, y notando el aire más cargado entre los dos.
- Depende -sonrió-. ¿Vas a denunciarme por acoso laboral?
- Solo si sigues mirándome así -le contesté.

Se acercó un poco más, bajando aún más la voz.

- ¿Y cómo te estoy mirando? -preguntó.
- Como si no estuviéramos en una Sala de Juntas.
- Eres mi mujer, me da igual donde estemos -murmuró.

Y antes de que pudiera añadir nada más, me besó. No fue un beso suave ni contenido. Fue de esos que nacen del orgullo compartido, de la tensión acumulada, del *somos un equipo* que no necesita decirse en voz alta. Respondí sin dudar. Porque era él. Porque siempre era él.

Cuando nos separamos, apoyé la frente en su pecho, sonriendo.

- Gracias -le dije-. Por todo.

La semana siguiente tenía un juicio importante el miércoles, así que el fin de semana prácticamente desaparecí dentro de casa. Papeles, notas, subrayadores… y James. Sobre todo, James, empeñado en distraerme cada vez que me veía demasiado concentrada.

El domingo por la noche, a eso de las nueve, yo seguía sentada en el sofá con el portátil abierto y una carpeta sobre las piernas. James apareció con dos cervezas y una paciencia que claramente estaba a punto de agotarse.

- Mía, para -dijo, dejándose caer a mi lado-, trabajas demasiado, es suficiente.
- Solo un rato más -respondí sin apartar la vista de la pantalla.

Me cerró el portátil con cuidado, pero con decisión.

- No. Es domingo. Son las nueve y tu cerebro ya no procesa más artículos ni jurisprudencia.

Le miré, dispuesta a protestar, pero me ganó por cansancio.

- Hazme el favor de ver una película conmigo -añadió-. Una.
- Está bien -cedí-. Pero tú eliges, y si es un bodrio luego no te quejes de oír mis quejas.

Sonrió como si acabara de ganar un juicio.

Mientras buscábamos algo que ver, el móvil vibró sobre la mesa. Era el grupo de amigos en el que estábamos todos. Liam había empezado a bombardearnos con fotos desde Tanzania. Elefantes cruzando una llanura infinita al atardecer, con el cielo teñido de naranja y violeta. Una foto de Arón y él sonrientes frente a un lodge de madera, rodeados de vegetación salvaje. Un amanecer desde un safari, con jirafas de fondo, típico fondo de salvapantallas. Y, por supuesto, una última foto de una piscina infinita con vistas a la sabana.

- No los soporto -dije riendo-. Nos están dando envidia a propósito.
- Cuando vuelvan les pienso demandar por daños emocionales -contestó James, apoyando la cabeza en el respaldo.

Poco después recibí otro mensaje. Esta vez de Joselu: "*Hace mucho que no nos vemos. Mira tu agenda y busca un hueco para mí".* Sonreí. Hacía tiempo que no coincidíamos. Revisé mentalmente la semana y le propuse almorzar el miércoles después del juicio, cerca de la comisaría, ya que me dijo que trabajaba por la tarde. Aceptó al momento. Se lo comenté a James, sin darle importancia.

- He quedado el miércoles con Joselu para almorzar, después del juicio.
- Me parece bien -respondió.

No lo vi tensarse, no lo vi poner mala cara. Definitivamente, no le importaba que Joselu fuera mi amigo, que quedara con él, a pesar de conocerlo y conocer su humor tan característico. Entonces… ¿qué le pasaba con Will?

El miércoles llegó por fin. El juicio salió bien, mejor de lo esperado, y salí del Juzgado con esa mezcla de agotamiento y alivio que solo entienden los que lo han vivido.

Me encontré con Joselu en un restaurante pequeño cerca de la comisaría. De esos de menú del día bien hecho y camareros que te llaman "cariño" sin conocerte. Coloqué mi carpeta sobre la mesa para guardarla en el maletín.

- Veo que aún tienes el bolígrafo que te regalé hace años…-me dijo Joselu señalando a mi bolígrafo.
- Siempre, es muy especial para mí, ya lo sabes -le contesté.
- Estás igual -me dijo al sentarse-. Bueno, no. Miento. Estás mejor.
- Y tú sigues diciendo tonterías -reí.

Nos pusimos al día: su trabajo, el mío, la vida en general. Y entonces, bajando un poco la voz, me miró con seriedad.

- Oye… ¿has tenido noticias de tu padre desde lo de la casa de Manuel?
- Nada. Cuatro meses ya. Ni una llamada, ni un mensaje -le dije negando con la cabeza despacio.
- No sabría decirte si eso es bueno o malo -comentó.
- Yo tampoco -admití.
- Si se pone en contacto contigo, avísame -me dijo serio.
- Lo haré. Gracias, de verdad.

Pedimos la cuenta al camarero; dejó el datáfono sobre la mesa y, mientras pagábamos, escuché mi nombre.

- ¿Mía?

Levanté la vista y ahí estaba. Will.

- Vaya casualidad encontrarte aquí -dijo, con una sonrisa.
- Estoy almorzando con un amigo -respondí, señalando a Joselu-, pero justo nos íbamos.
- ¿Te gustaría tomarte un café conmigo antes de irte? -me preguntó Will de inmediato.

Joselu, que captó la escena en décimas de segundo, se levantó con una sonrisa divertida.

- Muy bien -dijo, guiñándome un ojo-. Pues yo ya me voy. Nos vemos, preciosa.
- Cuídate -le respondí, divertida.

Will ocupó su sitio sin pedir permiso, como si fuera lo más natural del mundo. El camarero volvió inmediatamente.

- ¿Algo más? -preguntó.
- Sí, un café solo, por favor -pidió Will.
- Un té verde para mí, gracias -contesté.

Cuando el camarero se alejó, lo miré con cierta incredulidad.

- No sabía que frecuentaras este sitio -me dijo Will.
- He salido de un juicio y mi amigo trabaja cerca -respondí-. ¿Habéis valorado ya lo que hablamos en la reunión? -pregunté-. En cuanto a vuestros márgenes y la viabilidad real…

Will apoyó los codos en la mesa.

- Ahora mismo no estoy en horario laboral. La verdad es que me gustaría hablar más sobre ti…

El camarero dejó el café y el té. Aproveché el gesto para coger el mío y preparar la bolsita, marcando una mínima distancia.

- ¿De mí? No sé qué quieres saber de mí.
- Mía -dijo con calma-, me da la sensación de que James hace contigo lo que quiere.
- ¿Perdona? -pregunté automática porque su tono directo me dejó helada.
- No me malinterpretes -continuó-. Solo digo que he visto cómo te habla, cómo te mira cuando alguien se acerca a ti…

parece posesivo, dominante, como si no te dejara espacio.

Dejé la taza con un golpe seco sobre el plato.

- Eso no es asunto tuyo -dije con frialdad-. No tienes ni idea de mi relación.
- Lo siento, solo doy mi opinión -insistió-. De alguien que os ha observado desde fuera.
- Pues guárdatela -respondí-. James no hace conmigo "lo que quiere". Yo estoy donde quiero estar.

Will suspiró y, con un gesto lento, alargó las manos y tomó las mías por encima de la mesa.

- Perdona -dijo en un tono más suave-. No quería incomodarte. Solo… me importas más de lo que debería.

Iba a retirar las manos cuando una voz nos interrumpió.

- ¡Pero qué sorpresa tan reveladora! Pensaba que James y tú estabais juntos.

Solté las manos de inmediato y levanté la vista. Vanessa. De pie, con los brazos cruzados y una expresión tensa. Estaba claro que el universo se estaba riendo de mí.

- Y lo estamos -respondí, mirándola de frente.

Su mirada se deslizó hacia Will, evaluando la escena, y luego volvió a mí.

- Ya veo… Bueno, ambos hacéis lo que queréis. Me encantan las parejas abiertas.

No dijo nada más. Giró sobre sus tacones y se marchó, dejándonos en un silencio incómodo. Will frunció ligeramente el ceño.

- ¿Quién era ella? -me preguntó.
- Una víbora venenosa con exceso de tiempo libre -contesté sin pensarlo-. Y una historia que no merece ni un minuto más.

Apuré el té y dejé la taza sobre el plato.

- Tengo que irme -dije de inmediato.

Will asintió, esta vez más serio.

- Mía, lo siento, no pretendía incomodarte. No tengo derecho a meterme en tu vida -me dijo sincero y le creí, así que respiré y me tranquilicé.
- No pasa nada. Simplemente no me gusta que se metan en mi vida privada -le contesté.
- No volverá a pasar de verdad -dijo serio.

Asentí, me despedí y salí del restaurante con una sensación extraña en el pecho, mezcla de incomodidad y alivio. Lo único que quería ahora era llegar a casa y ver a James, aunque… no quería llegar a casa y tener que explicar, justificar, medir palabras. No quería ver a James tensarse y fruncir el ceño. No quería que su imaginación hiciera el resto. Porque lo conocía. Sabía que, aunque estuviera esforzándose de verdad por controlar sus impulsos, aquello podía tocar una fibra sensible. Y no quería que él sufriera por algo que no significaba nada. Tampoco quería discutir. Ni defenderme de algo que no necesitaba defensa. Porque yo no había hecho nada.

Me dolía pensar que contarle lo ocurrido pudiera provocar justo lo contrario de lo que ambos estábamos intentando construir: calma, confianza, equilibrio. Habíamos avanzado tanto… ¿para qué retroceder por una escena absurda en un restaurante?

Y después el maldito comentario de Vanessa. ¿Qué había querido decir con "ambos hacéis lo que queréis" y "relación abierta"? Esta tipa estaba loca.

Arranqué el coche con un suspiro largo. Quizá no era el momento de sacar nada de lo que había pasado. Quizá nunca lo sería. Pero, joder, no me gustaba tener que ocultarle nada. No a él.

CAPÍTULO 7: JAMES

Estaba tirado en el sofá, con un partido de tenis de fondo que apenas estaba siguiendo, el móvil en la mano y el grupo de WhatsApp echando humo. Enzo proponía salir, Eric mandaba audios eternos y yo… yo solo podía pensar en Mía. En los fines de semana con ella. En quedarnos en casa sin prisas, sin horarios, sin nadie más. En verla descalza, en pijama o -mejor aún- sin nada, hecha un ovillo sobre mí mientras vemos una película absurda que ninguno recuerda al día siguiente. Así que les corté el rollo con una sonrisa invisible: "*Habladlo para el finde siguiente. Liam ya estará aquí y seguro que se apunta.*"

Protestaron, claro, pero aceptaron rápido. Eso sí, me impusieron una condición: almorzar juntos la semana siguiente en nuestro restaurante favorito. Acepté.

Mientras cuadrábamos día y hora, vibró el móvil de nuevo. Vanessa. Fruncí el ceño. No era la primera vez que me escribía, y tampoco era la primera vez que la ignoraba educadamente. El mensaje decía algo así como que cuándo podíamos vernos, que me echaba de menos, que sabía que no había ningún problema con mi pareja para salir con amigos...

Me quedé mirando la pantalla. ¿Ningún problema con mi pareja? Antes de que pudiera darle vueltas -o contestar- la puerta de casa se abrió. Y todo lo demás dejó de importar.

Allí estaba ella. Mía. Con el conjunto que se había puesto esa mañana para el juicio: pantalón de pinzas oscuro que se ceñía justo donde tenía que hacerlo -en su culo, mi debilidad-, blusa clara ligeramente abierta que dejaba ver su cuello -mi otra debilidad- y la chaqueta colgándole de un hombro con ese aire despreocupado que solo ella sabía llevar. El pelo suelto, los ojos verdes cansados… y aun así devastadores.

Cerró la puerta, se quitó los zapatos de un puntapié elegante y, sin previo aviso, se lanzó sobre mí.

- Te he echado de menos -murmuró, escondiendo la cara en mi cuello.

Sonreí como un imbécil.

- Han pasado… ¿cuatro horas? -le respondí, rodeándola con los brazos-. Esto empieza a ser preocupante.

Soy un hipócrita, me reí de mí mismo. Había evitado salir de juerga el próximo fin de semana por quedarme junto a ella, para estar justo como estábamos ahora. Levantó la cabeza, divertida.

- Pues acostúmbrate.

Mis manos ya estaban recorriendo su espalda, lenta, deliberadamente. Ella se acomodó sobre mí como si ese fuera su sitio natural -porque lo era- y dejó un beso perezoso en mis labios.

- ¿Cómo ha ido el juicio? -pregunté, rozándole la cintura con los dedos.
- Bien -respondió, pero su tono decía *ahora mismo me da igual*-. Luego te cuento.

No me dio tiempo a insistir. Me besó otra vez, más despacio, más profundo. De esos besos que no tienen prisa y que lo dicen todo sin palabras. Sentí cómo se relajaba contra mí, cómo su respiración cambiaba, cómo el mundo se reducía a ese sofá y a su cuerpo encajando con el mío.

- Me encanta cuando llegas así -susurré contra su oído.
- ¿Así cómo?
- Como si supieras exactamente lo que necesito.

Sonrió. Esa sonrisa peligrosa.

Sus dedos se colaron bajo mi camiseta, recorriendo mi piel, provocando sin esfuerzo. Yo la acerqué más, apoyando la frente en la suya. No hubo prisas. No hicieron falta palabras grandilocuentes. Solo caricias, besos que subían de intensidad, risas ahogadas entre

suspiros y esa conexión nuestra que siempre nos encontraba, incluso en mitad del salón, incluso un miércoles cualquiera.

El partido seguía sonando de fondo, olvidado. Y yo solo podía pensar una cosa, mientras la estrechaba contra mí, completamente perdido en ella: no hay ningún lugar en el mundo donde quiera estar más que aquí. Con ella.

Lo del salón había sido… brutal. No por lo explícito, sino por cómo. Por la forma en la que nos buscamos sin decir nada, por cómo Mía se movía sobre mí con esa mezcla peligrosa de dulzura y hambre, por mis manos recorriendo su piel como si la conocieran de memoria -porque la conocían. Fue intenso, lento y desesperado a la vez. Besos que se rompían para recuperar el aire, uñas marcándome la espalda, sus gemidos bajos contra mi cuello. Sexo de ese que no es solo cuerpo, sino necesidad. De ese que te deja temblando incluso después.

Cuando terminamos, nos quedamos unos segundos abrazados, respirando fuerte, riéndonos como dos adolescentes que acaban de hacer una travesura en casa ajena.

- Tenemos que ducharnos -murmuró ella, con esa sonrisa cansada y satisfecha que me volvía loco.

La ducha fue tranquila, íntima, sin prisas. Agua caliente, caricias suaves, besos en los hombros. Nada que ver con la tormenta de antes. Justo lo que necesitábamos.

Ya en la habitación, mientras nos vestíamos, la miré de reojo.

- ¿Qué tal con Joselu? -pregunté.

La vi tensarse. Fue mínimo, casi imperceptible… pero yo la conocía demasiado bien.

- Bien -respondió-. Nos pusimos al día.

Asentí, pero algo no encajó.

- ¿Seguro que estás bien? -añadí-. Te noto rara.
- No me pasa nada, James.

Sonrió, pero no llegó a los ojos.

Ahí estaba. Esa sensación incómoda. Como si hubiera una frase que no había dicho. No insistí. No quería ser esa clase de tío. Pero me quedé con un nudo en el estómago que no conseguí soltar.

Aun así, el resto de la semana fue exactamente como yo quería: con ella. Cenas en casa, risas, noches largas en la cama, conversaciones absurdas, paseos por el parque. Mi sitio estaba claro.

El jueves de la semana siguiente quedé para almorzar con los chicos, como habíamos hablado. Entre plato y plato cerramos plan para el sábado: salir todos juntos y dejar que Liam nos bombardeara con su intensidad post luna de miel. Nos reímos solo de pensarlo.

Y entonces la vi. Entrando en el restaurante. Vanessa.

Me vio, sonrió y vino directo a nuestra mesa.

- Hola, chicos. ¿Qué tal, James?
- Bien -contesté, educado.
- Por fin te veo -añadió-. Podría decir que he visto más a tu noviecita que a ti.
- ¿Qué quieres decir con eso? -le dije levantando la mirada, serio.
- Bueno… la vi la semana pasada, muy bien acompañada -dijo encogiéndose de hombros, como si nada.

Automáticamente pensé en Joselu.

- No insinúes nada -le corté-. Mía estaba almorzando con un amigo.
- No insinúo -respondió-. Solo digo que la vi muy cerca de un hombre que estaba buenísimo. Alto, moreno claro, ojos oscuros… tomando café con ella.

El estómago se me hundió. No había descrito a Joselu. Y Mía me había dicho *almorzar*, no *tomar café* porque sabía que Joseli tenía turno de tarde. Noté cómo la cabeza empezaba a irme a mil por hora.

- No sigas -le advertí.

Vanessa sonrió, satisfecha.

- Solo digo que si ella puede salir con sus amigos y hacerse manitas… tú y yo podríamos vernos alguna vez, ¿no?

No esperó respuesta. Se dio la vuelta y se fue. Yo me quedé quieto, con el pulso disparado.

- Eh -dijo Eric-. No le hagas caso. Esa tía disfruta sembrando mierda.
- Sí -añadió Enzo-. Además, conoces a Mía.

Asentí, pero no dije nada. Porque mi cabeza no paraba. *¿Con quién estabas, Mía?*
¿Y por qué no me lo has contado?

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que algo -pequeño, quizá- se estaba colando entre nosotros.

Llegué a casa después del almuerzo con Enzo y Eric con una idea muy clara: no iba a preguntarle nada a Mía. Nada. Si había algo que tenía que saber, me lo contaría ella misma. Por voluntad propia. Aunque la presión que llevaba clavada en el pecho me estuviera estrujando el corazón como si alguien lo apretara con las manos.

La encontré en la cocina, descalza, con el pelo recogido de cualquier manera, preparándose un té, mientras bailaba una canción que sonaba en la radio, que yo desconocía. Esa imagen tan sencilla, tan de casa… bastó para que la presión aflojara un poco.

- Hola -me dijo, girándose con una sonrisa.
- Hola -respondí.

Solo verla me calmó. Siempre lo hacía. Aunque el runrún siguiera ahí, agazapado.

El sábado llegó antes de lo que esperaba. Quedamos todos para ir a Kayle, una de las discotecas de Eric. Yo estaba apoyado en el marco del salón cuando Mía apareció. Y casi me da algo.

Llevaba un conjunto rompedor: pantalón negro de tiro alto que se le ajustaba a las caderas como pecado bendito, top corto que dejaba ver un trocito de piel justo donde más dolía mirarla, y una chaqueta corta que sabía que iba a sobrarle en cuanto sonara la música. Tacones infinitos. Pelo suelto. Mirada segura.

- ¿Estás bien? -preguntó, divertida, al verme callado.
- No -respondí-. Pero es culpa tuya.
- Me gusta ese problema -dijo sonriendo satisfecha.

Llegamos a la discoteca y, en cuanto entramos, lo vi: su pierna empezó a moverse automáticamente. Como si la música le entrara directa por la piel. Mía y la música eran una sola cosa; no sabía resistirse.

Nos acomodamos en el reservado. Liam apareció como un huracán descontrolado, hablando de todo y de nada, monopolizando el aire. A los pocos minutos llegaron Arón y Will. Cuando vi a Will, algo me dio un vuelco. Alto. Moreno claro. Ojos oscuros. La descripción de Vanessa me atravesó la cabeza como un disparo. *No… no puede ser*, pensé. *Mi mente está jugando sucio.*

Saludaron a todos. Vi claramente cómo Will se detuvo un segundo más frente a Mía, le dijo algo en voz baja. Ella le respondió sin mirarlo directamente. Mierda. Joder, no me jodas. *Era él.*

Liam seguía hablando como si nada hasta que, por fin, se quedó sin palabras -o sin saliva- y llamó a las chicas para que salieran a bailar. Vi en los ojos de Mía ese brillo inmediato. Su mente debió decir "*Por fin".*

Salieron a la pista mi hermano, Adri, Cami y ella. Y fue imposible no mirarla. Todos los hombres, sin excepción, se giraron hacia ellas. Mía se movía con naturalidad, segura, libre. Sonreí, orgulloso. Esa mujer era mía.

Seguí con mi visión panorámica y llegué hasta Will. No la miraba como los demás. No era admiración casual. Había algo más. Intención y atención sostenida. Y eso me removió por dentro de una manera que no supe controlar.

Entonces vi cómo Arón y Will se encaminaban hacia la pista y se unían a ellos y Will solo intentaba bailar con Mía, la que, educadamente, bailaba sin nadie más. En un momento dado vi cómo Mía se inclinaba hacia Cami y le decía algo al oído. Cami asintió, riéndose, y Mía se separó del grupo, caminando con paso decidido hacia el fondo, en dirección a los baños.

Hasta ahí, normal. Lo que no fue normal fue lo que pasó después. Apenas unos segundos más tarde, vi a Will. Miró a un lado. Luego al otro. Como quien comprueba que nadie lo observa. Y entonces, con toda la calma del mundo, se escabulló siguiendo exactamente el mismo camino que había tomado ella.

Se me heló la sangre.

- No… -murmuré para mí-. No, no, no.

El ruido de la música se volvió un zumbido lejano. Mi mandíbula se tensó tanto que me dolió. Noté cómo los músculos del cuello se me ponían rígidos, cómo la rabia me subía desde el estómago hasta la garganta. Lo mato.

Me levanté del reservado de golpe. Eric me miró de inmediato.

- Eh, eh, tranquilo -me dijo, agarrándome del antebrazo-. ¿Qué pasa?

- Ha ido detrás de ella -escupí, sin apartar la vista del pasillo.

Enzo siguió mi mirada y soltó un suspiro.

- James… respira.
- No -respondí-. No pienso respirar.

Cada segundo que pasaba era un golpe más en el pecho. Mil imágenes cruzándome la cabeza sin pedir permiso. Mil pensamientos que no quería tener. Mil razones por las que mi cuerpo estaba listo para ir a buscarlo y partirle la cara. ¿Qué me retenía? Nada.

CAPÍTULO 8: MÍA

Fui al baño intentando despejarme un poco. La música retumbaba incluso allí dentro, pero por suerte no había demasiada cola.

Cuando abrí la puerta para salir, choqué literalmente con un pecho firme.

- Vaya… -dijo una voz grave.

Levanté la vista y ahí estaba Will.

- Perdón -dije automáticamente, dando un paso atrás-. No te había visto.
- No pasa nada -respondió, esbozando una sonrisa-. ¿Estás bien?
- Sí, solo… necesitaba aire.

Will asintió, pero no se apartó. Antes de que pudiera decir nada más, un tipo apareció a nuestro lado, claramente pasado de copas.

- Eh, guapa -me soltó, acercándose demasiado-. ¿Por qué no me sonríes un poco?
- No me interesa -contesté seca, intentando rodearlo.
- Venga, no seas así… -insistió el tipo, con una risa desagradable, cogiéndome del brazo.

Antes de que pudiera reaccionar, Will se interpuso entre nosotros.

- Oye, relájate -le dijo con tono firme-. Déjala en paz.
- ¿Y tú quién eres? -escupió el tipo-. ¿Su guardaespaldas?
- Soy alguien que no va a dejar que la molestes -respondió Will sin subir la voz.

El tipo lo empujó. Todo pasó muy rápido. El empujón fue más fuerte de lo que parecía y Will perdió el equilibrio, cayendo hacia

atrás y golpeándose la cabeza contra la pared antes de acabar en el suelo.

- ¡Will! -exclamé, agachándome de inmediato junto a él.
- Joder… -murmuró él, llevándose una mano a la cabeza.
- ¿Qué ha pasado aquí? -escuché una voz cargada de furia.

Levanté la vista y vi a James plantado delante de nosotros, con Enzo y Eric justo detrás. Tenía la mandíbula tensa, los puños cerrados.

- Ese tipo lo empujó -dije rápido-. Estaba molestándome y Will solo…

No terminé la frase porque James ya estaba gritando.

- ¿Tú eres gilipollas o qué? -le soltó al tipo, avanzando hacia él.
- Largo de aquí antes de que llame a seguridad -añadió Eric.

El tipo empezó a decirle algo en tono despectivo, aunque lo obvié, dirigiéndome a Will.

- ¿Estás bien? -le pregunté a Will, ayudándolo a incorporarse.
- Sí… un poco mareado -admitió-. ¿Salimos un momento? Necesito aire.
- Claro, vamos fuera.

Salimos al exterior de la discoteca. El contraste del aire frío me golpeó la cara.

- Apóyate en mí -le dije, y pasó su brazo por mis hombros.

Se inclinó ligeramente hacia mí, demasiado cerca. Sentí su respiración junto a mi oído.

- Nunca me dijeron que fueras tan hermosa -susurró.
- Will… -empecé, intentando apartarme.
- Mía, yo…
- ¿Qué coño está pasando aquí? -rugió una voz detrás de nosotros-. ¡Me cago en la puta!

James apareció como un huracán, los ojos encendidos de rabia, avanzando directo hacia Will.

- ¡James, para! -me puse delante de él de inmediato, con las manos abiertas-. ¡Para ya!
- ¡Quítate! -me gritó.
- No -le respondí firme.
- ¿De verdad lo estás defendiendo? -escupió, incrédulo.
- Estoy parando una locura -le contesté-. Vámonos a dar un paseo. Ahora.

Me miró unos segundos, respirando agitado y, finalmente, asintió con brusquedad. Nos alejamos del ruido, de la gente, de Will, de todo. El silencio entre nosotros pesaba como una losa.

- ¿Cómo has podido? -estalló de repente-. ¿Cómo has podido hacerme esto?
- ¿Qué estás diciendo? -le dije girándome hacia él.
- ¡Que te estás viendo con Will! -gritó-. ¡Que me estás ocultando cosas!
- ¿Pero tú estás mal de la cabeza? -le respondí, alzando también la voz-. ¿De dónde sacas eso?
- Vanessa me lo dijo -disparó-. Dijo que te vio con él, muy cerca, tomando café. Y ahora esto. Estaba a punto de besarte, joder.

Respiré hondo, conteniendo el temblor.

- Quedé con Joselu a almorzar -dije despacio-. Will apareció después, de casualidad. Nada más. Y no te lo conté porque no quería que montaras un drama, como estás haciendo ahora. ¿Y tú me hablas de ocultar cosas? -le devolví el golpe-. Porque tú tampoco me contaste que sigues viendo a Vanessa.

Se quedó callado un segundo.

- Eso no es lo mismo. Además, sólo la vi el otro día cuando me lo dijo.

- Ah, claro -respondí con ironía-. Tú puedes callarte cosas, pero yo no.
- No quería que pensaras nada raro -dijo orgulloso, herido.
- Y yo sólo quería protegernos -le contesté-. Pero parece que ninguno sabe hacerlo sin herir al otro.

Nos quedamos mirándonos, tensos, demasiado orgullosos para ceder, con el corazón latiendo desbocado y demasiadas cosas pendientes de decir.

- No puedes reprocharme cosas cuando tú has hecho lo mismo -le dije, con la voz aún elevada-. Los dos hemos ocultado información.
- La diferencia -replicó James, tenso- es que yo no he cruzado ninguna línea.
- ¿Y yo sí? -le espeté.
- Estabais muy cerca, Mía. ¿De verdad no lo ves? -me preguntó incrédulo.
- Estaba mareado del golpe y, aunque él quisiera besarme, ¿qué? ¿Piensas que yo le dejaría? -le contesté.

James guardó silencio.

- ¿Eh? Contesta. Me conoces. ¿Le dejaría? -le insistí levantando aún más el volumen de mi voz.
- No -dijo finalmente mirándome a los ojos.

Nos quedamos mirándonos, respirando agitados. El ruido lejano de la discoteca llegaba amortiguado, como si estuviéramos en otra dimensión. Entonces, sin saber muy bien de dónde saqué el valor, le pregunté:

- Dime una cosa, James… ¿Confías en mí? ¿Quieres estar conmigo?

Al preguntarlo supe el miedo que me daba esa pregunta, pues en mi mente no había opciones. Me sostuvo la mirada. Dejé de respirar. Vi cómo se le ablandaban los ojos y yo, al fin, respiré.

- Eres lo más importante de mi vida, Mía -dijo, con la voz rota-. Si estoy así es precisamente porque no quiero

perderte. Y… -tragó saliva- el hecho de que aún no hayamos hablado nada de la boda me hace pensar que quizá eres tú la que se está arrepintiendo de estar conmigo.

Me quedé helada.

- ¿Cómo puedes pensar eso? -respondí, llevándome una mano a la frente-. Hemos estado hasta arriba de trabajo, de juicios, la boda de tu hermano. No hemos tenido tiempo. Y además… es solo un papel, por el amor de Dios -dije, ofuscada.
- Para mí no lo es -replicó-. Significa que somos uno. Que eres mi mujer.
- ¿Entonces es una cuestión de posesión? -pregunté, dolida.
- ¡No! -negó con firmeza y con miedo en sus ojos-. Es una cuestión de unión. Nunca he querido a nadie, nunca he querido comprometerme con nadie, ahora que tengo a ese alguien lo quiero todo con él, contigo.

Suspiré, agotada. Sus ojos me desarmaron. Realmente vi miedo en sus ojos, ese mismo miedo que yo he tenido toda mi vida. Yo por miedo al abandono, él por miedo a perderme.

- No podemos seguir discutiendo por estas tonterías -le dije más bajo-. Tienes que confiar en mí.
- Lo sé -admitió-. Confío en ti. Pero no confío en ese tipo. Me da igual que te miren otros hombres, es más… -esbozó una sonrisa torcida- hasta me pone cachondo pensar que otros desean lo que es mío. Pero cuando él te mira… -negó con la cabeza-. Dios, no puedo soportarlo.

Me acerqué un paso.

- No tienes que soportarlo -le dije suave-. Porque no hay nada que soportar. Yo solo te quiero a ti.

Sus hombros se relajaron al fin. Me tomó la cara entre las manos, apoyando su frente en la mía.

- Perdóname -susurró-. A veces mis miedos me pueden.

- Y a mí los míos, y sabes que, en miedos, soy una experta -respondí con un poco de humor.

Nos besamos. No fue un beso urgente ni apasionado, sino uno lento, sincero, de esos que curan.

Esa noche se acabó para los dos. Neil nos recogió, volvimos a casa juntos, en silencio y con las manos entrelazadas. Y mientras apoyaba la cabeza en su hombro, tuve una cosa clara: los celos no se combaten con reproches, sino con seguridad. Y si había algo que podía ayudar a James a entenderlo, lo haría. Y yo, ya tenía una idea de por dónde empezar.

Cuando me desperté el domingo, me encontré mi grupo de WhatsApp bombardeado a preguntas:

Cami: *¿qué ha pasado? ¿Por qué se fuisteis James y tú?*
Adri*: Eric y Enzo nos contó lo de tipo del baño.*
Liam*: Will nos contó que le empujó y se dio en la cabeza.*
Adri: *Mía, dinos que pasó entre James y tú.*
Liam*: Sí, Will nos dijo que James salió furioso y mi hermano no me contesta al WhatsApp.*
Cami: *¡Mía, habla!*
Adri*: a lo mejor está dormida.*
Cami: *pues que se despierte, quiénes se recogieron a las cinco de la mañana fuimos nosotros y aquí estamos, despiertos por ella.*
Liam: *te puede el cotilleo, Cami, admítelo.*

No pude evitar soltar una sonrisa al leer los mensajes de mis amigos. Dejé el chat abierto sobre mi regazo y giré mi cabeza hacia mi izquierda. Allí estaba la persona que más amaba y la que más me sacaba de quicio, y sonreí. James descansaba tranquilamente.

Yo*: simplemente hubo una confusión entre James y Will y decidimos irnos.*

***Liam**: ¿confusión? ¿Eso quiere decir celos?*
***Cami**: está claro que son celos.*
***Yo**: no traga a Will.*
***Adri**: ¿tuvo motivos?*
***Yo**: para mí no… desde la perspectiva de él… puede.*

Recordé la escena cuando estábamos Will y yo fuera de la discoteca cuando se dio el golpe en la cabeza. Me dijo "que era hermosa" y es cierto que noté que estaba cerca, pero se apoyó en mí porque me dijo que estaba mareado. En mi mente no había ningún propósito "afectivo" pero, viéndolo desde su perspectiva…si lo llego a ver en esa posición con Vanessa… creo que se hubiese iniciado la tercera guerra mundial. Así que, sí, puede que tuviera motivos. Joder.

***Cami**: necesitamos más detalles. ¿Qué plan tenéis hoy?*
***Yo**: hoy creo que ninguno.*
***Adri:** salgo a las 6 de trabajar.*
***Liam:** nada.*
***Cami:** bien, pues ya tenéis uno, a las 18:30 en mi casa.*

Y así, sin más, me encontré en mi BYD camino a casa de Cami. James, por su parte, me dijo que iba a decirles a Enzo y a Eric si querían venir a casa. Genial.

Allí estábamos los cuatro en el salón de Cami, descalzos, con café y algo de chocolate sobre la mesa. El ambiente era de esos que solo se dan cuando hay confianza de verdad.

- Bien, empieza desde el baño -me pidió Cami.

Y empecé. Les conté todo: el encuentro con Will, el hombre borracho y pesado, el empujón, cómo James apareció hecho un huracán, la discusión posterior, los gritos, las verdades lanzadas como cuchillos.

- Me dijo que tenía miedo de perderme -confesé-. Y que el hecho de no haber hablado aún de la boda le hacía pensar

que yo dudaba.

Adri chasqueó la lengua.

- Eso no son celos sin más, eso es inseguridad.
- Y amor -añadió Cami-. Mal gestionado, pero amor.
- Mi hermano nunca ha querido a nadie Mía, tiene miedo de perder lo que ha encontrado contigo -me dijo Liam.
- Te has vuelto un romántico desde que estás casado -le soltó Cami haciéndonos reír a todas.
- Yo le dije que estábamos muy ocupados, que era solo un papel -seguí-. Pero para él no lo es. Para él significa ser uno.

Hubo un pequeño silencio.

- ¿Y tú qué sientes? -preguntó Liam.

Respiré hondo.

- Que le quiero muchísimo. Y que no quiero volver a verle con esa cara de miedo nunca más.

Entonces, casi sin pensarlo demasiado, solté lo que llevaba desde anoche rondándome la cabeza.

- He pensado en algo… -dije despacio-. ¿Y si empiezo a organizar yo la boda?

Hubo un segundo de absoluto silencio. Luego, las caras. Bocas abiertas. Ojos brillando.

- ¿Estás hablando en serio? -preguntó Cami, llevándose la mano al pecho.
- Sí -dije bajito, porque no estaba muy segura de ello.
- Eso le dejaría KO, en el buen sentido -dijo Liam.
- Es justo lo que necesita -dijo Cami.
- Y, además, la confirmación absoluta de que quieres estar con él, a pesar del trabajo, del estrés y de todo -continuó Adri.
- El problema es… -añadí-. Que de verdad no tengo tiempo. Entre el bufete y querer estar con él, se va a dar cuenta

enseguida ya que él quiere una boda grande. No voy a poder.

- Para eso estamos nosotras -dijo Adri sin dudar.
- Y yo -añadió Liam-. Arón se encargó del papeleo, pero tema decoración fui yo y, además, lo tengo muuuuy reciente. Te paso el número de mi wedding planner, Leticia, es una máquina. Y habla con mis padres -continuó Liam-. Sobre todo, con mi madre, le encantará ayudar. Conmigo fue todo tan rápido que se quedó con ganas.

Noté cómo se me humedecían los ojos.

- Muchas gracias -susurré-. De verdad. ¿Creéis que es buena idea o es una locura?
- Es una locura maravillosa -dijo Liam.
- Ni se te ocurra dar las gracias, para eso están los amigos -rio Adri-. Estoy deseando ver la cara de James cuando le digas…-adoptó voz solemne-: Bien, James… nos casamos el día…
- No podéis decir nada. A nadie, por favor -dirigí mi mirada hacia mis tres amigos.
- Seremos una tumba -dijo Liam cerrándose la boca con una cremallera invisible.

Los tres estallamos en carcajadas.

Tras un par de horas más, que se me pasaron volando, entre anécdotas de mi loca amiga Cami, decidimos poner fin a nuestra reunión e irnos cada uno a nuestras respectivas casas.

CAPÍTULO 9: JAMES

Aprovechando que esa tarde Mía había quedado con sus amigos, Enzo y Eric vinieron a casa. El salón se llenó rápido de botellines, risas y ese ambiente cómodo que solo tienes con los de siempre.

- Bueno -empezó Enzo, tirándose en el sofá-, no os cuento lo de anoche… porque madre mía. No hay palabras.
- No, no lo hagas -le cortó Eric-. Que lo mío fue tragedia griega. Quedé con un pibón y me dejó tirado en el último momento. Mensaje de "me ha surgido algo". Claro que sí.
- Eso es que no quería nada serio -le vaciló Enzo-. Justo lo que tú tampoco quieres.
- ¡Pum! -dije divertido.
- Tocado y hundido -respondió Eric, levantando la cerveza.

Nos reímos y luego me miraron a mí.

- Y tú -dijo Enzo-, cara de perro apaleado. ¿Qué pasó con Mía anoche?

Suspiré y apoyé los codos en las rodillas.

- Discutimos por Will.
- Otra vez el abogado guapo -murmuró Eric.
- Joder, estaba demasiado cerca de ella -dije-. Pero es que no fue solo eso, fue… su mirada. No me da buena espina… no sé qué me pasa con él, pero veo como la mira y… ¡Aargh! -dije ofuscado.
- Amigo -intervino Eric, más serio-, yo no quería decírtelo, pero yo también noto algo raro con ese tío. No sabría decirte qué, pero no eres el único.
- Pero piensa en cómo es Mía, es guerrera, cabezota, de armas tomar, con carácter… -añadió Enzo haciéndome sonreír al recordar sus cualidades combativas-. Y, además, te ama. No va a dejarte por nadie, y menos por ese tipo. Por su parte no hay nada, te lo firmo donde quieras.

- Lo sé -admití-. O eso quiero creer. El problema es que cuando lo veo cerca de ella… se me va la cabeza.
- Pues piensa antes de actuar -dijo Enzo con firmeza-. Y demuéstrale que confías en ella. Aunque por dentro quieras arrancarle la cabeza al otro.

En ese preciso momento, una voz sonó a nuestra espalda.

- ¿A quién hay que arrancarle la cabeza?

Los tres dimos un bote. Mía estaba en la puerta del salón, con el bolso colgado del hombro y una media sonrisa peligrosa.

Silencio sepulcral. Eric reaccionó al instante.

- Eh… a nadie importante. Metáfora masculina. Ya sabes.

Mía arqueó una ceja, divertida. Se acercó, saludó a Enzo y a Eric con un beso en la mejilla y a mí me besó en los labios, despacio, como si supiera exactamente lo que hacía.

- Bien -dijo-. Os dejo para que sigáis arrancando cabezas. Yo me voy a la ducha.

Subió las escaleras y escuchamos cómo se cerraba la puerta del baño.

- Joder, tu mujer impone -susurró Eric.
- Y tú tienes que espabilar -añadió Enzo, mirándome fijo-. Cambia el chip. Demuéstrale que confías en ella.

Eric, de pronto, se iluminó.

- Oye… ¿y si hacemos un viaje todos juntos?
- ¿Cómo? -pregunté.
- Todos juntos. Para desconectar -continuó Eric-. Y encima -añadió Eric, como quien no quiere la cosa-, invitamos a Will.
- Ni de coña -respondí al instante-. ¿Estás loco?

Enzo le dio un codazo.

- Estás completamente loco. ¿Pero tú quieres echarlo en la boca del lobo? Una cosa es confiar desde la distancia y otra tragarte al tío durante días -matizó Enzo.

- Precisamente -sonrió Eric-. La prueba de fuego.

Me quedé en silencio. Pensé en Mía. En su sonrisa al entrar. En cómo me besó. En lo mucho que la quería… y en lo cansado que estaba de sentirme así. Si confío en ella, confío de verdad. Si no, esto nos va a romper.

- Quizá… -dije despacio- quizá sea buena idea. O me reafirma o me quita la tontería de una vez.

Los dos me miraron como si hubiera perdido el juicio.

- Vale -solté al final-. Propón un plan. A ver qué pasa.

Enzo negó con la cabeza.

- Estamos locos los tres.

La semana siguiente transcurrió con cierta normalidad, salvo el día que Eric propuso el viaje en el chat grupal.

***Eric**: oye chicos, ¿que os parece si nos vamos de viaje todos juntos?*
***Cami**: que????*
***Liam**: me encanta, Arón y yo nos apuntamos a lo que sea.*
***Adri**: suena guay, pero es imposible que cuadremos fechas.*
***Enzo**: me apunto.*

Un segundo después apareció el mensaje que estaba esperando -y temiendo.

***Mía**: ¿estás loco?*

No pude evitar reírme solo frente a la pantalla. No habían pasado ni cinco minutos cuando escuché el golpe suave en la puerta de mi despacho.

- ¿Se puede? -preguntó Mía, asomando la cabeza.
- Siempre.

Entró con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

- Dime que lo del viaje es una broma.

Sonreí, apoyándome en el respaldo de la silla.

- No lo es. A Eric se le ocurrió el otro día en casa. Dice que nos conocemos desde hace tiempo y nunca hemos viajado todos juntos para desconectar y pasarlo bien -le dije.

Me miró, evaluándome.

- James…
- A mí me parece bien -añadí antes de que siguiera-. Puede ser divertido.
- No podemos hacer un viaje largo. Tenemos negociaciones abiertas, señalamientos, declaraciones, audiencias… es imposible.

Asentí de inmediato.

- Lo sé. Por eso estaba pensando en algo más sencillo. Un fin de semana. Eso sí podríamos cuadrarlo.

Me observó unos segundos más, como si buscara algo en mi cara.

- ¿En serio te apetece el plan? -me dijo mirándome y encontrando la respuesta en mis ojos-. Vale… -dijo al fin-. Pero solo un fin de semana.

Cogí el móvil sin perder tiempo.

Yo: *Propongo un fin de semana. Eso sería más fácil de cuadrar.*

Los mensajes no tardaron en llegar.

Cami*: un fin de semana es más fácil. Dentro de dos semanas tengo el viernes libre.*
Adri*: a mí me deben dos días de descanso, así que podría pillarme los de ese finde.*
Liam*: mi padre es el jefe, así que puedo pillarme los días que quiera* jajaja (no pude evitar reírme del loco de mi hermano).
Eric*: yo soy el jefe, así que puedo pillarme lo que sea.*

***Enzo**: y yo soy mi propio jefe, así que por mí tampoco hay problema.*
***Cami**: vamos, Mía, quedas tú.*
***Liam**: venga cuñadita, faltas tú, mi hermano hace lo que tú digas.*

Maldito Liam. Pero en parte tenía razón. No pude evitar sonreír. Mía podía hacer lo que quisiera conmigo.

Levanté la vista del móvil y la dirigí hacia ella. Le enseñé los mensajes. Mía negó con la cabeza, pero una sonrisa traicionera se le escapó.

- Estáis todos fatal… -murmuró antes de salir del despacho.

A los pocos segundos apareció un mensaje en el chat grupal.

***Mía**: de acuerdo, que sea ese fin de semana.*
***Eric**: ¡perfecto! Por cierto, Liam, dile a Will si quiere apuntarse.*
***Liam**: se lo digo.*

Se me tensó el cuerpo por la incertidumbre. Me apetecía el plan de quedar con mis amigos, pero no que viniera Will. Pero si venía, sería una buena situación para demostrarle a Mía que confío en ella.

El resto del día continuó, pero yo miraba el móvil cada cinco minutos para ver si mi hermano decía algo en el grupo. No había ningún mensaje más. De pronto, mi móvil vibró, mensaje de Liam, abrir:

***Liam**: Will se apunta.*

Y yo me quedé allí, mirando la pantalla, con una sensación extraña en el pecho: nervios, expectación… y esa intuición de que aquel plan iba a remover muchas cosas.

El jueves, sobre la una, estaba revisando unos informes cuando Mía se asomó a la puerta de mi despacho, apoyando el hombro en el marco con esa naturalidad suya que siempre consigue distraerme.

- Voy a pillar algo de almorzar -me dijo-. ¿Quieres algo?

Le dije que sí y le pedí exactamente lo que me apetecía. Ella asintió.

- Gracias amor.

Antes de irse añadió, casi como quien no quiere la cosa:

- Es temprano todavía para almorzar, así que tardaré un poco más y voy a aprovechar para pasar por la farmacia.

Levanté la vista de inmediato.

- ¿Te pasa algo? -le pregunté.
- No, nada grave -contestó negando con la cabeza-. Aspirinas para el dolor de cabeza, ibuprofeno… ya sabes, está por venir la regla. Y aprovecharé para comprar mi caja de anticonceptivas.
- ¿Quieres que vaya contigo? -pregunté, casi sin pensarlo.

Sonrió, de esas sonrisas tranquilizadoras.

- No, quédate. Sigue preparando la reunión de esta tarde.
- Vale -cedí, aunque no muy convencido.

Se giró para marcharse, pero, de repente, rodeó mi mesa, me tomó la cara con las manos y me dio un beso lento, deliberado. De esos que no son inocentes.

- ¿Me vas a echar de menos? -le murmuré cuando se separó apenas unos centímetros.
- Mmm… -susurró curvando sus labios con malicia-. Quizás deberías aprovechar esta noche antes de que llegue "mi amiga".
- ¿Eso es una amenaza o una promesa? –le solté con una risa baja.

- Una advertencia -dijo guiñándome un ojo-. Luego no digas que no te avisé.

Se marchó dejándome allí, apoyado en la silla, con una sonrisa tonta y una energía brutal recorriéndome el cuerpo. No iba a necesitar café en toda la tarde. Tenía muy claro que esa noche… iba a aprovecharla.

CAPÍTULO 10: MÍA

Organizar una boda en secreto estaba resultando bastante más estresante de lo que había imaginado. Las búsquedas de internet no ayudaban. Entre el trabajo, James, los silencios estratégicos y las medias verdades que tendría que utilizar, ya me estaban dando dolor de cabeza y aún no había empezado. Solo rezaba porque Leticia me lo hiciera más fácil.

Habíamos quedado en una cafetería pequeña, cerca del despacho. Cuando llegué, ella ya estaba sentada con un café y una tablet delante. Sonrió en cuanto me vio.

- Mía, ¿verdad? Encantada de conocerte formalmente. Nos vimos en la boda de Liam, pero no tenía tiempo de pararme a hablar con nadie.
- Encantada. Sí, lo sé, hiciste un trabajo impecable -respondí, sentándome frente a ella-. Y, gracias por hacerlo tan… discreto.
- Es mi especialidad -dijo guiñándome un ojo-. Cuéntame, ¿qué tienes en mente?

Respiré hondo.

- Vale… quiero boda civil. Eso lo tengo clarísimo.
- Perfecto -asintió, tomando notas-. ¿Lugar?
- Me gustaría una finca al aire libre. Algo con jardín, árboles, luz natural… nada excesivamente recargado.
- Me encanta. ¿Fecha?
- Me gustaría que fuera primavera, verano o principios de otoño, con buen tiempo -le dije.
- Perfecto, es una época perfecta para casarse, evitas lluvias. Así que, si te parece bien, me encargaré de pedir fecha en el registro, aunque ahí me tendrás que ayudar tú a conseguir la documentación necesaria de ambos -me comentó Leticia.

- Vale, hablaré con mis suegros para que me echen una mano. Y te daré el número de mi suegra que, ya me ha confirmado, que le hace mucha ilusión ayudarme -le dije.
- Me parece maravilloso, eso dice mucho de ti -me dijo sonriendo-. ¿Catering?
- No tengo ni idea. Creo que mis suegros aportarán más luz que yo en ese aspecto ya que tienen más experiencias en realizar eventos -le contesté totalmente sincera.

Seguimos con tonalidades -colores suaves, verdes, blancos, algún toque empolvado-, música -algo elegante, pero con momentos para romperlo todo en la fiesta- y, poco a poco, empecé a sentir cómo el agobio se me subía al pecho.

- Leticia… siento que es demasiado -admití-. No sé si voy a poder con todo sin que James se dé cuenta.

Apoyó los codos en la mesa.

- Escúchame. Esto siempre abruma al principio. Pero cuando nos veamos la próxima vez, te prometo que estará todo prácticamente encarrilado. Y muchas decisiones importantes las podemos ir cerrando por WhatsApp o llamadas. No estarás sola.

Me relajé un poco. Mucho, en realidad.

- Gracias… de verdad.

Salí de allí más tranquila. Sí, le estaba ocultando a James que acababa de reunirme con la wedding planner, que él no sabía que había contratado, pero, al menos, lo de la farmacia, era verdad. Entré, compré aspirinas, ibuprofeno y todo lo necesario. Cuando salí, me dirigí al bar para recoger la comida para llevar.

Y entonces lo vi, más bien me topé de bruces con él. Mi padre. Se me heló el cuerpo.

- Mía -dijo, como si nada-. Qué sorpresa.
- Hola -respondí, seca.
- ¿Cómo estás? -preguntó.

- Bien.
- ¿Trabajando mucho? -volvió a preguntar.
- Sí.

Silencio incómodo.

- ¿Y tu vida? -insistió-. ¿Todo bien?
- Sí.

Me miraba como si no entendiera nada, como si no hubiera pasado absolutamente nada entre nosotros. ¡Hipócrita!

- ¿Por qué estás tan incómoda? -preguntó al fin-. Soy tu padre.

Y algo dentro de mí se rompió.

- ¿De verdad me lo preguntas? -solté, conteniendo mal mi rabia-. ¿Actúas como si no hubiera pasado nada? ¿Como si no me hubieras abandonado? ¿Como si no me hubieras amenazado hace meses en casa de Manuel?

Su expresión no cambió. Ni un ápice.

- No dramatices -dijo, frío-. Las cosas son como son. Yo hice lo que tenía que hacer.

Sentí un nudo en la garganta, pero no le di el gusto de verme caer.

- Entonces sigue haciéndolo -le dije-. Pero lejos de mí.

Y me fui, con el pulso acelerado y la certeza de que algunas heridas, por mucho que pase el tiempo, no se cierran nunca.

Me apoyé en la pared de la entrada del bar con la mano en el pecho. Notaba el corazón acelerado, como si acabara de correr una maratón. Necesitaba tranquilizarme. Respirar. Volver a mí. No estaba preparada para ese momento y, viendo el estado en el que me encontraba, creo que no lo estaría nunca.

- Mía.

Alcé la vista. Will.

- ¿Estás bien? -preguntó, frunciendo ligeramente el ceño.
- Sí… bueno -exhalé-. Acabo de tener un encuentro con una persona que no quería haberme encontrado nunca más en mi vida.

Me llevé las manos a la cabeza. Sentía que todo me daba vueltas.

- Eh, tranquila -dijo con suavidad-. Estás muy alterada. Respira conmigo, ¿vale?

No supe cómo, pero sus manos se posaron en mis brazos, firmes pero cuidadosas, obligándome a quedarme quieta. Me miró a los ojos con una calma que contrastaba con el torbellino que llevaba dentro.

- Eres muy fuerte, Mía. Lo sabes, ¿verdad? -dijo despacio-. Inhala… eso es… ahora suelta el aire.

Intenté seguir su ritmo. Una vez. Dos. Tres. Sin darme cuenta, me rodeó con los brazos. El abrazo me pilló desprevenida, pero no fue incómodo. Al contrario. Me ayudó a calmarme.

Cuando los nervios empezaron a ceder, me aparté suavemente.

- Gracias, Will -le dije, sincera.
- No hay de qué -me dijo.
- Voy a entrar a comprar algo para almorzar -le dije intentando olvidar a mi padre.
- ¡Qué casualidad! -sonrió-. Yo también venía aquí. Me encantan los sándwiches de pollo con mostaza y miel que hacen. Son criminales.

No pude evitar sonreír. Entramos juntos, hicimos el pedido y salimos con las bolsas en la mano. Ya fuera, nos detuvimos un segundo.

- Oye -dijo-, cuando concretemos lo del fin de semana, avísame. Por lo que me dijo Arón, es en dos semanas y aún no sé dónde vamos.

- Ni tú ni nadie, somos un desastre -reí-. Te avisaremos.

Nos despedimos con un abrazo rápido y esta vez fui yo la que lo inició, a modo de agradecimiento final. Luego me giré y me encaminé hacia el despacho.

Justo antes de entrar al despacho me topé con Eric. ¿Alguien más quiere unirse a la lista de encuentros fortuitos en esta maldita hora y media que he salido? Adoraba a mi amigo, vale, pero necesitaba respirar, y respirar sola sienta mejor.

- Eh, Mía -sonrió-. Iba a ver a James por un tema legal de uno de los locales.
- Perfecto -le devolví la sonrisa-. Vamos juntos.

Caminamos hacia el ascensor y, cuando ya estábamos dentro, me miró de reojo, con esa expresión suya entre curiosa y demasiado lista.

- Por cierto… -empezó-. Te he visto en el bar de enfrente con Will.

Me giré hacia él sin sobresaltarme.

- Sí, ¿y? -le dije alzando una ceja.
- Nada, nada -alzó las manos-. Que no pasa nada, pero… si James lo hubiese visto…
- Eric, de verdad, no pasa nada. Solo es un amigo -dije soltando un suspiró demasiado alto.
- Ya… pero conociendo a James y lo poco que le gusta Will -me dijo sincero.

Entonces decidí cortar de raíz cualquier película que pudiera montarse.

- Me encontré con mi padre -le dije, seria-. Me alteré bastante. Por casualidad, Will iba a ese bar a pillar su almuerzo, me vio mal y me tranquilizó. Eso es todo.

Eric soltó una maldición en voz baja.

- Tu padre es un auténtico imbécil -dijo sin filtro-. Un irresponsable, un egoísta y…

No lo interrumpí. Todo lo que decía… era verdad. Cuando terminó su despotrique, me miró.

- Tienes que contárselo a James -me dijo serio.
- Sí -asentí-. No me ha dado tiempo aún -continué con retintín.
- Vale, vale -rio-. Pero hazlo.

Llegamos a la planta y nos dirigimos al despacho de James. Llamamos y entramos.

- Gracias por el almuerzo -me dijo James nada más verme-. ¿Qué tal la cabeza?
- Me sigue doliendo un poco -me sinceré.

Me observó con atención, esa mirada suya que lo analiza todo.

- Vete a casa -ordenó con suavidad-. Descansa. Yo saldré nada más terminar la reunión.
- Creo que sí… -admití-. Me iré y te espero allí.

Eric intervino:

- Cuídate -me guiñó un ojo-. No queremos bajas innecesarias.

Me despedí de los dos con una sonrisa, salí del despacho y, por primera vez en todo el día, sentí que lo único que necesitaba era llegar a casa, ponerme cómoda… y respirar.

Llegué a casa con la cabeza aún embotada. Normal Mía, trabajo a punta pala, tu padre desquiciado, la preparación de la boda secreta, las discusiones con James por Will… demasiado bien estás, lo raro es que no te faltara un tornillo, me gritó mi subconsciente.

Dejé el bolso en la entrada, fui directa a la cocina, me tomé un ibuprofeno y respiré hondo apoyada en la encimera. Necesitaba bajar revoluciones. Me duché despacio, dejando que el agua caliente me relajara los hombros y, cuando salí, me puse mi pijama rosa

favorito: cómodo, amplio, suave… ese que solo me pongo cuando quiero sentirme en casa de verdad.

Me tumbé en el sofá, me acurruqué con una fina manta y cerré los ojos. El silencio me vino bien. Poco a poco el dolor empezó a ceder, o quizá era solo el cansancio ganándome la batalla. Pasó más o menos una hora cuando mi móvil vibró sobre la mesa baja. El chat grupal. Lo cogí medio sonriendo antes incluso de desbloquearlo, porque cuando todos escribían a la vez rara vez era para algo tranquilo.

***Cami**: ¿habéis mirado algo?*

***Adri**: eso, que aún no me he pedido el día porque no habéis dicho nada.*

***Liam**: no he mirado nada, decid destino, confirmo a todos.*

***Enzo**: yo he estado mirando algo para alquilar ya que somos muchos, pero no veo el sitio adecuado. Va a ser frío, así que da igual que vayamos a un sitio con playa o piscina, no nos podremos bañar.*

***Yo**: yo no he mirado nada la verdad.*

***Eric**: yo os propongo mi villa en Sotogrande.*

***Cami**: ¿tienes una villa en Sotogrande y he pagado las copas en tus clubs? No te lo perdono Eric.*

***Eric**: no has pagado ni una, no te hagas la pobrecita.*

***Cami**: porque siempre salgo pedo y no me entero de nada.*

***Liam**: jajajaja*

***Adri**: ¿estamos hablando de Sotogrande en Cádiz? No me puedo permitir ir allí ni con Google Maps.*

***Eric**: os estoy invitando tontos. Creo que es la mejor opción. Mi casa tiene cinco habitaciones, nos podríamos repartir entre ellas, piscina cubierta, salones amplios y, por la zona, el puerto y el campo de golf.*

***Cami**: nos lo estás vendiendo muy bien.*

***Liam**: yo digo sí.*

***Adri**: yo también, no creo que tenga otra oportunidad de ir a una villa de millonarios jajaja*

***Eric**: qué exagerados sois.*
***Enzo**: me parece guay el plan.*
***Yo**: por mí bien también.*

Dejé el móvil sobre la mesa y me acurruqué un poco más en el sofá. Cerré los ojos unos segundos. Quizá una escapada con amigos no estaría mal. Quizá alejarnos del despacho, de las tensiones, de los encuentros incómodos… podría venirnos bien. Sobre todo, a James y a mí.

CAPÍTULO 11: JAMES

Cuando terminé la reunión, no me quedé ni un minuto más en el despacho. Cogí las llaves y me fui directo a casa. Tenía a Mía rondándome la cabeza desde hacía horas; su dolor de cabeza, su aceptación de irse antes… algo en mí estaba inquieto.

Al entrar en casa la encontré tumbada en el sofá, con los ojos cerrados, acurrucada bajo una manta. Esa imagen me bajó de golpe todas las revoluciones. Me quité la chaqueta, la dejé sobre la silla, aflojé la corbata, me descalcé y caminé despacio hacia ella.

Debí hacer algo de ruido porque abrió los ojos y levantó un poco la cabeza.

- Has llegado muy pronto, ¿no? -me dijo, con la voz aún algo adormilada.
- Me he venido directo al terminar la reunión -contesté mientras me sentaba a su lado y ella apoyaba su cabeza en mi regazo-. ¿Cómo te encuentras?
- Mejor… -sonrió levemente.
- ¿Se te ha quitado el dolor de cabeza? -le pregunté.
- El ibuprofeno ha hecho su efecto. Ya no me duele tanto -suspiró-. Tengo demasiadas cosas en la cabeza…

Le acaricié el pelo despacio, con cuidado.

- Pues tienes que relajarte -le dije-. No puedes vivir con esa tensión constante.
- Créeme, no soy yo quien las busca -me dijo mirándome con una media sonrisa cansada.

Ahí vi claramente que algo había pasado. Esa mirada no engaña.

- ¿Qué ha pasado? -pregunté, serio.

Y entonces me lo contó. Lo de su padre. El encuentro, las palabras, la frialdad. Noté cómo se me tensaba la mandíbula

mientras hablaba. Cuando terminó, solté todo lo que llevaba dentro.

- Ese tío no merece ni llamarse padre -escupí-. Te juro que si lo tuviera delante… le volvería a partir la cara, y esta vez no me quedaría sólo ahí.

Mía me apoyó la mano en el antebrazo, calmándome, como siempre hacía.

Después siguió hablando. Me contó que se fue muy nerviosa, que le faltaba el aire, y que, en la puerta del bar, se encontró con Will.

Noté el latigazo por dentro. El nombre me encendió algo en el pecho, pero apreté los dientes y me obligué a respirar. No quería que lo notara. No esta vez.

Me quedé callado, escuchando.

- Me tranquilizó -continuó-. Me ayudó a respirar, me dio pautas… se me pasó el ataque de ansiedad.

Asentí despacio.

- Tendré que darle las gracias la próxima vez que lo vea -dije, sorprendiéndome incluso a mí mismo-. Por cómo te trató.

Ella me miró, como si no esperara esa respuesta.

- ¿Algo más? -pregunté, intentando mantener el tono neutro.
- No… -dudó un segundo-. Bueno, pedimos la comida juntos y luego nos despedimos. No creía conveniente añadir nada más, pero… como te pones como te pones… nos dimos un abrazo.

Por dentro fue como si algo me arañara. Un nudo caliente, incómodo, irracional. Me vi apretando los dedos contra el muslo para no reaccionar.

- Sois amigos -dije al final-. Necesitabas un abrazo en ese momento. Es normal.

Ella abrió los ojos, sorprendida. Y luego sonrió. Una de esas sonrisas suyas, llenas de amor, de alivio.

- Gracias por intentarlo -me dijo en voz baja.

La miré, de verdad la miré. La mujer que amo, sentada a mi lado, vulnerable, confiando en mí.

- Puedes contarme cualquier cosa -le dije-. Somos un equipo, ¿recuerdas?

Asintió, apoyando la cabeza en mi hombro.

Y mientras la abrazaba, por dentro seguía luchando conmigo mismo. No me gustaba nada la idea de que Will la abrazara. Los celos seguían ahí, clavándome las uñas por dentro, molestos, persistentes. Pero había algo más fuerte que todo eso: no quería que Mía sintiera nunca que tenía que callarse algo por miedo a mi reacción. Prefería arder por dentro antes que perder su confianza.

Así que respiré hondo, la estreché un poco más contra mí y me repetí una vez más, otro mantra: *Confía. Va a ser tu mujer. Está contigo.*

- Bueno, después de todo lo que ha pasado hoy, definitivamente, el fin de semana con amigos te va a venir muy bien -dije cambiando un poco de tema.
- Sí, eso espero. La verdad es que me hace ilusión -me confesó-. ¿Tú has ido alguna vez a la casa de Eric de Sotogrande?
- Sí, Enzo y yo hemos ido un par de veces -le confirmé.
- ¿Y cómo es? -me preguntó con curiosidad.
- La verdad es que es impresionante -le dije.
- ¿Pero cómo es? Cuéntame -me insistió con ilusión.
- Cuando la veas ya me lo dirás tú misma -le guiñé un ojo.

Mía me frunció el ceño divertida y volvió a acomodarme junto a mí.

La semana siguiente pasó casi sin darme cuenta. La rutina volvió a imponerse: juicios, reuniones eternas, varias tazas de cafés vacías sobre la mesa. Lo único distinto fue notar que Mía quedaba más de lo normal con sus amigas. No le di importancia. Después de todo lo que llevaba encima -el trabajo, lo de su padre- era lógico que necesitara distraerse, despejar la cabeza. Me parecía incluso sano.

El lunes, Eric nos confirmó que había organizado el viaje:

Eric: *ya está todo organizado. El viernes cogemos un avión desde Madrid al aeropuerto de Málaga, a las 11:25 horas. Llegamos a las 12:40. Ya he contratado dos Uber, con capacidad suficiente, que nos esperarán a esa hora, para que nos lleve a los nueve a mi casa, que está a una horita. Y la vuelta también la he contratado para que nos dejen en el aeropuerto una hora antes de que salga el avión, que cogemos el domingo a las 17:35 horas.*

Cami*: cómo te quiero Eric.*

Adri*: eres el mejor Eric, gracias por todo.*

Eric*: no hay de qué.*

Enzo*: gracias tío. Aunque no se lo digáis mucho que se viene arriba.*

Mía*: en este momento puede venirse arriba, eres el mejor. Gracias.*

Liam*: te como los huevos.*

Yo: *gracias campeón.*

Eric*: Liam…*

El miércoles iba camino de la Gran Sala para hablar con Dylan sobre un caso complicado cuando vi abrirse la puerta del despacho de Mía. Y entonces ocurrió. De allí salió Will. Otra vez Will.

Fue como un puñetazo directo al estómago. Seco, inesperado. Sentí cómo se me tensaba todo el cuerpo antes incluso de poder pensar nada coherente. Él me vio y levantó la mano en un gesto educado.

- James -saludó, tranquilo.

Mía salió detrás de él.

- Hola -me dijo ella, con naturalidad.

Tragué saliva y forcé una expresión neutra.

- Hola.
- Vamos a la Sala de Juntas para reunirnos con los clientes -explicó Mía-. A ver si conseguimos llegar a algún acuerdo sobre la venta de las participaciones.
- Claro -respondí, asintiendo despacio.

Se giraron para marcharse y, justo antes de que diera el paso atrás definitivo, lo dije. No sabía muy bien por qué, pero necesitaba hacerlo.

- Por cierto, Will -añadí-, gracias por ayudar a Mía con su ataque de ansiedad el otro día.

Will se quedó quieto un segundo. Me miró sorprendido, claramente sin esperarse que yo lo supiera. *Sí, lo sé, cabrón. Mía me lo contó*, pensé con una mezcla rara de orgullo y territorialidad.

- No fue nada -respondió al final.

Mía me miró y en su mirada no había tensión, ni miedo, ni disculpas. Solo amor. Agradecimiento. Se acercó, me dio un beso ligero en los labios, breve pero lleno de intención.

- Luego nos vemos -me dijo en voz baja.
- Que vaya bien -contesté.

Los vi marcharse y, cuando desaparecieron por el pasillo, me quedé un segundo quieto, respirando hondo. El nudo en el estómago seguía ahí, sí. Los celos no habían desaparecido por arte de magia. Pero algo dentro de mí se sentía extrañamente en paz. *Ese es el camino*, me dije. *James, lo estás haciendo bien.* Casi pude notar a mi subconsciente dándome una palmadita en la espalda mientras retomaba el paso hacia la Gran Sala, con el pecho un poco más lleno y la cabeza un poco más clara.

Tras casi una hora encerrados en mi despacho, Dylan y yo salimos comentando los últimos flecos del caso mientras nos dirigíamos a la cocina a por un café. Justo entonces se abrió la puerta de la Sala de Juntas. De allí salieron Matías y su socio -Jonathan, si no recordaba mal- hablando animadamente. Por sus gestos y sonrisas era evidente que la reunión había ido bien.

Unos pasos más atrás, en la misma puerta, se quedaron Will y Mía, aun conversando. Le dije a Dylan que me esperara en la cocina y me acerqué.

- ¿Qué tal ha ido? -pregunté, con tono neutro.
- Intensa -dijo Will-. Muy intensa. Hemos empezado en posiciones totalmente opuestas, pero… -la miró descaradamente- al final he tenido que ceder prácticamente en todo lo que ella planteaba.

Mía arqueó una ceja.

- No exactamente -replicó-. Ha sido un tira y afloja justo. Cada uno ha defendido lo suyo.
- Justo, sí -insistió Will-, pero no nos engañemos. Tú has sabido apretar donde dolía. Jonathan no ha tenido más remedio que aceptar tus condiciones.

Demasiado elogio. Demasiada cercanía. Sentí cómo algo se me removía por dentro, pero respiré hondo y entré en la conversación con calma medida.

- No me sorprende -dije-. Mía es excepcional en todo.

Mía me miró de reojo, con una mezcla de complicidad y agradecimiento. Will carraspeó.

- Bueno, os dejo -dijo-. Nos vemos el viernes para el fin de semana.

Justo cuando iba a irse, Mía lo detuvo.

- Un momento, Will. Mi bolígrafo.

Will tenía su bolígrafo en la mano. A mis ojos, y al de los demás, era un bolígrafo más: negro y básico. Nada especial. Pero

para ella era otra cosa. Lo veía como un pequeño talismán: su bolígrafo de la suerte, regalado por su gran amigo Joselu.

- Ah, cierto -rio-. Se me olvidaba.
- Se lo regaló un amigo hace años -intervine-. Es especial para ella.
- Si fuera otro cualquiera no me importaría -añadió ella-, pero ese es especial. Es mi bolígrafo de la suerte -confirmó.

Will se lo devolvió y se despidió. Cuando desapareció por el pasillo, entramos juntos en la Sala de Juntas. Cerré la puerta.

- Cuéntame -le pedí-. ¿Qué habéis cerrado exactamente? Porque he visto a Matías bastante contento al salir.

Mía se apoyó en la mesa, soltó el aire despacio, como si al fin pudiera relajarse, y empezó a explicarme.

- Ya sabes que la balanza estaba mal colocada desde el principio, tú mismo escudriñaste el asunto -empezó-. Jonathan quería vender sus participaciones, sí, pero a un precio inflado y sin asumir ninguna responsabilidad por la situación real de la empresa.
- Y Matías quería comprarlas -añadí-, pero sin que le tomaran el pelo.
- Exacto. Matías sabía que la empresa tenía potencial, pero también sabía que las cuentas no cuadraban como Jonathan decía. Así que mi estrategia fue clara desde el minuto uno.

Se movió por la sala, gesticulando ligeramente, metida otra vez en la negociación.

- Puse sobre la mesa los informes contables reales: desviaciones de presupuesto, gastos injustificados, decisiones de gestión cuestionables… todo documentado. Jonathan intentó minimizarlo, pero ahí fue donde empezó a ponerse contra las cuerdas.
- Le dejaste sin margen -comenté.
- Eso fue lo que más le dolió -asintió-. Will defendía a su cliente con uñas y dientes, pero incluso él tuvo que

reconocer que las cifras hablaban solas. Cada vez que Will subía el precio, yo respondía con un riesgo más, una contingencia más, una posible auditoría futura.

Me puse cachondo sólo imaginándola firme, precisa y en contra de Will.

- ¿Y Matías?
- Matías estaba encantado -dijo-. Porque no solo estaba justificando pagar menos, sino que además quedaba claro que estaba asumiendo un problema que no había creado él. Así que propuse la solución final: ajuste del precio a la baja, condicionado a la situación real de la empresa, y una cláusula que Matías no podría reclamar nada más en el futuro si aparecían nuevas irregularidades.
- Ahí cedieron -dije, ya seguro.
- Ahí cedieron -confirmó-. Jonathan no tuvo más remedio. O aceptaba esas condiciones o Matías se levantaba de la mesa.

Me crucé de brazos, orgulloso.

- Por eso Will te estaba elogiando ahí fuera. No porque quisiera, sino porque le tocó reconocer que habías ganado la partida.

Mía sonrió, esta vez sin disimular.

- Mi cliente se fue feliz porque compró sabiendo exactamente lo que compraba, sin trampas ni sobreprecios. Y eso, para mí, es ganar.

Me acerqué un poco más.

- Eres una abogada brillante.

Ella negó con la cabeza, restándole importancia, pero yo lo tenía claro: no solo había cerrado un acuerdo, había puesto a cada uno en su sitio.

- Y lo firmarán… -dejé la pregunta en el aire.
- En dos semanas. Falta documentación financiera, pero es un trámite -contestó.

- Estoy muy orgulloso de ti -admitió
- No exageres -dijo, quitándole importancia, aunque sus mejillas se encendieron.

Me acerqué otro paso más.

- No exagero nunca cuando hablo de ti.

La tensión cambió de textura. Se volvió eléctrica. Mis ojos recorrieron su cuerpo, continué por esa la falda que llevaba esa mañana -ajustada, elegante, provocadora sin pretenderlo- y que había tenido que contenerme de no arrancársela antes de salir de casa.

- James… estamos en el trabajo -murmuró, conociendo perfectamente mis intenciones.
- ¿Sabes? Siempre he tenido una fantasía, aquí, contigo -respondí en voz baja.
- Ah, ¿sí? -sonrió-. ¿Cuál?

No contesté con palabras. La atraje hacia mí y la senté suavemente sobre la mesa de juntas. La besé con pasión, como sólo podía hacerlo con ella y, lentamente, fui bajando por su cuerpo hasta parar en ese punto que me volvió loco. Levanté la mirada y en sus ojos había fuego, lujuria. Le separé los muslos y agradecí enormemente que llevara medias de liga. Aparté lentamente la tira de sus braguitas de encaje mientras sus ojos y los míos no perdían el contacto. La sensualidad impregnaba el ambiente. Desvié mi mirada para dirigirla a sus pliegues y, separándolos, hundí mi lengua en su interior, provocando, lamiendo y succionando su clítoris con ferocidad. Mía se echó hacia atrás y apoyó sus manos en la mesa, abriéndose complemente ante mí, dejándola expuesta, para que mi boca y mi lengua le dieran todo el placer. Escuché sus gemidos y eso hizo que aumentara mi velocidad. El mundo exterior se apagó. Solo existíamos nosotros, el latido acelerado, sus gemidos ahogados y el choque de mis labios contra su zona más íntima. Cuando el orgasmo la inundó, sólo pude agradecer que la Sala de Juntas estuviera insonorizada.

Sonreí con satisfacción pasándome los dedos sobre mi boca, aún mojada por su éxtasis. Fantasía cumplida.

CAPÍTULO 12: MÍA

La noche antes de la escapada hice la maleta con una sonrisa tonta en la cara. Noviembre no perdonaba y el frío iba a estar asegurado, así que metí jerséis gorditos, bufandas, botas… y, por supuesto, un par de bikinis. Eric había dicho piscina interior y yo pensé exactamente lo mismo que todas: eso había que amortizarlo.

Mientras doblaba ropa, el móvil empezó a vibrar sin parar.
El chat grupal echaba humo, estábamos todos en un grupo denominado "Lo que pase en Sotogrande, se queda en Sotogrande". Somos muy originales, lo sé.

***Cami**: ¿Soy la única con mariposas en el estómago o esto es normal?*

***Adri**: Normal no sé, pero yo llevo tres cambios de ropa "por si acaso".*

***Liam:** Yo solo quiero saber si hay alcohol. El resto es secundario.*

***Yo:** Liam, por favor…*

***Eric:** por supuesto que habrá. Tenemos que pasarnos por el súper cuando lleguemos.*

***Arón**: Pregunta importante: ¿hay que llevar bañador?*

***Enzo**: por supuesto, ¿qué pregunta es esa? Confirmo: piscina interior, calefacción y cero excusas.*

***Will**: ups, voy a echarlo, se me había olvidado.*

***Cami**: …vale, pues entonces dos bañadores.*

***Yo**: yo llevo tres. Voy a amortizar esa piscina.*

***James**: Amortizaremos esa piscina.*

***Liam**: tortolitos, parad.*

***Adri:** ¿Y ropa "monísima pero cómoda"? Porque quiero ir ideal, pero poder comer sin morirme.*

***Yo:** Monísima pero cómoda.*

***Liam:** Yo voy en chándal.*

***Cami:** No te acerques a mí en chándal, por favor.*

Eric: *Tranquila, yo me encargo de que no vaya en chándal.*
Yo*:* 👀👀👀
Adri: *Ajá. Eso ha sonado interesante.*
Cami: *NO EMPECÉIS.*

Me reí sola mientras cerraba la maleta. Nervios, emoción, ese cosquilleo previo a algo que sabíamos que iba a dar para muchas historias.

El viernes por la mañana estábamos todos en el aeropuerto de Madrid muy animados. A las 11:25 el avión despegó puntual, y yo me senté entre Cami y Adri.

En cuanto se abrochó el cinturón y el ruido de fondo nos dio un poco de intimidad, Cami se inclinó hacia mí.

- Bueno… -susurró- ¿cómo llevas *lo otro*?

Adri levantó una ceja de inmediato. Sonreí, bajando la voz.

- Avanzando despacio, pero avanzando. Leticia dice que vamos bien… y también gracias a vosotras.
- Bueno -añadió Adri-, sólo le pasé a Leticia dos proveedores buenos de catering con los que trabajo.
- Y yo sólo le mandé mis contactos para los estilismos -dijo Cami-. Para los vestidos, pruebas, todo eso. Estoy deseando acompañarte a mirar vestidos de novia.

Las miré, emocionada. Mi vestido. Era lo que más me ilusionaba de toda la organización. ¿Cómo sería? ¿Cómo lo quería? No lo había pensado aún.

- Sois las mejores -les dije-. Creo que James no se imagina nada. Hemos guardado muy bien el secreto. Manuel y Gloria no comentan nada de la boda cuando están con él.

Las tres sonreímos.

- Oye, loquita - dijo Adri, mirando fijamente a Cami-. ¿Hay alguna novedad con Eric?

- No -respondió Cami demasiado rápido-. Ninguna.

Adri y yo nos miramos.

- Ajá -dije-. Mientes.
- Cami -insistió Adri-. Habla.
- Vaaaaleeee… -murmuró derrotada-. El otro día me lo encontré en una tienda del centro comercial.
- ¿Y? -pregunté.
- Y no sé cómo pasó… pero acabamos en el probador.
- ¿En el probador? -preguntó Adri, levantando una ceja.
- Besándonos y mucho.
- ¿QUÉ? -gritamos Adri y yo a la vez.

Las cabezas de los chicos se giraron hacia nosotras. Fingimos toser, reímos nerviosas y bajamos la voz.

- No me lo puedo creer -susurré-. ¿En serio?
- Sí, fue muy intenso -dijo Cami, colorada.
- Madre mía -añadió Adri-. Esta escapada promete.

Miré hacia delante, donde James hablaba con Enzo y Eric, ajeno a todo. Sonreí. Sí, definitivamente… esta escapada iba a dar mucho de qué hablar.

Aterrizamos en Málaga. En la salida del aeropuerto nos esperaban dos Uber: uno para cuatro y otro para seis. Nos organizamos rápido. En uno íbamos Liam, Arón, James y yo. En el otro se fueron Cami, Adri, Eric, Enzo y Will.

Nada más sentarnos, Liam abrió su mochila como si fuera un mago sacando trucos sin fin.

- Vale -anunció orgulloso-, he traído juegos de mesa.

James y yo nos miramos.

- Plural -añadió Arón, resignado.
- Juegos para beber -continuó Liam-, juegos de preguntas incómodas, un trivial… y cartas.
- ¿Para cuántos días vienes? -le pregunté, riendo.

- Vengo preparado para todos los escenarios posibles -respondió muy serio-. Nunca se sabe cuándo puede surgir una crisis existencial… o una borrachera épica.
- Está casado -dije señalándolo-, pero sigue siendo el mismo.
- Oye -protestó Arón-, que yo le superviso.
- Mentira -dijo Liam-. Tú eres el primero que pierde.

El coche avanzaba suavemente por la carretera mientras ellos discutían qué juego estrenaríamos primero. James me miró de reojo, sonriendo, y yo apoyé la cabeza en su hombro, cómoda, en paz. Él me besó la coronilla con un gesto tan natural que me encogió el pecho de lo bonito que fue.

- Me encanta esto -susurré.
- A mí también -contestó-. Todo.

Los dos Uber llegaron casi al mismo tiempo y se detuvieron frente a la casa de Eric. Y ahí… Nos quedamos literalmente congeladas. Cami, Adri y yo, cada una al lado de la otra, sin movernos, con la boca abierta, mirando al frente. Eso no era una casa.

Era una villa contemporánea de varios niveles, perfectamente integrada en el paisaje, al final de un tranquilo callejón sin salida. Líneas limpias, grandes ventanales, tonos neutros y elegantes. Desde allí se dominaba el Campo de Golf Almenara, verde, infinito… y, al fondo, casi como un cuadro, el mar.

No olía a dinero. Olía a lujo sereno, a calma y a exclusividad.

- Chicas… -dijo Enzo detrás de nosotras-. Si habéis reaccionado así con el exterior, no quiero ni imaginar cuando veáis el interior.

Eric sonrió, claramente disfrutando del momento.

- Bienvenidos -dijo-. Pasad, que esto solo acaba de empezar.

Entramos y… madre mía.

El interior era aún más impresionante. Espacios abiertos, techos altos, una luz natural brutal entrando por cada rincón. Un salón principal enorme, con sofás bajos, una chimenea moderna y vistas directas al campo de golf y al mar. La cocina, abierta, de diseño impecable, con una isla gigantesca que ya imaginé rodeada de copas y risas.

- Aquí se va a liar -murmuró Adri.

Eric siguió con la visita guiada.

Nos llevó a la piscina interior: un espacio espectacular, rodeado de ventanales de suelo a techo. El agua reflejaba la luz del exterior y, al fondo, el verde del golf y el azul del mar parecían fundirse.

- Vale -dije-. Yo ya no me voy de aquí. Esta será mi habitación.

Después, la sala de juegos: billar, futbolín, una zona de sofás con una mesa enorme y una barra completamente equipada.

- Esto es peligrosísimo -dijo Cami.
- Ese era el objetivo -respondió Eric.

Adri y yo nos miramos con esa mirada que decía: "entre estos dos está la cosa que arde".

También tenía un gimnasio totalmente equipado, varias terrazas, dormitorios amplios con baños privados… todo pensado para no necesitar salir de allí en días.

Después del *house tour* de Eric, nos acomodamos todos en el enorme salón, repartidos entre sofás, pufs y apoyados en la barra de la cocina abierta. Aún seguíamos asimilando lo que acabábamos de ver.

- Bueno -dijo Eric-, habrá que ir a hacer la compra para el fin de semana. Hay un supermercado cerca de aquí. Tengo el coche en el garaje.

Lo miramos con sorpresa.

- ¿Tienes un coche aquí? -preguntó Cami.
- Claro -respondió encogiéndose de hombros-. Cuando vengo necesito moverme.

Adri soltó una carcajada.

- Te juro, Eric, que no sabía que tenías tanta pasta. Creo que me he confundido de profesión.

Eric negó con la cabeza, divertido.

- La casa es herencia de mis abuelos. El coche sí es mío -nos informó-. Está claro que no sabéis muchas cosas de mí.
- Bueno, yo te acompaño a comprar -dijo Enzo levantándose.
- Yo también -añadió Arón.
- Cuenta conmigo, así avanzamos más rápido -dijo James.
- Perfecto. Con cuatro pares de manos es más que suficiente. Por mí, pillad lo que queráis -dijo Liam despreocupado.

Entonces James se giró hacia mí, buscándome con la mirada.

- ¿Algo en especial que te apetezca?
- Por mí, lo que vosotros queráis -le dije sonriendo.

Se acercó un poco más y, en voz baja, me preguntó con una sonrisa cómplice:

- ¿Quieres que me quede… o estás deseando bañarte en la piscina?

Me reí sin poder evitarlo.

- Me conoces demasiado bien.

James sonrió, me dio un beso rápido y suave en los labios y, tras un "ahora volvemos", los cuatro salieron dirección al garaje.

Me giré hacia el resto que nos quedamos en la casa.

- Bueno… yo voy a estrenar la piscina.
- Estupendo, me apunto -dijo Cami sin pensarlo.
- ¿Puedo ir con vosotras? -preguntó Will.

Antes de que nadie contestara, Liam intervino con su entusiasmo habitual:

- Eso no se pregunta, amigo. Vamos todos a la piscina.

Nos reímos y cada uno se dirigió a su habitación asignada. Cami y Adri, juntas. Liam y Arón, como el matrimonio perfectamente sincronizado que eran. Enzo y Eric. Will, en otra habitación solo. James y yo, por supuesto, juntos.

Mientras me ponía el bañador pensé que aquel fin de semana prometía… y mucho. Y, por primera vez desde hacía días, sentí que podía relajarme de verdad.

Cuando entré en la piscina cubierta fue como si la estuviera viendo por primera vez. Los ventanales gigantes dejaban pasar una luz natural preciosa y, al fondo, el verde del campo de golf se mezclaba con el azul del mar. Aquello no era una piscina, era un auténtico regalo para los sentidos.

Cami y Adri ya estaban allí, sentadas en el borde, metiendo los pies en el agua. Me acerqué a ellas y empecé a quitarme el vestidito ligero que me había puesto encima del bikini. Era negro, sencillo, de líneas limpias, de esos que no necesitan llamar la atención porque saben que la tienen, con la parte de abajo de tiras finas que se anudaban en las caderas. Me encantaba porque estilizaba y me hacía sentir cómoda y segura.

- Vale -dijo Adri mirándome-, confirmamos que has venido a humillarnos este fin de semana.
- Que tonta eres -me reí.

En ese momento aparecieron Liam y Will por la puerta acristalada. Mis amigas se quedaron en silencio… dos segundos.

- Madre mía… -murmuró Cami-. ¿Pero este hombre es legal?
- ¿Will? -pregunté arqueando una ceja-. Oye, que Liam es un cañón también.
- Lo sabemos -respondió Adri sin apartar la mirada-, pero Liam no está en el mercado.
- Ni en nuestro mercado -añadió Cami.

Las tres estallamos en carcajadas.

- Sois terribles -les dije entre risas.

Liam nos vio desde el otro lado y frunció el ceño, divertido, acercándose.

- A ver, a ver… ¿de qué os reís exactamente?
- Nada, Liam, comentábamos que tienes un gusto excelente en amigos atractivos -dijo Cami sin perder la oportunidad.

Will se rio, claramente incómodo pero halagado.

- ¿Me estáis diciendo que yo estoy mal quizá? -dijo mi amigo, abriendo los brazos y girándose, mostrando su perfecto cuerpo.
- Estás cañón, no te preocupes, Liam, tienes todo nuestro respeto -le dije riéndome.
- Ah, ¿sí? -dijo él.

Y sin darme tiempo a reaccionar, me agarró de la cintura y me lanzó al agua.

- ¡LIAM! -grité justo antes de caer, muerta de risa.

En cuestión de segundos, Will cogió a Cami y Adri -una por cada lado- y las tiró también a la piscina.

- ¡TRAIDOR! -chilló Adri entre carcajadas.

Salimos a la superficie riéndonos, salpicándonos, con el eco de nuestras risas rebotando en el cristal y la sensación clara de que

algo había empezado.

Oficialmente, nuestro finde de amigos acababa de arrancar.

CAPÍTULO 13: JAMES

Nos fuimos los cuatro al supermercado con la idea clara de no complicarnos la vida. Fin de semana de amigos, sí; Masterchef, no. Así que acabamos cargando con: hamburguesas y chorizos criollos, costillas ya marinadas, bandejas de brochetas de pollo, ensaladas preparadas, patatas fritas, pan, salsas varias, pizzas y algún que otro plato preparado para vagos confesos.

Luego llegó la zona peligrosa: las bebidas.

- Si no llevamos alcohol a Liam le da algo -dijo Arón muy serio.
- Doy fe -respondí sin dudar-. Ha traído juegos de beber de todas las modalidades existentes.
- Y no existentes -añadió Arón riéndose.

Cerveza, vino, algo de whisky, ginebra, refrescos, agua… el carro ya parecía el aprovisionamiento para un apocalipsis.

Mientras recorríamos los pasillos, Enzo se me acercó, bajando la voz.

- ¿Y qué? ¿Cómo van los celos?
- Mejor… estoy intentando controlarlos. Pero no te voy a mentir, ahora mismo solo pienso en Mía y Will solos en la casa.

Enzo levantó una ceja.

- No están solos -me dijo.
- Lo sé -dije-. Por eso estoy aquí.

Nos miramos y nos echamos a reír, porque sabíamos perfectamente de qué hablábamos.

Pagamos y volvimos al coche cargados como mulas. Eric conducía, Arón iba de copiloto, y Enzo y yo detrás. No habíamos

avanzado ni dos minutos cuando Eric, con esa sonrisa suya de cabrón curioso, lanzó la bomba.

- Oye, Arón… ya que estamos en confianza. Cuéntanos cosas sobre Will para conocerlo mejor.

Yo me tensé sin querer.

- ¿Qué cosas? -preguntó Arón.
- Pues no sé… su vida, su rollo -añadió Eric.
- Pues estudió Derecho, como su padre. Estuvo varios años fuera, trabajando en el extranjero, y hace poco encontró curro aquí -dijo Arón encogiéndose hombros.
- ¿Y en el tema sentimental? -insistió Eric, muy casual.
- Que yo sepa, tuvo una novia en la facultad, pero nada serio después. Nunca lo he visto con nadie más.

Yo miraba por la ventana, fingiendo indiferencia, pero estaba escuchando cada palabra.

- ¿Y qué tipo de chicas le gustan? -continuó Eric.

Arón pensó un segundo.

- No creo que tenga un prototipo claro… pero diría que le gustan las mujeres con carácter, con personalidad fuerte y de las que no se callan.

Hizo una pausa.

- Del estilo de Mía o Cami, por ejemplo.

Sentí el puñetazo en el estómago. Miré a Enzo. Su cara reflejaba exactamente lo que yo estaba pensando: *joder*. Enzo apoyó su mano en mi brazo, firme, silencioso. Un mensaje claro: *tranquilo*. Por el espejo retrovisor vi cómo Eric me miraba, serio por primera vez desde que habíamos salido. No hacía falta decir nada.

Volví la cabeza hacia Enzo y él, con un gesto mínimo, señaló a Eric. Y entonces lo entendí. No era el único. Eric también había sentido celos.

El coche siguió avanzando hacia la casa, cargado de comida, alcohol… y pensamientos que ninguno de los tres quiso verbalizar.

Llegamos a la casa y empezamos a descargar la compra entre bromas y comentarios sueltos. Organizamos lo básico: bebidas en la nevera, carne preparada, bolsas repartidas. Pero entonces… las voces. Risas. Chapoteos. Gritos. La piscina. Y automáticamente pensé en Mía. Eric fue el primero en reaccionar.

- Os doy dos minutos -dijo quitándose la sudadera-. A la piscina.

No sé cómo pasó, pero en cuestión de segundos los cuatro estábamos corriendo escaleras arriba, cambiándonos a toda prisa como adolescentes hormonados. Yo ni recuerdo si cogí bañador o me lo puse del revés. Solo recuerdo las prisas.

Llegamos los cuatro a la vez a la zona de la piscina interior, jadeando, muertos de risa por la carrera y entonces… dejé de respirar.

La escena se me clavó directa en el pecho. Mía estaba dentro del agua, apoyada en el borde de la piscina, con los brazos sobre el mármol claro. El pelo mojado le caía por la espalda, la piel brillándole con la luz que entraba por los ventanales. Reía, de esa manera suya que me desarma siempre. Y Will estaba justo frente a ella, dentro del agua también, demasiado cerca. Demasiado cómodo. Le decía algo y ella se inclinaba un poco hacia él para escucharle mejor, soltando una carcajada después, negando con la cabeza. No era nada. No estaban haciendo nada. Pero joder.

Vi cómo Will alzaba la mano y salpicaba agua hacia ella, en broma. Mía le devolvió el gesto, riéndose, empujándolo ligeramente con el hombro. Ese gesto, tan natural, tan suyo… y que no era conmigo en ese momento. El estómago se me cerró.

- Veo que llegamos en el momento justo -dijo Eric.

Mía levantó la vista y me vio. Y entonces todo cambió. Su sonrisa se ensanchó al verme. Esa sonrisa que sí era mía. Se incorporó un poco más en el borde y levantó la mano.

- ¡Por fin! -gritó-. Pensaba que os habíais perdido en el súper.

Yo asentí, intentando recomponerme, y me obligué a sonreír también.

- Nos hemos traído media tienda -dijo Arón.
- Alguien tenía que alimentar a esta panda -dije.

Ella rio otra vez, pero esta vez me miraba a mí, y sentí cómo algo, en mi interior, se recolocaba ligeramente. Will también me miró, tranquilo, como si nada. Como si no acabara de estar demasiado cerca de mi chica.

Me quité la camiseta y me tiré la piscina sin pensarlo más, el agua templada rodeándome el cuerpo. *Controla tus celos*, me repetí. Llegué hasta ella buceando y cuando salí a la superficie ella me miraba son una sonrisa.

- ¿Todo bien? -me preguntó en voz baja.
- Todo bien -mentí-. Solo tenía ganas de verte.

Y era verdad.

Pero mientras la tenía delante, tan cerca ya de mí, no pude evitar hacer una cosa:
rodearle la cintura con el brazo, suave pero firme, dejando claro -para ella, para Will y para quien hiciera falta- que ese lugar, ese gesto, era mío y besarla con pasión que arrancó un ¡uuuh!, por parte de Adri y Cami.

Mía apoyó su mano en mi pecho y sonrió, como entendiendo sin necesidad de palabras. Y yo me quedé allí, respirando por fin… aunque una parte de mí siguiera vigilando cada movimiento de Will, como un animal en alerta.

Estábamos echando un buen rato en la piscina cuando Arón, con ese tono práctico que tiene siempre, soltó:

- Oye, creo que va siendo hora de comer algo, ¿no?

Mía apoyó los brazos en el borde y asintió sin pensarlo.

- Sí, tengo hambre. ¿Nos encargamos nosotras?

Miró a Cami y a Adri, que aceptaron al instante.

- Vosotros habéis ido a por la comida -dijo Adri-, ahora nos toca a nosotras currar un poco.

Salieron del agua y yo no pude evitar mirarla. Joder. Mía saliendo de la piscina era… espectacular. El agua resbalándole por la piel, el bikini pegado, el pelo húmedo cayéndole por la espalda. Me quedé quieto, observándola sin disimulo.

- Madre mía… -dijo Liam, señalando sin pudor-. Ese culo…

No le dejé terminar.

- Con su culo nada -solté-. Es espectacular.

Liam levantó las manos exageradamente.

- Lo que iba a decir. Es espectacular -dijo, provocando risas.

Fue entonces cuando, casi por instinto, busqué a Will con la mirada. Y allí estaba. Observándola de arriba abajo. Sin tocarla, sin decir nada, pero fijándose en cada curva como si la estuviera memorizando. Noté el pinchazo en el estómago. *Mirar es lo único que podrás hacer con ella*, pensé, apretando la mandíbula.

Nos quedamos un rato más en la piscina, intentando mantener la calma entre bromas y chapuzones, hasta que escuchamos desde el salón:

- ¡Chicos, el almuerzo está listo!

Salimos, nos secamos como pudimos y fuimos al salón. La mesa estaba llena de platos sencillos pero perfectos para el momento: ensaladas, algo de carne fría, pan, queso, alguna

empanada… vino ya servido. El almuerzo fue una sucesión de risas, bromas y cachondeo.

- Propongo un brindis -dijo Liam-. Por Eric, su casa, y porque ninguno nos hayamos ahogado todavía.
- Todavía -remarcó Arón.

Después de comer, Liam -cómo no- apareció con una bolsa llena de juegos.

- Vale, momento lúdico-degenerado -anunció-. Juegos de beber, retos, equipos. El que pierde, bebe.
- ¿Qué has traído? -preguntó Eric.
- De todo. Carreras absurdas, voltear vasos, preguntas incómodas… he pensado en todo.
- Me da miedo -dijo Cami.

Empezamos a jugar, formando equipos al azar.

- Equipo uno, Arón y Adri, contra equipo dos, Will y Mía.

Joder. Vaya puntería tenía el destino. *Sin duda me están poniendo a prueba*, pensé, apoyándome en el respaldo del sofá con una copa en la mano.

El reto era sencillo: cada equipo tenía tres vasos de plástico, una mesa y una baraja. Uno de los dos miembros del equipo debía voltear los vasos (de boca abajo a boca arriba) siguiendo una secuencia concreta, mientras el otro leía en voz alta retos rápidos sacados de las cartas. La trampa estaba en que no podías empezar el siguiente movimiento hasta que tu compañero terminara de leer el reto, y si te equivocabas en el orden… bebías y volvías a empezar.

Nada físico. Nada raro. Pero exigía coordinación, comunicación y sangre fría. Will cogió los vasos. Mía, las cartas.

- No corras -le dijo ella-. Hazlo limpio.
- Tú canta rápido -le respondió él-. Si me haces pensar, la lío.

Mía estaba en modo competitivo total, dando órdenes rápidas, riéndose, concentrada. Will la seguía sin discutir, atento, rápido.

- Vamos, vamos -animaba Mía-. Ahora, ¡ya!

Y lo que vi fue algo que no esperaba tanto: iban perfectamente sincronizados. ¡Ganaron sin beber ni una sola vez!

- ¡SÍ! -gritó Mía.

Se abrazaron de forma automática y Will, llevado por la emoción, la levantó del suelo.

- Joder, eres increíble -dijo él-. Qué forma de competir.

Noté cómo el pecho se me tensaba. *Todo muy normal, James. Todo muy normal. Controla*. *Es un juego. Solo un juego*.

Mía tocó el suelo enseguida, todavía riéndose, y buscó mi mirada casi sin darse cuenta. Cuando me encontró, sonrió de esa manera suya, suave, tranquilizadora. Y yo respiré un poco mejor. Pero, aun así, no pude evitar pensar que ese fin de semana había empezado fuerte e iba a ser… una auténtica prueba de autocontrol.

Después de varios juegos -Cami y Enzo arrasando a Liam y Eric, Adri humillando elegantemente a Enzo- llegó mi turno. Uno contra uno. Contra Will.

Mi subconsciente se carcajeó: *vale, ya está bien, universo, el chiste ya lo he pillado*.

Liam levantó el pulsador rojo como si fuera un trofeo.

- Trivial express. Al mejor de cinco preguntas. El que pulse primero y acierte, punto. El que falle… bebe.

Mía se colocó a mi lado, casi rozándome el brazo.

- Vamos, amor -me susurró.

Eso me activó algo por dentro. Como si me hubieran conectado a la corriente.

- Primera pregunta. ¿Capital de Eslovenia?

Pulsé antes de que terminara la frase.

- Liubliana.

Punto para mí. Vi de reojo a Will arquear una ceja. Bebió.

- Segunda pregunta -continuó Liam-. ¿En qué año cayó el Muro de Berlín?

Click.

- 1989 -contesté.

Otra más. Mi cerebro iba a la velocidad de una IA entrenada con datos históricos, jurídicos y triviales inútiles. No pensaba: ejecutaba.

- Tercera pregunta. ¿Elemento químico con símbolo Au?

Will pulsó esta vez, rápido, hay que reconocerlo.

- Oro -dijo.
- ¡Punto para Will! -gritó Liam.

Bien. No pasa nada. Bebí.

- Cuarta. ¿Quién escribió *Crimen y castigo*?

Ni respiré.

- Dostoyevski.

Mía pegó un pequeño salto y me agarró del antebrazo.

- ¡Dios! Esa no me la sabía -admitió.
- La quinta, la definitiva. ¿Cuál es el río más largo de Europa?

Pulsé como si el botón me debiera dinero.

- El Volga -contesté.

Silencio. Luego explosión.

- ¡GO-LA-ZO! -gritó Enzo.
- ¡Así se hace colega! -añadió Eric.

Mía levantó los brazos como si acabara de ganar una final.

- ¡Ese es mi chico!

Sonreí. No pude evitarlo. No era solo ganar. Era ganarle a él. Me giré hacia Will, le choqué la mano con deportividad.

- Eres rápido, tío -me dijo, sincero, bebiendo el último chupito.

Lo miré, ladeando apenas la cabeza, con una sonrisa tranquila.

- Sí -respondí-. Eso parece.

CAPÍTULO 14: MÍA

Tras un buen rato de juegos, risas y alcohol, acabamos desperdigados por el salón. En la mesa baja, Enzo, Eric, Liam y James se habían enfrascado en una partida de cartas con esa intensidad absurda que solo aparece cuando ya han caído un par de copas de más.

Yo me estiré un poco en el sofá y sentí el cansancio dulce del día encima.

- Vale… yo voy a ducharme y a ponerme cómoda -anuncié, levantándome.
- Yo también -dijo Adri casi al mismo tiempo.
- Y yo -añadió Arón.

Will levantó la vista de la mesa de juego, sonrió y se encogió de hombros.

- Creo que es la mejor opción.

Cami miró a Adri y negó con la cabeza.

- Yo voy después. Quiero ver cómo pierde Eric esta mano, necesito aprender -dijo muy seria.

Las risas no tardaron.

Mientras Arón, Will y Adri se levantaban y se dirigían a la escalera, James me miró. Con esa mirada. La de pídemelo. La de estoy deseando irme contigo. Y…lo admito, soy débil, no pude resistirme.

Me acerqué despacio, apoyé una mano en el respaldo de su silla y me incliné hasta su oído.

- ¿Te duchas conmigo? -susurré, sin darle dramatismo, justo lo suficiente.

James alzó la vista, me miró con media sonrisa y murmuró:

- Te lo has pensado mucho.

Y entonces, claro… mis amigos, que no pueden ser más metomentodo ni, aunque se esfuercen, no tardaron en saltar:

- ¡Eh! -saltó Eric, señalando las cartas-. Hasta que no termines la partida no puedes irte a follar.

Liam se giró hacia su hermano, con teatralidad absoluta.

- Venga, hermanito. Controla tu excitación y ganemos esto rápido.
- Cerrad la bocaza -les soltó James, sin levantarse, pero con esa voz que prometía represalias.

Cami se dobló de la risa. Yo me incliné de nuevo hacia James, esta vez con una sonrisa tranquila.

- Termina la partida -le dije-. Te espero arriba.

Me enderecé, los miré a todos con fingida superioridad y añadí:

- Envidiosos.

Subí la escalera sin mirar atrás, pero sabiendo perfectamente que James no iba a tardar.

Llegué a nuestra habitación y empecé a desvestirme sin pensar en nada más que en la ducha. Dejé el vestido sobre la cama y el bikini cayó a mis pies. Estaba cogiendo el albornoz cuando, de pronto, la puerta se abrió a mi espalda.

- Oye, Adri, este bote no es el que… -la voz se paró en seco.

Me giré sobresaltada. Will estaba en el umbral, completamente paralizado. Me cubrí de inmediato con el albornoz.

- Dios, Mía, lo siento -dijo atropelladamente-. Pensé que esta era la habitación de Adri.
- No pasa nada -le dije, intentando mantener la calma mientras me cerraba bien el albornoz-. Pero… ¿puedes salir, por favor?

No supe si se dio la vuelta o salió de inmediato. Solo escuché pasos… y entonces otra voz, tensa como un cable a punto de romperse.

- ¿Qué estás haciendo tú aquí? -gritó empujando a Will.

James.

Me até el albornoz con manos rápidas mientras Will empezaba a explicarse, nervioso.

- Ha sido un error, James. Me equivoqué de habitación, lo siento muchísimo.
- Se ha confundido -intervine yo, acercándome a James.

Will asintió, visiblemente incómodo.

- De verdad, perdón -repitió, y salió casi huyendo de la habitación.

En ese momento, desde el pasillo, escuchamos a Adri:

- ¡Will! El bote que te he dado no era gel, era mi…
- ¡Ya, ya! -le respondió él, apresurado.

La puerta se cerró. El silencio que quedó fue denso. James estaba furioso. Y lo entendía. Había entrado y había visto a otro hombre en la habitación conmigo, desnuda, de espaldas, pero desnuda. Aunque no hubiera pasado nada, la imagen tendría que haber sido horrible.

Me acerqué despacio.

- Te estaba esperando, amor -le dije con voz suave.
- Estoy muy nervioso, Mía, ¿te ha visto desnuda? -confesó, sin mirarme aún.
- No lo creo, estaba de espaldas a la puerta poniéndome el albornoz, tranquilízate -le dije lo más tranquila que pude.

Le tomé la cara con ambas manos. Sus ojos eran pura ira.

- Mírame.

Lo hizo. Y su mirada empezó a cambiar, poco a poco, como si el ruido se apagara por dentro. Deslicé el albornoz por mis hombros y lo dejé caer, sin prisa, sin desafío.

- Soy toda tuya.

En sus ojos ya no quedaba rabia, ni celos, ni siquiera calma. Solo llamas. Me cogió por la cintura y me empotró suavemente contra la pared de una manera posesiva.

- Vamos a la ducha -le susurré sobre sus labios.

Me agarró por el trasero y me subió a su cintura, encajé en él, aprisionando con mis piernas su trasero. ¡Dios! Como me ponía. Nos dirigimos a la ducha de una manera nada elegante -no me importaba ser elegante, no quería ser, en ese momento, una señorita- pero sí muy sensual.

James se desnudó en un milisegundo y el agua cayó sobre nuestros cuerpos ardiendo sin que nuestras bocas dejaran de devorarse. Me chupó el cuello, le lamí su barbilla, me mordisqueó la oreja, le mordí el labio…era una lucha descontrolada entre dos personas transportadas a un universo paralelo en el que solo existíamos nosotros dos. Nos besamos con hambre, y con esa urgencia que solo aparece cuando los celos, el miedo y el deseo se mezclan.

Lo quería entero, así que lo empujé para que se despegara de mí, y continué hasta tenerlo apoyado contra la pared, colocando mis manos en su pecho. Nos miramos fijamente y noté su respiración acelerada bajo mis palmas. Bajé hasta que quedé arrodillada frente a él, deslizando mis manos hasta su cintura durante el descenso.

James me miró con lujuria ante mi movimiento y las llamas de sus ojos pasaron a ser un incendio descontrolado. Dirigí mi boca hasta la punta de su pene, que estaba expectante para recibirla. Lo lamí con mi lengua, disfrutando el momento y coloqué mis manos en su trasero haciendo presión.

Me lo metí entero en la boca. ¡Qué placer! Mis movimientos eran rítmicos, hacia delante y hacia atrás, mientras enlazaba pequeños jueguecitos con mi lengua que sabía que le encantaban. Me encantaba tener el poder. Gimió, aceleré el ritmo, gimió aún más, lo incrementé aún más, explotó y yo hinqué mis uñas en su trasero, llenándome entera de su placer. Se desplomó sobre la pared y vi cómo le temblaban las piernas.

- Mía, estaba perdiendo la cabeza ahí fuera -me dijo con la voz ronca-. No soporto la idea de que otro te mire.
- Entonces mírame tú -susurré-. Recuérdame a quién pertenezco -le incité.

Poco le duró el temblor ya que me levantó del suelo en un segundo, me dio la vuelta y aprisionó su mano sobre mi clítoris. Morí. ¿Se puede morir de placer? ¿No? Pues yo lo hice. Puso su otra mano sobre mi espalda y me empujó hacia delante, quedando expuesta para él. Una mano en mi clítoris mandando embestidas descontroladas a mi interior, otra mano sobre mi espalda y su pene en mi interior llenándome por completo sin parar, una y otra vez. Sus repetidas acometidas me provocaron espasmos y… ¡Dios! ¡Me cago en la puta! ¡James! No sé qué idioteces grité. Lo que sé es que, por primera vez, tuve un *squirt* totalmente descontrolado.

Me apoyé en la pared intentando recomponerme ante lo que acababa de provocarme ese hombre. Sabía de la existencia de este fenómeno físico en las mujeres, al igual que sabía que era poco común que se experimentara, pero sentirlo y vivirlo me hizo confirmar que lo quería de nuevo.

Salimos de la ducha, ya limpios, aún envueltos en vapor, piel contra piel, con esa electricidad que se queda flotando cuando el cuerpo todavía no ha terminado de procesar lo que acaba de pasar. James se apoyó en el lavabo, me miró de arriba abajo sin ningún pudor y sonrió orgulloso como si acabara de conquistar un territorio nuevo.

- ¿Estás bien? -preguntó, pero su tono decía otra cosa muy distinta.

Me crucé el albornoz despacio, provocándolo.

- Más que bien -respondí-. Creo que acabo de descubrir algo… nuevo.
- Ah, ¿sí? -me dijo alzando una ceja, divertido y orgulloso.

Me acerqué, acortando la distancia hasta que nuestras respiraciones volvieron a mezclarse.

- Nunca me había pasado algo así -confesé en voz baja.

Sus manos se cerraron en mi cintura de inmediato.

- Pues yo tampoco había visto algo así nunca -dijo, con una sonrisa ladeada, peligrosa-. Y no te voy a mentir… me ha puesto absurdamente cachondo y orgulloso. Créeme -susurró-, después de lo que he visto y de cómo me has dejado… voy a hacer todo lo posible por repetirlo. Por todos los medios.
- Mmm… -sonreí-. ¿Y cuáles son esos medios?

Se inclinó hasta mi oído.

- Paciencia cero. Ganas infinitas. Y muchas, muchas repeticiones.

Reí bajito, mordiéndome el labio.

Cuando bajamos al salón, estaban todos ya duchados, en ropa cómoda, repartidos entre sofás, sillones y cojines sobre la alfombra. En la mesa baja, tapete verde improvisado y las fichas del póker perfectamente ordenadas. Eric barajaba con cara de tiburón, Cami tenía esa sonrisa peligrosa de quien ya está tramando algo, y Liam observaba las cartas como si estuviera en una final mundial.

En cuanto James y yo aparecimos, todos se giraron a la vez.

- Vaya… -dijo Eric, alargando la palabra-. ¿Experimentando por mi casa?

- Os habéis recreado, ¿eh? -añadió Cami sin ningún pudor-. Porque habéis tardado bastante tiempo…
- Confirmo -remató Enzo-. Se os ha escuchado perfectamente desde aquí.

Yo me crucé de brazos, divertida.

- Qué pasa, ¿envidia colectiva?

James, sin perder el ritmo, soltó:

- Tranquilos, que hemos venido relajados. Ahora el problema lo vais a tener vosotros.
- ¿Jugáis al póker o necesitáis una siesta? -preguntó Liam entre risas.
- Jugamos -respondí yo sin dudar-. Y aviso: no voy a tener piedad -dirigí mi dedo acusador a los tres cotillas.

Nos repartimos alrededor de la mesa. Éramos demasiados, así que jugamos por turnos, eliminando fichas, riendo, bebiendo… hasta que llegó esa mano. Quedamos James y yo.

- Uy -dijo Eric-. Esto se pone interesante.
- No os metáis -dijo James, mirándome fijamente-. Que aquí me conozco el terreno.

Yo sonreí mientras Eric repartió. Yo miré mis cartas sin cambiar la expresión. Una basura aparente. Perfecto. James apostó fuerte de entrada.

- ¿Seguro? -le pregunté, ladeando la cabeza.
- Segurísimo -respondió-. ¿Te retiras?
- Ni de broma.

El *flop* cayó. Yo seguía impasible. James empezó a sonreír.

- Te noto tensa -me provocó.
- Estoy pensando -mentí con descaro.

Subió la apuesta. Yo igualé. Cami abrió mucho los ojos.

- Mía está rara -susurró-. Eso nunca es buena señal.

El *turn*. Silencio. James volvió a apostar. Lo miré. Sonreí. Y fui *all in*.

- ¿Qué? -James parpadeó-. ¿En serio?
- Muy en serio.

Me sostuvo la mirada varios segundos. Orgullo puro. Demasiada testosterona.

- Te veo -dijo al final-. Vamos.

Descubrimos las cartas. James tenía una jugada decente. Yo… había completado escalera en el *river*.

- ¡NO! -gritó Liam levantándose-. ¡Lo ha engañado!
- Eso ha sido un farol precioso -añadió Eric, aplaudiendo-. Magistral.

James me miró incrédulo… y luego se rio.

- Me la has colado.
- El póker es como nosotros, cariño. Nunca muestro todas mis cartas -le susurré inclinándome hacia él y guiñándole un ojo.
- Esto no se queda así -dijo, besándome en la sien-. Te lo advierto.
- Cuando quieras -respondí, recogiendo sus fichas-. Pero esta mano es mía.

Las risas llenaron el salón.

Paramos para cenar y alguien -bendito alguien- propuso pizzas. No hubo debate. Pizzas fue la respuesta universal. Trozos desapareciendo a velocidad de vértigo y copas de vino que se rellenaban solas. El ambiente ya era otro: relajado, ruidoso y cálido.

CAPÍTULO 15: JAMES

No me quitaba esta sensación extraña. No era rabia. Era algo más hondo, más incómodo, como un nudo que no se afloja por mucho que intentes respirar despacio. Will me ponía incómodo. No por lo que hacía de forma evidente, sino por todo lo que no hacía delante de mí. Por esas miradas que se quedaban medio segundo más de la cuenta. Por esa forma de estar cerca sin tocar, de escucharla como si el resto del mundo se apagara cuando Mía hablaba.

En la piscina lo vi claro. Estaba riéndose con ella, demasiado cerca, con esa confianza que no se construye en dos días. Mía reía -porque siempre ríe, porque es así-, pero él… él la miraba como si el agua, la casa, todos nosotros, sobráramos. Me repetí mil veces que era paranoia, que estaba proyectando mis propios miedos. Pero mi cuerpo no entiende de discursos racionales: se me tensó la mandíbula, los hombros y el estómago.

Luego fue lo de la habitación. Entrar y verlo allí, aunque fuera un error, aunque no hubiera pasado nada, fue como un golpe seco. La imagen de mi novia desnudándose y otro hombre cruzando esa puerta se me quedó clavada. No porque dude de ella, sino porque el mundo no siempre respeta lo que uno ama. Y Will… no me transmitía respeto. No del todo.

Eso me ponía nervioso. Porque a los tipos así no se les ve venir. No levantan la voz, no presumen, no cruzan líneas evidentes. Pero están ahí, atentos, leyendo gestos, guardándose cartas.

Y Mía… Mía es luz. Es carácter, inteligencia, presencia. Es imposible no mirarla. Lo sé. Pero cuando él la mira, no es como los demás. No hay admiración limpia. Hay algo más. Algo que no me sabe bien.

No le tengo miedo a que ella me falle. Jamás. Le tengo miedo a perderla sin darme cuenta, de cuándo empezó alguien a querer ocupar un lugar que no le corresponde.

Por eso me esfuerzo. Por eso sonrío, confío, marco territorio sin palabras, sin escenas. Porque quiero ser mejor que mis celos. Porque quiero que Mía sepa que estoy con ella, que confío en ella. Pero también porque, en el fondo, hay una voz que no se calla: *No le quites los ojos de encima. Ese tío no va de frente. Y lo sabes.*

Mientras los demás cantaban en el karaoke -bueno, no sé si eso era cantar o berrear- mi cabeza seguía en otra parte. Miradas, gestos, esa sensación de alerta constante que no me abandonaba desde hacía horas. Hasta que mi hermano, bendito Liam, decidió cambiar de tercio.

- Vale, vale -dijo dando una palmada-. Se acabó el karaoke antes de que alguien nos denuncie. Saquemos el impostor con preguntas.

Levanté la vista al instante. Ese juego sí me gustaba.

- Ahora sí -dije, apoyándome hacia delante-. Aquí se ve quién sabe mentir y quién no.
- Uy, eso suena personal -soltó Adri, riéndose.

Nos sentamos todos alrededor de la mesa baja, móviles en mano, risas y el vino aun corriendo. Mía se acomodó a mi lado, cruzando las piernas bajo la manta. Ese gesto suyo, pequeño, cotidiano, me devolvió algo de calma.

Liam repartió los roles. Empezamos. Las preguntas iban y venían. Gestos, miradas, acusaciones al aire.

- Yo creo que Adri está muy tranquila -dijo Cami-. Demasiado.
- Perdona -respondió Adri-, pero tú siempre hablas más cuando mientes.

Risas. Yo observaba. Callado. Analizando. Will estaba perfecto. Demasiado perfecto. Contestaba lo justo, dudaba cuando tocaba, acusaba sin parecer agresivo. Jugaba limpio. O eso parecía.

- ¿Y tú, Will? -preguntó Enzo-. Te noto cómodo.
- Porque no soy el impostor -respondió, sonriendo-. Cuando lo soy, me pongo nervioso.

Mentira elegante. Bien colocada.

- Claro -dije yo, apoyando el codo en la mesa-. O eres muy bueno fingiendo. Hay gente a la que se le da genial parecer lo que no es.

Eric captó la pullita al vuelo.

- Sí, sí -añadió mi amigo-. Los peores son los que no levantan sospechas nunca.
- Vamos, James -dijo Will, relajado-. Eso suena a ataque personal -soltó con una media sonrisa que no me gustó.
- Para nada -sonreí-. Es solo estrategia.

Mía me miró de reojo curiosa.

Votamos. Cayó… Cami. Error.

- ¡¿Cómo?! -protestó Cami-. ¡Os he dicho que no era yo!

Nueva ronda. Más confusión. Más risas. Al final, Liam levantó el móvil.

- Se acabó el tiempo. El impostor era… Will.

Silencio. Y luego una explosión de reacciones.

- ¡No puede ser!
- ¡Qué cabrón!
- ¡Nos ha engañado a todos!

Will levantó las manos.

- Lo siento, chicos. Formación profesional.
- Ya -dije, levantando mi copa-. Se te da bien jugar en la sombra.

Eric carraspeó, incómodo, y Enzo me lanzó una mirada clara: *baja un poco*. Mía no dijo nada. Pero noté su mano apretando suavemente la mía bajo la mesa. Aviso silencioso.

- Otra -dijo Liam-. Esta vez os vais a enterar.

Jugamos de nuevo. Esta vez, Eric estaba raro. Hablaba de más. Se contradecía. Sonreía cuando no tocaba.

- Eric -dijo Adri-. ¿Por qué sudas?
- Hace calor -respondió demasiado rápido.
- Hace frío -rematé yo.
- Vale, ya está. Este tío es el impostor -dijo Enzo riéndose.

Votamos. Unánime.

- ¡Joder! -protestó Eric-. No vale, me leéis como un libro abierto.
- Por eso no te dedicas a mentir -le dijo Cami-. Y por eso te queremos.

Risas generales. El ambiente volvió a relajarse.

Tras varias rondas más, decidimos irnos a dormir. A esas alturas de la noche y tras el día intenso que habíamos tenido, estábamos todos bastante tocados. Vino, risas, cansancio feliz.

- Mañana podríamos ir a jugar al golf -propuso Eric-. O dar un paseo por el club náutico.
- ¡Sí a todo! -dijeron Cami, Adri y Mía casi al unísono.

Las miré y sonreí.

A veces se me olvida todo lo que Mía no tuvo. Lo pronto que tuvo que crecer. Lo poco que le dejaron ser niña. Y verla ahora, ilusionada por planes simples, por fines de semana así… me removía algo muy profundo.

Subimos a dormir. Algunos a descansar. Otros… a retomar lo nuestro. Yo cerré la puerta de nuestra habitación con una sola

certeza clara, por encima de celos, juegos y sospechas: esa mujer era mi casa y no pensaba dejar que nadie lo olvidara.

A la mañana siguiente salimos todos rumbo al Club Náutico de Sotogrande, donde Eric era socio, cómo no, caminando delante como si aquello fuera su patio trasero.

El paseo hasta allí fue tranquilo. El aire olía a sal, a mañana limpia, a ese tipo de calma que te hace olvidar que existe el estrés… salvo que seas yo y lleves el radar emocional permanentemente activado.

Nos sentamos en una terraza acristalada con vistas al puerto. Barcos balanceándose suavemente, sol amable y buena compañía.

El desayuno fue una locura. Cami, Adri y Mía devoraban sus platos como si alguien fuera a quitárselos. Yo las observaba divertido, pero especialmente a Mía. Esa forma suya de disfrutar de lo sencillo… me desarmaba.

- ¿Qué miras? -me preguntó, pillándome.
- Nada. Que eres preciosa incluso desayunando -le dije.

Me sonrió con esas sonrisas que te reconcilian con el mundo.

Después dimos una vuelta entre yates, catamaranes y barcos imposibles, blancos, relucientes, con nombres pretenciosos.

- Yo quiero uno que se llame *Drama Queen* -dijo Cami.
- Yo *Problemas del primer mundo* -añadió Adri.
- Yo con que flote me vale -sentenció Mía.

La miré con admiración.

- Oye -le dije en voz baja-, no necesitas nada de esto para ser importante.

Ella se detuvo y me miró seria… solo un segundo.

- Nunca lo he necesitado -respondió-. Pero gracias por recordármelo.

Joder.

- Nuestra siguiente escapada la hacemos en verano y damos una vueltecita por el mar -dijo Eric.

El trío carabela sonrió con entusiasmo.

Fue entonces cuando Eric lanzó la bomba:

- ¿Y si vamos al campo de golf?
- Yo no he jugado en mi vida -dijo Adri.
- Ni yo -añadió Cami.
- Cero ideas, aviso -dijo Mía levantando las manos.
- No pasa nada -intervino Will, demasiado rápido para mi gusto-. Yo os enseño. Es fácil.

Mi cara debió de ser un poema. Claro que sí, campeón. Tú enseñas.

- Vamos -dijo Enzo-. Aprender algo nuevo siempre está bien.

Llegamos y todo era verde perfecto, cuidado al milímetro. Los carritos esperaban alineados como juguetes caros.

- Me siento importante -dijo Cami subiéndose al carrito.
- Lo eres -le dijo Mía-. Con o sin dinero, con o sin carrito.

La miré otra vez. Orgullo puro.

Nos repartimos los palos. Will empezó a explicar lo básico: postura, agarre, swing.

- Relaja los hombros -le decía a Cami-. No es fuerza, es técnica.

Hasta ahí, bien para mí, pero para Eric, por mucho que intentara ocultarlo, no le hacía ni pizca de gracia. Pero luego fue el turno de Mía.

- Ven -le dijo Will-. Te ayudo.

Y se colocó detrás de ella. Demasiado cerca. Le ajustó las manos en el palo. Le corrigió la postura apoyándole las manos en las caderas. Su voz baja, calmada.

- Así. Mira al frente. Respira. Suelta.

Yo sentí cómo algo me subía por el pecho como lava.
Controla. Controla. Controla.
Mía golpeó la bola. Salió recta. Bastante bien.

- ¿Ves? -dijo Will-. Lo haces genial.

Ella sonrió, satisfecha. Yo apreté la mandíbula. No era nada. Lo sabía. Era solo golf. Aprender. Normalidad. Pero joder… no me gustaba nada verlo tan cómodo cerca de ella. No me gustaba cómo la miraba. No me gustaba cómo ella no se daba cuenta.

Me acerqué.

- Buen golpe -le dije a Mía, apoyando una mano en su espalda-. Te sale mejor de lo que crees.

Ella levantó la vista hacia mí y me sonrió, con esa sonrisa que sólo me dedica a mí. Y con eso, por un segundo, la rabia se calmó, sólo un poco, porque seguía ahí, agazapada, esperando. Porque, aunque intentara convencerme de lo contrario, había algo en Will que no me cuadraba. Y yo no era de los que ignoraban ese instinto.

CAPÍTULO 16: MÍA

El día estaba siendo simplemente perfecto.

Todavía tenía en la piel la sensación del desayuno en el Club Náutico: el sol reflejándose en el agua, los barcos balanceándose con esa elegancia tranquila, las risas de Cami y Adri devorando sus platos como si no hubiera un mañana, y James mirándome de vez en cuando como si quisiera guardar ese momento en la memoria para siempre.

Después el paseo entre yates, el olor a sal, la brisa suave… Y el campo de golf.
Nunca había pisado uno. Nunca había cogido un palo. Y, aun así, allí estaba yo, riéndome de mí misma, aprendiendo algo nuevo, con James pendiente de mí, celebrando cada golpe decente como si hubiera ganado un torneo. Me hacía sentir cuidada, acompañada… querida.

Por la tarde, ya en la villa, los chicos decidieron poner una película. Yo no tenía cuerpo de sofá. El agua me llamaba.

- Yo voy a la piscina -dije levantándome-. ¿Alguien se apunta?
- Yo -dijo Cami sin pensarlo.
- Y yo -añadió Adri.
- Y yo también -dijo Liam, siempre dispuesto.

James me miró desde el sofá, con media sonrisa.

- Disfruta -me dijo-. Luego te robo.

Le guiñé un ojo y me fui con los demás.

Hicimos varios largos. El agua estaba perfecta. Cuando el cansancio empezó a notarse, nos sentamos en las escaleras, medio sumergidos, apoyando los brazos en el borde.

Fue Cami la primera en disparar:

- Venga, sirenita… cuéntanos. ¿Cómo van los preparativos?

Sonreí, apoyando la barbilla en mis manos.

- Leticia me iba a llamar hoy para darme los últimos avances, pero aún nada. Supongo que lo hará más tarde.

Liam se iluminó.

- Estoy superilusionado, Mía. Y mis padres también. No sabes las ganas que tengo de ver la cara de mi hermano cuando se entere de todo.
- Estoy un poco abrumada, no te voy a mentir. Me he metido en un jardín enorme… pero estoy muy feliz -admití.
- ¿James ha vuelto a sacar el tema de la boda? -preguntó Adri.
- No. Y casi que lo agradezco… no quiero tener que mentirle aún más -le dije negando con la cabeza.
- Va a flipar -dijo Cami sonriendo-. Para bien.

Después de un rato más, decidieron ir a ducharse.

- Yo me quedo un poco más -les dije-. El agua me tiene atrapada.
- No te conviertas en pez -bromeó Liam.

Cuando se fueron, me quedé sola en la piscina. Silencio. Agua. Calma. Pasaron unos veinte minutos. Mis manos estaban ya más arrugadas que una pasa. Fue entonces cuando escuché la puerta.

- ¿Mía?

Era Will.

- ¿Te importa si me uno?
- En realidad, ya estaba saliendo -le dije-, es toda tuya.

Salí de la piscina y pasé a su lado para coger la toalla. Fue entonces cuando sentí sus manos en mi espalda. Me giré, sorprendida.

- Espera -dijo rápido-. Se te está desabrochando el nudo del bikini… te ayudo.

Iba a decirle que no, que ya lo hacía yo, cuando la puerta se abrió de nuevo.

- ¿Mía?

La voz de James. Levanté la vista y lo vi allí, con la mirada clavada -inevitablemente- en las manos de Will sobre mi espalda. El aire se tensó.

- Le estaba abrochando el bikini -dijo Will, con naturalidad.

Demasiada naturalidad.

- Se me había soltado al salir del agua -me apresuré a decir-. Ya me iba a duchar.

Cogí la toalla, me la enrollé rápido y me acerqué a James.

- Ahora bajo al salón -le dije en voz baja.

James se quedó fijo en la misma postura en la que entró sin dirigirme la mirada. Estaban clavadas en Will y pude notar la tensión en sus nudillos.

Entré en la habitación y cerré la puerta tras de mí. Me quité la toalla y me quedé helada y no era por frío. El bikini seguía perfectamente abrochado. El nudo intacto. El mismo que me hice yo misma. Bien hecho. Mi estómago se encogió. ¿Cómo…? Will no había llegado a abrochar nada.

Me apoyé un segundo en la pared, intentando ordenar mis pensamientos.

- No pienses mal -me dije-. Seguro que fue una confusión.

Pero mi subconsciente, traicionero, susurró: *Piensa mal… y acertarás.*

Y por primera vez en todo este fin de semana maravilloso, una sombra diminuta -pero inquietante- se coló entre tanta luz.

Me uní con mis amigos en el salón acomodándome al lado de James. James no mencionó nada de lo ocurrido en la piscina, y yo, deliberadamente, no le conté lo del bikini perfectamente abrochado. Sabía que su animadversión hacia Will estaba ahí, latente, controlada a duras penas, y no quería echar más leña a un fuego que apenas estábamos aprendiendo a sofocar.

Estábamos todos en el salón, repartidos entre sofás y sillones, hablando de… absolutamente nada importante. De películas malas que nos encantaban, de anécdotas universitarias de Liam, de lo poco glamurosa que había sido la primera vez que Enzo intentó cocinar pasta. Arón y Will aún no había bajado.

Entonces mi móvil sonó. Y lo noté al instante: la mirada de James. Directa. Atenta. Como si el sonido hubiera activado un radar interno.

Miré la pantalla y sentí un pequeño latigazo de nervios. María. Así había guardado el contacto de Leticia. María. Un nombre inofensivo y neutro.

- Ahora vuelvo -dije levantándome con naturalidad forzada y echándoles una mirada a mis amigas que captaron al vuelo.

Cogí el móvil y salí a la terraza exterior, cerrando la puerta corredera tras de mí.

- Mía -dijo Leticia al otro lado-, todo va perfecto.

Me apoyé en la barandilla, con el corazón acelerándose.

- Tenemos fecha.
- ¿Cuándo? -pregunté tragando saliva.
- 4 de julio.

El mundo se detuvo. 4 de julio. Yo… casada con James. James y yo, marido y mujer. Sentí un subidón tan brutal que tuve que cerrar los ojos un segundo. Sonreí como una idiota mientras

miraba a través del cristal del salón. James estaba allí, hablándole a Eric, pero en cuanto levantó la vista y me vio, frunció ligeramente el ceño. Si supiera…

- Gracias a Manuel y Gloria -continuó Leticia- ya tenemos los documentos necesarios. El oficiante del Registro Civil corroborará vuestros datos personales el mismo día de la boda. Ese punto importante está cerrado.

Cerrado. Hecho. Mi yo interno estaba dando saltos, gritando, llorando de alegría.

- Gracias, Leticia, de verdad. Gracias por todo.

Colgué y, antes de entrar, envié un mensaje rápido de agradecimiento a Manuel y Gloria.

Guardé el móvil, respiré hondo y volví al interior. Me senté junto a James. Él no tardó ni dos segundos.

- ¿Quién era?
- Una clienta -respondí, intentando sonar casual.
- ¿María? -preguntó-. No me suena.

Sonreí, nerviosa.

- Técnicamente… es una futura clienta.

Vale. Eso había sonado peor de lo que pretendía. James me miró con esa mezcla de curiosidad y sospecha suave que últimamente me dedicaba cuando algo no le cuadraba del todo.

Y entonces, benditas sean mis amigas.

- Oye -intervino Cami de repente-, ¿os apetece jugar a algo?
- Sí, por favor -añadió Adri-. Antes de que Liam saque otro trivial imposible.
- Demasiado tarde -dijo Liam levantándose ya-. Justo iba a proponer un juego.

James suspiró, resignado, y me rodeó la cintura con el brazo.

- Tu pandilla siempre al rescate -murmuró.

Yo apoyé la cabeza en su hombro, sonriendo para mis adentros. *Si supieras de qué te acaban de rescatar…*

Y mientras Liam repartía cartas y explicaba reglas imposibles, yo solo pensaba una cosa: 4 de julio.

Mientras los chicos movían sillas y preparaban la mesa para cerrar la noche con una nueva partida de póker, aproveché el caos perfecto y me escabullí con mis imprescindibles hacia un rincón del pasillo, cerca de la cocina. Tenía el corazón a mil. Me estaba quemando por dentro la noticia que no podía compartir con nadie, tan solo con ellos.

Miré a un lado y a otro, comprobando que nadie -especialmente James- estuviera cerca.

- Vale -susurré dramáticamente-. Prometedme que no vais a gritar.

Cami levantó las cejas.

- Eso no se promete, así como así.

Adri se cruzó de brazos.

- Suéltalo ya porque me estás poniendo nerviosa.

Liam se inclinó hacia nosotras, conspirador.

- ¿Qué pasa? Suelta la bomba ya.

Respiré hondo.

- Leticia me ha llamado. Tenemos fecha.

Los tres se quedaron quietos. Silencio. Un segundo exacto.

- ¿QUÉEEEEEE? -susurraron los tres a la vez, completamente incapaces de cumplir su promesa.
- Shhh -dije entre risas nerviosas-. ¡Callaos!
- Mía -dijo Cami agarrándome del brazo-, dime ahora mismo que no es una broma.

- 4 de julio.

Adri se llevó las manos a la boca.

- No. No. NO. Eso es ya.
- ESO ES YA -repitió Cami, con los ojos brillantes-. ¡Nos quedan mil cosas!

Liam sonreía como un niño en Navidad.

- Dios… mi hermano no tiene ni idea de la que se le viene encima.
- Dirás, la que se me viene a mí. James se lo va a encontrar todo hecho -dije dramática.
- Cierto -confirmó Liam.
- El vestido -soltó Adri de golpe-. El vestido, Mía.
- Lo sé -respondí llevándome una mano a la frente-. En cuanto lleguemos tengo que reservar en varios sitios para probármelos.
- Ay, DIOS -exclamó Cami-. Yo tengo un sitio ideal, ideal de llorar. Si quieres, llamo yo y te consigo cita.
- Por favor -dije-. Porque me va a dar algo.

Me mordí el labio un segundo y bajé la voz.

- Y… quiero decírselo a Gloria. Ya sabéis. Como no tengo… madre, me gustaría que me acompañara.

Liam se emocionó al instante.

- No sabes lo que eso va a significar para ella, Mía.

Noté un nudo en la garganta.

Seguimos cuchicheando, riendo bajito, enumerando mentalmente listas infinitas de cosas por hacer, cuando de pronto vi por el rabillo del ojo a James desde el salón. Nos miraba. Ceño fruncido. Mirada curiosa. Claramente pensando: *¿qué demonios están tramando ahora?*

- Nos está mirando -susurré.
- Disimula -dijo Adri, de inmediato.
- Demasiado tarde -añadió Cami conteniendo la risa.

Intentamos recomponernos, borrar las sonrisas exageradas, bajar la intensidad de la emoción que nos vibraba por dentro. Pero era imposible.

Porque nosotros sabíamos algo que él aún no. Y porque, por una vez en mi vida, el futuro era tan bonito que no cabía en el pecho.

CAPÍTULO 17: JAMES

Tras nuestra escapada de amigos, la rutina nos pasó por encima sin pedir permiso. Literalmente. Las semanas se esfumaron como si alguien hubiera acelerado el tiempo. Yo estaba completamente absorto por la llevanza de la sede en Francia desde aquí; el cierre del año exigía más atención de la habitual, más informes, más decisiones, más horas pegado a una pantalla.

Y Mía… Mía estaba en otra dimensión. En el despacho apenas coincidíamos. Cuando la veía era de lejos, con el móvil pegado a la oreja, el portátil abierto, papeles subrayados, entrando y saliendo de salas de reuniones como si el tiempo no le perteneciera. Juicios, reuniones con clientes, videollamadas eternas. Y por la tarde, cuando no se quedaba un rato más trabajando, tenía citas con clientes nuevos que yo no sabía ni que existían. Menos mal que luego nos quedaba el hogar que compartíamos, sino me hubiera pegado un tiro ya.

Quizá era yo el que estaba desconectado. O quizá, mientras me ocupaba de Francia, me estaba perdiendo lo que pasaba en mi propia oficina. Ese pensamiento me golpeó una tarde concreta.

Mía me dijo, casi de pasada:

- Esta tarde tengo reunión con un cliente, llegaré un poco más tarde.
- ¿Con quién? -pregunté sin levantar demasiado la vista del ordenador.
- Con Alberto.

Alberto. No me sonaba absolutamente de nada. Ahí fue cuando algo hizo clic.

Decidí hablar con mi padre. Necesitaba ponerme al día, entender si yo estaba en otro mundo o si realmente había empezado

a perder el pulso de lo que ocurría en mi propio despacho. Entré en su oficina, intercambiamos las palabras de cortesía de rigor, y fui directo al grano.

- Papá -le dije-, ¿con quién se ha reunido esta tarde Mía?

Vi su cara cambiar. Apenas un gesto, mínimo, pero lo suficiente como para notarlo. Sorpresa. O algo parecido.

- Con un cliente nuevo -respondió.
- Me ha dicho que se llama Alberto -le dije.

Adoptó su expresión habitual de *no pasa nada*, esa que tantas veces había visto en negociaciones difíciles. Pero su voz… su voz tenía un matiz distinto.

- Sí -confirmó-. Es un posible nuevo cliente. Quiere contratar nuestros servicios por un asunto penal.

Penal. Eso explicaba por qué Mía llevaba el caso. El derecho penal era su terreno, donde se movía con una seguridad que imponía respeto. Aun así, quise saber más.

- ¿De qué va exactamente? -insistí.

Mi padre se acomodó en la silla antes de responder.

- Algo de un procedimiento por administración desleal y apropiación indebida. No tengo tantos datos todavía.

Asentí despacio. Un caso complejo y de los que a Mía le brillaban los ojos.

- ¿Hay algo más nuevo en el despacho? -pregunté entonces.

Ahí llegó lo que de verdad me descolocó.

- Eso lo está llevando Mía -respondió, con un tono evasivo-. Ella te pondrá al día.

Fruncí ligeramente el ceño. Eso sí me resultó extraño. Todo pasaba siempre por mi padre. Siempre. Nada se movía sin que él lo supiera, lo supervisara o lo validara. Y, sin embargo, ahora parecía

haber cosas que ya no controlaba directamente. Pero podía encontrarle sentido. Él mismo nos había dicho que quería ir dejando la empresa poco a poco, delegar, pensar en su futura jubilación. Que Mía asumiera más peso era lógico y, más aún, cuando yo estaba con temas burocráticos de la sede de Francia.

Aun así, al salir de su despacho, tuve una sensación rara en el estómago. Algo más sutil. La impresión de que, mientras yo miraba hacia fuera, dentro estaban pasando cosas.

Las Navidades pasaron sin que me diera cuenta. Volaron. Eso de que el periodo navideño fuera inhábil judicialmente ayudó más de lo que pensaba a la conciliación de pareja y… para qué negarlo, Mía y yo nos lo pasamos muy bien.

Recuperamos algo que el ritmo del año nos había robado: el tiempo juntos sin prisas. Paseos interminables al atardecer, con las manos heladas y los bolsillos llenos de excusas para no soltarnos. Quedadas con amigos en mercados navideños, chocolate caliente en vasos de cartón, luces por todas partes y ella señalándolo todo como si fuera la primera vez que lo veía. La cabalgata de Reyes fue mi momento favorito. No por los caramelos -aunque acabé con los bolsillos llenos-, sino por verla a ella. Saltando, riendo, bailando, peleándose con niños de diez años por un caramelo como si no fuera una abogada brillante, como si no cargara con todo lo que cargaba. Disfrutaba como una niña pequeña, y eso me desarmó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Ahí pensé que todo iba a ir bien.

Pero llegó enero. Y la cuesta fue más cuesta que nunca. Apenas veía a Mía durante el día. Cuando yo subía, ella bajaba. Cuando yo terminaba una reunión, ella entraba en otra. Su despacho se había convertido en una especie de centro neurálgico al que yo no siempre tenía acceso.

Una tarde, cansado de echarla de menos en silencio, decidí llevármela a dar un paseo. Sin más. Sin planes. Solo nosotros. La

puerta de su despacho estaba encajada, y antes de llamar escuché su voz al teléfono.

- Vale… perfecto. Entonces ahora nos vemos.

Algo en ese "nos vemos" me pinchó por dentro. Entré sin pensarlo demasiado. Me acerqué, le di un beso largo, de esos que dicen *estoy aquí*, y le sonreí.

- ¿Te apetece que salgamos a dar un paseo? -le pregunté-. Solo un rato.

Su cara se iluminó… y al mismo tiempo se ensombreció un poco.

- Me encantaría -dijo-, pero justo ahora iba a salir.
- ¿A dónde?
- He quedado con las chicas.

Ahí fue. Un pellizquito pequeño, traicionero, directo al corazón. Yo intentando robarle un rato… y ella ya tenía planes con otros. No era lógico, lo sabía, pero el sentimiento no pidió permiso.

Debió notármelo, porque enseguida se acercó un poco más.

- Esta noche podemos ir a cenar solos, ¿vale?

Eso lo arregló todo. O casi. La atraje hacia mí, apoyando la frente en la suya, y en un tono divertido, bajo, cargado de intención, le susurré:

- Esta noche no te escapas. Voy a recuperar todo el tiempo que me estás negando.

Sonrió con esa sonrisa, la que estoy harto de decir que me desarma, con esa sonrisa que solo me dedica a mí. Y en ese momento supe que, aunque enero fuera cuesta arriba, nosotros seguíamos caminando juntos.

Eran casi las siete y media cuando decidí pasar a buscarla para irnos a cenar. Tenía esa sensación tonta de ilusión anticipada, como si la noche nos debiera algo después de tantos días a contrarreloj. Mía me había dicho que había quedado con las chicas, y

conociéndolas, y sabiendo que Adri trabajaba por la tarde, solo había un sitio posible: la Bakery de Adri.

Cuando llegué, recorrí el local con la mirada. Nada. Siete mesas pequeñas. Seis ocupadas y una vacía, pero en ninguna de ellas Mía con Cami. Me acerqué a la barra. Adri estaba terminando de servir un café para llevar. Cuando levantó la vista y me vio, sonrió.

- Hombre, James -dijo-, qué alegría verte.
- Lo mismo digo -respondí-. ¿Qué tal va todo?
- Pues muy bien, a tope -dijo mientras entregaba el café.

Esperé a que el cliente se fuera y entonces pregunté, como quien no quiere la cosa:

- Oye, ¿Mía está por aquí? Me dijo que había quedado con vosotras.

Ahí lo vi. La cara se le descompuso. Fue solo un segundo, pero suficiente. Adri tragó saliva y contestó:

- Ah… sí, bueno… al final hubo un cambio de planes.
- ¿Un cambio de planes? -repetí, frunciendo el ceño-. ¿Qué cambio?

Justo en ese momento sonó la campanita de la puerta. Un cliente entró y Adri se giró demasiado rápido.

- Perdona un segundo, ahora vuelvo -dijo, nerviosa, demasiado nerviosa.

Me quedé allí, apoyado en la barra, con esa sensación incómoda creciendo en el pecho. No me gustaba nada su actitud. No era natural. No era Adri.

Saqué el móvil y llamé a Mía.

- ¿Dónde estás? -pregunté en cuanto descolgó.
- Con las chicas -respondió, demasiado automática.
- Estoy en la cafetería de Adri -dije-. Aquí no estás.

Silencio. Un segundo. Dos.

- No… no hemos ido allí -dijo por fin-. Cambiamos de planes. Cami y yo hemos salido a dar un paseo y hemos acabado en el centro comercial.

Me quedé mirando la vitrina de pasteles sin verla realmente.

- ¿Un paseo? -repetí, despacio.
- Sí… luego hablamos, ¿vale?

Colgó.

Y yo me quedé allí, con el móvil en la mano y una certeza incómoda clavándoseme en el estómago. No me estaba diciendo la verdad.

Salí de la cafetería y mis pasos empezaron a ir demasiado rápido. No caminaba: avanzaba como si algo me empujara desde dentro. Me había dicho que habían dado un paseo y que habían acabado en el centro comercial. Perfecto. Allí iría yo. Sin reproches. Sin escenas. Solo a recoger a mi novia para irnos a cenar. Eso me repetía.

Entré al centro comercial, que estaba a apenas dos manzanas. Planta baja: nada.
Primera planta: nada. Segunda planta… lo vi. No encontré a Mía. No encontré a Cami. Encontré a Will.

El calor me subió de golpe. No uno normal: uno denso, asfixiante, como si me hubieran cerrado el pecho con un puño. La sangre me martilleaba en las sienes. Los celos y la ira empezaron a correrme por las venas a una velocidad absurda. Mi cabeza ya no pensaba, acusaba.

¿Estaban juntos? ¿Por eso las evasivas? ¿Por eso Adri nerviosa? ¿Por eso él aquí? Me dirigí hacia él como un huracán, sin frenar, sin saludar, sin nada que se pareciera a cordialidad.

- ¿Dónde está Mía? -le solté, seco.

Will se giró despacio. Demasiado despacio. Y esa media sonrisa… Esa sonrisa no me gustó nada.

- Hombre, hola, James -dijo-. Me alegro de verte.
- No te hagas el ingenuo -repliqué, clavándole la mirada-. Dime dónde está Mía.
- Pues… -se encogió de hombros- la he dejado en la última planta.

La he dejado. Ahí fue cuando tuve que apartarme un paso. Un segundo más y le partía la cara a ese hipócrita.

- ¿La has dejado? -repetí, con la mandíbula tensa.
- Sí -respondió con naturalidad-. Yo ya no tengo ganas de estar más aquí.

Ese *no tengo ganas de estar más aquí* me atravesó como una bala.

Sin decir nada más, me aparté de él y subí las escaleras de dos en dos.
Mi cabeza iba a mil por hora. *La he dejado allí.* Como si hubieran estado juntos.
Como si fuera lo más normal del mundo. ¿Habían quedado? ¿Ese era el plan?
¿Mentirme a la cara?

- Joder… joder… maldita sea… -murmuré entre dientes mientras subía.

Llegué a la tercera planta y miré a mi alrededor con el corazón golpeándome las costillas. Y entonces la vi.

Estaba parada frente a un escaparate -ni recuerdo de qué-, tranquila, absorta.
Me dirigí hacia ella sin poder controlar el fuego que llevaba dentro. Debió notar mi presencia, porque se giró. Me sonrió. Pero su sonrisa se apagó al instante. Su ceño se frunció al verme la cara.

- Hola, amor -dijo.

¿Hola amor?

- ¿Dónde está Cami? -pregunté, demasiado brusco.
- Pues… la he perdido -respondió-. Ya sabes cómo es, ahora aparecerá.
- Ah, ¿sí? -dije-. ¿Has quedado con Cami?
- Sí -contestó-. Ya te lo he dicho.
- ¿No has quedado con Will entonces?
- ¿Qué? No -me miró sorprendida-. ¿A qué viene eso?
- Lo he visto -dije.

Mía me sostuvo la mirada. Y ahí no encontré mentira. Frunció el ceño, confundida.

- He visto a Will, sí -admitió-, hace unos cinco minutos. De casualidad.

Y algo en su tono era verdad. Pero joder… ¿otra causalidad? Me cago en las malditas casualidades, pero… la sensación que me había dado Will era otra cosa.

Mía dio un paso hacia mí y me cogió la cara con ambas manos.

- Mírame, James -me dijo-. No he quedado con Will.

Le conté entonces cómo Will me había hablado, el tono, la media sonrisa, lo que había dado a entender. Cómo me había puesto nervioso. Cómo había pensado que me había mentido. Ella me miró con asombro y con algo más... Preocupación. Me abrazó. Sentí su pulso acelerado contra el mío.

- Tranquilízate -susurró.

Nos quedamos así unos segundos, respirando, hasta que, de pronto, una voz rompió el momento.

- ¡Chicos! ¡Estoy aquí!

Cami venía corriendo hacia nosotros, como si acabara de terminar una maratón.

- ¿Cami? -pregunté-. ¿Qué haces corriendo?

Se apoyó en la pared, jadeando.

- Me… me había perdido -dijo sin aliento.
- ¿En serio? -fruncí el ceño-. Estáis en un centro comercial y lleváis móviles. No hace falta correr. Respira.

Mía intervino rápido:

- Ya sabes cómo es de melodramática -dijo, sonriendo y dándome la espalda-. ¿Estás bien, amiga? ¿Has encontrado lo que buscabas?
- No -negó Cami, recuperando el aire-. No estaba en ninguna tienda. Ya lo buscaré otro día.
- Vale, pues nosotros nos vamos -dijo Mía.
- Sí, sí, yo me marcho también -dijo Cami intentando acompasar sus respiraciones.

Nos despedimos con un par de besos y entramos en el ascensor.

- Cami estaba muy rara -le comenté a Mía.
- Cami es rara -restó importancia.

Y sí… en parte tenía razón.

Mi rabia se fue apagando poco a poco. Pero el pellizco no se iba. Había algo que no me cuadraba. Demasiadas evasivas. Demasiadas casualidades. Notaba a Mía rara. Y ese Will… dando a entender cosas que no debía.

Y aunque intenté respirar hondo, la rabia volvió a encenderse dentro de mí con cada pensamiento.

CAPÍTULO 18: MÍA

El comienzo de año estaba siendo un caos. Pero no un caos bonito ni estimulante. Un caos desolador.

Me estaba resultando agotador -y cada vez más difícil- arreglar los últimos preparativos de la boda con Leticia, sin que James se diera cuenta. Cada semana eran más reuniones, más llamadas, más mensajes que borrar, más excusas improvisadas. Había estado a punto de pillarme en alguna mentira más de una vez… y si no llegó a hacerlo fue porque me ayudaron. Porque no estaba sola en esto. Menos mal. Había personas que conocían mi secreto y me estaban cubriendo la espalda. Si no… no lo habría conseguido sola. Ni de lejos.

Manuel ya me había contado que James le preguntó por el supuesto cliente nuevo, ese tal Alberto que me inventé. Me dio un vuelco el corazón cuando me lo dijo. Alberto no existía. Era solo una coartada para una reunión con Leticia y Gloria, en la que estábamos eligiendo los arreglos florales para la ceremonia. Por suerte, Manuel estaba al tanto y pudo salir con una excusa creíble. Bendito sea.

Pero el momento más tenso fue cuando quedé con Leticia para hablar del menú y elegir los entrantes de la prueba. Ahí sí que estuve a punto de que todo se viniera abajo.

Casi me pilla en el centro comercial. En cuanto me di cuenta de que James podía aparecer, llamé a Cami corriendo. Era la única que podía ayudarme porque había sido mi coartada y vaya si lo hizo. La pobre se metió un sprint digno de una atleta olímpica para aparecer allí, descompuesta, sudando, sin aliento… Le debo una sesión de spa mínimo. Se lo ha ganado con creces.

Organizar la boda que tanto deseaba James me estaba pesando más de lo que había imaginado. Había momentos en los

que me preguntaba si realmente merecía la pena tanto estrés, tantas pequeñas mentiras, tanta tensión constante… Pero entonces aparecía mi voz interior y siempre decía lo mismo: *Sí*. Es lo que más ilusión le hace. No se lo espera. Y ahora ya es demasiado tarde para echarme atrás. Tenía que llegar hasta el final. Tenía que ver su cara cuando lo descubriera.

Y luego estaba el otro tema. Will. James me contó que le había insinuado como si hubiera pasado la tarde conmigo. Y eso no me gustó nada. Pero nada, nada. No me gustó el tono. No me gustó la intención. Y no se me olvidaba el incidente del bikini.

No me gustan las personas que van por detrás. No me gustan los juegos ambiguos.

Y no me gusta que nadie cruce líneas que no le pertenecen.

Tendría que hablar con él. Poner los puntos claros. Sin rodeos. Nadie -nadie- se va a interponer en mi relación. Las cosas claras y desde el principio.

Como veis, mi cabeza iba a explotar.

Necesitaba desahogarme, así que recurrí a mis amigas. Iban a empezar a odiarme con tantos quebraderos de cabeza que les daba. Cuando les conté a Cami y Adri lo que había dicho y hecho Will, se quedaron a cuadros. Literalmente. No les gustó un pelo. Ni el comentario, ni el tono, ni el incidente del bikini… tuvieron esa sensación rara que yo también llevaba arrastrando desde hacía semanas. Las tres coincidimos en lo mismo: tenía que quedar con él y aclararlo todo. Sin medias tintas.

Así que decidí hacerlo cuanto antes. Quedé con Will en la cafetería de enfrente de los juzgados, justo al salir de un juicio que me había dejado agotada mentalmente. Necesitaba cerrar ese frente cuanto antes. Entré, pedí un café y me senté en una mesa al fondo, intentando ordenar las ideas mientras ojeaba el móvil.

Entonces noté una sombra frente a mí. Alguien sentándose. Levanté la vista convencida de que era Will. Pero no.

- Hola, cariño -dijo mi padre, con un tono que no tenía nada de paternal.

Se me heló la sangre.

- ¿Qué haces aquí? -le solté, sin disimular-. Sabes perfectamente que no quiero verte. Que quiero que desaparezcas de mi vida, algo que se te ha dado muy bien a lo largo de los años.

Él sonrió. Esa sonrisa suya. Ladeada, chulesca, de superioridad mal entendida. La de alguien que cree que siempre tiene la sartén por el mango.

- No exageres, Mía. Siempre tan dramática… -dijo, apoyando el codo en la mesa como si estuviera en el bar de su barrio-. He venido porque esta va a ser la primera y última vez que te lo pida bien.

Tragué saliva.

- ¿Pedirme el qué?
- El dinero de la familia Bernard -dijo, sin pestañear-. Consíguemelo. O me encargaré de destruirlos. A todos.

Me reí. Una risa seca, incrédula.

- Estás loco. -Lo miré con desprecio-. ¿De verdad no sabes pensar en otra cosa que no sea dinero? ¿Cómo se te ocurre pedirme algo así?

Su mirada se endureció.

- Es tu obligación. Como me dijiste... Ahora es tu familia ¿no? Tú tienes acceso. Tú puedes mover hilos.
- Vete al infierno -le escupí-. No pienso hacerlo. Nunca.

Se inclinó un poco hacia delante, bajando la voz.

- No juegues conmigo, Mía. No sabes de lo que soy capaz.

Sentí rabia. Pero también una calma peligrosa.

- Y tú sabes que ya no te tengo miedo -le dije-. Así que levántate. Márchate. Ahora.

Me incorporé, señalando la salida con la mano.

- Lárgate de mi vida.

En ese momento escuché una voz a mi espalda.

- ¿Pasa algo, Mía?

Era Will.

- Nada -respondí rápido-. Este señor ya se iba.

Mi padre me miró una última vez, con desprecio… apretó la mandíbula, masculló algo ininteligible y finalmente se marchó, no sin antes lanzarme una mirada cargada de amenaza.

Cuando se fue, Will se sentó frente a mí. Durante unos segundos no dijimos nada. El silencio pesaba. Mucho.

Había salido de una guerra… y ahora tenía que librar otra. Distinta, pero no menos incómoda.

Respira, Mía, me dije. Mi subconsciente se rio de mí: *"¿Algo más que te pueda pasar hoy, Mía? Venga, remata el día".*

Alcé la vista hacia Will, sabiendo que ahora tocaba hablar claro.

- ¿Estás más tranquila? -me preguntó Will, rompiendo por fin el silencio.

Asentí despacio. No del todo, pero lo suficiente como para poder hablar sin temblarme la voz. Me recoloqué en la silla, respiré hondo y fui directa al grano.

- Tenemos que hablar de algunas cosas que han pasado -dije-. Y que no me están gustando.

Will frunció ligeramente el ceño.

- ¿Qué pasa?

- Empecemos por el incidente del bikini en la piscina -continué, sin rodeos-. Dijiste que se me había desabrochado el nudo y empezaste a tocarme la espalda justo cuando James entró. En ese momento no le di importancia, lo vi normal… de verdad. Pero cuando llegué a la habitación, el nudo estaba perfectamente hecho.

Lo miré fijamente.

- ¿Provocaste eso?

Abrió los ojos, sorprendido.

- ¿Qué? No, Mía. No. Lo vería mal, no sé… no sé qué me estás queriendo decir.

No aparté la mirada.

- Luego está lo de mi habitación. Entraste cuando yo estaba desnuda. Menos mal que estaba de espaldas y pude taparme con el albornoz. Dijiste que te confundiste de habitación… y justo entonces apareció James detrás de ti.
- Mía, de verdad -respondió, algo más serio-. Me confundí. Pensaba que era la de Adri. No hubo mala intención.

Negué despacio.

- Demasiadas confusiones, Will. Soy abogada. No creo ni en las casualidades ni en las confusiones encadenadas.

Hice una pequeña pausa antes de rematar.

- Y para colmo, en el centro comercial. Le diste a entender a James que habíamos pasado tiempo juntos.

Will negó con la cabeza inmediatamente.

- Eso no es así. James lo interpretó mal. En ningún momento le dije eso. De verdad, Mía, no quiero crear ningún conflicto entre vosotros.

Lo observé unos segundos. No buscaba pelea. Buscaba claridad.

- No quiero que existan más malentendidos -le dije al fin-. Somos amigos. Solo amigos. Y quiero que eso quede claro para todos. No quiero que haya ninguna duda en James.

Will suspiró y su expresión se suavizó.

- Mía… -dijo con calma-. Eres una mujer preciosa, inteligente, con una fuerza que impresiona. Es normal que cualquier hombre pueda sentir celos por ti. Pero no quiero provocar problemas. No quiero ser un motivo de tensión entre tú y James. De verdad, solo quiero ser tu amigo.

Lo miré unos segundos más y, finalmente, asentí.

- Entonces estamos de acuerdo.
- Totalmente -confirmó Will.

Me apoyé en el respaldo de la silla, por fin algo más relajada.

- Bien -dije-. Pues almorcemos, que estoy famélica después del juicio.

Sonrió.

- Me parece perfecto. Y gracias por ser sincera conmigo -admitió.
- Gracias por escuchar -le dije.
- Y… ¿cómo ha ido el juicio?

Y así, casi sin darnos cuenta, la conversación siguió de la forma más natural del mundo. Dos compañeros de profesión, dos amigos hablando de trabajo, de anécdotas de juzgado, del estrés y de las salas con la calefacción demasiado elevada. Me alegré de haber hablado con él. De haber puesto las cartas sobre la mesa. De haber arreglado las cosas.

Tras el incidente con mi padre y la conversación con Will, mis semanas transcurrieron en el caos natural en el que estaba sucumbida desde que se me ocurrió la maravillosa idea de organizar una boda en secreto -secreta para el novio, claro. Es cierto que luego, llegaba a casa, y se me olvidaban todos los problemas y

comederos de cabeza cuando me encontraba arropada por los brazos de mi adonis particular.

Una tarde estábamos James y yo en el despacho de Manuel, debatiendo algunos asuntos del bufete, cuando la puerta se abrió y apareció Gloria, elegante como siempre, con una seguridad innata.

- ¡Mamá! -dijo James, sorprendido.
- Hola, querida -saludó Manuel con naturalidad.
- Buenas tardes, Gloria -le dije yo, conteniendo la sonrisa, sabiendo perfectamente el motivo de su visita… motivo que conocíamos todos menos James.

Gloria nos observó un segundo, cruzó los brazos y anunció, muy convencida:

- He venido a raptarte a tu novia. He organizado una quedada de chicas para llevarlas todas al spa. Este estrés en el que la tenéis envuelta no es normal -dijo, mirándome-. Pareces una esclava de este despacho.

Manuel, sin perder el papel, levantó una ceja divertida.

- Entonces nosotros también vamos, ¿no?

Gloria lo fulminó con la mirada.

- No. Vamos solo las chicas.

Gloria se giró hacia mí, ya en modo comandante.

- Venga, Mía, recoge tu bolso que nos vamos.

James me miró, entre divertido y desconcertado.

- ¿Sabías esto? -me preguntó.
- No tenía ni idea -le respondí, fingiendo una inocencia que no sabía si me estaba saliendo demasiado bien.

Él sonrió.

- Muy bien -dijo, teatral-. Puedes raptar a la Cenicienta… pero a las diez en casa.

El tono con el que lo dijo me arrancó una sonrisa inevitable.

- ¿La Cenicienta no era a las doce? -le pregunté levantando una ceja.
- A las doce te quiero en otro sitio -dijo en un susurro provocador y una mirada aún más tentadora, que me dejó temblando.

Miré a mis futuros suegros rezando porque no se hubieran enterado de su atrevido comentario, pero Manuel y Gloria estaban a lo suyo. Cuando ya me giraba para salir, James me llamó.

- Eh. Se te olvida algo. Ven aquí.

Antes de que pudiera reaccionar, me atrajo hacia él y me plantó un beso de película, largo, intenso, sin ningún tipo de pudor… delante de sus padres. Sentí cómo me ardían las mejillas. Nunca me acostumbraría a esa naturalidad suya. A ese *esto es lo que siento y no me escondo*.

Gloria carraspeó, divertida.

- Vamos, vamos, tortolitos. Dejad algo para medianoche.

Mierda. Al parecer mi futura suegra tenía el oído muy fino.

Gloria y yo nos dirigimos hacia el ascensor. Cuando las puertas se cerraron y, por fin, estuvimos solas, Gloria se acercó un poco más y, en voz baja, me susurró:

- Espero que hoy encuentres tu vestido… porque nos estamos quedando sin tiempo.

Mi vestido. Dios. El corazón me dio un vuelco. Estaba deseando probarme vestidos de novia, mirarme al espejo y sentir *ese* momento que dicen todas las novias que sienten al encontrar el indicado. Encontrar el ideal para el día más maravilloso de mi vida. Quería dejar a James sin palabras. Quería que, cuando me viera caminar hacia él, supiera que todo -cada secreto, cada mentira piadosa, cada noche de estrés- había merecido la pena.

CAPÍTULO 19: JAMES

Cuando Mía y mi madre salieron del despacho, me quedé un rato más con mi padre cerrando algunos temas pendientes. Nada grave, rutina pura, pero mi cabeza ya estaba en otra parte. Cuando dimos por finalizada la reunión, decidí que ya estaba bien por hoy.

Le envié un mensaje a los chicos para ver si les apetecía tomar algo. Sin Mía esa tarde, charlar con ese par de cabezas locas era justo lo que necesitaba para despejarme. Quedamos en un pub cerca del bufete.

Bajé al vestíbulo con paso decidido. El ascensor acababa de llegar a la planta baja y, justo cuando las puertas se abrían hacia la salida principal, me topé con él. Will.

- Hola, James.

Sentí cómo se me tensaban los hombros.

- Hombre, Will -respondí sin entusiasmo-. ¿Qué haces por aquí?
- Venía a ver a Mía.

La forma en la que lo dijo, tan natural, me molestó más de lo que debería.

- Mía no está -contesté, seco.
- Oh… vaya. ¿Dónde está?
- Se ha ido al spa con mi madre y las chicas.

Alzó una ceja, sorprendido.

- Qué raro… no me ha comentado nada.

Lo miré fijamente.

- ¿Y por qué iba a tener que comentártelo a ti precisamente?

Will sonrió, esa sonrisa suya que siempre me había chirriado.

- Bueno… hablamos mucho.

Algo dentro de mí crujió.

- Ah, ¿sí? -respondí con ironía-. No sabía que erais tan amigos.
- Bueno -dijo, encogiéndose de hombros-, está claro que no sabes muchas cosas.

Ahí fue cuando se me encendió todo. Ese hijo de puta estaba otra vez jugando con los dobles sentidos. Y esta vez no pensaba dejarlo pasar.

- ¿Qué quieres decir con eso? -le dije acercándome un paso, invadiendo su espacio-. Conmigo no tienes que fingir que eres una maravillosa y noble persona. Te tengo calado desde hace tiempo.

Por primera vez, su expresión cambió. Nada de cara de niño bueno. Nada de falsa calma.

- He querido decir exactamente lo que he dicho -respondió, firme-. Sí, somos amigos. Y ojalá fuéramos algo más.

Sentí un golpe seco en el pecho.

- No creo que merezcas a alguien como Mía. Es más, creo que no mereces nada de lo tienes en realidad -continuó.

Me quedé mirándolo, entre confundido y ardiendo de rabia.

- Vaya… -solté con una risa amarga-. Por fin has mostrado tu verdadera cara.
- Sé jugar mis armas -contestó sin pestañear.
- Eres un hipócrita -le escupí-. ¿Qué pretendes con esa cara de niño bueno? Venga, dilo claro.

Will dio un paso al frente.

- Quitarte todo lo que es tuyo.

La sangre me subió a la cabeza.

- ¿Qué has dicho?
- Pretendo quitarte todo lo que es tuyo, incluida Mía -dijo, mirándome directamente a los ojos-. La quiero para mí. Y

haré lo que sea necesario para que se dé cuenta de que está con alguien que no merece la pena.

- Hijo de puta -murmuré, apretando los puños-. Te voy a partir la cara.

Sonrió. Una sonrisa ladeada, provocadora.

- Vamos, adelante. Aquí estoy -abrió ligeramente los brazos-. Me encantará ver mañana los titulares: *"El socio de Bernard Legal Group a golpes en la puerta de su despacho"*.

Respiraba rápido. Demasiado rápido. Cada músculo de mi cuerpo estaba preparado para saltar.

- No sabes con quién te estás metiendo -le dije entre dientes.
- Sí que lo sé -respondió-. Con alguien que cree que lo tiene todo asegurado… y no se da cuenta de que puede perderlo todo.

Lo miré con desprecio.

- No te acerques a ella -dije, marcando cada palabra-. Ni a Mía, ni a mi vida. Porque el día que cruces esa línea, no habrá despacho, ni titulares, ni nada que te proteja.

Will sostuvo mi mirada unos segundos más. Luego dio un paso atrás.

- Veremos quién pierde primero, James.

Y sin decir nada más, se dio la vuelta y se marchó.

Me quedé allí, con el corazón golpeándome el pecho y la rabia hirviéndome por dentro. Porque esta vez no era una sospecha. Esta vez, la guerra estaba declarada.

Caminé varias calles sin rumbo fijo antes de darme cuenta de que estaba yendo al pub casi por inercia. Necesitaba aire, necesitaba ruido, necesitaba cualquier cosa que no fuera la voz de Will repitiéndose en mi cabeza como un puto eco: *"Quiero a Mía. Haré lo que sea."*

Me ardía el pecho. No era solo rabia. Era una mezcla asquerosa de celos, impotencia y una sensación nueva que no me gustaba nada: miedo. No miedo a perder una discusión, ni a un escándalo… miedo a perderla a ella. A que alguien estuviera jugando sucio alrededor de mi relación mientras yo intentaba confiar.

Cuando llegué al pub, Eric y Enzo ya estaban sentados en una mesa del fondo, con tres cervezas servidas. Nada más verme la cara, supieron que algo iba mal.

- Hostia, tío -dijo Enzo-. ¿A quién has tenido que enterrar?

Me dejé caer en la silla y cogí la cerveza sin brindar.

- A Will. Y ojalá lo hubiera enterrado.

Eric frunció el ceño.

- ¿Qué ha pasado?

Di un trago largo, de esos que queman.

- Me lo he encontrado en la puerta del despacho. Ha ido a ver a Mía.
- ¿Y? -preguntó Enzo-. Bueno, es un baboso.
- No. Esta vez ha ido más allá.

Les conté todo. Desde el encuentro, las insinuaciones, hasta que, por fin, el muy cabrón había dejado caer la máscara. No omití nada. Cada frase, cada provocación, cada amenaza velada.

Cuando terminé, la mesa estaba en silencio.

- Ese hijo de puta… -murmuró Eric, apoyando los codos en la mesa.
- ¿Que no la mereces? -saltó Enzo-. Pero ¿este tío quién se cree que es?
- Un oportunista -dije con rabia-. Está esperando el mínimo resquicio para meterse.
- Y encima jugando a desestabilizarte -añadió Eric-. Eso es de manual.

- Lo mato -solté-. Os juro que como vuelva a acercarse…
- Eh -me cortó Enzo-. Calma. Eso es justo lo que quiere.

Le di otro trago a la cerveza, esta vez con menos ganas.

- ¿Y qué hago entonces? ¿Le suelto todo a Mía? ¿Le digo que ese imbécil está intentando algo?

Eric negó con la cabeza despacio.

- No. No así. No en caliente.
- Si se lo cuentas ahora -añadió Enzo-, puede sonar a ataque, a celos, a inseguridad… y ese cabrón se alimenta justo de eso.
- Mía no es tonta -continuó Eric-. Si Will va de listo, se acabará delatando solo. Ella tiene que darse cuenta por sí misma.

Me pasé la mano por el pelo, frustrado.

- Pero me está comiendo por dentro, joder.
- Normal -dijo Enzo-. Estás enamorado. Eso no te hace débil, te hace humano.

Pidieron otra ronda. La segunda cerveza me aflojó un poco los hombros, aunque la rabia seguía ahí, latente.

- Escucha -dijo Eric, más calmado-. Hoy no hagas nada impulsivo. Vete a casa, prepara algo bonito para cenar con ella. Tranquilo. Normal. Sin interrogatorios.
- Tantea el terreno -añadió Enzo-. Observa. Escucha. Pero no presiones.
- Que se sienta segura contigo -remató Eric-. Eso es lo que más descoloca a alguien que quiere meterse en medio.

Me quedé mirando la cerveza unos segundos. Suspiré.

- Tenéis razón…
- Siempre la tenemos -sonrió Eric-. Por cierto, no quiero darte otro quebradero de cabeza más, pero Vanessa me llamó la semana pasada. Aparte de muchas idioteces de que no deberías haberla dejado por Mía, me dijo que quería verte, que te echaba de menos…

- Sí, desde que conocí a Mía no deja de insistir -admití-. Pero ya sabe lo que siento.

Me levanté, dejé el dinero sobre la mesa y les di un abrazo rápido.

- Gracias.
- Ve a casa -dijo Enzo-. Y recuerda quién eres.

Salí del pub con la cabeza algo más clara. La rabia seguía ahí, sí. Pero ahora tenía un plan. No iba a pelear -al menos, por ahora-, iba a cuidar lo que era mío. Iba a demostrárselo. Con hechos, no con palabras. Mía había elegido estar conmigo, y no porque no pudiera estar con cualquiera -porque podía-, sino porque había querido hacerlo. Y eso pesaba más que cualquier duda.

Porque Mía era luz. Inteligente hasta asustar, con esa mente afilada que desmontaba a cualquiera en dos frases. Guapa sin esfuerzo, elegante incluso cuando iba en vaqueros y coleta. Tenía carácter, principios, y una sensibilidad que escondía detrás de una ironía deliciosa. Podía entrar en cualquier sitio y dominarlo sin levantar la voz. Y aun así… me había elegido a mí.

A mí, con mis defectos. Con mi mal genio cuando algo me descolocaba. Con mis silencios largos cuando pensaba demasiado. Con mis celos mal gestionados, con mi tendencia a querer protegerlo todo a golpes si hacía falta. Con mi necesidad de tener el control incluso cuando la vida no se deja. Con mi ego supremo. Y aun así me quería. No iba a fallarle nunca. Me tenía completamente loco.

Preparé la mesa con cuidado. Mantel limpio, velas pequeñas repartidas con intención, una botella de vino que llevaba tiempo guardando "para una ocasión especial". Cociné algo sencillo pero exquisito, de esos platos que no necesitan artificios, solo buen producto y tiempo. Quería que al volver del spa se encontrara calma, hogar y seguridad. El combo completo.

A las diez y media, escuché la llave en la cerradura. Cuando levanté la vista… joder. Entró radiante. La piel luminosa, el pelo suelto cayéndole por los hombros, los ojos brillantes como si hubiera dormido diez horas seguidas. Olía a ella. Sonreía sin prisa, con esa paz que solo tiene cuando está realmente bien.

- Buenas noches… -dijo, dejando el bolso.
- Buenas noches no -contesté-. Buen espectáculo.

Se rio.

- ¿Esto es para mí? -preguntó.
- Para la mujer más guapa que existe. Para mi mujer -dije contundente.
- Qué exagerado eres -me dijo sonriendo.
- Qué poco te miras.

Se acercó a la mesa.

- Madre mía, James… ¿esto qué es?
- Un intento desesperado de competir con un spa de lujo.
- Mmm… gran competidor -dijo.

Nos sentamos y brindamos.

- ¿Y? -le pregunté-. Cuéntame. ¿Ha surtido efecto el spa o es ilusión óptica mía?
- Totalmente -respondió pletórica.
- Te veo feliz -me sinceré.
- Lo estoy -dijo sin pensarlo-. Relajada. Y un poco flotando.

Cenamos tranquilos. Hablamos de tonterías. De anécdotas del día, de una clienta absurda que había tenido, de una serie que queríamos retomar. Nos reímos. Como siempre. Y entonces, cuando ya estaba casi todo recogido, se quedó seria.

- James… hay algo que no te he contado.

El estómago se me cerró.

- ¿Qué pasa? -pregunté en modo automático.
- He visto a mi padre.

Noté cómo se me tensaba todo el cuerpo.

- Me cago en… -mascullé-. ¿Te ha dicho algo? ¿Te ha amenazado?
- Sí. Pero estoy bien -respondió con firmeza-. No le tengo miedo.

Me levanté despacio y me acerqué a ella.

- Escúchame -le dije, mirándola a los ojos-. No estás sola. Nunca. Si vuelve a aparecer, si se acerca lo más mínimo, me las va a pagar. No me importa quién sea ni lo que piense que puede hacer. No voy a permitir que te vuelva a tocar ni a intimidar.

Mi voz no temblaba. Era pura convicción.

- No voy a dejar que nadie te haga daño. Ni hoy, ni mañana, ni nunca. ¿Me oyes? -concluí.

Ella me sostuvo la mirada unos segundos y asintió.

- Lo sé.

Dio un paso hacia mí. Yo otro hacia ella. La distancia se redujo hasta desaparecer.

- De verdad lo sé -repitió, apoyando la frente en mi pecho.

La rodeé con los brazos, despacio, fuerte. Después de aquello, no hubo más palabras.

La besé. Primero despacio, como si aún estuviéramos hablándonos sin voz. Sus labios suaves, conocidos, necesarios. Pero el beso se fue transformando, creciendo, volviéndose urgente. Ya no había espacio entre nosotros, ni aire suficiente para respirar. Solo ella y yo.

La levanté sin dejar de besarla y la subí a mis caderas. Mis manos se aferraron a su maravilloso culo con hambre, con la certeza de quien sabe exactamente lo que quiere. Se rio contra mi boca, ese sonido que me desarma siempre.

La apoyé sobre la mesa sin cuidado alguno. Algo cayó al suelo, quizá un vaso, quizá una vela, me importa una mierda. Lo único importante estaba allí, mirándome, con los ojos oscuros y brillantes, ambos desnudándonos sin apartar la mirada. Nos observamos unos segundos. Ese instante suspendido en el que todo está a punto de pasar. Y entonces, el espectáculo estaba servido.

Mía encima de la mesa, desnuda frente a mí y abriendo las piernas despacio, provocándome. Yo, inevitablemente, caí rendido a sus pies.

- Yo pongo la cena, tú traes mi postre -murmuré.

Su respuesta fue apoyarse en la mesa, inclinarse ligeramente y mirarme con esa expresión peligrosa que solo ella sabe ponerme.

Me acerqué a esa zona tan tentadora, que me llamaba a gritos, despacio, recorriéndola con besos lentos, provocadores, saboreando cada reacción, cada suspiro contenido, cada vez que su cuerpo me pedía más sin decirlo en voz alta. Llegué a su clítoris, lo besé, lo lamí y tras varias arremetidas de Mía que me pedía más, se lo di. Succioné, succioné más, y más y más, hasta que un grito ahogado salió de su boca inclinando su cabeza hacia atrás y apoyándose con firmeza sobre la mesa.

Me incorporé, besé esa zona de su cuello que me había dejado expuesta, esa piel aún sensible.

- Ahora es mi turno -le susurré al oído.

La bajé de la mesa, la giré con cuidado hasta colocar su cara contra la madera, dejándola dispuesta para una nueva ola de placer. Introduje mi pene de una estocada, no hacían falta más preliminares, todo en nosotros era fuego, urgencia, necesidad. No había espacio para dudas ni para pausas. Solo para sentirnos.

Nos movimos juntos, sincronizados, intensos, perdiéndonos el uno en el otro hasta que el mundo dejó de existir. Y tras una última

embestida, ambos llegamos a un orgasmo que sabía a amor.

Cuando todo terminó, nos quedamos unos segundos sin hablar, respirando al mismo ritmo, yo apoyado encima de ella, sobre su espalda. La besé en el hombro, despacio. Y supe, con una claridad absoluta, que ahí era donde quería estar.

CAPÍTULO 20: MÍA

El lunes, mientras estaba en mi despacho con un expediente, el chat grupal empezó a sonar:

***Eric**: oye, ¿nos vemos este sábado? Un poco de fiesta no viene mal, hace mucho que no salimos. Tenemos nuevo DJ en Zyra.*
***Cami**: suena bien. Me apunto.*
***Adri**: estaría bien, hace mucho que no salimos a bailar.*
***James**: yo voy si va mi mujer.*
***Yo**: ¿alguien ha dicho bailar?*
***Liam**: sabemos tus puntos débiles, Mía. Por mi perfecto. Se lo comento a Arón y Will.*
***James**: …*

Estaba claro que, de aquella conversación, podía sacar que, uno, si mencionan la palabra bailar soy la primera de la fila y, dos, a James no le hace gracia que Will vaya. Yo ya había dejado las cosas claras con Will, aunque James no lo supiera, así que salir de fiesta todos juntos ya no sería un problema. Al menos, eso pensaba.

El jueves, antes de irnos a dormir, salió el tema de conversación que estaba intentando evitar a toda costa: la boda.

- Mía, he pensado que deberíamos ir organizando la boda, ¿no crees? -me dijo James-. Hace un año que te pedí que te casarás conmigo y aún no hemos organizado nada y, para serte sincero, me estoy impacientando demasiado.

Está todo organizado James, pero tú no lo sabes. El 4 de julio nos casamos. El sitio está reservado, lujoso, a lo grande, con jardines maravillosos, al aire libre, como querías. El catering está elegido, tras la prueba de menú a la que asistimos tus padres y yo la semana pasada, mientras estabas en un juicio. Las flores. La música. El DJ. El fotomatón. De tu traje se está encargando tu hermano. Mi

vestido… tras probarme dos vestidos, lo supe, ese era para mí, no hacía falta ver más.

- Eh… sí, tienes razón -dije sin saber muy bien qué decir-. ¿Te parece que, dentro de cinco meses, nos pongamos a ello en serio? Así tendremos todo el verano para prepararla con calma -dije pensando rápido la respuesta.

Necesitaba darle un aliciente, para que no pensara más en el tema de la boda y, en menos de cinco meses, ya estaríamos casados. Has estado rápida, Mía. Ahora, por favor, solo necesito que me diga que sí y deje el tema.

- Si crees que es lo mejor… -me dijo-. Pero no quiero más excusas de trabajo, reuniones, clientes, ni nada por el estilo.
- Te lo prometo -le dije convencida.
- Está bien -me dijo acercándose a mí y dándome un beso en los labios-. Te quiero.
- Y yo a ti -le dije envolviéndolo con mis brazos y devolviéndole el beso.

Tal y como habíamos dicho, el sábado tocaba noche de discoteca, concretamente, a Zyra y, más concretamente, a evaluar al nuevo DJ.

Me arreglé con calma, disfrutando del ritual. Llevaba un vestido negro por la rodilla, ajustado, de esos que no necesitan adornos porque lo dicen todo por sí solos. Escote justo, espalda descubierta y una abertura sutil en la pierna que aparecía solo cuando caminaba. Tacones altos, pelo suelto con ondas suaves y labios rojos. Rompedora, sin más. Me miré al espejo y sonreí: me gustaba la mujer que me devolvía la mirada.

James… dios. James iba impresionante. ¿Cuándo no? Camisa negra ligeramente desabrochada, chaqueta bien entallada, pantalón oscuro y esa forma suya de llevarse el mundo por delante sin

esfuerzo. Seguro, elegante, jodidamente atractivo. Como amo a este hombre, pensé mientras me ponía los pendientes.

- ¿Has avisado a Neil para que nos recoja? -le pregunté, sin mirarlo, concentrada en cerrar el broche del bolso.
- No. Conduciré yo.

Levanté la vista hacia el espejo y nuestras miradas se cruzaron. Eso significaba que James no iba a beber e iba a estar muy pendiente de todos mis movimientos. Sonreí para mis adentros.

La discoteca estaba a rebosar, como siempre. Luces, gente, música vibrando en el pecho. Eric nos llevó a un reservado algo apartado de la pista. Allí estaban ya Eric y Enzo. Adri, Cami y Liam llegaron apenas cinco minutos después, como un pequeño vendaval de risas y besos. Arón y Will llegaron media hora después.

Y entonces empezó a sonar "Salió el sol" de Don Omar. Liam no dio opción. Nos agarró casi a la fuerza a las tres y nos arrastró hacia la pista entre risas. Will se apuntó al instante y, en un reflejo rápido, vi la cara de James desde el reservado. Mandíbula tensa. Mirada afilada. Celos.

No lo pensé dos veces. Solté la mano de Liam.

- Ahora vuelvo -le dije.

Crucé el reservado sin apartar los ojos de James. Me acerqué a él, le rodeé el cuello y le di un beso de película, lento, seguro, solo suyo.

- Voy a bailar un rato -le susurré.

Él me miró con orgullo, con esa mezcla de fuerza y ternura que solo él tiene.

- Pásalo bien, amor -me dijo en un susurro.

Y entonces lo vi. Su mirada cambió. El gesto se suavizó. Los celos se disiparon. Esa mirada cálida, confiada, que me dedicaba

solo a mí. Volví a la pista ligera, sonriendo, a reunirme con mis amigos.

Tras varias canciones más, calor, risas, una copa y una ronda de chupitos, el cuerpo empezó a pedirme tregua. Decidí que era el momento perfecto para ir al baño y tomar un poco de aire.

Al salir, casi choqué con Will.

- Mía -me dijo, serio-, ¿podemos hablar un momento?

Suspiré por dentro.

- Claro -respondí, intentando mantener la calma.

Nos apartamos unos pasos del pasillo principal, lo justo para poder oírnos sin gritar. La música seguía golpeando las paredes, pero ahí, entre luces tenues, todo parecía más denso.

- Sólo quiero decirte que, lo he intentado -empezó-. De verdad que lo he intentado, pero no puedo evitarlo. Me gustas. Me gustas mucho.

Sentí cómo se me tensaban los hombros.

- Will, no -le corté-. No cruces esa línea. Ya hablamos de esto. No te metas en mi relación.
- Es que no te conviene -insistió-. Conozco los tipos como James. No son de una sola mujer, Mía. Tarde o temprano…

No le dio tiempo a terminar la frase. Sin que me lo esperara, se acercó y me besó. Fue un segundo. Un maldito segundo que me heló la sangre. Me aparté de golpe y, antes de que pudiera reaccionar, mi mano voló sola. La bofetada sonó seca.

- No vuelvas a hacer eso -le dije, con la voz firme, pero temblándome todo por dentro-. Ya hablamos y te dejé las cosas claras.
- Mía, por favor -me contestó Will.

No le di respuesta. Me di la vuelta y caminé hacia la pista con el corazón desbocado, las manos frías y la cabeza a mil. Necesitaba

a los míos. Necesitaba salir de allí. Cuando llegué a la pista estaban todos allí, todos salvo James.

- Quiero irme -les dije, sin rodeos-. Ahora. La noche ha terminado para mí.

Noté cómo cambiaban las caras al instante.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó Liam.
- Luego -respondí-. ¿Dónde está James?
- Se ha quedado en el reservado. Te acompaño -me contestó Eric sin titubear.
- Yo voy también -añadió Enzo, serio, ante mi estado de nervios.

Caminamos entre reservados, con ellos justo detrás de mí. El ruido parecía amortiguarse con cada paso. Entonces, de repente, me paré en seco. Eric y Enzo chocaron contra mi espalda.

- ¿Qué pasa, Mía? -preguntó Eric.

No pude contestar. La imagen frente a mí me dejó paralizada, sin aire, sin voz, sin pensamiento alguno.

James.
Vanessa.
Juntos.
Besándose.

En mi campo de visión solo existía esa escena. Nada más. James y Vanessa besándose. La mano de James en la nuca de ella. Ese gesto. Ese mismo gesto que tantas veces había sido mío.

No sé en qué momento el tiempo decidió romperse, pero todo empezó a ir a cámara lenta. Las luces, la música, la gente moviéndose… todo se volvió irreal, como si yo estuviera atrapada detrás de un cristal grueso, viendo mi vida desmoronarse sin poder tocar nada.

Mi cerebro se apagó. Literalmente. Fue como si alguien hubiera desconectado el interruptor de mi conciencia.

Recuerdo la sombra de Eric por mi izquierda, la de Enzo por mi derecha, avanzando rápido, decididos. Recuerdo el empujón.

- ¿Qué haces, tío? -rugió Eric, fuera de sí.

Pero yo ya no estaba allí. Mi mundo se había roto en silencio. No sentí rabia. No sentí gritos. No sentí nada. Mi cuerpo tomó el control porque mi mente ya no podía hacerlo. Empecé a caminar. No sé cómo. No sé hacia dónde. Solo sabía que tenía que salir de allí.

- Mía, ¿qué pasa? -me preguntó Liam.

Mi cuerpo continuó el camino hacia la salida.

- Id con ella, voy a averiguar que cojones ha pasado -escuché gritar a Liam.
- Mía, espera -gritaron mis amigas.

Las voces de mis amigas llegaban amortiguadas, lejanas. No pude articular una sola palabra. Ni una. Abrí la puerta, crucé el umbral y salí al exterior sin mirar atrás. El aire frío me golpeó la cara, pero tampoco eso me despertó.

Cami y Adri venían detrás de mí. Caminamos unos metros más hasta que mi cuerpo dijo basta. Me detuve en seco, respiré hondo… y me desplomé. Me puse de cuclillas, abrazándome las piernas, y entonces sí. Entonces todo salió. Las lágrimas empezaron a caer sin control, como si hubieran estado esperando ese momento exacto para romperme del todo.

- Mía, ¿qué te pasa? -me preguntó Cami, arrodillándose frente a mí.
- Por favor, amiga… -susurró Adri.

No pude responder. No podía. Solo lloraba. Lloraba como si me estuvieran arrancando algo desde dentro.

Entonces llegó Liam.

- ¿Qué ha pasado, joder? -gritó Cami, desesperada.

Mi garganta ardía, pero no fui yo quien lo dijo.

- Mi hermano se estaba besando con Vanessa -respondió Liam, con la voz rota.
- ¿Qué? -Adri se puso de pie de golpe-. Lo voy a matar.
- Ya le he dado su merecido -dijo Liam, aún con la respiración agitada.
- Liam… tus nudillos -murmuró Cami.
- Imagina su cara -contestó él, y entonces se agachó a mi lado.

De repente, me entraron unas ganas de vomitar horrorosas… y eso hice. Me eché a un lado y vomité creo que, hasta mi primera papilla. Mis amigos se acercaron, me ayudaron, me limpiaron, me acompañaron en silencio.

- ¿Cómo estás, princesa? -me preguntó finalmente Liam, tras recomponerme.

No respondí. Me aferré a él con todo lo que me quedaba. Me agarré a sus brazos como si fueran lo único sólido en un mundo que acababa de deshacerse. Liam me rodeó y me apretó contra su pecho, fuerte, protector.

Yo no hablaba. No podía. Estaba rota. Rota por dentro. Y lo peor no era el beso. Lo peor era la sensación. Esa sensación vieja, que se encontraba enterrada. La misma de cuando era una niña y entendí que no podía confiar en quien decía quererme. La misma de cuando juré que nunca más permitiría que alguien me hiciera sentir así: pequeña, reemplazable, invisible. Esa sensación había vuelto. Maldito cabrón…

Después de varios minutos -no sé cuántos- mis amigos me llevaron a casa. Nadie hablaba demasiado. No hacía falta.

- ¿Estarás bien? -me preguntó Cami-. Ya te he dicho que puedo quedarme contigo.

Negué con la cabeza.

- No… necesito estar sola. Gracias.

- Llámame para lo que necesites -me dijo Liam, dándome un último abrazo largo, sincero.

Cuando la puerta se cerró, la casa quedó en silencio, en soledad. Pero no era soledad física. Era algo mucho peor. Era una soledad que se instaló dentro de mí, como un hueco frío en el pecho. Un corazón rodeado de paredes, sin nadie al otro lado.

Esa noche la pasé en el sofá. No dormí. No cerré los ojos ni una sola vez. Lloré hasta que ya no me salían lágrimas y aun así seguía llorando por dentro. Ya no quedaba nada que romper. La imagen se repetía en bucle, cruel, precisa, como una condena: James besando a Vanessa, su mano en su nuca, su cuerpo inclinado hacia ella. Una y otra vez. Sin descanso. Maldije mil veces, lo odié…

- ¿Cómo has podido hacerme esto? -murmuraba al aire-. Decías que me querías…

Y eso era lo que más dolía. No el beso en sí, sino la traición. La sensación de haber creído, de haberme entregado sin reservas. De haber bajado todas las defensas para que, al final, me empujaran al vacío.

El amanecer llegó sin que yo me moviera de allí. La luz se coló tímidamente por la ventana y me encontró en el mismo sitio, hecha un ovillo en el sofá, con la mirada perdida y el corazón hecho trizas.

La imagen del beso seguía ahí, clavada, repitiéndose una y otra vez, sin darme tregua. No había silencio que la apagara. Así que decidí hacer lo único que, a veces, consigue calmarme cuando todo duele demasiado: la música. Me acomodé en la misma postura que llevaba horas, abrazando mis rodillas contra mi pecho, como si pudiera protegerme de algo así. La cabeza gacha, el pelo cayéndome por la cara, respirando a trompicones. Intentando no pensar. Intentando no sentir. Intentando no repetir más palabrotas porque ya las había agotados todas.

Las risas de los comentaristas de la radio me obligaron a prestar atención a medias. Hablaban del número uno de la lista de éxitos. Anunciaron la canción. Y entonces empezó a sonar *"Por un pendejo no se llora"* de Manuel Turizo.

Levanté la cabeza de golpe.

- Estupendo, universo -murmuré mirando al cielo-. Ríete de mí.

Claro. Tenía que ser él. Manuel Turizo, de todos los cantantes del mundo. El mismo que había sonado en nuestros momentos felices, en las noches tontas de cocina y vino. Ahora también iba a ser la banda sonora de mi desastre. Por lo visto, el universo había decidido que Manuel Turizo sería el protagonista absoluto de mi vida: de mis canciones de amor… y de mis canciones de desamor.

Sentí cómo el nudo en el pecho volvía a apretar. Volví a hundirme sobre mí misma, hecha un ovillo, como un gatito asustado que no entiende qué ha hecho mal para que el mundo se le venga encima. Dejé que la canción siguiera sonando, que las lágrimas cayeran sin pedir permiso, que el dolor hiciera su trabajo. Porque, aunque la canción dijera que por un pendejo no se llora… yo, en ese momento, lloré por él.

Entonces llamaron a la puerta. No me moví. Ni siquiera lo pensé. Si era James, no iba a abrir. Había echado el cerrojo. No quería verlo. No podía. Volvieron a llamar.

- ¡Mía!

Esa voz… Era Eric.

- Por favor, abre. Necesito hablar contigo.

Cerré los ojos con fuerza. No quería. No tenía fuerzas. Pero Eric… él no había hecho nada para merecer quedarse fuera. Él era mi amigo.

- Mía, por favor, déjame entrar -siguió gritando.

Finalmente, me levanté como pude, con el cuerpo pesado, torpe, como si llevara una vida entera sin dormir. Abrí la puerta. Nos miramos un segundo. Solo uno. Y volví directamente al sofá.

Escuché cómo cerraba la puerta tras entrar. Sus pasos. Luego se sentó a mi lado, con cuidado, como si temiera romperme más de lo que ya estaba.

- ¿Cómo estás? -me preguntó en voz baja.

Solté una risa amarga, rota.

- ¿Cómo crees que estoy? -le contesté sin mirarlo-. Jodida, Eric. Estoy jodida.

Suspiró hondo.

- Quiero contarte lo que pasó después de que te fueras.

Me incorporé de golpe, con rabia.

- ¡No! No quiero saber nada de ese hijo de puta. Para mí ha muerto. No puedo creer que confiara en él.
- Mía, escúchame…
- ¿Escuchar qué? ¿Qué lo vi mal? ¿Que era otro besando a Vanessa? No me vengas con gilipolleces.

Eric alzó las manos, intentando calmarme.

- No. No es eso. Solo quiero que tengas toda la información. Para que decidas si lo odias con más razones o si…
- ¿Si qué? -le espeté, con los ojos en llamas-. ¿Si le creo sus excusas?

Su tono se mantuvo firme, pero suave.

- Déjame terminar, por favor.

Me crucé de brazos, temblando.

- Habla.

Eric respiró hondo antes de seguir.

- Cuando te fuiste, le pregunté qué cojones había pasado. James estaba… desorientado, Mía. Se dejó caer en el sofá. No podía levantarse. No hablaba. Ese no era mi amigo. Entonces llegó Liam -continuó-. Y sí, le dio una buena tunda. Merecida, por cierto, pero James no reaccionó. No se defendió. No decía nada.

Mi garganta se cerró.

- Me acerqué a él -siguió Eric- y le pregunté cómo se le ocurría besar a Vanessa. Su cara fue de auténtico asombro. Me miró como si no entendiera nada y me dijo que él te estaba besando a ti.

Abrí los ojos de golpe.

- No estaba bien, Mía. Nada bien. Enzo y yo lo llevamos al hospital. Le hicieron pruebas. Cuando empezó a estar algo mejor, se empeñó en irse. Lo llevamos a casa.

Hizo una pausa.

- En el camino, cuando empezó a reaccionar de verdad, le contamos lo que había pasado. Y te juro… su cara era de sorpresa absoluta. O mi amigo es el mejor actor del mundo o no se creyó nada de lo que le dijimos. Entramos en el ático gracias a que yo tenía una copia de la llave, que me dio cuando se compró el ático y se mudó a Francia, porque no sabemos dónde dejó las suyas. Estaba echo una furia, golpeó todo lo que tenía delante, conseguimos convencerle de que se tomara los tranquilizantes que le dieron en el hospital. Hasta que no se los tomó y se durmió, no nos venimos.

Lo miré por fin, con los ojos llenos de lágrimas y rabia.

- Me importa una mierda todo lo que me estás contando -le solté con la voz rota-. Me da igual el hospital, me da igual si estaba ido o no. Yo vi lo que vi, Eric. Lo vi con mis propios ojos. El hombre al que amo besándose con otra mujer delante de mí.

La voz se me quebró.

- No puedo sacar esa imagen de mi cabeza… no puedo…

Las lágrimas volvieron a caer, desbordadas. Eric no dijo nada más. Simplemente me rodeó con sus brazos y me apretó contra él.

- Shhh… tranquila -susurró-. Tranquila…

Y yo lloré. Lloré por el amor perdido. Por la confianza rota. Y por esa sensación antigua, conocida y devastadora de haber vuelto a equivocarme.

Cuando Eric se marchó, pensé por un segundo en lo que me dijo, pero, automáticamente, lo aparté de mi mente. James no iba a engañarme más.

CAPÍTULO 21: JAMES

Intentaba abrir los ojos, pero no podía. Cada vez que lo intentaba, un martillazo me atravesaba el cráneo. La cabeza me iba a estallar, como si alguien hubiera decidido castigarme desde dentro. Cerré los puños y respiré hondo, o eso intenté.

Recuerdos sueltos. Desordenados. Yo besando a Mía. Su boca, su olor. Después… ruido. Voces. Gritos. Eric. Enzo. El puñetazo de mi hermano. El hospital. "Has besado a Vanessa" -decían. Imposible. Jamás haría algo así. Luego mi ático. Mis amigos dejándome en la cama. El tranquilizante. La oscuridad.

Forcé los párpados una vez más. La luz que entraba por la ventana me cegó. Maldije en voz baja. No sabía qué hora era, ni cuánto tiempo había pasado, pero mi cuerpo pesaba como si llevara días sin dormir.

Me incorporé con cuidado… y entonces lo sentí. Un cuerpo a mi lado. El corazón se me paró en seco.

- ¿Mía…? -murmuré, girándome.

No. Me quedé petrificado.

- ¿Vanessa? -la voz me salió rota-. ¿Qué coño haces aquí?

Ella sonrió de una manera que me revolvió el estómago.

- Hola, mi amor -dijo con una familiaridad que me heló la sangre-. Ya sabía yo que no te habrías olvidado de mí.

Me incorporé de golpe, ignorando el mareo.

- Sal ahora mismo de mi casa -le espeté-. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?
- Vamos, James… si anoche lo pasamos muy bien -respondió con tranquilidad.

Sentí náuseas.

- Tú y yo no hicimos nada -le dije, alzando la voz-. No sé cómo has entrado en mi casa, pero esto que estás haciendo es delito. Fuera. Ahora.

Su expresión cambió. Fría. Calculadora.

- Así que esas tenemos -dijo mientras se levantaba y empezaba a vestirse-. Pues nada, tendré que pasar al plan B. Tú lo has querido.
- Sal de mi casa y de mi vida -repetí, temblando de rabia.

Entonces me miró como no lo había hecho nunca. Sin máscara.

- Te vas a arrepentir de haberme dejado por esa zorra -escupió-. Tú y ella no vais a estar juntos nunca. Y tú acabarás en la cárcel. Te voy a destruir.

El mundo volvió a tambalearse.

- ¿Qué coño estás diciendo? -grité.
- Que te voy a arruinar la vida -repitió-. Te vas a arrepentir de haberme echado de tu vida como a un perro.

Cogió su bolso y se dirigió a la puerta.

- ¡Eh! -le pregunté-. ¿Cómo has entrado?

Se giró, cogió unas llaves del bolsillo de su chaqueta y me las lanzó.

- Toma. Ya no las quiero para nada. Ya tengo el empujón que necesitaba.

Y se fue. La puerta se cerró con un golpe seco que resonó en todo el ático… y dentro de mí. Me quedé de pie, solo, con las llaves en la mano y la cabeza llena de ruido.

¿Qué coño había pasado? Vanessa. Sus amenazas. La discoteca. El beso que yo no recordaba haber dado. Mía viéndolo todo.

Mía. El nombre me atravesó el pecho como una puñalada. No sabía dónde estaba. No sabía cómo estaría. Pero sí sabía una cosa: debía estar destrozada.

El miedo empezó a asentarse, lento y pesado. No el miedo a Vanessa. No el miedo a sus amenazas. El miedo real. El miedo de haber perdido a Mía para siempre. Me dejé caer en la cama, con el pecho oprimido y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que todo, absolutamente todo, podía derrumbarse.

El móvil vibró una y otra vez sobre la mesa. Mensajes de Eric y Enzo. Todos a la vez. Todos preguntando lo mismo: *¿cómo estás?* Les contesté con las manos temblando. Les conté la verdad. Que Vanessa estaba en mi cama al despertar. Que yo solo recordaba haberme dormido en el ático, con ellos a mi lado. Que no entendía nada. La respuesta fue inmediata. Maldiciones. Rabia. Culpa compartida.

***Eric**: Te tomaste el tranquilizante, tío*
***Enzo**: Te quedaste KO*
***Eric**: Joder, James…*

Joder. Eso mismo pensé yo. Todo iba de mal en peor, como si alguien se hubiera empeñado en empujarme cuesta abajo sin darme tregua. Cada nueva pieza encajaba de la peor forma posible y dejaba aún más claro el desastre.

Luego Eric. Su mensaje fue el que terminó de hundirme. Me dijo que había visto a Mía. Que le contó lo que pasó después de que ella se fuera. Que estaba rota. Que no quería verme.

No quería verme. Las palabras se quedaron flotando en la pantalla, pero el golpe fue físico. Sentí el pecho cerrarse, la garganta arder, como si el aire hubiera decidido abandonarme. Me quise morir. No de una forma dramática. No con grandes pensamientos. Fue algo más simple y más cruel: una sensación de vacío absoluto, de inutilidad, de haberlo arruinado todo sin siquiera entender cómo.

Me senté en el suelo del salón, apoyando la espalda en el sofá, con el móvil colgando de la mano. Miré alrededor. El ático estaba en silencio, pero no era calma. Era abandono. Mía no estaba conmigo. Y tal vez no volvería a estarlo.

Pensé en su risa. En cómo me miraba cuando creía que no la veía. En la confianza que había puesto en mí. En nuestra boda. En todo lo que habíamos construido. Y lo había destrozado. Aunque no recordara haberlo hecho.

Acepté el consejo de mis amigos porque no tenía fuerzas para nada más. No fui a buscarla. No insistí. No llamé. Cada impulso de hacerlo chocaba contra el mismo muro: *no quiere verte*.

El domingo lo dediqué a intentar recomponerme físicamente, pero lo de dentro no tenía arreglo. Descansé. Bebí agua. Pero la cabeza no paraba. Ese domingo fue un limbo. Un día entero enfrentándome a ese desastre. A ese error gigante. A esa sensación de haberlo perdido todo. A la certeza creciente, dolorosa, de que quizá… quizá había perdido a la mujer de mi vida sin posibilidad de explicarme.

El lunes llegué al despacho con un único objetivo: hablar con Mía. No pensar. No analizar. No medir consecuencias. Necesitaba hablar con Mía. Explicarle. Suplicarle si hacía falta. Decir cualquier cosa, aunque no supiera ni yo mismo qué coño había pasado. Que quizá estaba borracho. Que no era consciente. Que jamás, jamás, haría algo así con pleno conocimiento. No sabía qué mierda le iba a decir… pero tenía que verla. No aguantaba más.

Fui directo a su despacho. No llamé. Entré y cerré la puerta tras de mí. Allí estaba. Con ojeras profundas, la piel apagada, los hombros tensos. No hacía falta que dijera nada para saber que estaba rota. Y el golpe fue inmediato: yo era el causante de ese

dolor. Amaba a esa mujer con todo lo que tenía y me odié como nunca antes por haber sido quien la había destrozado.

- Vete ahora mismo de mi despacho -dijo, con una voz firme que no le conocía.
- No me voy a ir de aquí sin hablar antes contigo -respondí, tragando saliva.
- No quiero hablar contigo. Vete con Vanessa, que se entendéis muy bien.

Sus palabras me atravesaron el pecho. Más de lo que ella podía imaginar.

- Mía… pensaba que te estaba besando a ti -dije desesperado.

La vi empezar a moverse por el despacho, negando con la cabeza, como si mis palabras la asfixiaran.

- No recuerdo nada. No recuerdo cómo pasó. Tienes que creerme… de verdad. Te amo.

Se giró hacia mí como si acabara de insultarla.

- No vuelvas a decir nunca más que me amas. No me creo tus palabras. Se acabó, James. Vete de mi vida. No te quiero cerca.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. Me acerqué un paso, sin pensar.

- Por favor… mi amor. Nunca te haría daño.
- Ya me has hecho daño -escupió-. Y no te atrevas a tocarme.

En su mirada vi algo que jamás había visto dirigido hacia mí. Odio. Retrocedí instintivamente. Mi mundo se acabó en ese instante. En esa mirada.

La puerta se abrió de repente.

- ¿Qué está pasando aquí? -la voz de mi padre rompió el aire-. Se escuchan vuestras voces desde fuera…

Mi padre me miró a mí y luego a Mía, en quién se detuvo.

- Mía, ¿qué ha pasado?

Ella no dudó ni un segundo.

- Dile a tu hijo que salga de mi despacho y de mi vida para siempre.

Mi padre me miró, serio, duro.

- ¿Qué has hecho, James?

Y por primera vez en mucho tiempo, no tuve una respuesta que me protegiera.

- No lo sé, papá -dije con la voz rota.
- Ven a mi despacho. Ahora.

Miré a Mía una última vez. La vi apoyarse con las manos en la mesa, inclinada hacia delante, respirando con dificultad, como si el aire no le llegara a los pulmones. Quise acercarme. Quise abrazarla. Quise decirle mil cosas más. Pero me contuve. Porque no me quería a su lado. Y eso… eso era lo que más dolía de todo.

Mi padre y yo entramos en su despacho. Él rodeó la mesa y tomó asiento en su silla, serio, cansado. Yo me quedé de pie, incapaz de sentarme, con el cuerpo en tensión, como si en cualquier momento fuera a romperme.

- Empieza desde el principio -dijo-. ¿Qué ha pasado, James?

Respiré hondo. Necesitaba ordenarme, pero todo en mi cabeza era un caos.

- Estábamos en la discoteca… -comencé-. Yo…, en mi realidad, estaba besando a Mía. Lo juro, papá. Para mí era ella. Pero no… no lo era. Estaba besando a Vanessa. Mía lo vio. Todos lo vieron.

Apreté los puños.

- Eric y Enzo me sacaron de allí y me llevaron al hospital. Estaba mal, desorientado, no sé cómo explicarlo. Me hicieron pruebas, pero cuando empecé a encontrarme algo

mejor me fui. Me llevaron a casa. Me tomé los tranquilizantes que me dieron en el hospital y me dormí…

Mi padre no me quitaba los ojos de encima.

- Cuando desperté… -tragué saliva-. Vanessa estaba en mi cama. Desnuda.

Él frunció el ceño.

- ¿Mía sabe eso también?
- No. No lo sabe -negué rápidamente-. Y te juro que yo no sabía qué hacía allí. No recuerdo nada. Le pregunté cómo había entrado y me devolvió las llaves del ático. Y entonces me amenazó.

Mi padre se incorporó ligeramente en la silla.

- ¿Amenazó cómo?
- Dijo que, por haberla rechazado, me iba a arruinar la vida. Que yo acabaría en la cárcel. Que nos iba a destruir a Mía y a mí. Y lo ha conseguido. Nos ha separado.

Me llevé las manos a la cabeza y empecé a caminar por el despacho sin rumbo.

- No sé qué hacer, papá. Lo único que me importa es Mía.
- James -dijo entonces, con un tono más grave-. ¿Estás seguro de que no te drogaron?

Me detuve en seco.

- No lo sé -admití-. De verdad que no lo sé. Pero… algo no encaja. Yo no estaba así por beber. Juro que no bebí. Yo jamás haría algo así consciente.

Mi padre se pasó una mano por la cabeza, visiblemente alterado.

- Vamos a calmarnos -dijo-. Veremos la forma de solucionar esto… pero joder, James -alzando la voz-, ¿en qué lío te has metido?

Nos quedamos en silencio unos minutos. Yo intentando recomponerme. Él asimilando todo lo que acababa de escuchar. Ese

silencio fue roto por un suave golpe en la puerta.

- ¿Puedo pasar? -preguntó Belén.

Mi padre asintió.

- Ha llegado esta notificación del Juzgado para ti, James.

La dejó sobre la mesa. Mi padre la cogió y Belén se marchó cerrando la puerta. Mi padre bajó la mirada al papel. Empezó a leer.

Y en ese instante, una sensación helada me recorrió la espalda. Como si supiera que aquello no era el final del desastre, sino solo el principio.

Mi padre leyó el documento en silencio. Pasaba las hojas despacio, demasiado despacio. Yo seguía de pie frente a su mesa, con el estómago encogido, observando cada uno de sus gestos. De pronto se detuvo. Alzó la vista.

- Es una denuncia, James.

Sentí un vuelco en el pecho.

- ¿Cómo que una denuncia?
- Vanessa te ha denunciado por… besarla sin su consentimiento -continuó, serio-. Se han abierto diligencias previas por…

Se quedó callado un segundo. Tragó saliva.

- Te citan para declarar mañana por un delito de agresión sexual.
- ¿Qué? -grité, perdiendo por completo el control.

Mi padre respiró hondo, intentando no estallar.

- Maldita sea… -murmuró-. Bien, sabes cómo proseguir. Mañana irás al juzgado y te negarás a declarar hasta que preparemos la defensa.
- No -dije de inmediato-. Mañana iré y declararé que no recuerdo nada, que no bebí, que…

- James, por favor -me interrumpió, alzando la voz-. Estamos hablando de un delito que conlleva de uno a cuatro años de prisión. ¿Tienes algún testigo?
- ¡Papá, me vio toda la maldita discoteca! -respondí desesperado-. Nos besamos, sí, pero yo no la obligué. ¡Joder! ¡Si ni siquiera sabía que era ella! ¿Cómo voy a obligarla? ¡Y encima se metió en mi cama!
- Eso no aparece en la denuncia -dijo con firmeza-. Así que ni se te ocurra mencionarlo.

Apreté los dientes.

- La hija de puta no lo habrá dicho porque la amenacé con que era allanamiento de morada.

Mi padre golpeó la mesa con la palma de la mano.

- Te lo repito: mañana no vas a decir nada en tu declaración. Es de primero de Derecho, James.
- No voy a ocultar nada, papá -respondí, con la voz rota-. ¿Sabes qué? No me importa nada. Prefiero estar en la cárcel que estar aquí fuera… sin Mía.
- ¡Deja de decir estupideces! -gritó, levantándose de la silla-. Vamos a defender esto con todo lo que tengamos. No te voy a ver en la cárcel. ¿Me oyes?

Mi padre estaba nervioso, muy nervioso. Nunca lo había visto así. Eso me asustó más que la propia denuncia. Bajé la mirada.

- Me voy a casa, papá… -dije en un hilo de voz, arrebatándole la dichosa denuncia.

Salí del despacho con la sensación de que mi vida acababa de dar un giro irreversible. No solo había perdido a la mujer que amaba, sino que podía perder mi propia libertad.

Llegué a casa como un autómata. Tiré las llaves sobre la encimera y me dejé caer en el sofá sin encender ni una luz. El silencio del ático era ensordecedor. No habían pasado ni dos horas cuando llamaron a la puerta. Eric y Enzo.

- Joder, tío… -dijo Enzo nada más verme-. Tienes una cara…

Se sentaron frente a mí. No tuve fuerzas para disimular nada.

- Como os dije, Vanessa estaba en mi cama desnuda. Y… me ha denunciado -solté de golpe.

El silencio fue inmediato. Después, la explosión.

- ¡Hija de puta! -escupió Eric, poniéndose de pie-. Ella te quitó las llaves.
- ¡Maldita zorra! -añadió Enzo-. ¿Y encima se atreve a denunciarte?
- Podemos declarar -dijo Eric, más calmado.

Me reí. Una risa amarga, rota.

- ¿Y qué vais a declarar? -les pregunté-. ¿Que la estaba besando? Joder, claro que la estaba besando.
- Pero no fue sin consentimiento -replicó Enzo-. Eso es lo importante.

Me levanté de golpe.

- ¿Y quién dice eso? -grité, fuera de mí-. ¿Eh? ¿Quién lo dice? ¡Es su palabra contra la mía! Y en estos casos yo no tengo palabra. ¡Y encima no recuerdo nada! A lo mejor sí lo fue…

Me pasé las manos por la cara, notando cómo me temblaban.

- No recuerdo nada, Enzo. No recuerdo como empezó, cómo llegamos a besarnos. Nada. Y eso me mata.

Eric se acercó y me puso una mano en el hombro.

- Tu padre te va a sacar de esta, tío. Es el mejor.
- Estoy hasta el cuello -respondí, con la voz apagada-. No tengo ganas de nada. No me importa ya nada.
- Ni se te ocurra decir eso, James -saltó Enzo, furioso-. ¡Ni se te ocurra! Joder, que todavía estás aquí, que no estás solo.
- Me cago en mi puta vida… -murmuré, dejándome caer otra vez en el sofá.

Eric suspiró, cansado.

- Esto es una mierda, sí. Pero no puedes rendirte. No ahora. No cuando más necesitas la cabeza fría.

Miré al techo, tragándome el nudo de la garganta.

- He perdido a Mía -dije al fin-. Y sin ella… todo lo demás me da igual.

Ninguno respondió. Porque los tres sabíamos que, por primera vez en mi vida, no estaba exagerando.

CAPÍTULO 22: MÍA

Vi cómo James salía del despacho de su padre sin mirar atrás. La puerta del ascensor se cerró tras él y algo dentro de mí se cerró también, con un golpe seco. No supe cuánto tiempo me quedé mirando ese punto fijo del pasillo, con expedientes abiertos que no veía y un cursor parpadeando como si se burlara de mí.

Las horas pasaron sin avanzar una sola línea. Mi cabeza no estaba allí. Seguía en esa imagen. En ese beso. En todo lo que se había roto. El interfono sonó de repente sacándome de esa pesadilla.

- Mía, ¿puedes venir a mi despacho? -la voz de Manuel sonaba grave, tensa.

Me levanté despacio y caminé hasta allí. Al entrar, lo vi distinto. No era solo mi jefe impecable, ni el abogado brillante. Era un padre preocupado. Y eso me dio miedo. Me senté frente a él.

- James me ha contado lo que ha pasado -dijo sin rodeos-. ¿Cómo estás?

Solté una risa amarga.

- ¿Cómo crees que estoy?

Asintió despacio.

- Me ha dicho que no recuerda haber besado a Vanessa.
- Ya… -respondí, con la voz dura-. Pues lo hizo. Yo lo vi.
- ¿No le crees?

Le sostuve la mirada.

- Solo creo lo que vieron mis ojos.

Manuel suspiró y apoyó los codos sobre la mesa.

- Bien. Dejemos entonces lo personal de este asunto a un lado y pasemos a lo profesional.

Fruncí el ceño.

- ¿Qué quieres decir? -pregunté sin entender a lo que se refería.
- Vanessa ha denunciado a James por agresión sexual. Dice que la besó sin su consentimiento.
- ¿¡Qué!? -grité, poniéndome de pie de golpe.

Sentí cómo la rabia me subía como un fuego por el pecho. ¡Si hay algo que tengo grabado a fuego es ese puto beso! Puede decir muchas cosas, pero que no fue consentido… mis cojones. ¡La muy perra lo estaba gozando!

Me llevé las manos a la cabeza.

- Maldita… -murmuré, temblando, volviéndome a sentar frente a él.
- Han citado a James a declarar mañana -continuó Manuel-. Y dice que va a declarar.
- No puede -dije de inmediato, automática, profesional.

Manuel asintió.

- Exacto. Eso esperaba oír de ti. Dice que no le importa nada, que va a contar lo que pasó y punto. Que no se acuerda de nada y…
- Dile que no declare -le corté-. No en esta fase. Bajo ningún concepto.
- Ya lo he hecho, Mía -respondió, cansado-. No me escucha.
- Eres su padre y su abogado, joder -le dije, rota-. Haz que te escuche.

Manuel bajó la mirada un segundo. Luego la levantó y dijo, despacio:

- Eso es una de las cosas por las que te he llamado.

Hizo una pausa.

- No puedo ser su abogado.
- ¿Cómo? -me levanté de nuevo de la silla de golpe-. ¿Qué estás diciendo?

- No estoy colegiado -explicó-. Iba a contároslo después de la boda. Me jubilo.

Sentí un vértigo brutal.

- ¿Y quién va a serlo entonces? -pregunté, nerviosa.

Manuel me miró con esa mirada que conocía tan bien. No dijo nada. No hizo falta.

- ¿Pretendes que sea yo? -susurré-. ¿Después de lo que me ha hecho?
- Es mi hijo, Mía -dijo con la voz quebrada-. No quiero que acabe en la cárcel. Y está decidido a no luchar. Si alguien puede hacerlo entrar en razón, eres tú.

Negué con la cabeza, las lágrimas quemándome los ojos.

- No sabes lo que me estás pidiendo -le dije temblando-. No puedes pedirme esto.
- Sé cómo te sientes -respondió serio-. Sé que tienes esa misma sensación de hace años.

Hizo una pausa.

- Pero esta vez no es como con la herencia de Benji. Aquí no hay secretos. Aquí no hay un final feliz escrito. Aquí… necesito tu ayuda de verdad.

Me dejé caer en la silla, rota. Porque en ese momento entendí lo peor de todo: que, aunque mi corazón estuviera hecho pedazos, mi conciencia no me permitiría mirar hacia otro lado. Soy idiota, lo sé, no tengo otro nombre. Y a la vista está que me gano todo lo que me pasa, pero…así soy.

- Me debes una muy gorda Manuel -dije mirando fijamente a mi jefe.

Y sí, por si no lo habíais entendido, a la mañana siguiente me planté en los juzgados para ser la abogada de James. Ni yo podía creerme que estuviera allí.

Subí hasta la tercera planta con el estómago encogido, como si cada escalón pesara una tonelada. Y allí estaba James. Dando vueltas de un lado a otro, nervioso, con un abogado que no conocía de nada. Pareció notar mi presencia porque se detuvo en seco y me miró.

Esa mirada. La que siempre me desarmaba. Pero no. Ya no -me dije. Estaba allí solo por una cosa. Por obligación. Por Manuel. No por él.

- ¿Qué haces aquí? -me preguntó acercándose.
- Vengo a representarte -contesté contundente.

Se quedó paralizado.

- ¿Qué? ¿Te lo ha pedido mi padre? -me preguntó incrédulo.
- Por supuesto -le corté, fría-. Porque si no fuera por él, no estaría aquí. Tenlo claro.

Se tensó.

- Ya tengo abogado -dijo señalando a su abogado.
- Ah, ¿sí? -arqueé una ceja-. ¿Prefieres a ese abogado antes que a mí? Perfecto, James. No voy a suplicarte por hacer algo que ni siquiera quiero hacer.

Me giré para marcharme. Entonces me agarró del brazo.

- Espera.

Me solté al instante, como si me hubiera quemado.

- No me toques.

Respiró hondo.

- Vale… pero voy a declarar.
- No, no vas a declarar -le dije, firme, mirándolo de frente.

En ese momento pronunciaron su nombre. Era su turno. James se giró y caminó hacia la oficina del funcionario que iba a tomarle declaración. Entré con él. El funcionario me preguntó mi nombre, lo anotó, y al ver que no estaba la acusación particular iba a empezar con las preguntas cuando…

- Esperen -dijo una voz entrando por la puerta.

Se me heló la sangre. Alejandro. El dueño de Averis Lawyer. Mierda. Ellos llevaban la representación de Vanessa, cómo no. James y yo nos miramos. Shock absoluto. Alejandro se presentó ante la funcionaria con esa sonrisa de suficiencia que siempre había detestado. Comenzó el trámite. La funcionaria miró a James.

- Bien, Sr. Bernard, ¿va a declarar, se va a acoger a su derecho a no declarar o va a contestar solo a algunas preguntas?

Lo miré fijamente. Seria. Suplicándole sin palabras que no lo hiciera. Yo lo sabía. Él lo sabía.

- Yo… -empezó a decir.

Contuve la respiración.

- No voy a declarar.

Solté el aire que no sabía que estaba reteniendo.

- De acuerdo. Pues, en ese caso, firmen el acta de declaración y pueden marcharse.

Salimos al descansillo y Alejandro nos interceptó.

- Hombre, Mía -dijo con sorna-. ¿Representando a tu amor infiel?
- Cállate, imbécil -le solté.

Sonrió.

- Siempre tan deslenguada. No has cambiado nada -dijo con una sonrisa de autosuficiencia.
- Basta, Alejandro -dijo James serio.

Entonces se giró hacia James.

- Y tú… mírate. Acusado de agresión sexual. Tú solito vas a acabar con la reputación de Bernard Legal Group. Te tengo que dar las gracias.

Vi los puños de James cerrarse.

- Vámonos -dije seca-. ¡Ya! -grité.

Salimos de los juzgados. Yo caminé deprisa, necesitaba llegar cuanto antes al despacho, alejarme de todo.

- Mía -me llamó James.
- No quiero hablar contigo -contesté.
- Por favor -me suplicó.
- He dicho que no -le dije más contundentemente.

Nos miramos. Esos ojos azules. Esa intensidad que siempre me atravesaba. No, ya no, me dije. Aparté la mirada. Caminé con paso acelerado hacia mi coche. Aquello iba a ser una tortura. Profesional. Personal. Emocional. Y no sabía si estaba preparada para sobrevivir a ninguna de las tres.

Llegué al despacho con el cuerpo en piloto automático. En cuanto se abrieron las puertas del ascensor vi a Manuel acercarse a mí con el ceño fruncido, los hombros tensos. Estaba claro que llevaba rato esperando.

- ¿Y bien? -preguntó sin rodeos.
- No ha declarado -le dije.

Soltó el aire despacio, como si se hubiera quitado un peso de encima.

- Menos mal…
- Ha ido la acusación particular -añadí-. ¿Puedes adivinar quién representa a Vanessa?

Manuel me miró, expectante.

- Averis Lawyer. Alejandro estaba allí -le indiqué.

Sus ojos se abrieron con una mezcla de sorpresa y rabia.

- Maldito cabrón… -masculló-. Desea a toda costa hundirnos.
- Sí -asentí-. Se lo ha dicho a James claramente, a la cara y sin disimular.

Manuel negó con la cabeza, pero no dijo nada más. Yo tampoco. No tenía fuerzas.

Esa semana transcurrió sin que me diera cuenta. Los días se mezclaron unos con otros en una rutina mecánica de informes, jurisprudencia y cafés. Preparé todos los puntos del caso de James como si fuera cualquier otro cliente… o al menos lo intenté. Fue una tortura. Cada frase que escribía me atravesaba. Cada dato me dolía. Aun así, me obligué a pensar como abogada. *Piensa, Mía. Analiza. Fríamente.*

Bien.

Punto uno. James cogió el coche aquella noche. Por lo tanto, no iba a beber. Nunca lo hace. Yo misma lo vi pedirse una botella de agua.

Punto dos. Eric me dijo que estaba ido y desorientado, que no podía mantenerse en pie.

Punto tres. James asegura que no sabía que estaba besando a Vanessa.

Punto cuatro. Eric y Enzo lo llevaron al hospital. Le hicieron pruebas. Lo dejaron en su casa. No se fueron hasta que se durmió tras tomarse los tranquilizantes.

Si me creo lo que dice James, rectifico, si me creo lo que dice el cliente, algo no cuadraba. Si no bebió… ¿por qué estaba así? Cerré el expediente con un golpe seco. Tenía que hablar con Eric. Urgentemente. Necesitaba que me contara toda la historia. Sin filtros. Sin proteger a nadie. Porque por muy rota que estuviera por dentro, había una verdad ahí fuera… y pensaba encontrarla. Por él, por mí, por nosotros.

Llamé a Eric y no dudó ni un segundo.

- Voy ahora mismo al despacho -me dijo.

Colgué con una mezcla extraña de alivio y angustia. Sabía que podía contar con él. James tenía muy buenos amigos… quizá lo único que seguía en pie de todo aquel derrumbe.

Cuando Eric entró en mi despacho, cerré la puerta y señalé la silla frente a mí. Ninguno sonrió. No era momento.

- ¿Cómo estás? -me preguntó con cautela.
- No te he llamado como amiga o ex de James -le respondí directamente-, sino como su abogada. Necesito que me cuentes realmente qué pasó aquella noche. Todo. Sin suavizar nada.

Asintió, serio.

- Te diré todo lo que necesites, sin ocultar nada.

Tragué saliva. Solo recordar la escena me hacía temblar por dentro, pero mantuve la voz firme.

- Cuando lo separaste de Vanessa… ¿cómo estaba James?

Eric apoyó los codos en la mesa.

- No se podía mantener en pie. Estaba totalmente ido. De verdad, Mía. Entre Enzo y yo tuvimos que llevarlo casi en volandas al hospital.
- ¿Qué pruebas le hicieron en el hospital? -le pregunté.
- Análisis de sangre y de orina creo. Y le curaron la herida de la boca que le había hecho Liam.

Levanté la mirada de golpe.

- ¿Le hicieron prueba de orina antidroga?

Eric frunció el ceño.

- No lo sé. Le dijimos al médico que veníamos de una discoteca y que estaba mareado, desorientado… pero no especificaron qué tipo de pruebas harían exactamente.
- ¿Tienes esos resultados? -pregunté de nuevo.

Negó despacio.

- No. James decidió marcharse antes de que nos los dieran.

Mierda. Me recliné sobre la silla frustrada. Mi cabeza empezó a trabajar a toda velocidad.

- Bien -murmuré-. Tengo que conseguir esos análisis.

En ese momento, la puerta se abrió sin llamar. Manuel. Solo con verle la cara se me encendieron todas las alarmas.

- Han dictado Auto de transformación de procedimiento abreviado -dijo, seco.
- ¿Qué? -me levanté de golpe-. ¿Cómo van a dictar un auto de PROA si solo han declarado ellos dos?

Eric nos miraba sin entender del todo, pero captando la gravedad.

- Están moviendo sus hilos -continuó Manuel-. Averis Lawyer no quiere que se investigue nada más. Sabes que la declaración de ella y los testigos de la discoteca que lleve…
- Tenemos que recurrirlo -dije sin pensarlo.
- No va a servir de nada, sé cómo funcionan… -dijo Manuel abatido.
- ¡Joder, joder, joder! -solté, pasándome las manos por el pelo.

Mi mente jurídica se activó, casi con rabia. El Auto de PROA marcaba el paso de la investigación a la fase de juicio. Eso significaba que el Juez Instructor consideraba que había indicios suficientes para acusar formalmente a James… sin permitir una investigación mínima. Solo existían dos declaraciones. La de Vanessa, la de un testigo que declaró el mismo día que Vanessa interpuso la denuncia y la de James. No había pruebas periciales aportadas. No había análisis. No había nadie más interrogado formalmente. Definitivamente, había algo detrás de todo esto llamado Averis Lawyer.

- Manuel, mírame -dije mirándolo fijamente-, sabes perfectamente que, si recurrimos, la Audiencia Provincial nos va a dar la razón. No se han practicado las diligencias de investigación mínimas. Esto es una barbaridad procesal.

Antes de que pudiera responder, una voz intervino desde la puerta.

- No vamos a recurrir nada.

James. Los tres nos quedamos mirándolo. Eric fue el primero en reaccionar.

- Amigo, por favor -le dijo-. Recapacita. Estamos todos luchando por ti para que ganes esto.

James avanzó un par de pasos y se detuvo frente a mí. Me miró directamente a los ojos.

- Yo ya lo he perdido todo.

Sentí el golpe en el pecho como si me hubiera atravesado. Le sostuve la mirada, furiosa por dentro. No podía cargarme a mí toda la responsabilidad de su derrota. Eso no era justo.

- ¿Echas sobre mis hombros la responsabilidad de tus actos? -le grité antes de que se largara del despacho seguido de Manuel gritándole improperios.

Tras apoyar mis manos sobre mi cabeza, miré a Eric que estaba totalmente descolocado.

- Desbordada, Eric ¿contesta eso a tu pregunta? -le dije a mi amigo, contestando la pregunta que me hizo al entrar y no quise contestarle.

Ahora sí. James Bernard me has enfadado mucho. Seguiré con tu caso hasta el final por orgullo, porque no dejo un trabajo a medias, porque no quedará en mi consciencia no haberlo intentado, pero se acabó.

CAPÍTULO 23: JAMES

Sabía que no estaba actuando bien. Ni con Mía, ni con mi padre, ni con mis amigos… y mucho menos conmigo mismo. Pero, joder, intentad entenderme: estaba destrozado. La mirada de Mía… esa mirada fría, distante, profesional, sin un atisbo de amor, ni de fe en mí… me mataba. No era rabia lo que veía en sus ojos, era algo peor: imparcialidad. Como si ya no fuera su hombre, sino un caso más sobre la mesa.

La entendía. Claro que la entendía. Yo mismo había besado a Vanessa. Sí. Aunque no supiera que lo hacía, aunque mi cabeza estuviera en otro sitio, lo había hecho. Y eso era una losa que no iba a perdonarme jamás. El daño que le había causado a Mía era irreparable y ahora, para rematarlo, ella estaba viéndose obligada a representarme legalmente porque mi padre, de repente, se jubilaba y había dado de baja su colegiación. Todo iba de mal en peor. Cada día un escalón más abajo.

Una tarde estaba tirado en el sofá de mi ático, mirando al techo como si fuera un desconocido. No comía. No dormía. Vivía a base de café y pensamientos de mierda. Cuando llamaron a la puerta ni me moví, pero, igualmente, la puerta de abrió. Nota mental, quitarle mis llaves a Eric.

- O te vistes tú, o te vestimos nosotros -escuché a Enzo.
- Y te aseguro -añadió Eric- que, si lo hacemos nosotros, vas a salir a la calle pareciendo un indigente con tarjeta black.
- No tengo hambre -murmuré.
- Nos importa una mierda -dijo Eric-. Ponte algo decente o salimos así mismo, con esas pintas, y le explicamos al camarero que estás pasando por tu fase "drama existencial".

Los odiaba a ratos. Sobre todo, el humor sarcástico de Eric. Pero también sabía que, sin ellos, ya estaría hundido del todo.

Salimos a cenar. Y entonces lo vi. Liam. Adri. Cami. Y… Mía. Dios. Estaba demacrada, sí. Ojeras, el cansancio dibujado en la cara. Pero aun así… estaba preciosa. Con esa elegancia suya que no necesitaba esfuerzo, con esa forma de moverse que siempre me había tenido completamente perdido. La amaba. La amaba con cada parte rota de mí.

Me senté a la mesa con todos, notando que ella tampoco esperaba aquella encerrona. Nos habían reunido a traición. Eric empezó a soltar tonterías, Cami le seguía el juego, y poco a poco la conversación fluyó… o eso intentaron.

Yo apenas hablaba. No podía apartar los ojos de Mía. Vi cómo ella y Liam compartían miradas, pequeños susurros, secretos que ya no me pertenecían. Y dolía. Joder si dolía.

Aun así… comí. Poco, pero comí. Y eso ya era más de lo que había hecho en días.

Cuando nos levantamos para irnos, Mía se despidió de todos. De todos menos de mí. Me esquivó como si yo fuera un obstáculo incómodo. La vi dirigirse a su coche y, sin pensarlo, la seguí.

- Mía -la llamé.

Se giró, cansada.

- ¿Cómo estás? -pregunté, estúpido, torpe.
- ¿Cómo crees que estoy? -respondió sin dureza, pero sin cariño.

Tragué saliva.

- Perdóname… por todo.

Me miró. De verdad. Sin filtros.

- James, ahora mismo no soy tu ex pareja. Soy tu abogada. Y necesito que colabores.
- No quería hacerte daño -insistí-. Te lo prometo.
- Quiero descubrir la verdad -dijo seria.

Asentí.

- Lo sé.
- Pues si lo sabes, ayúdame entonces -me dijo-. Buenas noches, James -sentenció girándose.

Y se fue. Me quedé allí, viendo cómo su coche desaparecía, con un nudo en la garganta que no me dejaba respirar. Tenía razón. Debía encontrar la verdad. Quizá así… quizá así podría reparar algo. Pero en el fondo sabía que no. Le había hecho demasiado daño. Había abierto ese maldito cajón de dolor que ella llevaba enterrado desde niña. El del abandono, el de la desconfianza, el que su padre cabrón le había dejado como herencia emocional. Y ahora… Ahora ese cabrón era yo.

Tal y como le dije a mi padre y a Mía, no recurrimos el Auto de transformación de la causa en los trámites de procedimiento abreviado. Y así, sin anestesia, llegó el siguiente golpe.

Tras el plazo de diez días otorgado a la acusación particular, presentaron su escrito de conclusiones provisionales, así como el del Ministerio Fiscal, que era idéntico. Lo leí en la pantalla del ordenador del despacho, con el estómago encogido, línea por línea, como si cada palabra pesara una tonelada. Volvían a insistir en el beso no consentido en la discoteca, que constituía un delito de agresión sexual, tipificado en el artículo 178.1 del Código Penal y por el que me pedían tres años de prisión. Joder. Solicitaban como prueba mi interrogatorio, la declaración de Vanessa y un testigo de la discoteca.

Cerré los ojos con fuerza. Quise reventar la pantalla de un puñetazo. Esto iba demasiado rápido. No me podía creer que solo hubieran pasado tres semanas desde aquella noche. Tres semanas

hundido en la mierda absoluta, viviendo en piloto automático, con la cabeza embotada y el alma hecha pedazos.

Y ahora, tras el dictado del Auto de apertura de juicio oral, era nuestro turno. Diez días para la defensa. Diez días para formular nuestras conclusiones provisionales. Mientras me lamentaba, perdiéndome en pensamientos oscuros, la puerta de mi despacho se abrió.

- ¿Qué haces aquí? -le pregunté, levantando la vista.

Era Liam.

- Vengo a que me firmes este documento -dijo, dejándolo sobre la mesa-. Es para autorizarme a pedir presupuesto en un periódico digital. Publicar alguna columna sobre nuestros casos. Es mi trabajo, por si no lo recuerdas. Me encargo del marketing del despacho.

Ni lo miré. Firmé sin leer, solo para quitármelo de encima.

- Ya está. ¿Contento? -gruñí-. Ya puedes irte.

Pero Liam era mucho Liam.

- ¿Y bien? -dijo, sin moverse-. ¿Así es como intentas recuperar a tu mujer? ¿Así es como intentas recuperar tu vida?

Levanté la cabeza, irritado.

- No empieces.
- Eres patético -continuó-. Me das vergüenza.
- Cállate, Liam -le grité, levantándome de la silla.
- ¡No! -respondió, más firme aún-. Cállate tú, que es lo único que sabes hacer últimamente. Callarte y dejar que todo se vaya a la mierda. Tienes la oportunidad de demostrarle a Mía que no besaste a Vanessa por placer. Que te drogaron. Que no estabas en tus cabales. Lo sabes. Lo sabemos todos. ¿Y no haces nada?

Me quedé en silencio.

- ¿Sabes qué es lo peor? -continuó tras una pausa-. Siempre he sentido orgullo por ti, por mi hermano mayor, por el tipo que parecía tenerlo todo bajo control, imperturbable. Pero este fantasma que tengo delante no se le parece en nada.

Sus palabras me dolieron.

- Me parece increíble -añadió- que Mía, que es la que tuvo que verte besar en sus narices a otra, esté dejándose la piel para salvarte el culo… y tú sigas instalado en el victimismo.

Me miró con desprecio.

- Definitivamente, no te la mereces.

Se dio la vuelta y salió, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

Me dejé caer de nuevo en la silla. El despacho quedó en silencio. Quizá tenía razón. Quizá me estaba rindiendo antes de luchar. Quizá estaba tan ocupado castigándome que no veía que, mientras yo me hundía, Mía seguía de pie, sosteniéndolo todo.

Y por primera vez en semanas, una idea se abrió paso entre el ruido: si no hacía nada, no solo iba a perder el juicio. Iba a perderla a ella para siempre. Pero, ¿sabéis qué? Ya era demasiado tarde. La fase de investigación se había cerrado, estábamos con los escritos de calificaciones provisionales y ya…poco se podía hacer. Simplemente, en el juicio debía dar una declaración contundente de que no estaba en mis mejores condiciones físicas, entre otras cosas, estaba drogado.

Definitivamente, necesitaba salir del despacho a que me diera el aire. No sabía por qué insistía en venir todos los días si apenas podía concentrarme… bueno, sí lo sabía. Venía por ella, por Mía. Aunque solo fuera para verla cruzar un pasillo, para robarle un segundo de perfil, para confirmar que seguía ahí. Era lo único que me daba fuerzas para vestirme y fingir que estaba vivo.

Al salir de mi despacho me la encontré de golpe. A Mía y a Will. Estaban frente a su oficina, claramente a punto de marcharse juntos. La ira me subió como un fogonazo, directa al pecho. No pensé. No quise pensar. Simplemente caminé hacia ellos.

- ¿Qué haces tú aquí? -le pregunté a Will, clavándole la mirada.
- Vengo a ver a Mía, por supuesto -respondió, tranquilo.
- Lárgate -le solté.
- Basta, James -dijo Mía, cortante.

Luego se giró hacia él.

- Will, espérame en el vestíbulo, por favor.

Asintió, y antes de irse le dedicó una sonrisa. A ella. Una sonrisa calculada. Me encendí aún más.

- Entra a mi despacho -me dijo Mía.

Lo hice, pero antes de que pudiera cerrar la puerta tras de mí, exploté.

- ¿Qué es lo que crees que estás haciendo? Ya te dije que no me gusta. Está detrás de ti, joder. ¿Es que no lo ves?
- ¿Y qué? -me respondió-. ¿Y qué si está detrás de mí? ¿Y qué si quiere estar conmigo?

Cada palabra era un golpe.

- Te recuerdo que estoy soltera. Puedo hacer lo que quiera -continuó.

Algo se rompió dentro de mí.

- No digas eso -le dije, dando un paso hacia ella-. No puedes estar con él.
- ¿Y quién dice eso? ¿Tú? -replicó-. ¿El mismo que se lio con otra delante de mis narices? Puedo hacer lo que quiera James.

Me acerqué más. Demasiado.

- ¿Ya te has olvidado de mí? -pregunté más calmado.

- Me lo has puesto muy fácil -contestó, pero lo vi, vi el temblor, el nerviosismo en su respiración.
- Ah, ¿sí? -susurré-. ¿Ya no sientes nada cuando me ves?

Iba a responder, pero no la dejé.

- Dime que no sientes nada por mí -insistí, acercándome aún más-. Vamos, dímelo.

Me miró desafiante… y a la vez buscando una salida. No esperé. No me contuve y la besé.

La besé como siempre. Con todo lo que me quedaba dentro. Con pasión, con deseo, con esa ansia viva que nunca había sabido apagar cuando se trataba de ella. Y ella respondió durante ese segundo en el que su cuerpo me reconoció antes que su cabeza. Pero fue rápida. Demasiado. Me apartó antes de que pudiera profundizar, antes de que pudiera perderme del todo.

Y entonces… La bofetada.

- No vuelvas a hacer eso -me dijo, con la voz firme, herida.

Cogió su bolso y salió del despacho sin mirar atrás. Me quedé solo.

Me dolieron sus palabras. Me dolió la bofetada. Me dolió verla marcharse. Pero su reacción al beso… Eso me dio vida. Porque su cuerpo no había mentido. Porque durante ese instante no hubo rabia, ni Will, ni juicio, ni denuncia. Solo nosotros. No, no se había olvidado de mí. Y eso, aunque me destrozara por dentro, también me decía una cosa: esa guerra aún no estaba perdida y tenía que hacer algo para ganarla.

CAPÍTULO 24: MÍA

Me subí al ascensor con el sabor de sus labios aún prendido a los míos, como una quemadura suave que no dolía, pero tampoco se iba. El amor no había desaparecido; no, nunca lo había hecho. Estaba ahí, escondido bajo capas de orgullo, dolor y desconfianza. Seguía vivo. Latente. Peligrosamente vivo.

De repente, el móvil vibró en mi mano.

Liam: *Tengo algo que contarte…*
Yo: *¿Qué pasa?*

La respuesta llegó casi de inmediato.

Liam: *Will es hijo de Alejandro.*

¿Cómo? Las piernas me flaquearon y tuve que apoyarme en una de las paredes metálicas mientras el ascensor seguía bajando, ajeno a cómo mi mundo acababa de recolocarse de golpe. Las piezas empezaron a encajar con una claridad dolorosa. Demasiada.

Will. Su tono siempre medido. Sus medias sonrisas. Esa sensación constante de que había algo que no terminaba de cuadrar. La incomodidad visceral de James cada vez que aparecía. Las insinuaciones. Los silencios. Las miradas largas. La facilidad con la que parecía estar siempre cerca cuando no debía.

James tenía razón. La había tenido desde el principio. Will ocultaba algo. Y no era cualquier cosa. Will era el hijo de Alejandro, el dueño de Averis Lawyer. El hombre que quería hundir a Bernard Legal Group. El mismo que ahora, a través de la denuncia de Vanessa, intentaba llevarse por delante a James. No era casualidad. No había nada inocente en todo aquello.

Marqué el número de Liam sin pensarlo dos veces.

- ¿Mía? -respondió al segundo tono.
- Liam, no hace falta que te lo diga, pero no puedes hablar con nadie de lo que estamos haciendo en el caso de James -dije directa, sin rodeos.

- Lo sé -contestó serio-. Es mi hermano de quien estamos hablando. Sé perfectamente que aquí nadie es nadie.

Cerré los ojos un instante, agradecida.

- Por cierto, tengo ya la autorización, James me la ha firmado hoy -continuó.
- Bien, ya sabes. Espera a que nos señalen la Audiencia Preliminar. Te diré cuando tienes que ir por él -respondí intentando tranquilizarme-. Gracias Liam.
- De acuerdo, estaré pendiente a tu aviso y gracias a ti -añadió, y en su voz hubo algo parecido a la culpa-. Sé lo que estás haciendo por el imbécil de mi hermano.

Una mueca amarga se me escapó.

- Es mi trabajo -mentí a medias.
- Los dos sabemos que no es sólo trabajo -sentenció.

Colgamos.

El ascensor se detuvo con un leve pitido y las puertas se abrieron. Respiré hondo, intentando recomponerme. En cuestión de segundos iba a encontrarme en el vestíbulo con el hijo del hombre que quería destruirnos. Con alguien que, muy probablemente, había estado jugando una partida mucho más larga y sucia de lo que yo había imaginado.

Mientras caminaba hacia él, el pulso me martilleaba en las sienes. Siempre había sido extremadamente discreta con mi trabajo; era casi una obsesión. Nunca hablaba de mis casos, nunca daba detalles, nunca mezclaba lo personal con lo profesional. Aun así, mi

mente empezó a rebobinar conversaciones, frases sueltas, comentarios aparentemente inocentes.

¿Se me había escapado algo?
¿Un nombre?
¿Un gesto?
¿Una reacción de más?

Cada paso que daba aumentaba esa sensación incómoda de haber sido observada, analizada, medida. De que quizá, sin saberlo, había estado hablando de más frente a la persona equivocada, frente al enemigo.

Cuando lo vi esperándome, apoyado con tranquilidad calculada cerca de la salida, entendí una cosa con una claridad demoledora: Will no estaba allí por mí, sino por James. Lo que también tenía claro es que no iba a desvelarle que sabía que era hijo de Alejandro. Ni una palabra. Aún no. Necesitaba tiempo, observarlo, dejar que bajara la guardia. Quería averiguar qué tramaban Will y su padre, y para eso debía fingir normalidad. Así que me fui a almorzar con él.

Caminamos juntos hasta el restaurante y, mientras nos sentábamos, me obligué a mantener la compostura. Sonreír lo justo. No pensar demasiado. No repasar mentalmente cada conversación que habíamos tenido desde que lo conocí.

- Te noto pensativa -comentó mientras miraba la carta-. ¿Mucho trabajo?
- El de siempre -respondí con ligereza-. Nada nuevo.

Pidió vino. Yo, agua. Necesitaba la cabeza fría. No tardó en ir al grano.

- ¿Y el caso de James? -preguntó como quien no quiere la cosa-. Debe de ser complicado llevar algo así.

Levanté la vista con calma estudiada. Medí cada palabra. Ati te lo voy a decir…

- Ahí va -mentí-. La verdad es que no hay mucho de donde rascar. Sin pruebas, sin investigación previa… es bastante plano.

Asintió despacio, como si esa respuesta le encajara demasiado bien. No insistió más. Y eso, curiosamente, me inquietó todavía más.

Al día siguiente me encerré en mi despacho para preparar el escrito de defensa. Mis conclusiones provisionales eran estándar, casi impersonales: negar todos los hechos por los que se nos acusaba y sostener que el beso había sido consentido. Frases frías. Técnicas. Correctas. Pero cada palabra me dolía.

Tener que describir lo ocurrido en la discoteca fue como volver a estar allí, frente a esa imagen que me perseguía desde hacía semanas. Recordar la traición de James, verla escrita, negro sobre blanco, me revolvía el estómago. Aun así, seguí. Porque era mi trabajo. Porque ahora era su abogada.

En cuanto a la prueba… no teníamos nada. Las diligencias de investigación habían sido inexistentes. Así que no pude hacer otra cosa que solicitar el interrogatorio de James y la declaración de Vanessa. No había más.

Cuando terminé, releí el documento una última vez y se lo envié a James para que lo revisara, por si quería añadir algo más. La respuesta llegó poco después. *"Lo veo bien. Preséntalo."* Nada más. Y ya está. Eso era todo.

Cerré el correo con una sensación amarga en el pecho. Definitivamente, ese no era el James del que me enamoré. Aquel hombre combativo, orgulloso, incapaz de rendirse, había

desaparecido. Eric y Liam tenían razón. James estaba completamente hundido.

A los tres días de presentar el escrito de defensa nos llegó la citación para la Audiencia Preliminar. La leí dos veces, con esa sensación rara de que el tiempo avanzaba demasiado rápido y, a la vez, se había quedado suspendido en el aire.

La Audiencia Preliminar es esa fase anterior al juicio oral prevista en el artículo 785.2 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal. Un trámite frío, técnico, casi burocrático… pero decisivo. Es el momento en el que las partes confirman si mantienen la acusación y la defensa, si existe posibilidad de conformidad o si, definitivamente, el procedimiento debe ir a juicio. No se juzga aún, pero se decide si habrá juicio. La fecha de la Audiencia Preliminar: 24 de abril. La semana que viene.

Por la tarde, quedé con mis chicos en casa de Adri. Como siempre, ellos conseguían lo imposible: arrancarme una sonrisa incluso cuando sentía que todo se desmoronaba por dentro.

Estábamos sentados en el salón, con cervezas y algo de picar sobre la mesa, intentando fingir normalidad.

- James está fatal -dijo Liam de repente, rompiendo el ambiente ligero-. Totalmente aislado. No viene a cenar a casa con mis padres, no contesta a los mensajes… es como si se hubiera apagado.
- Es normal -respondió Adriana con calma-. Está acusado de agresión sexual, Liam. No es cualquier cosa. Eso te rompe por dentro, aunque seas el tío más fuerte del mundo.

Cami me miró entonces, directa, sin rodeos.

- ¿Y tú cómo estás, Mía? -preguntó-. Dime la verdad… ¿de verdad crees que lo drogaron?

Suspiré. Me encogí ligeramente de hombros antes de responder.

- Ojalá pudiera decir que sí con rotundidad -admití-. Ojalá fuera verdad y todo tuviera una explicación lógica. Pero ahora mismo todo es una locura. Estoy defendiendo al hombre que me engañó… -solté una risa breve, amarga-. Si me lo cuentan hace dos meses, no me lo creo.
- Surrealista nivel película mala -añadió Adri, intentando suavizar.
- Totalmente -asentí-. A veces pienso que estoy viendo mi vida desde fuera.

Cami se levantó, se acercó y me dio un pequeño golpe cariñoso en la rodilla.

- Confía en él -dijo con firmeza-. Aunque duela. Confía.

No respondí. No sabía si podía. Aproveché el momento para mirar a Liam.

- Por cierto, hoy han dictado la Audiencia Preliminar -le dije-. Es para el 24 de abril. Necesito que pidas el historial clínico posterior a esa fecha, por si acaso.
- Tú mandas -respondió sin dudar.

Asentí… y entonces llegó lo que más me costaba decir.

- Y, Liam… -tragué saliva- necesito que hables con Leticia. Dile que la boda se cancela. He sido incapaz de hacerlo yo.

El silencio cayó como una losa. Los tres me miraron con la misma expresión: tristeza, comprensión y esa pena muda que no necesita palabras.

- Vale -dijo Liam al final, despacio-. Yo me encargo.

Nadie añadió nada más. Porque a veces, cuando todo se rompe, lo único que queda es acompañarse en el silencio.

CAPÍTULO 25: JAMES

Estaba abatido. Descolocado. Vacío. La casa era un reflejo perfecto de cómo me sentía por dentro: silenciosa, desordenada, sin vida.

Echaba de menos a Mía como se echa de menos el aire cuando te falta. No poder hablar con ella me estaba matando lentamente. Sus zascas afilados, sus frases brillantes que te desmontaban con media sonrisa. Su boca -maldita sea-, sus ojos verdes mirándome como si siempre supiera algo más que yo. Sus caricias distraídas, casi inconscientes.

La echaba de menos tumbada sobre mi regazo, viendo cualquier película absurda mientras yo jugaba con su pelo rubio, enredándolo entre mis dedos, sintiendo que, por una vez en la vida, todo estaba bien. Y ahora… ahora estaba hecho una mierda.

Siempre pensé que yo no era de los que se rompen. De los que aguantan. De los que aprietan los dientes y siguen adelante. De los que nunca dejan ver las grietas. Durante años llevé esa coraza puesta con orgullo. Frío, calculador, seguro de mí mismo. El tipo que siempre tiene el control, que nunca pierde, que nunca duda. Pero nadie te enseña que incluso los hombres que parecen de piedra también pueden hundirse. Que llega un momento en el que el peso es demasiado y que la oscuridad puede entrar de golpe e instalarse sin pedir permiso. Porque la verdad es que incluso los hombres que aparentamos ser fuertes, los que nos escondemos detrás de una armadura de orgullo y silencio, también sabemos caer. También sabemos perdernos en lo más profundo. Solo que lo hacemos en silencio. Sin pedir ayuda. Por suerte, esa ayuda llega sin pedirla.

El sábado, como ya era costumbre, mis amigos aparecieron en mi ático sin avisar y sin ser llamados. Eric y Enzo. Los oí entrar,

los vi dejar las llaves en la mesita de la entrada y recorrer el salón con la mirada.

- Joder, tío -dijo Eric-, esto parece la escena de un crimen emocional.
- ¿Has pensado en limpiar o lo tienes previsto para cuando prescriba el delito? -añadió Enzo.

Ni sonreí. Se sentaron conmigo en el salón. Yo seguía hundido en el sofá, barba de varios días, camiseta arrugada y la mirada perdida.

- ¿Cómo sigues? -preguntó Eric, esta vez en serio.
- Igual -respondí-. ¿No me veis?
- Sí -dijo Enzo-, pero no vemos a nuestro amigo.
- Nuestro amigo no estaría tirado en un sofá -continuó Eric-. Estaría luchando por su libertad y por su vida.

Sentí el golpe directo al estómago.

- ¿Habéis venido a hundirme más? -solté, seco.
- No -dijo Eric, levantándose un poco hacia delante-. Hemos venido para que recapacites, joder.

Enzo tomó la palabra, con esa calma suya que siempre precede a las verdades incómodas.

- Tienes a una mujer a la que has hecho daño, queriendo o sin querer, me da exactamente igual. Y, aun así -añadió-, está luchando por ti. ¿No te das cuenta?

Negué con la cabeza.

- ¿Por qué crees que lo hace? -insistió Eric-. Porque quiere creerte, James. Joder, ¿no lo ves de verdad?

Me quedé en silencio.

- No habría asumido el caso si no quisiera llegar al fondo del asunto -continuó Enzo-. Quiere saber si fuiste consciente, si te drogaron, si lo hiciste o no.
- Y tú mientras aquí, sin hacer nada, consumiéndote en tu desdicha -remató Eric-. Quiere creerte amigo, aunque no te

lo diga. Te está dando un voto de confianza. Y con tu actitud lo único que haces es confirmar que todo eso, en lo que ella quiere creer, es un espejismo.

Algo hizo clic en mi cabeza. De golpe, lo vi claro. ¿Y si Mía no estaba allí por obligación? ¿Ni por mi padre? ¿Ni por el despacho? ¿Y si estaba allí porque, en el fondo, aún confiaba en mí, porque necesitaba saber la verdad tanto como yo, porque quería creerme? Si era eso, yo… yo estaba fallándole de nuevo.

- Recapacita, tío -dijo Eric más bajo-. Aún estás a tiempo.

Me incorporé despacio. Sentí el peso de todo encima, pero también algo distinto. Rabia. Determinación. Ganas de dejar de esconderme.

- Creo que tenéis razón, no lo he visto de esa manera -dije al fin-. He estado actuando como un cobarde.

Levanté la vista y los miré de frente.

- No puedo cambiar lo que pasó, pero sí puedo luchar por la verdad. Por mí… y por ella.

Tragué saliva.

- No pienso rendirme. No ahora. No así.

Eric sonrió, aliviado, y Enzo asintió.

- Ese sí es nuestro James -dijo-. El capullo orgulloso, pero el que pelea.

Por primera vez en semanas, respiré hondo. Quizá no la había perdido del todo. Quizá aún había algo por lo que merecía la pena levantarse del sofá.

Fui al despacho el lunes con una determinación que no sentía desde hacía semanas. Cara lavada, barba perfectamente afeitada y peinado -que, después de varias semanas, era un logro. Necesitaba que me viera como lo que era: alguien dispuesto a dar la cara. Por ella y por la verdad.

No me detuve a saludar a nadie. Fui directo a su despacho y llamé a la puerta. *"Adelante"*. Entré en su despacho.

Mía levantó la mirada de la pantalla del ordenador y, en cuanto me vio, volvió a clavarla en ella, como si yo fuera una distracción incómoda que podía borrar ignorándola.

- Si estás aquí por algo que no sea tu caso -dijo con voz fría-, puedes marcharte por donde has venido.
- Estoy aquí por mi caso -le confirmé.

Esta vez sí levantó la mirada. Me examinó con esos ojos verdes que siempre habían tenido la capacidad de desnudarme por dentro. Llevaba un pantalón de pinzas oscuro, una blusa rosa claro metida por dentro y una americana abierta. El pelo lo tenía recogido en una coleta baja, sin demasiado esmero, con algunos mechones sueltos enmarcándole el rostro. Estaba cansada. Y, aun así, seguía siendo devastadora.

Se reclinó en la silla, cruzó los brazos y fijó los ojos en mí.

- Bien -dijo-. ¿Qué quieres? -señalando la silla frente a su escritorio.
- ¿Qué necesitas? -respondí sin rodeos.

Alzó una ceja, incrédula.

- ¿Ahora te preocupas por lo que necesito? -ironizó-. ¿Cuándo el próximo viernes tenemos la Audiencia Preliminar y se fijará fecha para juicio…?
- Nunca es tarde para demostrar mi inocencia -la interrumpí e hice una pausa, mirándola de frente-. Y para recuperar a la mujer que amo.

No se lo esperaba. Lo vi claramente. Sus ojos se abrieron apenas un segundo, lo justo para delatar la sorpresa antes de volver a cerrarse tras esa coraza que llevaba semanas usando conmigo.

- No vayas por ahí, James -dijo, tensa-. No mezcles las cosas.

- Soy tu cliente y debo decirte la verdad -respondí-. Te amo. Te echo de menos. No hay otra mujer. Nunca la ha habido. Nunca te he sido infiel conscientemente. Jamás. Lo que pasó… no define quién soy ni lo que siento por ti.

No me interrumpió. Me escuchó en silencio y con atención. Eso ya era más de lo que esperaba.

Cuando habló, su voz fue firme, profesional… pero no cruel.

- Espera a que se celebre la Audiencia Preliminar -dijo sosteniéndome la mirada-. Ahí te contaré lo que estoy intentando averiguar.

Asentí despacio.

- De acuerdo.

No era una reconciliación. Pero tampoco era un adiós. Y, por primera vez en semanas, eso fue suficiente para seguir adelante.

La semana pasó, o eso decía el calendario, porque para mí el tiempo dejó de tener forma. Los días se sucedían sin orden, sin peso, como si yo caminara por una ciudad en la que ya no vivía nadie. Mi padre lo sabía. Me llamó, habló conmigo con ese tono suyo que mezcla autoridad y preocupación, y me dijo que fuera a casa, que mi madre estaba inquieta. Le prometí que hablaría con ella el próximo fin de semana, después de la Audiencia Preliminar. Necesitaba pasar ese trámite antes de enfrentarme a nada más.

Y de pronto era viernes. 24 de abril. Y estaba de pie frente a la puerta de la Sala. Tenía las manos frías. El corazón acelerado. Un nudo en el estómago que no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Nunca, en toda mi vida profesional, me había encontrado en esa posición. Siempre había estado al otro lado. Ahora era yo el que esperaba a que me llamaran. A mi lado estaba Mía. Como siempre. Apoyándome sin que yo lo mereciera.

La miré. Ella estaba serena, concentrada, con esa calma peligrosa que adoptaba cuando entraba en modo abogada. Respiré hondo.

- Al final Will tenía razón -solté, sin pensarlo demasiado.

Giró la cabeza hacia mí de inmediato.

- ¿Qué quieres decir? -me preguntó.
- No te merezco -le aclaré.

Algo cambió en su mirada. No fue tristeza. Fue rabia. Una rabia contenida, afilada, que me descolocó.

- Olvídate de Will -dijo, tajante.
- ¿Por qué…?

No pude seguir. En ese momento, la funcionaria abrió la puerta.

- ¿Causa 27/2025?

Nuestro turno. Entramos.

La Audiencia Preliminar fue exactamente eso: un trámite. Frío. Técnico. Despersonalizado. No había margen para acuerdos ni voluntad de conformidad. Mía fue clara, firme, impecable.

- No admitimos los hechos -dijo-. No habrá acuerdo.

Alejandro la miró con esa suficiencia que siempre me había provocado ganas de romper algo. El Juez asintió, consultó unas hojas y habló con la misma neutralidad con la que podría haber fijado una cita médica.

- Bien. Apunten en sus agendas, señores letrados. El juicio se celebrará el día 20 de mayo, a las 11 horas.

Y así, sin más, mi vida quedó señalada en una fecha.

Salimos de los juzgados. El aire de la calle me golpeó el pecho como si llevara horas sin respirar. Caminé unos pasos detrás de ella hasta que reuní el valor suficiente.

- Mía -la llamé.

Se detuvo.

- Por favor -añadí-. Me dijiste que después de la Audiencia Preliminar hablaríamos.

Me miró. No con dureza. Tampoco con cercanía. Con cautela.

- Ven a mi casa el martes -continuó ella-. Allí te explicaré cómo estoy enfocando el caso y veremos juntos las pruebas que tenemos.
- Gracias -dije, sincero.

Me sostuvo la mirada un segundo más. Luego se dio la vuelta y se marchó. Yo me quedé allí, viendo cómo se alejaba, con una certeza clavada en el pecho:
el juicio no era lo que más miedo me daba. Lo que realmente me aterraba… era llegar al final y no recuperarla.

CAPÍTULO 26: MÍA

El martes por la mañana tenía el pulso raro, como si mi cuerpo supiera algo antes que yo. Había quedado con Eric para que me entregara las grabaciones de las cámaras de la discoteca. Era ahora o nunca. Si en esas imágenes había algo mínimamente relevante, podríamos aportarlas al procedimiento como hecho nuevo posterior a los escritos de calificación. Una rendija. Una grieta. Cualquier cosa.

Eric llegó puntual, con una mochila colgada al hombro y una cara que no me gustó nada.

- Toma -dijo, sacando un pendrive y unos papeles-. Aquí tienes las grabaciones… y la certificación de extracción, con la fecha de hoy.
- Perfecto, gracias -respondí, profesional, automática.

No me miró. Eso me inquietó más que cualquier palabra.

- Mía… -empezó, rascándose la nuca-. Las he visto de pasada.

Levanté la mirada de golpe.

- ¿Y?
- No se ve nada -dijo-. Están de espaldas a la cámara, apenas se ven sus caras -hizo una pausa-. Lo único que he visto es cómo esa zorra se acercaba a su americana cuando llegó Liam y le pegó, por lo que ahí fue cuando le quitó las lleves. Por eso entró. Por eso pudo entrar en su casa.

El mundo se detuvo.

- ¿Qué? -susurré-. ¿Vanessa entró en el ático de James?

Eric abrió mucho los ojos.

- ¿No lo sabías?

El aire me abandonó los pulmones.

- ¿Estuvieron juntos en su apartamento? -pregunté, aunque cada palabra me dolía como una herida abierta.
- Mierda… -murmuró él al aire-. Joder, joder, no es lo que…

No esperé a que terminara la frase, no esperé a que dijera nada más. Me di la vuelta y empecé a caminar. No, a huir. Salí de allí como alma que lleva el diablo, con el pendrive apretado en la mano y la cabeza a punto de estallar.

Tenía que pensar. Tenía que ordenar. Tenía que ir a casa, sentarme, respirar, esperar a James y analizarlo todo con frialdad. Pero no lo hice. No me preguntéis por qué. O sí, preguntadme, porque la respuesta es tan absurda como humana: mi subconsciente tomó el mando. Y cuando lo hizo, me llevó al único lugar donde mi corazón no quería estar. Al ático de James.

Mientras conducía, las imágenes se atropellaban en mi mente. Vanessa quitándole las llaves. Entrando. Sola. Con ventaja. Con intención. ¿Qué había pasado realmente aquella noche?

Apreté el volante. No iba como abogada. No iba como ex. Iba como una mujer que necesitaba saber la verdad, aunque doliera, que necesitaba saber la verdad, aunque la destrozara. Ya está bien de ser la tonta.

Llegué al ático y llamé al timbre una sola vez. No esperé. Cuando James abrió la puerta, entré como un huracán, empujando el aire, la rabia y todo lo que llevaba acumulado en el pecho.

- ¿Te has acostado con ella? -le solté sin respirar.

James se quedó helado.

- ¿Qué…?
- ¿Te has acostado con Vanessa? -repetí, con la voz temblándome de furia-. El día del beso. Esa noche ella estuvo aquí.

Vi cómo se le descomponía la cara. Literalmente.

- No -dijo-. No, Mía. No me acosté con ella.

- ¿Cómo lo sabes? -le escupí-. ¿Cómo puedes saberlo si dices que no recuerdas nada?
- Porque es imposible -respondió, desesperado-. Me quedé dormido con los calmantes. Cuando desperté, ella estaba en la cama. Nada más.

La rabia me subió como lava.

- ¿Me estás diciendo que estaba en tu cama jugando a las cartas? -grité-. ¿Qué se supone que hacía allí, James?
- No lo sé, joder -dijo pasándose las manos por el pelo-. Me quitó las llaves en la discoteca, seguro. Me las devolvió cuando la eché de casa.
- ¿Y por qué no me lo contaste?

Silencio.

- ¿Por qué no me lo contaste? -repetí, dando vueltas por el salón, llevándome las manos a la cabeza-. ¿No has tenido tiempo? ¿No has tenido huevos?
- Tenía miedo, Mía -dijo, con la voz rota-. Miedo a empeorar las cosas.

Me giré en seco.

- ¿Más? ¿Se pueden empeorar más? -pregunté alzando aún más la voz.
- No puedes entenderlo -insistió-. Antes de lo de Vanessa ya discutíamos. Por ella, por Will, por mis celos…
- No cambies de tema -le corté, dándole la espalda-. No metas a Will ahora.
- ¿Por qué no? -me dijo James alzando la voz-. Si vamos a hablar, hablemos de todo. ¿Por qué me dijiste en los juzgados que no me creyera a Will?

Me detuve. Cerré los ojos. Me pellizqué el puente de la nariz.

- Hablé con él -dije al fin-. Sobre cosas que pasaron y que no me gustaron.
- ¿Qué cosas? -exigió-. ¿Ahora me dices esto?

- Situaciones que no quise creer que fueran simple casualidad -respondí-. Que quizá estaba provocándolas.
- ¡Claro que las estaba provocando! -estalló-. Me lo dijo a la cara. Me dijo que quería quitarme todo lo que era mío. Incluida tú.

Me giré de golpe.

- ¿Cuándo te dijo eso? -pregunté.
- Antes de que pasara todo -contestó.
- ¿Y por qué no me lo contaste, joder? -le pregunté irritada.
- Porque siempre decías que mis celos eran infundados -dijo-. Porque no quería que pensaras que me lo inventaba. Pero no lo son, Mía. Él va detrás de ti. Desde el principio.
- No va detrás de mí -contesté, firme.
- ¿Lo sigues defendiendo? -gritó-. ¡Esto es surrealista!
- No lo estoy defendiendo… Simplemente sé que no es por mí.

James ya no caminaba. Corría de un lado a otro del salón, fuera de sí.

- Me has ocultado cosas -continuó-. Has hablado con él en privado. Has recibido llamadas que has evitado que escuchara. Has salido sin explicarme a dónde ibas. Siempre la misma coartada: tus amigas. Y, casualmente, siempre aparecía Will. El centro comercial, las reuniones… Y encima -se paró en seco y me miró- no has puesto ni el mínimo interés en casarte conmigo.

Sentí el golpe como si me hubieran empujado al vacío.

- ¿Te ha venido bien todo esto para dejarme? -añadió-. ¿Eso es lo que querías y no sabías como hacerlo?

Lo miré sin reconocerlo.

- Eres un auténtico imbécil -dije, temblando-. Vete a la mierda.

Me giré para irme.

- ¡No! -me gritó, agarrándome del brazo-. No te vas. Contéstame. Terminemos con todas estas mentiras de una puta vez.

Me solté de un tirón.

- ¡No! -le grité-. No quería esto. No quería esta mierda. No quería estar defendiendo a mi novio alegando que besó a otra chica con consentimiento para que no vaya a la cárcel. ¿Sabes lo ridículo que suena eso? Soy patética.

Lo vio. Lo entendió. Nuestra defensa, hasta ese momento, era esa: que sí hubo consentimiento. Que él la besó porque quiso. Porque le apetecía. Y eso era lo que más me estaba destrozando. Porque, aunque intentara ser fría, objetiva, profesional…
¿Sabéis lo duro que es tener que defender eso cuando eres la mujer a la que dice amar?

Reuní todo el valor que me quedaba. El poco. El último. Ese que se saca de donde ya no hay nada más que dolor. Mi mente siempre había imaginado el momento, su cara, pero lo que nunca imaginé es que fuera así. Le dije aquello que llevaba meses escondiéndole, protegiéndolo como si fuera un tesoro… o una bomba. Y, ahora, qué más daba, ya no habría nada. Y lo solté…

- Nuestra boda estaba organizada, James.

Las palabras cayeron entre nosotros como un disparo seco.

James me miró como si acabara de mentirle de la forma más cruel posible. Como si mi boca hubiera pronunciado algo imposible. Sus ojos se clavaron en los míos, atravesando cualquier defensa, cualquier muro, cualquier orgullo… y lo vio. Vio la verdad. La vio entera.

- Dime que no es verdad, por favor -me suplicó.

No fui capaz de hablar. Una sola lágrima, lenta y traicionera, recorrió mi mejilla. Fue mi respuesta. La única que pude darle.

James se dejó caer al suelo. Arrodillado. Derrotado. Con las manos apoyadas en sus propias rodillas, como si el cuerpo ya no pudiera sostener el peso de lo que acababa de escuchar. Entonces llegó el sonido que terminó de romperme. Un sollozo profundo, animal, desgarrado. Lloraba sin ningún tipo de control, sin dignidad, sin barreras.

- Por favor… dime que es mentira -volvió a suplicar, con la voz rota.
- Te estoy diciendo la verdad -logré decir, ahogada, mientras las lágrimas salían sin permiso, sin freno, sin pudor-. Ya estaba todo organizado… el sitio, la decoración, el catering, la música, mi vestido…

James levantó la cabeza y me miró. Nunca olvidaré esa expresión. Era el dolor más puro que he visto jamás en un ser humano. Un dolor que no grita, que no se defiende, que solo existe. Crudo. Absoluto.

- La fecha… -sentencié.

Y entonces ya no pude más. Lloré de una forma que no tenía nada de elegante, ni de fuerte, ni de controlada. Lloré como se llora cuando se rompe la última esperanza.

Tuve que girarme. No podía seguir viendo aquella escena. Aquella imagen que jamás me había imaginado. Aquella que nunca debió existir.

CAPÍTULO 27: JAMES

No podía ser verdad. No podía. La confesión de Mía me atravesó como un cuchillo lento, sin piedad. Cada palabra suya seguía resonando en mi cabeza mientras la veía girarse, rota, incapaz de mirarme más. Y entonces lo entendí todo. Todo de golpe. Demasiado tarde. Lo había hecho todo por mí. Todo.

Había organizado nuestra boda en silencio, con ilusión, con amor, pensando en verme feliz, en sorprenderme, en construir un futuro conmigo… mientras yo me encargaba, con una precisión quirúrgica, de destruirlo todo.

Soy el tío más gilipollas del mundo. No había otra forma de decirlo.
Lo he perdido todo. A ella. Nuestra vida. Nuestro "para siempre". Todo. Y aun así… aun así, ahí estaba. Defendiéndome. Poniendo su nombre, su prestigio, su corazón, al servicio de alguien que la había destrozado. Luchando por mí incluso cuando no podía ni mirarme a los ojos sin romperse.

Estaba actuando como un cobarde. Ese no era el hombre que Mía necesitaba a su lado. Así que algo dentro de mí hizo clic. No fue magia ni valentía repentina. Fue pura necesidad. Si no hacía algo, si no reaccionaba, si no tomaba el control de mi vida en ese instante… me perdería para siempre. Y la perdería a ella definitivamente.

Me levanté despacio. Cada movimiento me pesaba como si llevara toneladas encima. Me acerqué por detrás, con cuidado, como si pudiera romperla aún más con solo tocarla. Su llanto llenaba la habitación. Un llanto que no pedía consuelo, que no buscaba respuestas. Un llanto de duelo.

- Lo siento, Mía… -dije, con la voz rota, bebiéndome mis propias lágrimas-. Lo siento de verdad.

Ella no se giró. Pero su respiración cambió apenas un segundo. Lo noté. Y me aferré a eso.

- Sé que no tengo perdón -continué-. Sé que ahora mismo soy el mayor idiota del universo, y no voy a intentar justificarme ni esconderme detrás de nada. He hecho las cosas mal. Muy mal. Y te he hecho daño. El peor daño.

Tragué saliva. Me temblaban las manos.

- Pero lo que te voy a decir ahora es lo más real que existe en mí.

Hice una pausa. Necesitaba que me escuchara. Necesitaba que, aunque fuera por un segundo, quisiera creerme.

- No besé a Vanessa por placer. No fue deseo. No fue elección. No me acosté con ella. Nunca. No pasó nada. No sé aún qué pasó… pero lo voy a averiguar. Te lo juro. Voy a encontrar la verdad, cueste lo que cueste, aunque lo único que consiga con eso sea demostrarte que he sido un imbécil monumental.

Respiré hondo. Me acerqué un poco más, sin tocarla aún.

- Solo te amo a ti, Mía. Y voy a luchar. Voy a luchar por la verdad, por mi dignidad, por tu paz… incluso si al final de todo, no me devuelve a tu lado.

Ella se movió ligeramente. No se apartó. No se giró. Pero tampoco se fue.

- No te voy a dejar sola en esto -dije, con más firmeza-. Ya no. He huido, me he rendido, me he hundido… y ya he hecho suficiente daño. No voy a repetirlo.

Hice otra pausa, más larga. Me dolía respirar.

- Cuando consiga demostrar la verdad… quizá entonces pueda volver a dormir tranquilo. No porque me perdones. No porque volvamos. Sino porque sabrás quién soy de verdad.

Mi voz se quebró al final.

- Y aunque no estés conmigo… siempre lo estarás. Porque te amo. Y eso… eso no va a cambiar nunca.

El silencio que siguió fue insoportable. Pero en ese silencio, en su respiración temblorosa que poco a poco se iba calmando, sentí algo mínimo. Frágil. Casi invisible. La posibilidad de que, en el fondo, aún quisiera creerme.

Le puse las manos sobre los hombros con una delicadeza que no sabía que aún conservaba. Era como tocar algo sagrado, algo que ya había roto una vez y que no me perdonaría volver a dañar. La incité a girarse sin decir palabra. No opuso resistencia. Y cuando vi su rostro… supe que no quería volver a ver jamás a esa mujer -a mi mujer, la única- así. Con los ojos inundados, la piel pálida, el dolor escrito en cada gesto. Y mucho menos por mi culpa.

Se me encogió el pecho como si alguien me hubiera apretado el corazón con las manos.

- Sé que lo que estás haciendo por mí -empecé, con la voz temblándome más de lo que quería admitir- es probablemente el acto de amor más grande, y a la vez, lo más doloroso que puede hacer una persona por otra.

La miré. A los ojos. A esos ojos verdes que siempre habían sido mi refugio y ahora eran mi juicio.

- Pero ¿sabes qué? Tú no eres cualquier persona. Eres la persona más fuerte que he conocido en mi vida. La que, incluso con miedo, no se rinde. La que lucha cuando todo duele.

Tragué saliva. Necesitaba decirlo todo. No guardarme nada más.

- Y voy a intentar que creas en mí. Que recuerdes quién soy. Sí… ese engreído, orgulloso, cabezota, intenso -esbocé

una sonrisa mínima, rota-. Pero también ese hombre que te ama con locura. El que haría lo que fuera por ti.

Me acerqué un poco más, lo justo para que me oyera respirar.

- Y la única manera que tengo de hacerlo es averiguando qué ha pasado realmente. Y no hablo del procedimiento judicial. Eso me da igual.

Y ahí fui brutalmente honesto. Con ella. Y conmigo.

- Solo quiero que tú sepas la verdad.

Porque era cierto. Lo era de una forma que me dolía hasta los huesos. Podían condenarme. Podía perderlo todo. Pero si ella sabía la verdad… si sabía que no la había traicionado conscientemente… entonces quizá, solo quizá, podría volver a mirarme al espejo algún día.

Ella me miró. Y en esos segundos en los que nuestros cuerpos estaban tan cerca, sentí algo que había echado de menos con desesperación: vida. Pura vida. Sus ojos verdes estaban más claros, más brillantes por las lágrimas. Y aun así… eran hogar.

- James… yo… -empezó a decir.

Negué despacio, apoyando la frente cerca de la suya sin tocarla.

- No hace falta que digas nada -susurré-. Solo déjame intentarlo. Déjame demostrártelo.

Nos acercamos un poco más. Siempre había sido así entre nosotros. Un imán. Un paso. Otro. Nuestros cuerpos se reconocían incluso cuando el dolor gritaba lo contrario. Un poco más y… Pero su cabeza siempre iba un paso por delante del corazón.

Se apartó. Y yo… yo no hice nada para detenerla. Porque amar también es aceptar cuando la otra persona necesita espacio, aunque te destroce.

- Tenemos tu libertad entre las manos -me dijo con firmeza-. Eso es lo único que importa ahora.

La miré, con todo el amor que no sabía dónde poner.

- Para mí no es lo único que importa… -dije con toda la sinceridad del mundo.

Agachó la cabeza. Abrió el bolso. Y entonces lo vi. Un pendrive.

- Eric me ha dado las grabaciones del local -dijo-. Iba a verlas ahora.

Sentí un vuelco. Miedo. Esperanza. Todo mezclado.

- ¿Quieres verlas aquí? -pregunté.

Negó.

- No, prefiero irme a mi casa -me dijo recorriendo con la mirada el ático.

Asentí. Porque era su ritmo. Porque yo había decidido seguirla, incluso desde lejos.

- Yo quiero verlas -admití.
- Pues… te espero allí -me dijo finalmente.

Se dio la vuelta y se marchó. Me quedé solo. Con el eco de su presencia aun flotando en el aire. Con el amor intacto, herido, contenido. Con la certeza de que aquello no era el final… pero tampoco una promesa. Era un punto suspendido entre el dolor y la esperanza. Y yo estaba dispuesto a quedarme ahí el tiempo que hiciera falta.

Cogí la chaqueta, las llaves y seguí su rastro casi por inercia. Me dirigí a su casa. A nuestra casa. A ese lugar que había sido hogar incluso antes de que yo supiera nombrarlo como tal y, con el pulso desbocado, llamé al timbre. Mía abrió la puerta.

Entré y, de golpe, fue como salir de semanas de oscuridad. Todo seguía igual que cuando me marché. El mismo olor. La misma luz. Los mismos silencios llenos de significado. Ella.

- Voy por el portátil, siéntate -me dijo señalando al salón.

Asentí y caminé hasta el sofá. Me senté despacio, como si temiera romper algo invisible. Los recuerdos me golpearon sin pedir permiso. Me obligué a respirar. *Tranquilízate, James*. Tienes que resolver esto. Tienes que volver a merecer este lugar. Volver a vivir la imagen que te persigue cada noche: Mía recostada sobre tus piernas, el pelo rubio revuelto entre tus dedos, una película de fondo que ninguno de los dos mira de verdad.

Mía regresó con el portátil y el pendrive entre las manos. Los colocó sobre la mesa baja y los conectó a la televisión. En la pantalla apareció la imagen congelada de la discoteca. *Pause*. El tiempo detenido justo antes del abismo. Pero no le dio al *play*. Se reclinó en el sofá y me miró.

- ¿No vas a darle al play? -pregunté, con la voz más tensa de lo que pretendía.
- Aún no -me contestó.

Antes de que pudiera decir nada más, sonó el timbre. Mía se levantó enseguida para abrir y, en cuestión de segundos, el salón se llenó de voces.

- Por fin apareces, ya era hora -soltó Eric.
- Sí, parece que nos estamos jugando la vida nosotros -remató Enzo.

Debí de poner una cara digna de estudio, porque ambos se echaron a reír. Y, por primera vez en días, sentí algo parecido a alivio. No estaba solo en esto. Pero la cosa no quedó ahí. A los pocos segundos aparecieron mi hermano y Cami tras ellos.

- Hombre, hermanito, si te dignas a levantarte del sofá y salir de tu cueva -dijo mi hermano, con esa mezcla suya de ironía y cariño-. No pensarías que ibas a ver ese *reality show* tu solito, ¿no?
- Venimos a apoyarte -añadió Cami con suavidad-. Adri no ha podido venir porque tenía turno en la Bakery.
- En cuanto Eric les dijo que tenía la grabación, no dudaron en venir todos -dijo Mía apareciendo detrás de ellos-. No

querían que estuvieras solo.

Y fue entonces cuando algo se me aflojó por dentro. Miré a todos. A mis amigos. A mi hermano. A ella. Sentí gratitud. De la que aprieta la garganta. Emoción. De la que no se puede disimular. Porque sí, había cometido errores, consciente o no, pero había caído, había hecho daño. Pero, aun así, estaban allí, dispuestos a ver conmigo lo que fuera que apareciera en esa pantalla.

Era tal mi asombro que no pude hacer otra cosa que reclinarme sobre el sofá y taparme los ojos con el antebrazo. Lo siento, se me ha metido algo en el ojo. Mentira. O no del todo. Porque sí, se me había metido algo, pero no era polvo ni una mota traicionera: era emoción pura, de esa que no sabes manejar cuando te cae encima sin avisar. Algo que solo unas personas como aquellas podían arrancarle a un tipo duro como yo.

Lloré, por segunda vez en menos de una hora. Y no me avergüenza decirlo. Creo que fue la primera vez en mi vida que lloré así, sin rabia, sin frustración, sin derrota. Lloré de emoción… o de gratitud… o de alivio. No sabría definirlo con exactitud. Solo sabía una cosa: adoraba a cada uno de los integrantes de esa pandilla de locos. Esa pandilla de amigos que no dudó ni un segundo en aparecer cuando más hundido estaba.

No tardaron en acercarse y envolverme en un abrazo colectivo, torpe, fuerte, sincero. Brazos por encima de hombros, palmadas en la espalda, algún comentario absurdo para rebajar la intensidad del momento.

Bueno… todos no. Mi rubia favorita se quedó al margen. Y lo entendí. Bastante estaba haciendo ya por mí. Muchísimo más de lo que merecía.

- Bien -rompió Eric el momento, como solo él sabía hacerlo-, dejémonos de arrumacos y veamos cómo podemos pillar a esa zorra.

Una sonrisa cansada se me escapó sin querer.

- ¿Y Arón? -pregunté, buscando a mi hermano con la mirada.
- No ha podido venir -respondió Liam, escueto.

Hubo algo en su tono. Un matiz. Una sombra. Algo que me dijo, sin palabras, que ahí había más de lo que estaba contando. Pero también supe que no era el momento. Saltaba a la vista que no quería dar explicaciones y yo respeté ese silencio.

Nos acomodamos todos en el sofá, apretados, compartiendo espacio como si aquello fuera una trinchera improvisada. Liam y Mía se sentaron en la alfombra, frente a la mesa baja. Ella sacó papel, su bolígrafo de la suerte -ese que siempre llevaba con ella- y lo apoyó con cuidado, como si aquel gesto fuera ya parte del ritual.

La miré. Tan concentrada. Tan profesional. Tan rota por dentro. Iba a tomar muchas notas. Lo sabía. Iba a diseccionar cada segundo de ese vídeo buscando algo que me salvara… o que me condenara del todo.

Respiré hondo.

- Dale -dije al fin.

Mía asintió, seria, y pulsó *play*. La verdad empezó a moverse en la pantalla y sentí cómo el estómago se me cerraba.

Ahí estaba yo, abajo en la pantalla, en el reservado. Con Eric y Enzo. Lo reconocí al instante. La imagen era nítida. Los sillones ocupando toda la parte baja de la pantalla, la mesa alta a la derecha del vídeo, la luz azulada del local. Todo encajaba. Todo era real. A los pocos minutos los vi marcharse hacia la pista. Lo recordaba perfectamente. Yo me quedé solo en el reservado. Vi cómo cogía el vaso de agua de la mesa alta, junto con la botella de agua vacía, y bebía. No bebí alcohol. Siempre lo había repetido, si conduzco no bebo, y ahí estaba, grabado, incontestable. Me acerqué a la

barandilla y miré hacia la pista, buscando a Mía entre la multitud. También lo recordaba. Esa necesidad casi inconsciente de localizarla con la mirada, de saber dónde estaba.

Volví a los sillones. Dejé el vaso sobre la mesa. Metí la mano en la chaqueta y saqué el móvil. Lo recuerdo. Cada gesto estaba anclado en mi memoria como si lo hubiera vivido ayer… aunque lo hubiera hecho mil veces.

Pasaron unos minutos y entonces apareció Vanessa. La vi sentarse a mi lado, justo debajo de la pantalla del televisor. Mi cuerpo se agitó ligeramente, incómodo. Me removí en el asiento. Eso también lo recordaba. Recuerdo su voz, insistente, cargada de algo que no quería escuchar. Recuerdo que me decía que quería estar conmigo, que estaba cansada de escribirme, de que no le contestara o de que le pidiera que me dejara en paz. Entonces me vi girarme hacia la mesa, coger de nuevo el vaso de agua y beber. Una vez. Dos. Seguimos hablando, ya no me acuerdo de qué, vi como Vanessa gesticulaba. Entonces apoyé las manos sobre la mesa alta. Como si mi cuerpo supiera que algo iba mal.

Y entonces ocurrió. Vanessa se acercó… y empecé a besarla. Sentí un golpe seco en el pecho. Joder… eso no lo recuerdo. No recordaba ese instante. No recordaba haber tomado la decisión. No recordaba haber querido hacerlo. Pero allí estaba, viéndome besarla. Viéndome agarrarle la nuca. Exactamente igual que hacía con Mía. El mismo gesto. La misma mano. La misma cercanía. Me dolió como si me arrancaran algo por dentro.

Noté cómo el ambiente en el salón se tensaba. Nadie hablaba. Nadie respiraba. Solo el sonido lejano del local y el zumbido del vídeo avanzando sin piedad.

Miré a Mía. O, mejor dicho, la vi mirarse a sí misma reflejada en ese dolor. La vi bajar la mirada hacia el papel, empezar a anotar algo, como si aferrarse al bolígrafo fuera la única forma de no volver

a revivir lo que ya había visto con sus propios ojos aquella noche. Esa imagen… era cruel. Para ella. Para mí. Para todos.

Y entonces apareció ella en el reservado. Por la izquierda de la pantalla. Mía. Seguida de Eric y Enzo. No recordaba nada de eso. Nada. Pero mis ojos no podían apartarse de su rostro que reflejaba la pantalla. De su expresión descompuesta. De ese gesto que jamás olvidaré mientras viva. Vi a mis amigos avanzar para separarme de Vanessa, vi movimiento, tensión, manos, voces que el vídeo no podía reproducir claramente. Pero yo solo veía a Mía. Solo su cara. Esa mezcla devastadora de sorpresa, dolor y decepción absoluta. Esa mirada que me atravesaría el resto de mi vida.

Cuando el vídeo terminó, el silencio cayó sobre el salón como una losa. Nadie habló. Nadie se movió. Era un silencio espeso, incómodo, casi violento. De esos que pesan en el pecho y obligan a respirar despacio para no romperse por dentro.

Yo seguía mirando la pantalla en negro, como si en cualquier momento fuera a devolverme algo distinto. Otra versión. Otra verdad. Pero no. Ya no había nada más que ver… y, aun así, había demasiado. Noté cómo el aire se me atascaba en la garganta.

Fue Cami la primera en romper ese silencio. Lo hizo casi sin voz, como si temiera que cualquier sonido pudiera hacer saltar todo por los aires.

- ¿Habéis visto… algo? -susurró.

Eric carraspeó levemente, sin apartar la vista de la televisión.

- De todo… y de nada -contestó también en un susurro, como si el volumen bajo pudiera amortiguar lo que sentíamos.
- Yo no he visto nada -añadió Enzo, negando despacio con la cabeza-. Nada claro, al menos.

Yo seguía callado. No sabía qué decir. Porque lo había visto todo… y al mismo tiempo no entendía nada.

- Ponlo de nuevo, Eric -dijo Mía.

Su voz no tembló. No era un susurro. No había rastro de emoción en su tono. Era firme. Fría. Profesional. La voz de la abogada, no la de la mujer a la que yo había destrozado.

Levanté la mirada hacia ella. Estaba recta, con el bolígrafo entre los dedos, los ojos fijos en la pantalla apagada. No había lágrimas. No había reproches. Solo concentración.

Y en ese instante lo entendí. Estaba allí para encontrar la verdad.

CAPÍTULO 28: MÍA

Volver a ver esas imágenes fue como meter la mano en una herida que nunca había dejado de sangrar. Otra vez la discoteca. Otra vez ese reservado. Otra vez ese beso que se había convertido en el bucle infinito de mis pesadillas.

Quería encontrar la verdad. Joder, claro que la quería. Pero mientras la pantalla volvía a encenderse, tuve que admitir algo que me daba miedo incluso pensar: no sabía cuál era esa verdad que buscaba. Porque, en el fondo, había una que deseaba con todas mis fuerzas. Quería creer a James. Quería creer que no fue consciente. Que no recuerda. Que no me traicionó por elección. Que me quiere. Esa era la verdad que necesitaba encontrar. No solo como abogada. Como mujer.

Porque si no era así… entonces significaba que había vuelto a equivocarme. Que había vuelto a creer en alguien que decía quererme mientras me rompía por dentro. Que seguía siendo aquella niña ingenua que confundía amor con promesas bonitas y miradas intensas. Y no. Eso no podía ser.

Vimos la grabación una vez más. Luego otra. A la tercera, Enzo habló.

- Mirad… -dijo inclinándose hacia la pantalla-. Ahí. Ahí fue cuando te quitó las llaves del ático.

Me tensé entera. Sentí un vuelco en el estómago. Cami se giró hacia mí, casi sin voz.

- ¿Vanessa fue a casa de James?

La miré. No asentí. No negué. No hizo falta. Lo entendió. Esa conversación no era para ese momento. Noté entonces la mirada de James clavada en mí. No aparté los ojos de la pantalla, pero la sentí. Estaba esperando algo. Una reacción. Un gesto. Algo que le dijera

cómo estaba después de ver ese beso repetido quinientas veces. Yo estaba al límite. A punto de estallar.

Mientras los demás empezaban a hablar a la vez, a sacar conclusiones, a despotricar, bajé la mirada a mis notas. Respiré. Me forcé a pensar como lo que era en ese instante: su abogada.

- Eric -dije de pronto, con una calma que no sentía-. Pon el vídeo en el minuto cinco treinta, por favor.

El salón volvió a callarse. En la imagen aparecían ellos dos sentados en los sillones. Vanessa a la izquierda. James a la derecha. Esta vez no los miré a ellos. Miré todo lo demás. Mesa alta a la derecha, detrás de James. Barandilla al fondo. Gente pasando por delante. El vaso de agua de James…

- Rebobina veinte segundos -dije rápido-. Vamos.

Eric obedeció. Y entonces lo vi. El vaso desaparecía de la mesa. Dos segundos después… volvía a estar ahí.

- Para -ordené.

La imagen se congeló.

- Me cago en la puta… -saltó Liam levantándose de la alfombra-. Vanessa no está sola. Tu vaso desaparece.
- ¡Dios! -exclamó alguien.

Todos se pusieron en pie. Empezaron a hablar, a moverse, a decir cosas que no escuché. Porque en ese momento solo existía una cosa para mí. James.

Seguía sentado. Inmóvil. Mirándome fijamente. Nuestros ojos se encontraron y el mundo se detuvo un segundo. No hubo palabras. No hicieron falta. Yo le dije con la mirada: *quiero creerte.* Él me respondió con esa media sonrisa suya. Esa sonrisa que siempre me desarmaba. Y sí. En ese momento, lo consiguió un poco. No era una absolución. No era una promesa. No era un perdón. Pero era una pequeña grieta en el muro. Una pequeña esperanza. Y, por

primera vez en semanas, pensé que quizá… solo quizá… la verdad todavía podía salvarnos.

- Necesito el historial clínico, Liam -dije de repente.
- ¿Qué historial? -preguntó James, frunciendo el ceño, claramente descolocado.
- El tuyo. De esa noche cuando te llevaron Eric y Enzo al hospital -le contesté sin mirarlo, ordenando mentalmente cada pieza del puzle.

James parpadeó un par de veces.

- Puedo ir yo al hospital a conseguirlo -contestó.
- Ya lo he hecho yo -respondió Liam con naturalidad.
- ¿Te lo han dado? -preguntó James incrédulo.
- No. Lo he solicitado -dijo Liam-. Estoy a la espera.

James negó con la cabeza, como si acabara de ver un error procesal de manual.

- Te lo van a denegar, son datos especialmente protegidos -dijo James.
- No se lo van a denegar -dije por fin mirándolo-. Lo has solicitado tú.
- ¿Qué? -abrió los ojos, incrédulo.
- Firmaste la solicitud tú mismo, James. Cuando te llevé unas supuestas autorizaciones a tu despacho para… ¿pedir un presupuesto te dije? No me acuerdo -respondió Liam burlón.

El silencio cayó entre nosotros. James me sostuvo la mirada con esos ojos suyos que siempre parecían ver más allá de las palabras, más allá de las defensas, más allá de mí misma. Y lo escuché, sin que dijera nada, tan claro como si me lo hubiera susurrado al oído: *eres increíble.* Tragué saliva. *Lo sé*, me dije por dentro, *lo hago todo por ti*.

Poco a poco, todos se fueron marchando. Abrazos, palmadas en la espalda, alguna broma forzada para aliviar la tensión. Hasta que la puerta se cerró y nos quedamos solos.

- James… -rompí el silencio-. Tengo algunas cosas tuyas metidas en una maleta.

Lo vi. Lo vi en su cara. Ese gesto mínimo, casi imperceptible, como si le acabaran de dar un golpe seco en el estómago. Era verdad. Había sacado todas sus cosas de mi dormitorio. No podía seguir viendo sus chaquetas colgadas, su cepillo de dientes junto al mío, sus zapatos alineados como si fuera a volver en cualquier momento. Porque no había vuelto. Y yo necesitaba sobrevivir.

- Está bien -dijo al cabo de unos segundos, midiendo cada palabra-. Me vendrá bien llevarme algo. En el ático apenas queda lo imprescindible.

Asentí. Subí las escaleras despacio. Cada peldaño pesaba como una despedida. Bajé con la maleta en la mano y se la entregué. Nuestros dedos se rozaron. Solo un segundo. Suficiente para que el aire cambiara.

- Quiero hablar contigo un momento -me dijo entonces.

Me quedé quieta.

- Gracias -añadió-. Por todo lo que estás haciendo por mí.
- Es mi trabajo -contesté automáticamente, levantando un muro que ya no tenía fuerzas para sostener.
- Mía, por favor… -su voz se quebró un poco-. Deja de fingir. Creo que nos prometimos no más mentiras.

No dije nada.

- Sé que quieres confiar en mí -continuó-. No hace falta que me lo digas. Lo sé.

Y entonces pasó. James me atrajo hacia él y me apretó contra su pecho. No fue un gesto impulsivo ni desesperado. Fue contenido. Tembloroso. Cargado de vergüenza, de arrepentimiento, de miedo a perderme del todo. No opuse resistencia. Porque lo necesitaba.

Apoyé la frente contra su clavícula y cerré los ojos. Su olor. Su calor. Ese lugar exacto donde siempre había encajado. Sentí su respiración agitada, sus brazos dudando entre aferrarse o soltarme.

- Lo siento -susurró-. Por todo. Por no haber estado. Por haberte dejado sola con esto. Y gracias por no rendirte nunca conmigo.

Nos quedamos así unos segundos más. Demasiados para ser prudentes. Demasiado pocos para ser suficientes.

Luego fui yo quien se separó primero. Porque querer no siempre basta.
Porque creer también duele. Y porque, aunque mi corazón pedía refugio en él, mi cabeza sabía que todavía no era el momento. Pero allí, en ese abrazo necesario, entendí algo:
estábamos luchando los dos. Y eso, después de todo, no era poco.

Tras la conversación con James me quedé hecha un lío. Un lío peligroso. De esos que no se resuelven con lógica pura, porque el corazón se empeña en meter ruido. Quería creerle. Joder, cómo no iba a querer hacerlo. Después de ver el vídeo, las probabilidades estaban ahí, eran reales: alguien le había echado algo en la bebida. No era una excusa desesperada, era una posibilidad objetiva. Eso explicaría que estuviera mareado, desorientado, que no pudiera sostenerse en pie, que no recordara nada con claridad. Y yo estaba rezando -sí, rezando, a pesar de ser atea- para que las pruebas del hospital fueran contundentes, para que esas pruebas que le hicieron confirmaran lo que mi intuición empezaba a gritar.

Por otro lado, lo que me inquietaba es que Vanessa no había actuado sola. Eso lo tenía clarísimo. Alguien tuvo que ayudarla. Alguien tuvo que distraerlo, vigilar, cubrirla, aprovechar el momento exacto. Nada de aquello había sido improvisado. Todo estaba demasiado bien colocado, demasiado oportuno, demasiado sucio. Todo olía mal. Muy mal. Crees en él, Mía -me susurró mi subconsciente, implacable. Sí, creo en él. Pero creer no bastaba. Creer no evita una condena. Creer no convence a un Juez. Creer no borra una denuncia por agresión sexual. Tenía que demostrarlo. Tenía que probarlo. Tenía que hacer que un Tribunal también lo

creyera, porque no podía permitir que James acabara en la cárcel por algo que, en el fondo, sabía que no había hecho consciente.

El resto de la semana transcurrió con una especie de normalidad impostada. Saqué trabajo atrasado, me refugié en expedientes, en plazos, en escritos interminables. Y James volvió al despacho. Pero no volvió como el hombre roto de semanas atrás. Volvió él. Con esa actitud suya de siempre. Seguro. Chulito. Con esa picardía que me había conquistado desde el primer día. Entraba en la oficina como si el mundo no se le estuviera cayendo encima. Me lanzaba una mirada ladeada, una media sonrisa, un comentario con doble sentido que me hacía apretar la mandíbula para no reaccionar. Y eso… eso me ponía a mil revoluciones. Porque parecía que no pasaba nada. Y pasaba todo. Su libertad estaba en juego. Su futuro. Su nombre. Y, aun así, él confiaba plenamente en mí. Y esa confianza… esa maldita confianza… era el arma más peligrosa de todas.

La semana siguiente, cuando me disponía a entrar en la Sala de Juntas para una reunión, me topé con James.

- ¿Vas a la Sala de Juntas? -me preguntó.
- Sí, este despacho tiene muchos clientes, por si no lo habías notado -se me escapó una pullita que, en cuanto salió de mi boca, supe que sobraba.
- Tanto lo he notado que por eso estoy aquí -me respondió, impasible, como si no hubiera escuchado el veneno.
- ¿Qué? ¿Vas a asistir a la reunión sobre la adquisición de inmuebles? -pregunté, realmente sorprendida.
- Eso parece. Mi padre me acaba de decir que te ayude -contestó con una tranquilidad que me descolocó por completo.

¿Manuel detrás de esto? No lo veía jugando a ser celestino, porque la otra opción -que no confiara en mí-, sencillamente, no la contemplaba.

- ¿Te la has preparado? -le pregunté, profesional, intentando recomponerme.
- A eso venía. Creo que tengo… -miró el reloj- unos diez minutos. Así que, si me disculpas…

Y entró en la Sala de Juntas sin esperar respuesta. Cómo no. Suspiré, cogí aire y lo seguí.

Pocos minutos después llegaron los clientes: dos inversores y su asesor financiero. Tras los saludos de rigor, comenzó la exposición. Yo expliqué los aspectos jurídicos básicos de la operación: la estructura de la adquisición, los riesgos legales, los plazos, las garantías necesarias. Todo correcto. Todo técnico. Pero entonces James intervino.

- Si me permitís añadir algo -dijo apoyando las manos sobre la mesa, con ese tono seguro que recordaba demasiado bien-. La clave aquí no es solo el precio, sino el momento. La sociedad tiene activos infravalorados y una gestión mejorable. Si entráis ahora, con una reestructuración mínima y una renegociación de contratos, el retorno puede ser mucho mayor en menos tiempo del previsto.

Uno de los clientes levantó la ceja, interesado.

- ¿A qué se refiere exactamente?

James sonrió, apenas, y desplegó la maniobra con una naturalidad que me dejó clavada a la silla.

- A que, en lugar de comprar el cien por cien de golpe, podéis adquirir un paquete mayoritario, condicionar el resto a objetivos de rentabilidad y, mientras tanto, blindaros jurídicamente. Así minimizáis el riesgo y maximizáis el control desde el primer día.

Yo asentí, siguiendo su hilo, completando el encaje legal de lo que estaba proponiendo. Fue brillante. Al terminar la reunión, los inversores se marcharon tan satisfechos que contrataron nuestros

servicios otorgándonos un 10% de la adquisición final. Definitivamente, brillante.

James recogió sus cosas y se giró hacia mí.

- Ha ido muy bien -dijo en voz baja-. Nos vemos, Mía.
- Sí, muy bien. Hasta luego -contesté, sin saber muy bien qué más decir.

Salió de la Sala de Juntas y me quedé allí, sola, apoyando las manos en la mesa, intentando ordenar el caos que tenía dentro. Ese era James. El alegre. El resolutivo.
El brillante. El hombre que dominaba una sala con dos frases bien colocadas. El que tensaba la cuerda, en todos los sentidos, y me volvía loca. El que, pese a todo, seguía siendo él. Y, joder… No pude evitar pensar que acababa de flipar un poco.

7 de mayo. Trece días para el juicio.

***Yo**: ¿has conseguido el historial médico?*
***Liam**: no, acabo de salir del hospital y aún nada.*
***Yo**: se nos acaba el tiempo.*
***Liam**: lo sé.*

Dejé el móvil sobre la mesa con más fuerza de la necesaria. La frustración me subía por el pecho, espesa, asfixiante.

Unos minutos después llamaron a la puerta. James.

- ¿Ha conseguido mi hermano el historial? -preguntó nada más entrar, sin preámbulos.

Negué con la cabeza.

- No. Aún no.
- Mierda… -se pasó una mano por el pelo, nervioso-. Se nos echa el tiempo encima. Voy a tener que ir yo personalmente a meter presión.
- Inténtalo -le dije-. Cualquier cosa.

En ese momento sonó mi móvil. Un número desconocido. Lo cogí sin pensarlo.

- ¿Quién es?
- Hola, hija.

El mundo se me cayó a los pies. Mi padre.

- ¿Qué haces llamándome? -escupí, sin filtro-. ¿Cómo has conseguido mi número?

Vi de reojo cómo la cara de James se tensaba al instante al escuchar mi tono. Se irguió, alerta.

- Necesito hablar contigo -dijo él, con esa voz falsa de cordialidad que siempre me había provocado náuseas.
- No tengo nada que hablar contigo -le contesté.
- Yo creo que sí. Es por tu bien -dijo en tono de amenaza.
- Déjame en paz -le dije, temblando de rabia-. Te lo dije la última vez. Olvídate de que existo.

Y colgué. El silencio que quedó en el despacho fue denso, incómodo. Sentía el pulso en las sienes.

James me miraba, estudiándome. No preguntó al principio, pero yo sabía que no lo dejaría pasar. Me conocía demasiado.

- ¿Era tu padre?

Asentí, sin mirarlo.

- ¿Te sigue molestando? -volvió a preguntar.
- Dice que quiere hablar conmigo -contesté.

James dio un paso hacia mí, serio, protector, con esa mezcla de firmeza y preocupación que me desarmaba y me enfurecía a partes iguales.

- Ni se te ocurra quedar con él a solas, Mía.

Levanté la mirada, clavándola en la suya.

- Ya lo sé -respondí-. Pero no tienes que decirme lo que tengo que hacer.
- En esto no cedo -insistió, más bajo, más tenso.

Su mirada era una advertencia… y también miedo. Miedo real. Por mí. Le sostuve la mirada durante unos segundos eternos. Por dentro estaba dividida: una parte agradecida por su protección; otra gritando que no se metiera en mi vida, que ya bastante me costaba mantenerme en pie. No dijimos nada más.

James respiró hondo, dio un paso atrás y se dirigió a la puerta.

- Avísame si vuelve a llamarte -dijo antes de salir.

No contesté. Cuando se marchó, me dejé caer en la silla. Sentía que todo se acumulaba: el juicio, el tiempo, mi padre, James, el pasado, el miedo a perderlo todo otra vez. Trece días. Y demasiados fantasmas llamando a mi puerta.

CAPÍTULO 29: JAMES

Salí del despacho de Mía hecho una furia. No recordaba la última vez que había tenido tantas ganas de romper algo. O a alguien. Ese maldito hijo de puta había vuelto a aparecer en su vida como si tuviera derecho alguno, como si no hubiera destrozado ya suficiente. Y lo peor no era eso. Lo peor era saber que Mía estaba sola frente a él y que yo ya no tenía el lugar que antes me permitía protegerla sin pedir permiso.

No estábamos juntos. No sabía dónde estaba en cada momento. No sabía si él podía acercarse a ella sin que yo lo supiera. Y eso me volvía loco.

En mi cabeza se repetía la misma imagen una y otra vez: él frente a ella, invadiendo su espacio, manipulándola, amenazándola… Y mi instinto más primario gritaba una única cosa: golpear. Que mi diana fuera su cabeza no era una fantasía, era una necesidad visceral.

10 de mayo. Diez días para el juicio. Mis padres decidieron invitarme a una barbacoa. Domingo, sol de mayo, ese calor amable que engaña haciéndote creer que todo va bien. Mi madre estaba empeñada en recuperar una normalidad que ya no existía, y yo… yo no tuve fuerzas para negarme.

Cuando llegué entendí por qué. No era un almuerzo familiar. Estaban todos. Eric, Enzo, Cami, Adri, mi hermano y ella. Allí estaba Mía. Llevaba un vestido ligero de lino color crema, atado al cuello, peligrosamente perfecto, ceñido en la cintura y con una caída suave que se movía con ella. El pelo recogido en un moño desenfadado, de esos que parecen improvisados pero que le daban ese aire suyo entre elegante y salvaje. Sandalias de cuña, cómo no, de tacón alto.

Dios. No era una mujer. Era una alucinación. De esas que dicen que se te aparecen antes de morir. Me quedé clavado mirándola más segundos de los que eran razonables hasta que mi madre me dio un codazo disimulado.

El almuerzo transcurrió entre risas, bromas, cerveza fría y carne chisporroteando en la parrilla. Por momentos casi conseguí olvidar el agujero negro que tenía en el pecho. Casi. Porque, como buen imbécil, fui yo el que lo estropeó.

- Todo esto parece una despedida antes de mi encierro -solté, sin pensar.

Silencio.

- No digas eso -dijo mi madre, visiblemente enfadada.
- Eres un gilipollas -añadió mi hermano, sin adornos.
- Eres idiota -continuó Cami.
- Es una broma, por dios -intenté arreglarlo, tarde y mal.
- No tiene ninguna gracia, hijo -sentenció mi padre, serio.

Gracias a Dios, Eric apareció como un ángel caído del sarcasmo.

- Bueno, si vas a prisión, al menos podremos decir que conocimos a alguien famoso -dijo levantando la copa-. Yo ya me estoy aprendiendo tu número de preso.

Risas generales. Gracias, amigo. Me acabas de salvar del suicidio social. Pero yo ya no estaba allí. Porque la estaba mirando a ella. Mía había cambiado. Apenas perceptible, pero yo la conocía demasiado bien. Apretó la copa de vino con más fuerza de la necesaria, la mirada perdida en ningún sitio, dando vueltas a pensamientos que no compartía con nadie. Muy Mía.

Durante el postre, intentando recomponerme, miré a mi hermano.

- ¿Y Arón?
- No ha podido venir -respondió.

Y su expresión cambió. Solo un segundo. Suficiente. Mierda. No pregunté. No supe. No estuve. Vaya hermano estaba hecho. Y vaya día llevaba. Hoy no daba una.

Tras el almuerzo nos dispersamos en pequeños corrillos improvisados, de pie, botellín en mano, fingiendo normalidad. Yo estaba con los chicos, o eso parecía, porque en realidad no estaba escuchando absolutamente nada. Mi cabeza estaba a unos metros de allí, donde estaba Mía. La miraba sin disimulo. La necesitaba como se necesita el aire cuando te están hundiendo la cabeza bajo el agua. Mis amigos se dieron cuenta enseguida.

- Corre, habla con ella -me dijo Eric en voz baja, dándome un pequeño empujón con el hombro.
- No creo que sirva para nada -respondí sin apartar la vista de ella-. Si le sirviera, ya me habría tirado a la piscina para que me ahogara.
- Al menos te prestaría atención y te quitarías esta maldita calor que hace -añadió Enzo, riéndose-. Mira el lado práctico.

Bufé, pero tenían razón. O lo intentaba… o me quedaba allí, consumiéndome. Así que respiré hondo y caminé hacia donde estaban Cami, Adri, Liam y Mía.

- ¿Todo bien por aquí? -dije, intentando sonar normal.
- Perfecto -contestó Cami con una sonrisa demasiado inocente para ser real-. De hecho, Adri y yo estábamos pensando en proponerles algún juego a los chicos… ¿no?
- Sí, algo de cartas o lo que sea -añadió Adri, ya dando un paso atrás.
- Yupiii, mi plan favorito, vamos -dijo Liam, palmoteando.
- No se ha notado nada, chicos -murmuré cuando se alejaron.

Mía no sonrió. Nos quedamos uno frente al otro, con ese silencio cargado que solo existe entre dos personas que se conocen demasiado.

- ¿Tu padre te ha vuelto a llamar? -le pregunté al fin.
- No -respondió sin rodeos.

Asentí, tragando saliva.

- ¿Sabes qué pasa con Liam y Arón? -le pregunté.
- Eso tendrás que preguntárselo a él -contestó seria.

Antes de que pudiera responder, su móvil vibró. La vi abrir el bolso y, al sacar el teléfono, lo vi. Will. Joder.

Sentí cómo algo me explotaba por dentro. Empecé a caminar en círculos, pasándome las manos por la cabeza, incapaz de quedarme quieto.

Mía descolgó.

- Ahora no puedo hablar -dijo seca-. Estoy ocupada.

Escuchó unos segundos.

- Vale… allí nos vemos.

Colgó. Me giré hacia ella, ya sin control.

- ¿Te estás viendo con ese tipo? -solté-. ¿Después de todo?

Ella alzó la barbilla.

- Es mi vida, James. No tengo por qué darte explicaciones.
- ¿Cómo? -alcé la voz-. Es increíble que me estés haciendo esto.

Sus ojos chispearon.

- ¿Qué te estoy haciendo, James? -me gritó-. Todo lo que hago últimamente con mi vida es por ti.

El golpe fue directo al pecho.

Nos miramos fijamente. Un pulso silencioso. Yo lanzándole reproches con la mirada, ella devolviéndome dolor, cansancio, rabia. Entonces apareció mi hermano.

- Eh, chicos -intervino-. Tranquilizaos.

- ¿Qué me tranquilice? -estallé-. Se está viendo con ese gilipollas de Will.

Liam me sostuvo la mirada, firme.

- Lo hace por ti -respondió mi hermano.
- ¿Por mí? -me reí sin humor-. ¿Para vengarse, quieres decir?
- Eres un auténtico gilipollas -dijo Mía de pronto -. Me voy.
- No, Mía -dijo Liam, colocándose delante de ella-. Te quedas.

Luego nos miró a los dos, serio, profundo.

- Id adentro y habladlo todo -dijo mirando directamente a Mía-. Todo.

Mía no respondió. Yo tampoco.

- ¡Vamos! ¿Queréis que os lleve a rastras yo mismo? -amenazó mi hermano con una seriedad que pocas veces mostraba.

Esto no podía quedarse así, por lo que me dirigí dentro de la casa y fui directo al despacho de mi padre. Mía me siguió. Entramos en el despacho de mi padre y cerré la puerta tras nosotros con más fuerza de la necesaria. El aire allí dentro era denso, cargado, como si supiera que lo que iba a decirse iba a doler.

- ¿Y bien? -dije, sin rodeos-. ¿Qué es ese "todo" que ha insinuado Liam?

Mía dejó el bolso sobre la mesa, se cruzó de brazos y evitó mirarme durante un segundo que se me hizo eterno.

- Ese todo… -continué, notando cómo me temblaba la voz-. ¿Es que estás con Will?

Suspiró. Un suspiro largo, cansado.

- ¿Estás con él? -repetí alzando la voz, ya sin poder contenerme-. ¡Dímelo!
- ¡No! -me contestó Mía girándose para mirarme-. No estoy con él. Simplemente sigo manteniendo el contacto.

Sentí un golpe seco en el pecho.

- ¿Por qué? -pregunté-. Después de todo lo que dijo… después de todo lo que pasó…

Mía respiró hondo, como quien se prepara para lanzarse al vacío.

- Bien. Ahí va todo -dijo, mirándome por fin a los ojos-. Arón no ha venido porque Liam no le ha dicho nada de esta reunión.

Parpadeé.

- ¿Qué? -fruncí el ceño-. ¿Por qué mi hermano no querría que su marido estuviera aquí con la familia?

Algo en mi estómago se encogió. No sabía que estuvieran mal. No lo había visto venir. Mía continuó, sin darme tiempo a procesarlo.

- Liam ha descubierto que Will… -hizo una breve pausa- es hijo de Alejandro. El dueño de Averis Lawyer.

El mundo se inclinó.

- ¿Qué…? -murmuré.
- Sí -asintió-. Y yo sigo viéndome con Will solo para averiguar qué traman él y su padre. Por qué ocultó quién era, por qué tantas mentiras, por qué ese doble juego. Y encima Alejandro lleva la representación de Vanessa. Ya sabes que no creo en las casualidades.

La miraba sin poder articular palabra.

- Por eso Arón no está aquí -añadió-. Porque Arón lo sabía desde el principio y se lo ocultó a Liam… pero él lo escuchó hablando con Will. Tu hermano está haciendo todo esto a espaldas de su marido por salvarte a ti. ¿No lo ves?

Me quedé completamente inmóvil. Las piezas empezaron a encajar con una claridad que dolía. Mía, metida hasta el cuello en un caso que la destrozaba emocionalmente. Mi hermano, mintiéndole al hombre que ama. Personas que quiero, atrapadas en una guerra que

nunca pidieron. Por mi culpa. Sentí un nudo subir desde el estómago hasta la garganta. Otra persona más pagando por mí. Mía… y ahora Liam. Todo esto es por mi culpa.

Bajé la mirada, incapaz de sostener la suya. Joder.

- No lo puedo creer -dije, pasando una mano por mi pelo, incapaz de quedarme quieto.
- Yo tampoco me lo creía -respondió Mía, con la voz cansada pero firme-. Pero até cabos… y quiero llegar al fondo del asunto. Nos estamos quedando sin tiempo.

Empecé a dar vueltas por el despacho como un animal enjaulado.

- Lo voy a matar -solté entre dientes.
- James, tranquilízate -me pidió.

Me detuve en seco frente a ella.

- No puedes ir con él -dije-. No puedes seguir viéndolo.
- Tengo que intentar averiguar algo -contestó sin bajar la mirada-. Por qué nos están engañando, si tiene algo que ver con Vanessa, con tu acusación…
- Mía, por favor -mi voz se quebró-. No te vayas con él.

No pensé. No quise pensar. Actué. Así que simplemente la atraje hacia mí y la besé.

¡Dios! Cuánto había echado de menos sus labios. Su piel. Ese olor que era casa. Y ella… ella también me había echado de menos. Lo supe en cuanto me agarró de la nuca, como siempre, como sabe que me desarma, y profundizó el beso. La estreché contra mi cuerpo, necesitándola, suplicándole sin palabras. Fue un beso desesperado, anhelante, cargado de todo lo que no nos habíamos permitido decir. Nos separamos solo porque el aire dejó de ser suficiente.

Apoyé mi frente en la suya, respirando, agitado, como si acabara de volver a la vida.

- Te he echado de menos, pequeña -le susurré.
- Esto no quiere decir nada -respondió ella en un hilo de voz, todavía sin aliento.
- Quiere decirlo todo -concluí.

Y la besé de nuevo. Tras unos segundos, Mía apoyó las manos en mi pecho y se apartó. El vacío fue inmediato, físico, casi doloroso; mis labios ya echaban de menos a los suyos incluso antes de separarnos del todo. Cogió su bolso y caminó hacia la puerta con esa determinación que siempre mostraba cuando era su cabeza quien actuaba.

- Mía, por favor… -supliqué, con la voz rota.

Se detuvo. Giró la cabeza despacio, como si ese gesto le pesara tanto como a mí.

- Hago todo esto por ti… -dijo.

Y se marchó.

Me quedé allí, inmóvil, como una estatua abandonada en medio del despacho. El eco de la puerta cerrándose fue lo único que se movió en la habitación.

Mía quería creer en mí. Creía en nosotros. Y esa certeza me atravesó el pecho con una mezcla imposible de culpa y gratitud. La admiré aún más, si es que eso era posible: siempre tan fuerte, incluso cuando estaba hecha pedazos, luchadora, incansable, valiente en un terreno donde cualquiera habría huido.

No supe qué cosa tan buena tuve que hacer en otra vida para merecer a alguien así en esta. Solo supe que no podía fallarle. No ahora. No a ella. No a nosotros.

CAPÍTULO 30: MÍA

11 de mayo. Nueve días para el juicio. No podía dejar de pensar en el beso con James en el despacho de su padre. Me perseguía como una sensación que no se apaga: el contacto, la urgencia, la verdad... Lo echaba demasiado de menos. A pesar de todo -el caos, la acusación, el abismo- le creía. Sin pruebas. Sin certezas. Le creía con esa fe peligrosa que nace en el estómago y no en la cabeza. Y eso era precisamente lo que más miedo me daba. Ya había aprendido, demasiado pronto y demasiadas veces, que confiar puede costarte la piel -me pasé la mano por mi cicatriz. Por eso no podía admitirlo en voz alta. Ni siquiera conmigo misma.

La cita con Will había sido un fracaso silencioso. Un café correcto, frases medidas, sonrisas calculadas. Nada. Él sabía jugar, sabía no decir, sabía observar. Y yo había salido de allí con la sensación incómoda de no haber avanzado ni un milímetro… y de haber perdido tiempo valioso.

Levanté la mirada de unos papeles que no estaba leyendo. Mi cabeza estaba en cualquier sitio menos en mi despacho. El móvil vibró.

Un mensaje de Liam en el grupo de las chicas. Un enlace.

"James Bernard, acusado de agresión sexual a su exnovia."

El mundo se me cayó encima. Habían filtrado el procedimiento. Noté cómo el pulso me retumbaba en las sienes, cómo la rabia me subía por el pecho mezclada con una impotencia seca, asfixiante. Me levanté de la silla sin pensar, salí del despacho sin rumbo, como si mi cuerpo supiera algo que mi mente aún no había procesado. Entonces lo vi. James salía de su despacho. Nuestros ojos se cruzaron apenas un segundo. No hubo palabras. No

hizo falta. Bajó la mirada lo justo, apretó la mandíbula y siguió escaleras abajo.

Había leído la noticia. Y su estado era devastador. No era solo rabia. No era solo vergüenza. Era algo peor: derrota. Esa que te cae encima cuando sientes que ya no importa lo que digas, lo que hagas o lo que seas, porque el mundo ha decidido quién eres por ti. Caminaba como quien carga un peso invisible en la espalda, los hombros tensos, la espalda rígida, la mirada vacía de quien acaba de entender que la batalla ya no es solo judicial… es pública, es cruel, es irreversible. Lo vi marcharse cuando las puertas del ascensor se cerraban y sentí algo romperse dentro de mí.

Porque su dolor era real. Porque su soledad era real. Porque, maldita sea, yo sabía que no era el monstruo que acababan de vender al mundo. Y porque, aunque me negara a decirlo en voz alta, una certeza me atravesó como un juramento silencioso: no iba a dejar que lo destruyeran. No a él. No así.

14 de mayo. Seis días para el juicio. No vi a James desde que salió del despacho. Ni un mensaje, ni una llamada, ni una nota seca de las suyas. Nada. El silencio absoluto. Y ese silencio, con él, siempre había sido peligroso.

Intenté concentrarme. Lo juro. Pero mi cabeza no obedecía. Leía las mismas líneas una y otra vez sin procesarlas, como si el texto estuviera escrito en otro idioma. Así que hice lo único que sabía hacer cuando el miedo empezaba a ganarme terreno: escribir.

Yo: *Liam, ¿sabes algo de tu hermano?*
Liam: *Está hecho una furia. Fue a hablar con el periódico que sacó la noticia para pararlos.*
Yo: *¿Y ha conseguido algo?*
Liam: *Nada. Que esté aún más cabreado.*

Cerré los ojos. James furioso era James imprudente. James impulsivo. James actuando con el orgullo antes que con la cabeza. Y eso, en este momento, podía ser letal.

Me imaginé su cara al leer el titular. La mandíbula tensa, los puños cerrados, esa forma suya de caminar de un lado a otro como un animal enjaulado cuando siente que le arrebatan el control. Lo conocía demasiado bien. Y precisamente por eso me dolía no estar allí para pararlo.

Habían filtrado el procedimiento. No era un error. No era casualidad. Era una jugada sucia, calculada, pensada para destruirlo antes incluso de que pudiera defenderse. Para convertirlo en culpable ante la opinión pública, aunque el Juez aún no hubiera dicho una sola palabra.

Y él estaba solo enfrentándose a eso. Mi corazón hizo lo que siempre hacía conmigo: adelantarse a la razón. Quiso salir corriendo, plantarse delante de él, agarrarle la cara y decirle que parara, que respirara, que no estaba solo. Pero mi cabeza, esa maldita cabeza entrenada para sobrevivir, me recordó por qué no podía hacerlo. Porque si iba, me rompería. Porque si lo veía así, perdería la distancia que aún me mantenía en pie. Porque si lo abrazaba… ya no sabría soltarlo.

Apreté el móvil entre las manos.

Seis días. Seis días para un juicio que podía destrozar su vida. Seis días para demostrar algo que aún no podía probar. Seis días para sostener a un hombre que se estaba cayendo a pedazos… sin poder tocarlo.

15 de mayo. Cinco días para el juicio. Seguíamos sin noticias del historial clínico de James y yo empezaba a sentir esa desesperación silenciosa que no hace ruido, pero te devora por dentro. Esa que no se manifiesta en lágrimas ni en gritos, sino en

una presión constante en el pecho, como si alguien te hubiera colocado una mano invisible ahí y no pensara retirarla jamás. Respiraba… pero nunca del todo.

Tenía los papeles del juicio frente a mí. Subrayados. Ordenados. Clasificados por colores. Estudiados hasta la saciedad. Podía recitar cada argumento de memoria. Y, aun así, la sensación era la misma: todo era arena entre los dedos. Cuanto más apretaba, más se me escapaba.

De repente, mi móvil vibró.

Liam: *Me han dicho en el hospital que me entregarán el historial el lunes.*
Yo: *Por fin.*

Por fin podríamos saber si servía para algo. Si le hicieron pruebas toxicológicas. Si buscaron algo más que alcohol. Si, en ese maldito hospital, alguien tuvo la mínima sospecha de que James no estaba simplemente "borracho", sino fuera de sí por algo más. Si había una prueba objetiva que sostuviera lo que yo ya creía, pero que aún no podía demostrar.

Ese fin de semana se me haría eterno. Sabía que iba a vivir cada hora como si fueran tres. Que cada pensamiento acabaría llevándome al mismo punto: el juicio, la Sala, la mirada del Juez, James jugándose la vida y reputación, mientras yo intentaba sostenerla sólo con palabras.

16 de mayo. Cuatro días para el juicio.

El día amaneció sin prisa, como si el mundo no fuera consciente de que mi vida estaba a punto de estallar en cuatro días. Yo, en cambio, llevaba horas despierta. En casa. En chándal. Moño alto hecho sin espejo, de esos que solo sirven para que el pelo no

estorbe. La música sonaba de fondo, suave, casi como un murmullo que me ayudaba a no pensar… o a pensar sin romperme.

La cocina olía a manzanilla. El ritual del té se había convertido en una especie de ancla: hervir el agua, elegir la taza, esperar. Todo lento. Todo controlado. Todo lo contrario, a lo que llevaba dentro.

Mientras apoyaba la taza hirviendo sobre la encimera, el móvil vibró. Un mensaje. De mi padre: *"Tengo algo que proponerte."*

Sentí cómo algo se me revolvía en el estómago. No rabia inmediata. No tristeza. Algo más profundo. Más antiguo. Esa sensación de amenaza disfrazada de interés. De intromisión envuelta en palabras neutras. ¿Proponerme qué? No quería saberlo. No necesitaba saberlo. No debía saberlo. ¿Por qué me escribía? ¿Por qué no me dejaba en paz de una vez? ¿Por qué ahora? ¿Por qué justo ahora, cuando cada gramo de mi energía estaba puesto en salvar a James, en sostener un caso que pendía de un hilo?

No era casualidad. Nunca lo era con él. Mi padre funcionaba así: aparecía cuando olía debilidad, cuando sabía que estaba concentrada en algo importante, cuando podía desestabilizarte con una sola frase. Le bastaba con recordarme que seguía ahí, aunque yo hubiera hecho todo lo posible por borrarlo de mi vida. Y sabía, sobre todo, que este era el momento perfecto para tocar donde más dolía.

Apreté el móvil entre los dedos. ¡No! Dejé el teléfono boca abajo sobre la encimera, como si así pudiera silenciar no solo el mensaje, sino todo lo que él representaba. Cogí mi taza de té y volví al salón.

17 de mayo. Tres días para el juicio. Mis amigos no aceptaron un no por respuesta. Nunca lo hacían, hoy no iba a ser menos. Insistieron en pasar por casa "un ratito", decían. Para despejarme. Para sacarme de la cabeza a James, al juicio, al miedo.

Para hablar con alguien que no fueran estas cuatro paredes que ya se sabían mis conclusiones de memoria. Así que aparecieron. Liam, Cami y Adri. Mis incondicionales. Mi familia. La que se elige. La de verdad.

El salón seguía siendo un caos funcional: papeles sobre la mesa, el portátil abierto, subrayadores de colores como si aquello fuera una guerra y no un juicio. Ellos lo vieron, pero no dijeron nada. Nunca lo hacían. Respetaban mis silencios igual que celebraban mis risas.

Abrí la nevera y me dio vergüenza.

- Refrescos… -dije-. Y agua. No prometo nada más.
- Perfecto -dijo Adri, cogiendo una lata-. El ayuno forzado es muy *trendy* últimamente.
- ¿Cuánto llevas sin ir a comprar? -preguntó Cami, ya sabiendo la respuesta.
- Dos semanas -admití, encogiéndome de hombros.
- Vale -sentenció Liam-. El miércoles, tras el juicio, pase lo que pase, te secuestro para hacer una compra digna de un ser humano.

Nos sentamos como pudimos, repartidos entre el sofá, el suelo y la mesa baja.

- ¿Cómo estás, Mía? -preguntó Cami, en voz baja, sin dramatismos, mirándome de verdad.

Suspiré.

- Cansada -dije-. No físicamente. De aquí -me toqué el pecho-. Es como si llevara semanas apretando los dientes sin darme cuenta.
- Es normal -intervino Adri-. Estás defendiendo al hombre al que amas… del peor escenario posible.

Liam me miró en silencio unos segundos.

- Mi hermano está hecho polvo -dijo al final-. Pero sigue confiando en ti. Todos confiamos en ti.

Tragué saliva y los miré. A los tres. A esas personas que estaban allí, en mi salón desordenado, bebiendo refrescos al que se le había ido el gas, solo para asegurarse de que no me rompía del todo.

Tras un silencio más largo de la cuenta decidí intervenir.

- ¿Y tú cómo estás, Liam? -le pregunté al fin-. ¿Cómo va todo con Arón?

Mi amigo suspiró largo, de esos que no salen de los pulmones sino de más adentro. Se pasó la mano por la nuca y se dejó caer un poco más en el respaldo del sofá.

- Pues… sinceramente, no muy bien -admitió-. Últimamente estamos raros. Cuando yo entro, él sale. Cuando yo intento hablar, él tiene prisa. Dice que es trabajo, y yo… -se encogió de hombros- con lo de mi hermano, tampoco es que le esté dando demasiada importancia.
- Es normal, Liam -dijo Adri con suavidad-. Todo esto está siendo una puta mierda.

Asentí en silencio. Lo era. Para todos.

- Pero hay algo que no me quito de la cabeza -continuó Liam, frunciendo el ceño-. ¿Por qué me mintió con lo de Will? ¿Por qué no nos dijo que era hijo de Alejandro?

Cami fue la primera en reaccionar, como siempre sin filtros.

- A ver, siendo objetivos… si lo llega a decir el primer día, le hubiéramos dado una patada en el culo -sentenció.
- Literal -añadió Adri-. Quizá quería que lo conociéramos sin juzgarlo primero.

Liam negó con la cabeza, con una media sonrisa amarga.

- Puede ser. Pero me conocéis. Yo no juzgo a nadie. Me relaciono hasta con un árbol si hace falta -dijo,

mirándonos-. Que no me lo haya contado a mí… eso es lo que me duele.

Lo miré. De verdad. Entendía demasiado bien esa sensación. Ese nudo en el estómago que no viene de la mentira en sí, sino de la intención de "proteger" ocultando la verdad. La misma lógica equivocada que James y yo habíamos usado meses atrás. La que siempre acaba explotándote en la cara.

Abrí la boca para decir algo. Para consolarlo. Para ofrecerle una explicación que ni yo misma terminaba de creer. Pero no pude. No podía ser hipócrita.

18 de mayo. Dos días para el juicio.

Estaba nerviosa. No, nerviosa no. Estaba al borde de un ataque de nervios. Miraba el móvil cada dos por tres, como si por insistencia fuera a aparecer antes el mensaje de Liam. Como si observar la pantalla pudiera acelerar el tiempo.

Las nueve de la mañana, nada. Las diez, por fin: *"Estoy esperando"*. Sentí cómo las pulsaciones se me subían a la garganta. El corazón golpeándome las costillas, la respiración superficial, ese temblor sutil en los dedos que ya conocía demasiado bien. Intenté leer unos documentos que tenía delante, pero era inútil. Mi mente estaba en otra parte. En ese historial. En lo que podía salvarlo…

Llamaron a la puerta.

- Adelante -dije sin levantar la vista.

James entró en el despacho con barba de varios días. Aun así, estaba arrollador.

- ¿Sabes algo de mi hermano? -preguntó casi sin saludar.
- Está esperando -le respondí-. Es lo último que me ha dicho.

James apoyó las manos en el respaldo de la silla frente a mi mesa y agachó la cabeza. Lo vi respirar hondo, como si el aire le pesara.

- Tranquilízate, James -le pedí con voz más firme de lo que me sentía.

Levantó la cabeza y me miró. Directo. Desnudo.

- Voy a explotar -admitió.
- Lo sé -admití-. Yo estoy igual.

Y entonces, como si el universo disfrutara de las ironías crueles, nuestros móviles sonaron a la vez.

***Liam**: "Los tengo. Voy para allá."*

Nos miramos al mismo tiempo. Ese tipo de mirada que no necesita palabras.
Esperanza. Miedo. Todo mezclado.

- Puedes esperarlo aquí si quieres -le dije.
- ¿No te interrumpo? -preguntó.
- Mi prioridad ahora mismo eres tú -respondí sin pensarlo.

Vi cómo sus ojos se oscurecían un segundo. Siendo tan él. Siendo tan nosotros, incluso en mitad del desastre.

Esperamos en silencio. Un silencio espeso. Incómodo. Cada uno atrapado en su cabeza, pero inevitablemente conectados. Y el pasado volvió a mí sin pedir permiso: lo que fuimos, lo que creímos que seríamos, lo que no sabía si alguna vez volveríamos a ser. Vi dos almas rotas sentadas en el mismo despacho, destrozadas por un solo hecho… y por todos los que venían arrastrando detrás. Amor, orgullo, miedo, errores. Demasiadas capas superpuestas.

La puerta se abrió de golpe. Liam apareció. En ese momento me habría dado igual que se hubiera caído el edificio, que sonara una alarma o que el mundo decidiera acabarse. Solo quería esos malditos papeles. James y yo nos levantamos al instante.

- Toma -dijo Liam, entregándole el historial a su hermano-. Aquí está.

James cogió los documentos. Creo que no lo vi respirar mientras pasaba las hojas. Liam y yo lo observábamos en silencio, intentando leer en su cara algo que nos adelantara el final antes de llegar a él.

Finalmente, James bajó los papeles. Miró al techo. Suspiró. Luego se giró hacia mí, los lanzó sobre la mesa y dijo, sin mirarme siquiera:

- Buena suerte.

Y salió del despacho. Me lancé sobre los documentos como si quemaran.

- ¿Qué dicen? -preguntó Liam, desesperado.

Empecé a leerlos con una atención casi obsesiva. Línea a línea. Fecha a fecha. Prueba a prueba. No quería que se me escapara nada. Nada.

- Mía… por favor -insistió-. Habla.

Llegué a la última hoja y me dejé caer en la silla. Apoyé los codos sobre la mesa.
El historial quedó abierto frente a mí. Levanté la mirada hacia Liam. No hizo falta decir nada. Por mi expresión lo entendió todo. No había nada.

19 de mayo. Un día para el juicio. Apoyé la frente unos segundos sobre la mesa de mi despacho. Tenía que hacerlo funcionar. Con historial o sin él. Tenía que articular una defensa capaz de hacer entender al Juez que James no estaba en sus cabales, que había sido drogado, que nada de aquello fue consciente. Iba a tener que sacar petróleo de un desierto. Y lo sabía.

Salí del despacho con la intención clara de encerrarme toda la tarde en casa, café, apuntes, jurisprudencia y cabeza fría. Pero en

cuanto crucé la puerta hacia la calle, el mundo me cayó encima.

- ¡Srta. Beltrán!
- ¿Cree usted al Sr. James Bernard?
- ¿Cómo puede defenderlo después de lo ocurrido?
- ¿Siguen juntos?
- ¿En qué se basan para mantener su inocencia?

Flashes. Voces. Micrófonos demasiado cerca. Sentí el pulso acelerarse, el estómago encogerse. No sabía hacia dónde moverme, ni qué responder, ni cómo respirar. Todo era ruido.

Entonces vi una cara conocida. Eric.

- Vamos, Mía.

Me cogió de la mano con firmeza y me condujo entre la gente hasta un coche que reconocí al instante. Neil. Me subí al coche.

- ¿Neil? ¿Eric? -pregunté aún descolocada-. ¿Qué hacéis aquí?
- He venido a buscarte -me respondió Eric mientras Neil arrancaba-. Mi amigo está en su casa ahogando sus penas en alcohol.
- ¿Qué? ¿James borracho? -pregunté incrédula.
- Sí -dijo con un suspiro cargado de ironía-. Ahora mismo está en plena fase "adolescente incomprendido": sofá, botella y cara de mártir.

A pesar del nudo en el pecho, una risa nerviosa se me escapó.

- ¿Puedes venir conmigo? -añadió Eric mirándome de reojo.

Lo pensé sólo un segundo. A la mierda el plan hogareño. James me necesitaba. Y aunque yo aún no supiera cómo salvarlo ante un Juez, sí sabía una cosa con absoluta certeza: no iba a dejarlo solo.

CAPÍTULO 31: JAMES

Tras leer el puto historial médico, mi mundo se apagó. No fue un golpe seco. Fue algo peor: una caída lenta, silenciosa, hacia la oscuridad más profunda. No había nada. Nada que me salvara. Nada que explicara. Nada que demostrara.

Las pruebas de sangre y de orina eran inconcluyentes. Ni rastro de alcohol -claro que no, bebí agua toda la puta noche-, pero tampoco rastro de nada más. Jurídicamente era un desastre: no estaba borracho, no estaba drogado, no estaba "incapacitado". Así que la historia, escrita por otros, quedaba preciosa y letal: besé a Vanessa porque quise. Y, según la acusación, a la fuerza.

La condena se volvió real. Tangible. Mi vida hecha mierda. Mi profesión a la basura. Mi nombre convertido en un titular. Mi relación con Mía… ya ni existía. Todo eso me devoró. Así que hice lo único que me quedaba: unirme al enemigo. Ahora sí iba a beber.

Abrí una botella de whisky y me la terminé sin pensar. Llegaron Enzo y Eric, intentaron hablar, intentaron quedarse. Los eché. Cogí otra botella y me la empiné como si fuera agua. Aquellas iban a ser mis últimas horas con esta versión de mí. No quería pensar. No quería sentir. No quería existir.

De pronto escuché cómo la puerta de casa se abría. Eric, seguro.

- Dame las malditas llaves de mi casa -gruñí, sin girarme, con la vista perdida en ningún sitio-. Y lárgate.
- Ni lo sueñes -contestó Eric.
- Déjame en paz…

Discutimos. O eso creo. Yo hablaba con la pared. No quería mirarlo. No quería ver a nadie. Hasta que, cuando se acercó, las

pocas neuronas que me quedaban vivas se alinearon y lo vi. No era Eric. Era un ángel.

- ¿Qué haces aquí…? -murmuré, con una sonrisa torcida, señalando el aire frente a mí-. Joder… ahora ya veo alucinaciones. Esto ya es otro nivel.
- James -dijo Mía, seria, firme-. Dame la botella.
- Ni de coña -respondí, abrazando el cuello de cristal-. Esta me entiende mejor que nadie.
- Deja de hacer el idiota -me contestó.
- Llegas tarde para eso -sonreí-. Pero gracias por venir a despedirte del cadáver.
- Levántate -me ordenó-. Vas a darte una ducha con agua fría.
- Estoy perfectamente aquí -protesté, sin moverme un centímetro.

Eric se acercó y me cogió del brazo.

- Vamos, campeón. Que hueles a destilería clandestina.
- Suéltame -refunfuñé-. Estoy en pleno proceso creativo.
- ¿Quieres que te lleve a rastras? -preguntó Mía, cruzándose de brazos.

La miré como pude, con esa valentía absurda que te da el alcohol.

- Eso estaría bien… -dije sonriendo y reclinándome en el sofá.
- Bien… -me dijo Mía-. Usaré el estropajo de la cocina para una exfoliación completa. Verás qué piel más suave te queda.

Eric soltó una carcajada.

- James… obedeces ahora o te prometo que mañana te arrepentirás de no haberlo hecho -dijo Mía letal.

Y en ese tono… En ese maldito tono suyo que siempre me había devuelto a la vida… Supe que no estaba solo. Aunque yo me hubiera rendido. Aunque el mundo me estuviera aplastando. Ella

estaba allí. Y por primera vez en horas, dejé la botella sobre la mesa.

Eric me acompañó al baño como si fuera un enfermero con demasiada confianza y cero vocación.

- Vamos, campeón -dijo, tirando de mí-. Hueles a whisky barato. Venga, quítate la ropa.

Intenté obedecer, pero mis manos parecían tener vida propia.

- ¿Por qué el pantalón no coopera? -protesté, dando pequeños saltos torpes.
- Porque estás borracho como un universitario en su primera beca Erasmus -sentenció-. Quieto.

Me ayudó a bajarme el pantalón y negó con la cabeza.

- De verdad, pareces un extra de The Walking Dead versión lujo. Uno con ático, pero zombi, al fin y al cabo.
- ¡Ya vale! -le grité-. Deja de utilizar tus continuas retóricas con sarcasmo conmigo.
- Me lo pones a huevo, amigo -se rio con ganas.

Me metió en la ducha y cerró la mampara. Abrí el grifo y me puse bajo la ducha. El agua cayó… y dos segundos después sentí cómo el mismísimo Ártico me golpeaba la cabeza.

- ¡JODER! -grité-. ¡ERIC!
- Despierta, Bella Durmiente -dijo desde fuera, riéndose, secándose la mano tras haber girado el grifo a agua fría-. Esto es hidroterapia correctiva. Te lo has ganado. Sólo estoy siguiendo las órdenes de la jefa.
- ¡Eres un imbécil! -le grité.

Salí de la ducha tiritando, maldiciendo en varios idiomas, y me puse un chándal como pude. Cuando regresé al salón, vi a Mía recogiendo el desastre: botellas, vasos, chaquetas tiradas, mi vida hecha un caos en forma de salón…

- No hace falta que hagas esto -le dije, con la voz ya más clara.

Ella ni se giró.

- ¿Ibas a ponerte a hacerlo tú ahora? -contestó, irónica, sin levantar la mirada.

Eric carraspeó desde la puerta.

- Bueno, pues misión cumplida -dijo-. El paciente respira, no está inconsciente y ya no huele a destilería ilegal. Yo me piro antes de que os miréis más fuerte y me salpique el drama.

Me miró a mí.

- No la cagues.

Miró a Mía.

- Y tú… gracias por salvar al imbécil.

Cerró la puerta tras de sí. Nos quedamos solos. El silencio no era incómodo. Era denso. Cargado. Lleno de todo lo que antes nos decíamos sin pensar y ahora parecía prohibido. Nos miramos. Nos retamos. Nos dijimos todo sin decir nada. Y yo pensé que nunca imaginé un mundo en el que no pudiera decirle lo que siento… y, aun así, ahí estaba, sosteniéndome con la mirada, sin tocarme, sin huir, como siempre.

- ¿Cómo te ha sentado la ducha? -me preguntó Mía mientras yo me dejaba caer en el sofá, todavía con el pelo húmedo.
- Bueno… si el objetivo de Eric era resucitar a un cadáver, que sepa que puede añadirlo a su currículum -respondí con una media sonrisa cansada-. He visto mi vida pasar delante de mis ojos… dos veces. En versión iceberg.

Mía esbozó una sonrisa leve, de esas que no llegan del todo a los ojos, y se sentó a una distancia prudente. Prudente para ella. Un abismo para mí. El sofá parecía interminable entre los dos.

El silencio se instaló sin pedir permiso. No era incómodo, era denso. Cargado de todo lo que no habíamos sabido decirnos en

semanas.

- He echado a perder mi vida -solté al fin, con la voz rota-. Todo. Mi carrera, mi nombre… y a ti. Cada vez que pienso en la boda… en lo que estabas haciendo por mí, a mis espaldas… -negué con la cabeza-. No hay día que no me odie por ello.

Mía bajó la mirada. Sus dedos jugueteaban nerviosos entre sí.

- No era solo por ti -dijo en voz baja-. También era porque, por una vez, pensé que había elegido bien -me dijo sincera.

Eso dolió más que cualquier reproche. Me giré hacia ella, un poco más cerca sin darme cuenta.

- Nunca te he mentido en una cosa -le dije-. Te amo. Incluso ahora, cuando no tengo derecho a decirlo.

Ella respiró hondo. Nuestros hombros ya casi se tocaban.

- James… -susurró-. No puedo pensar. No ahora.

Apoyó su mano sobre mi rodilla, como un gesto inconsciente, automático. En cuanto se dio cuenta, intentó retirarla, como si se hubiera quemado.

- No… -dije, atrapando suavemente su muñeca-. No dejes que tu cabeza arruine este momento. Ahora no. Necesito tu corazón. Solo un segundo. Solo… aquí.

Me miró. Esos ojos verdes llenos de miedo, de amor, de guerra interna. No dijo nada. No hacía falta.

Me acerqué un poco más a ella. El mundo alrededor se desdibujó: juicios, titulares, acusaciones, culpas. Todo quedó fuera.

Nuestros labios se encontraron despacio, sin urgencia, como si ambos tuviéramos miedo de romper algo frágil. Fue un beso distinto. Profundo, contenido, cargado de todo lo que no sabíamos si volveríamos a tener. Como una despedida que se resiste a serlo.

Cuando nos separamos apenas unos centímetros, sus ojos seguían cerrados, su respiración desacompasada contra la mía. No dije nada. No hacía falta.

La rodeé con un brazo y la levanté suavemente del sofá. Ella soltó una pequeña exclamación sorprendida, pero enseguida sus brazos se deslizaron alrededor de mi cuello, abrazándome con esa confianza que siempre había sido solo nuestra. Sus piernas rodearon mi cintura mientras la sostenía contra mí.

Su frente se apoyó en la mía mientras caminaba hacia la habitación.

- James… -susurró, con esa mezcla de nervios y emoción que me volvía loco.

No contesté. Solo la miré. Porque sabía que, si hablaba, rompería el momento, ese momento que llevaba semanas anhelando.

Entramos en la habitación sin separarnos. La dejé sobre la cama con cuidado, como si fuera algo demasiado valioso para tratarlo con prisa. Me detuve un segundo a mirarla. A grabarla. La luz suave que entraba por la ventana dibujaba su silueta. Sus ojos verdes me observaban con esa intensidad que siempre me había desarmado.

Me incliné hacia ella y empecé a recorrer su piel con besos lentos, sin prisa. Deslicé mis manos por sus hombros, por su espalda, por cada rincón de su cuerpo mientras iba desprendiéndola de la ropa poco a poco, con una calma casi reverente. Como si fuera la primera vez. Y también la última. La había echado de menos. Demasiado.

Cada gesto tenía algo de descubrimiento, algo de reencuentro y, para mí, incluso algo de despedida. Mis dedos se demoraron en su cintura, en sus brazos, en la curva de su cuello, como si quisiera

memorizar cada detalle para siempre. Ella me miraba en silencio, acariciando mi rostro, mi pelo, mi espalda, como si también necesitara asegurarse de que yo seguía allí.

Cuando por fin nos tumbamos juntos, no hubo prisa. Nos movimos despacio, disfrutando cada cercanía, cada roce, cada beso que nos devolvía algo que creíamos perdido. Su respiración se mezclaba con la mía, sus manos se aferraban a mi espalda, y cada vez que sus labios buscaban los míos sentía que todo lo demás desaparecía. No era solo deseo. Era regreso. Era volver a encontrarnos después de haber estado al borde de perderlo todo.

Hicimos el amor lentamente, con esa calma que solo tienen los momentos que uno sabe que recordará siempre. Sin urgencia, con tan sólo el ruido de nuestras respiraciones aceleradas, de la pasión, de la que siempre había estado ahí, dejándonos llevar por la certeza de que, al menos allí, entre nosotros, el mundo seguía teniendo sentido.

La abracé con cuidado, como si el tiempo pudiera detenerse entre mis brazos. Sus manos se aferraron a mí, y en ese gesto supe que, aunque todo estuviera hecho trizas, allí -solo allí- seguía estando mi hogar. El único que siempre quise. El único que nunca imaginé perder. Y allí, descansé en paz.

20 de mayo. El día del juicio. Cuando desperté no supe cuánto tiempo había dormido. Solo supe una cosa: era la primera vez en meses que había descansado de verdad. Sin sobresaltos. Sin pesadillas. Sin esa opresión constante en el pecho. Y fue por ella, por Mía, por la mujer que había estado a mi lado cuando ni yo mismo soportaba mirarme.

Miré el reloj de la mesilla: las seis de la mañana. Hoy era el juicio. Me giré instintivamente para contemplarla, buscando ese pelo rubio revuelto sobre la almohada, esa respiración tranquila que

me había devuelto la calma, pero… no estaba. El hueco a mi lado estaba frío.

Me incorporé de golpe. La busqué por la habitación, luego por el salón, la cocina, el baño. Nada. El silencio del ático me devolvió una realidad que no quería aceptar: se había ido. Volví al dormitorio y me senté en la cama, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Mierda.

Es el juicio, James -me gritó mi subconsciente. Tiene que prepararse. Tiene que concentrarse. No puedes pedirle más -me repetí-, intentando convencerme de algo que no lograba calmarme.

Me levanté, me duché en automático, dejando que el agua caliente -ahora sí- me despejara lo justo para funcionar. Al salir del baño, aun secándome el pelo con la toalla, algo llamó mi atención.

La mesilla de noche. En su lado de la cama. Había una nota.

Salté la cama como si me fuera la vida en ello y la cogí con manos temblorosas: "Confío en ti". Tres palabras. Tres simples palabras. Y, sin embargo, lo eran todo. No decía te quiero. No decía todo saldrá bien. No prometía nada. Pero me estaba dando lo más difícil, lo más valioso, lo que yo creía haber perdido para siempre: su confianza.

Me dejé caer en la cama, con la nota apretada entre los dedos, y por primera vez no sentí miedo. Sentí responsabilidad. Sentí fuerza. Sentí que, pasara lo que pasara ese día, no podía fallarle. Ese día tenía que demostrarlo todo, aunque no supiera cómo.

CAPÍTULO 32: MÍA

Cuando desperté junto a James lo supe. Lo había sabido siempre, incluso aquella noche en la discoteca, incluso cuando lo vi besándose con Vanessa y sentí cómo algo se rompía dentro de mí con un ruido seco. Siempre le había creído. No con la cabeza -la cabeza duda, analiza, se protege-, sino con ese lugar donde no hay lógica ni defensa posible: el corazón.

Y hoy había llegado el día. El día de demostrarlo al mundo. Aunque no tuviéramos nada con lo que sostener su verdad.

Las cuatro de la mañana. Me incorporé despacio, con un cuidado casi reverencial, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper ese instante de calma que llevaba meses sin existir. Me vestí en silencio. Me até el pelo. Cogí mis cosas. Y antes de irme, lo miré una última vez, mientras le dejaba mi corazón sobre la mesilla. James dormía en paz, esa paz que, con tan solo despertar, ya no tendría.

Me detuve un segundo más de lo necesario, grabándome su imagen, como si mi memoria supiera que iba a necesitarla para sobrevivir al día que nos esperaba. Luego salí, cerrando la puerta con suavidad, conteniendo las lágrimas hasta que el ascensor se cerró y ya no tuve que fingir.

Cuando entré en mi casa solté el bolso en la encimera. Fue entonces cuando el móvil vibró. Un mensaje. De mi padre, de nuevo: "**Es tu última oportunidad para salvar a tu novio. Te espero en la cafetería frente a tu despacho a las 8:00.**"

Sentí una mezcla de rabia, náuseas y una claridad peligrosa. Por supuesto que no era casual. Por supuesto que sabía perfectamente qué día era. Por supuesto que había elegido ese

momento para desestabilizarme. Siempre había funcionado así. Y lo estaba haciendo hasta el último momento.

Me duché. Me arreglé. Me puse la armadura que llevo años perfeccionando: vestido sobrio, gesto firme, respiración medida. Preparé el maletín con todos mis papeles, mi bolígrafo, mi toga, mi botella de agua. Cada objeto en su sitio, como si el orden externo pudiera compensar el caos que llevaba dentro.

Cogí todo y salí de casa. Me dirigí a la maldita cafetería. No porque quisiera verlo. No porque le debiera nada. Sino porque necesitaba saber qué mierda pretendía decirme. Soltarle lo que llevaba años guardando, cerrar esa puerta de una puta vez y largarme sin mirar atrás. No quería que mi mente tuviera otro pensamiento que no fuera el juicio. No quería darle ni un segundo más de espacio en mi vida.

Así que, aquí estaba, quince minutos antes de las ocho, en la cafetería. Siempre llego antes cuando necesito sentir que controlo algo. Pedí un café, saqué la carpeta, mi bolígrafo de la suerte, y empecé a subrayar frases que ya me sabía de memoria. No estaba leyendo: estaba respirando a través de un ritual. Preparándome. Blindándome.

Entonces sentí una presencia. No hizo falta levantar la vista para saber quién era. Aun así, lo hice. Ahí estaba. Mi padre. Cerré la carpeta de golpe y dejé el bolígrafo encima, como si así pudiera contener el temblor que me recorría los dedos.

- Hola, hija -dijo sentándose frente a mí-. Veo que has recapacitado.

Lo miré con una frialdad que me sorprendió incluso a mí.

- No me llames hija. Solo dime lo que quieras decirme y acabemos con esto. No quiero volver a verte nunca más.
- Eso está en tu mano -respondió con una media sonrisa.

Parecía mentira que ese hombre fuera mi padre. El mismo al que quise de niña. El mismo del que esperé protección, prioridad, amor…

- Tengo prisa -añadí-. Adelante.
- ¿Cómo llevas el juicio del delincuente de tu novio?

El bolígrafo crujió entre mis dedos, creí que iba a partirlo.

- No te importa. Y si me has citado para eso, me voy -le dije.
- ¿Quieres salvarlo de la cárcel? -me preguntó mi padre.

Me incorporé ligeramente.

- ¿Cómo estás tan seguro de que irá a la cárcel?
- Porque no tenéis nada para probar su inocencia -dijo con una seguridad insultante-. Es su palabra contra la de Vanessa y contra la de los testigos que vieron cómo se besaban. Será condenado y lo sabes.

Lo miré fijamente.

- Hablas como si supieras mucho del caso.
- Lo sé todo -contestó con altivez.

Respiré hondo. Dejé el bolígrafo sobre la carpeta y crucé los brazos.

- Habla de una puta vez. No te andes con rodeos y haz lo que has venido a hacer.

Me sostuvo la mirada.

- Quiero dos millones de euros.

Me reí. Una risa seca, amarga, más alta de lo que pretendía.

- Estás loco. Definitivamente has perdido la cabeza. ¿Qué te hace pensar que voy a darte dinero? ¿Y mucho menos esa cantidad?
- Lo harás si quieres salvar a James.

Me erguí en la silla.

- Y, exactamente, ¿cómo va a salvarse James entregándote dinero a ti? Esto no tiene nada que ver contigo -pregunté en tono irónico.
- Te equivocas. Todo esto es por mí -dijo con media sonrisa de autosuficiencia.

Abrí los ojos de par en par.

- ¿Qué quieres decir?
- Alejandro quiere vengarse de Manuel y de Bernard Legal Group. Yo quiero recuperar la vida antes de perderlo todo. Así que dame el dinero y retiramos la denuncia.

El mundo se inclinó.

- ¿Y Vanessa?
- La convencí -respondió sin pestañear-. Está dolida. Cree que le robaste al novio. Aceptó sin pensar. Así que un poco de droga en su bebida fue fácil.

Lo sabía, esa imagen en la grabación de la discoteca era real, no era un espejismo, le cambiaron el vaso. Drogaron a James. La ira me subió como fuego.

- Estás enfermo. No puedo creer que seas capaz de hacer algo así por dinero. Estás arruinando la vida de muchas personas -le dije furiosa.
- Te has ganado muchos enemigos, hija mía.
- Yo no he hecho nada para ganarlos -repliqué-. He actuado con principios. Con ética. Con algo que tú y los que tienes alrededor desconocéis.

Se encogió de hombros.

- Bernard Legal Group es la competencia de Averis Lawyer. Él quiere vengarse por lo que ambos hicisteis en el pasado por eso lleva la representación de Vanessa. Quiere hundirlos. Todos salimos ganando.
- ¿Ganando? -escupí-. A cambio de ser una persona sin escrúpulos, de chantajear, de manipular, de usar a tu propia hija como moneda de cambio, de desaparecer cuando más

te necesitaba, de volver solo cuando hueles dinero.
Me das vergüenza. Me da asco compartir tu sangre.

Sonrió.

- A mí, al menos, esa sangre, me va a servir para recuperar mi vida -dijo con una tranquilidad pasmosa.
- Eres un hijo de puta -le espeté.
- Llámame como quieras. Te quedan… -dijo mirando el reloj-. menos de dos horas para no tener que ir a visitar a James a la cárcel. Estaré esperando tu llamada.
- Aunque quisiera, no tengo ese dinero -le dije.
- Tú no. Pero Manuel Bernard sí -sentenció.

Se levantó. Diego Beltrán -el nombre que figuraba en mi partida de nacimiento como padre- se dio la vuelta y se marchó.

Y yo me quedé allí. Con el café frío. El corazón golpeándome el pecho como un animal atrapado. Todo encajaba. Todo era aún peor de lo que imaginaba. No era solo un juicio. No era solo James. Era una guerra. Y acababan de ponerme una bomba en las manos.

Analicé cada palabra que mi padre había pronunciado, una a una, como si fueran piezas de un rompecabezas macabro que por fin empezaba a encajar. Todo había sido una trampa. Todo. Drogaron a James para anular sus capacidades, para convertirlo en un cuerpo sin voluntad y luego construir sobre eso una acusación perfecta.

Mi cabeza era una tormenta eléctrica sin pararrayos. Pensamientos chocando entre sí, imágenes superpuestas, posibilidades abiertas como puertas giratorias que no dejaban de dar vueltas. Era como estar atrapada en una centrifugadora: cuanto más pensaba, más rápido giraba todo, hasta marearme.

James acusado de agresión sexual. James jugándose la libertad en cuestión de horas. Un juicio inminente. Un chantaje. Mi padre. Alejandro. Vanessa. Demasiadas variables. Demasiadas opciones. Aposté por una.

Llamé a Manuel.

- ¿Estás en el despacho? -le pregunté.
- Sí, estoy aquí -contestó.
- Voy para allá.

Metí la carpeta y el bolígrafo en el maletín. Eran las diez de la mañana, no tenía tiempo que perder. Llegué al despacho casi sin sentir las piernas. Entré directamente en el despacho de Manuel. En cuanto me vio, su expresión cambió. Me leyó la cara antes de que yo abriera la boca.

- ¿Qué pasa, Mía? ¿Te encuentras bien? -preguntó levantándose ligeramente-. Iba a salir para los juzgados, James y Liam ya están allí…

Me acerqué a su mesa. Apoyé las manos en la madera para no perder el equilibrio.

- Por favor -dije, y mi voz salió más rota de lo que hubiera querido-, no me pidas explicaciones ahora porque no puedo dártelas. Solo… extiéndeme un cheque por valor de dos millones de euros.

El silencio fue absoluto. Denso. Irreal.

Manuel me miró como si no hubiera entendido bien el idioma. Me miró de nuevo, más intensamente, buscando una grieta, una broma, una explicación. Sin decir una palabra, abrió el cajón de su escritorio. Sacó el talonario. Lo apoyó sobre la mesa. Escribió demasiado despacio para mis nervios. Arrancó el cheque y me lo tendió.

Nuestros dedos casi se tocaron.

- Espero que sepas lo que estás haciendo -me dijo, con una gravedad que me atravesó el pecho.

Tragué saliva.

- Yo también lo espero.

Cogí el cheque, me giré y salí del despacho sin mirar atrás. El corazón me golpeaba las costillas como si quisiera escaparse antes que yo.

Mientras caminaba, con las manos temblándome, escribí un mensaje: **"Tengo tu dinero"**. Y supe, en ese mismo instante, que acababa de cruzar una línea de la que no había vuelta atrás.

Tras darle el cheque a mi padre -más bien tirárselo a la cara-, salí disparada hacia los juzgados. El reloj del coche marcaba que faltaban menos de diez minutos para las once y yo seguía dando vueltas como una loca buscando un maldito aparcamiento. El corazón me latía en las sienes, las manos me temblaban en el volante y aparqué donde pude -legal o no, ya me las arreglaría después- y corrí. No, corrí no. Levité. Crucé la puerta principal casi sin tocar el suelo y me lancé escaleras arriba como si la gravedad hubiera decidido darme una tregua. Cuando alcancé la tercera planta, con los pulmones en huelga y el pulso desbocado, los vi.

Allí estaban. James y Liam hablando con la funcionaria, probablemente explicándole que su abogada aún no había llegado. Alejandro, apoyado en la puerta de la Sala, contemplando la escena con esa expresión de suficiencia que pedía a gritos un ajuste de cuentas. Manuel, a un lado, serio, contenido, con esa rigidez que solo adopta cuando algo importante está a punto de romperse.

- ¡Aquí estoy! -grité sin aliento-. Malditas escaleras… -murmuré.

Todos giraron la cabeza a la vez.

- Mía, ¿dónde estabas? -preguntó James, con la voz cargada de tensión-. ¿Ha pasado algo?
- Vamos, entra -dijo Manuel en cuanto llegué a ellos.

James y Liam lo miraron con sospecha. Sabían que su padre ocultaba algo. Y no se equivocaban del todo. Manuel no sabía todo, pero sí más que ellos.

No tuve tiempo de contestar. La funcionaria nos indicó que pasáramos y el engranaje ya estaba en marcha. Entramos en la Sala.

Mientras sacaba la carpeta con todos los documentos perfectamente ordenados, mi bolígrafo, mi botella de agua, y me colocaba la toga con manos temblorosas, sentí el peso real de lo que estaba ocurriendo. James miraba al frente. No hacia mí, no hacia nadie. Al frente. Con intriga. Con miedo. Con nervios. Estaba sentado en el banquillo acusado de un delito catalogado como muy grave y con la certeza de que no tendría defensa. Con una vida entera en juego. Su profesión. Su nombre. Su futuro.

Y me atravesó un recuerdo como un cuchillo suave: la noche anterior, en su casa. La calma después de la tormenta. Nuestros cuerpos encontrándose como si el mundo no estuviera hecho trizas. Como si no fuera una posible despedida.

De repente, nuestras miradas se cruzaron. No dudé. No parpadeé. No bajé la mirada. Estoy aquí contigo. No hizo falta decirlo en voz alta. Él lo entendió. Me regaló esa media sonrisa suya. Esa que siempre me ha desarmado. Esa que, en ese momento, me respondía, confío en ti.

Abrí mi carpeta, cogí mi bolígrafo de la suerte y respiré hondo. ¡Qué empiece el espectáculo!

El Juez leyó -más bien resumió- los escritos de calificaciones provisionales de ambas partes. Los hechos, el beso, la denuncia, el delito que nos había traído hasta aquí y que pendía sobre James como una espada, la pena solicitada…

Frente a mí, el Ministerio Fiscal. A su lado, Alejandro Avelo, quién se presentó con esa mezcla de soberbia y autosuficiencia del que cree que la partida ya está ganada antes de mover la última ficha. Sabía desde el momento en que entregué el cheque a mi

padre que no iban a retirar ninguna acusación. Me sostuvo la mirada un segundo de más, como quien disfruta del momento. Cuando llegó mi turno, hice lo mismo, pero sin dejar de mirar a ese imbécil a la cara. ¡Cómo le odio!

- Bien -dijo el Juez-, pasemos a la práctica de la prueba.

Respiré.

- Con la venia de Su Señoría -comencé-, esta parte, en virtud del artículo 787.3, concordante con el artículo 785 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, viene a proponer prueba obtenida con posterioridad a la formulación de nuestro escrito de defensa y a la Audiencia Preliminar celebrada.

El Juez levantó la vista.

- Dígame cuáles son esas pruebas.
- En primer lugar -continué-, el historial clínico del señor Bernard correspondiente a la noche de los hechos. El acusado acudió al hospital tras lo sucedido en la discoteca, si bien se marchó sin que le fueran entregados los resultados de las pruebas practicadas. Tal y como acredita el certificado del propio centro hospitalario, no fue hasta hace dos días cuando esta parte pudo obtener copia del citado historial.

Entregué las copias a la funcionaria, que las repartió al Ministerio Fiscal, a la acusación particular y al propio Juez.

Y seguí.

- En dicho historial clínico se refleja un estado de desorientación y aturdimiento del señor Bernard, que pudiera ser compatible con una posible intoxicación por sustancias estupefacientes de carácter sintético, conocidas coloquialmente como “drogas de diseño” o “setas mágicas”.

Levanté la mirada y la clavé en Alejandro, quién hojeaba el historial con desdén.

- Sustancias, tales como -enumeré despacio, midiendo cada palabra-: Nexus.

Nada.

- Salvia.

Nada.

- Piperazinas.

Ni un gesto.

- O Spice, entre muchas otras.

Ahí fue. La expresión de Alejandro cambió. Apenas un gesto. Apenas una contracción en la mandíbula. Pero yo lo vi. ¡Bingo!

Spice. Cannabinoides sintéticos. Mucho más potentes que el THC. Efectos impredecibles. Pérdida de control. Despersonalización. Lagunas de memoria. Exactamente lo que había pasado con James. ¡Malditos hijos de puta! Apreté mi bolígrafo con fuerza.

El Juez continuó.

- ¿Algo que decir sobre esta prueba, Ministerio Fiscal?
- No nos oponemos a su aportación, su Señoría -contestó el Fiscal.
- ¿Acusación particular?

Alejandro levantó su mirada con estudiada calma.

- Con la venia, nos oponemos a la aportación de dicha prueba. El historial clínico que pretende aportar la defensa carece de relevancia probatoria -dijo-, pues no concluye ni acredita que el acusado hubiera ingerido sustancia alguna. Se trata de un intento burdo de sugerir hipótesis no demostradas, dejando a la mera especulación que el señor Bernard no actuó por voluntad propia, cuando lo único que consta es que besó a mi representada de forma consciente, deliberada y sin su consentimiento.

Me mordí la lengua. Este tipo iba a matar.

El Juez asintió levemente.

- Bien. A pesar de que las pruebas clínicas practicadas al señor Bernard esa noche no resultan concluyentes en cuanto a la ingesta de sustancias, se admite su aportación para su valoración conjunta con el resto del material probatorio.

Miré a James. La mirada clavada en el suelo. Los hombros ligeramente hundidos. Como si el peso del mundo acabara de caerle encima de nuevo. Él sabía, igual que yo, lo que eso significaba: el Juez y el Fiscal probablemente no se leerían ese historial, lo sabíamos por experiencia y, además, Alejandro se había encargado de subrayar su escasa fuerza probatoria. Y sentí ese nudo en el pecho, el que mezcla rabia, impotencia y amor.

- En segundo lugar, esta parte solicita la aportación de la grabación de seguridad de la discoteca correspondiente a la noche de los hechos. Tal y como se acredita mediante el certificado de extracción emitido por la empresa responsable, dicha grabación fue obtenida con posterioridad a los escritos de conclusiones provisionales y a la Audiencia Preliminar.

Respiré, controlando el temblor en la voz.

- En esa grabación puede observarse de manera objetiva qué ocurrió realmente en el local y, concretamente, en el minuto cinco y treinta segundos, el vaso del señor Bernard desaparece de la mesa y reaparece segundos después, sin que el acusado lo manipule, lo que permite inferir que un tercero introdujo alguna sustancia en su bebida.

Hice lo mismo que antes. Entregué tres pendrives a la funcionaria, que los repartió entre las partes. El Juez asintió.

- Reprodúzcase la grabación.

La pantalla se iluminó.

Alejandro era bueno, muy bueno. No dejó escapar una sola mueca evidente mientras se reproducía el vídeo. Pero yo lo vi. Sabía leer gestos. El leve endurecimiento de su mandíbula. La rigidez en los hombros. El intento consciente de mantener el control. Solo sonrió una vez. Justo cuando pasó el minuto señalado.

La grabación se reprodujo entera. El reservado. El vaso. James bebiendo agua. Vanessa acercándose. Él besándola. El caos posterior.

Silencio.

El Juez concedió la palabra al Ministerio Fiscal.

- No nos oponemos a la aportación de la grabación para su valoración conjunta.

Y entonces fue el turno de Alejandro.

- Con la venia, su Señoría. La grabación que pretende aportar la defensa no acredita absolutamente nada, sino más bien todo lo contrario, que fue el Sr. Bernard quien inició el beso -comenzó-. En cuanto a lo manifestado por la defensa, no se aprecia ninguna mano, ningún gesto, ningún elemento objetivo que permita afirmar que alguien introdujo sustancia alguna en el vaso del acusado. La calidad de imagen es deficiente, el ángulo limitado y el vaso permanece en la mesa en todo momento.

Hizo una pausa medida.

- Al igual que con el historial clínico, la defensa intenta crear una atmósfera artificial, insinuando una intoxicación inexistente para justificar una conducta que tiene una única explicación: el acusado besó a mi representada de forma consciente, delante de su pareja, aquí enfrente, forzando a una mujer que ya dejó claro que no había consentimiento.

Sentí cómo James se levantaba de golpe.

- Basta, letrado -intervino el Juez con tono seco-. No se admiten valoraciones personales. Y usted -miró a James- siéntese inmediatamente.
- Disculpe, su Señoría -murmuró Alejandro, fingiendo corrección.

Ese cabrón no estaba improvisando. Quería desestabilizarnos. Quería reducir todo a un conflicto sentimental: una infidelidad, una venganza, una historia de celos mal gestionados. Quería que el Juez viera esto como una excusa emocional, no como una trama diseñada para destruir a un hombre.

- Bien. Se admite su aportación para su valoración conjunta con el resto del material probatorio -dijo el Juez.

Miré a James. Tenía la cara de alguien esperando sentencia antes incluso de oírla.
Como un preso en la antesala de la celda, contando los segundos sin saber cuántos años le van a robar. Le sostuve la mirada: "aguanta, aún no hemos terminado".

CAPÍTULO 33: JAMES

Todo iba mal. Lo sabíamos. Las pruebas que habíamos llevado no desmontaban nada. No destruían el relato de Vanessa. Solo intentaban sembrar duda. Y la duda, cuando te juegas la libertad, sabe a limosna. El Juez mantenía ese gesto neutro de quien escucha por obligación. El Ministerio Fiscal asentía por inercia. No veía convicción en ninguno. No veía ese brillo de "esto cambia el caso". No teníamos más. Tras la aportación de las nuevas pruebas, se procedería a la declaración de Vanessa, del testigo de la discoteca y mi interrogatorio. Y después… el vacío.

Pero entonces escuché la voz de Mía.

- Con la venia de Su Señoría, esta parte quiere aportar una última prueba, obtenida tan solo un par de horas antes de iniciarse este acto de juicio.

¿Qué? Sentí cómo el corazón me daba un golpe seco en el pecho. Me giré automáticamente hacia atrás. Mi padre tenía el ceño fruncido. Liam abrió ligeramente la boca. Nadie sabía nada. Nadie.

Mía continuó firme.

- Hace tan solo dos horas he tenido ante mí la confesión de que todo esto es una trampa tendida al señor Bernard.

Un murmullo recorrió la sala.

- ¡Protesto, señoría! -saltó Alejandro, esta vez sin disimular-. Es inadmisible…

Pero algo había cambiado en Alejandro. Lo vi. Por primera vez desde que empezó este infierno, su compostura perfecta se agrietó. Una mínima tensión en la comisura del labio. Preocupación.

- Denegado. Deje a la letrada continuar -dijo el Juez, mirando a Mía con atención real por primera vez.

Mía no titubeó.

- Como iba diciendo, se me ha confesado que todo esto ha sido un plan preconcebido entre la denunciante y… -respiró hondo- Diego Beltrán.

La sala enmudeció. Sentí que el aire desaparecía. Diego Beltrán. El padre de Mía. Abrí los ojos como si me hubieran disparado. No, no podía ser. Mi mirada voló hacia ella. Estaba erguida, con la toga perfectamente colocada, el bolígrafo entre los dedos, la voz firme, pero sus ojos… sus ojos estaban atravesando el infierno.

Yo sabía lo que significaba eso. Sabía lo que estaba haciendo. Estaba destrozando públicamente al hombre que llevaba su sangre. Por mí.

Vi como mi padre se llevó una mano a la frente bajando la cabeza y como Liam murmuró un "Dios mío" apenas audible. Y yo… Yo entendí algo devastador. Mientras yo me había hundido. Mientras yo había bebido. Mientras yo me compadecía de mí mismo… Ella había ido a la guerra. Y ahora estaba sacrificando lo único que, por biología, debería haberla protegido. Su padre.

Mi respiración se volvió irregular. Porque esa mujer estaba luchando por mí como nadie lo había hecho nunca. Y yo… yo había estado a punto de rendirme.

- Protesto señoría -intervino de nuevo Alejandro, ahora más nervioso-. La defensa pretende desviar el caso a un plan sin aportar, nuevamente, ningún tipo de prueba contundente.

Yo apenas respiraba.

- ¿Quién ha dicho que no tengo pruebas? -dijo Mía firme e implacable.

La cara de Alejandro fue literalmente la de un fantasma. La sangre le abandonó el rostro. Ya no era el Letrado soberbio que había entrado creyéndose vencedor. Era un hombre intentando entender qué demonios se le había escapado.

- ¿Qué tipo de prueba tiene, señora Letrada? -preguntó el Juez, inclinándose ligeramente hacia delante.

Mía no dudó.

- Tengo una grabación. Pero, como he indicado, esto ha pasado tan solo dos horas, así que no he podido hacer copias, ni extraerla…
- ¡Esto es totalmente inadmisible, señoría! -saltó Alejandro-. Me opongo frontalmente a la aportación de dicha prueba. No sabemos su origen, ni su autenticidad, ni…
- Ya basta, Letrado -lo cortó el Juez con firmeza-. Intervendrá cuando le dé la palabra.

El silencio que cayó en la Sala fue espeso. Vi cómo el Juez miraba al Ministerio Fiscal. Este hizo una leve inclinación de cabeza. No fue nada espectacular, pero yo lo vi. Y supe que algo estaba cambiando.

- Bien -continuó el Juez-. Reproduzcamos esa grabación y veremos si realmente es lo que dice ser. ¿Dónde la tiene?

Yo miré a Mía. Miré su mesa. No había ningún pendrive nuevo. Ningún dispositivo. Ninguna grabadora. Nada. Mi pulso empezó a acelerarse otra vez.

- Aquí -dijo ella.

Y levantó delicadamente su bolígrafo. Su maldito bolígrafo de la suerte. Me quedé completamente en shock. Ese bolígrafo. El que llevaba siempre. El que nunca soltaba. El que apoyaba contra la mesa cuando pensaba. El que mordía cuando se concentraba. El que giraba entre los dedos cuando estaba nerviosa. El que le había regalado Joselu, su amigo policía. Estaba claro que era por si algún día le hacía falta algo más que tinta. Hoy era ese día. Y ahora entendía por qué jamás lo perdía de vista. Por qué lo protegía como si fuera una reliquia. Era una puta grabadora.

Miré alrededor. Mi padre tenía los ojos abiertos como platos. Liam parecía a punto de levantarse de la silla. Alejandro se había

quedado petrificado. Y yo… Yo estaba literalmente flipando.

Sentí una mezcla brutal de admiración, incredulidad y amor que me golpeó el pecho como un puñetazo. Mientras yo me desmoronaba, ella había ido a ver a su padre, lo había grabado, había conseguido una supuesta confesión, había vuelto al juicio como si nada y, ahora, estaba a punto de dinamitarlo todo.

La funcionaria se acercó. Mía depositó el bolígrafo con una serenidad que daba miedo. Como si no estuviera a punto de reventar una conspiración en mitad de una sala penal. Yo no podía apartar los ojos de ella.

El Juez asintió.

- Proceda a su reproducción.

Y en ese instante entendí algo que me recorrió el cuerpo entero: estaba siendo defendido por la mujer más brillante, más valiente y más peligrosa que había conocido jamás. Y por primera vez desde que empezó todo… sentí que quizá no iba a ir a la cárcel, sentí que quizá iba a salir de allí con algo más importante que mi libertad: la verdad.

La grabación tardó más tiempo en reproducirse del que mi cuerpo estaba dispuesto a soportar. La funcionaria manipulaba el dispositivo con una lentitud que me parecía cruel. Yo sentía el pulso en las sienes, en el cuello, en las manos. El silencio en la Sala era tan denso que dolía. "Que funcione, por favor, que funcione", supliqué. Hasta que alguien, en algún lugar del universo, decidió escucharme. Un leve chasquido. Un murmullo. Y después… la voz de Mía, clara, firme, reconocible hasta en medio de un terremoto.

- Habla de una puta vez. No te andes con rodeos y haz lo que has venido a hacer.

Se escuchaba el sonido de una cafetería de fondo. Tazas. Sillas. Una cucharilla golpeando porcelana. Y luego la voz de él.

Diego Beltrán. Su padre.

- Quiero dos millones de euros.

Un murmullo recorrió la sala. Yo cerré los ojos un segundo. La conversación avanzó. Cada palabra era un disparo.

Alguien aspiró aire con fuerza detrás de mí.

- Lo harás si quieres salvar a James.

Mi nombre retumbó en la sala como una condena que se rompía. Mía no gritaba. No lloraba. No se quebraba. Preguntaba. Indagaba. Lo llevaba hacia donde quería. Y entonces llegó la frase que lo cambió todo:

- Alejandro quiere vengarse de Manuel y de Bernard Legal Group. Yo quiero recuperar la vida antes de perderlo todo. Así que dame el dinero y retiramos la denuncia.

Silencio absoluto. Un silencio que no era ausencia de sonido, sino comprensión.

- ¿Y Vanessa?
- La convencí. Está dolida. Cree que le robaste al novio. Aceptó sin pensar. Así que un poco de droga en su bebida fue fácil.

Todo había sido una trampa. Drogarme. Provocar el beso. Manipular a Vanessa. Forzar una denuncia. Presionar, extorsionar y todo por dinero. No podía creerlo. El padre de Mía, usándola, usándome, jugándose mi libertad como si fuera una ficha de póker.

La grabación terminó con su voz diciendo:

- Te quedan menos de dos horas para no tener que ir a visitar a James a la cárcel.

Click. Silencio. Pero esta vez no era el mismo silencio. Este era eléctrico. Yo sentía el corazón desbocado. Mi mente iba a mil.

¿Y Alejandro? ¿Sabía todo esto? ¿Era solo una pieza más? ¿O el cerebro detrás de la venganza? Ya me encargaría de descubrirlo.

Pero ahora mismo… ahora mismo lo único que importaba era que la verdad acababa de estallar en mitad de una Sala de justicia.

El Juez carraspeó.

- ¿Ministerio Fiscal? -preguntó el Juez.
- A la vista de la importancia del contenido de dicha grabación, esta parte admite que se aporte a los autos como prueba. Entendemos que su contenido resulta relevante para la valoración de la credibilidad de la denunciante y del contexto en el que se inicia el procedimiento -dijo finalmente el Fiscal.
- ¿Acusación particular? -preguntó de nuevo el Juez, esta vez a Alejandro.
- Nos oponemos frontalmente a la admisión de dicha grabación, señoría. No cumple los requisitos mínimos de autenticidad ni de cadena de custodia. Desconocemos las circunstancias técnicas de su obtención, no ha sido peritada, no ha sido sometida a cotejo, no existe garantía de integridad del archivo, y su aportación, en este momento, vulnera el principio de contradicción y el derecho de defensa de esta parte.

Joder. Tenía razón. Jurídicamente tenía razón. No era el modo, no era el procedimiento impecable, pero era mi salvavidas. Sentí cómo el miedo volvía a treparme por dentro. Si el Juez la inadmitía… Se acababa.

El Juez meditó. Miró a Mía. Miró al Fiscal. Miró a Alejandro. El silencio volvió a clavarse en mis costillas. Hasta que habló.

- Se admite la aportación de esta grabación.

Noté cómo algo se rompía dentro de Alejandro.

- Si la acusación particular desea formular incidente de nulidad de actuaciones, tiene libertad de hacerlo en el momento procesal oportuno -continuó el Juez-. Pero este Tribunal no puede dejar de incorporar al procedimiento una

prueba de tal relevancia por el hecho de que la señora letrada, permítaseme la expresión, no haya podido realizar copias previas de la misma o llamar a un perito de urgencia.

Se admite.
Se admite.
Se admite.

Solté el aire de golpe. No sabía que llevaba minutos conteniéndolo. Sentí cómo el pecho se me vaciaba y volvía a llenarse. Miré a Mía. Ella también había soltado el aire. Nos miramos. No hizo falta hablar. "GRACIAS", le susurré.

Ese instante entendí algo con una claridad brutal: si salía libre de esa Sala, no sería solo porque alguien me defendió, sería porque la mujer que amo decidió prender fuego a su propio pasado para salvar mi futuro. Y yo no iba a olvidar eso jamás.

- Bien -dijo el Juez, acomodándose en su asiento-. Si la defensa no tiene nada más que aportar en este momento, continuemos con la práctica de la prueba. Que pase la denunciante.

Entró en la sala con paso calculado. Vestido sobrio. Pelo perfectamente colocado. Cara de víctima contenida. No tenía ni idea de lo que había ocurrido minutos antes en esa misma Sala...

Se sentó. Alejandro comenzó el interrogatorio.

- Señora, ¿puede explicar al tribunal qué ocurrió aquella noche?

La versión ensayada salió fluida. Que yo me acerqué. Que ella intentó apartarse. Que la sujeté de la nuca. Que la besé contra su voluntad. Que se sintió humillada. Cada palabra era una puñalada.

Llegó el turno de Mía.

- Señora… ¿podría usted decirme si conoce a Diego Beltrán?

Alejandro saltó de inmediato.

- ¡Protesto, señoría! La pregunta es impertinente y ajena al objeto del procedimiento.
- Denegado -respondió el Juez sin dudar-. Conteste a la pregunta de la Letrada, señora.

Vanessa dudó. Más de lo que debería. Miró a Alejandro.

- No.

Demasiado rápido. Demasiado seco. Mía no parpadeó.

- Usted sabe que está aquí como testigo y que debe decir la verdad, so pena de incurrir en un delito de falso testimonio, ¿verdad?
- Sí, lo sé -respondió Vanessa, clavándole la mirada con desafío.
- Le vuelvo a preguntar -repitió Mía con voz firme-. ¿Ha hablado alguna vez con Diego Beltrán?
- No. Nunca he hablado con su padre…

Se hizo un silencio. Un segundo. Dos. Tres. Yo vi cómo el cerebro de Vanessa intentaba reconstruir la frase que acababa de pronunciar. La Sala entera lo había oído. Mía inclinó levemente la cabeza.

- ¿Con mi padre, dice usted?

Vanessa abrió los ojos.

- Yo… no… no he dicho que fuera su padre. Solo… he supuesto… por el apellido… quiero decir… he leído cosas en prensa… es un apellido común…

Se estaba enredando. Demasiado.

- Entonces -continuó Mía, implacable-, si no sabe quién es Diego Beltrán, ¿cómo puede afirmar que es mi padre?

Vanessa tragó saliva.

- Yo… lo he deducido ahora… por cómo lo ha preguntado… es evidente…

- Señoría, la defensa está sugiriendo vínculos inexistentes para confundir a la testigo.

El Juez no apartaba la vista de Vanessa. Mía se adelantó.

- No hay más preguntas, señoría.

No necesitaba más. El daño estaba hecho. Vanessa había cometido el error más humano: hablar demasiado cuando uno miente.

Después llegó el turno del testigo. Un camarero. Lo recordaba vagamente. Declaró con seguridad impostada.

- Vi a James besando a la señorita. Ella parecía incómoda. Cuando me acerqué, estaba muy nerviosa. Dijo que la había forzado.

Mentira. Impresentable. Yo apreté los puños bajo la mesa. Mía ni se inmutó. Tomaba notas. Fría. Metódica. Letal. No hizo preguntas.

Cuando llegó mi turno, sentí cómo el corazón me golpeaba en las sienes.

- Bien, Sr. Bernard. Cuéntenos lo que pasó en la discoteca aquella noche -me dijo el Juez.

Y conté lo que recordaba. Ni más. Ni menos. Que estaba en el reservado con Eric y Enzo. Que bebí agua toda la noche porque conducía. Que vi a Mía bailar. Que Vanessa se sentó a mi lado y me habló de mensajes que yo le había pedido que dejara de enviar. Que de repente, en mi mente, estaba besando a mi pareja. Que me noté raro. Aturdido. Como si el suelo no fuera firme. Que lo siguiente que recuerdo con claridad es a mi hermano dándome un puñetazo y en el hospital. Que jamás habría forzado a nadie. Que jamás habría besado a Vanessa conscientemente. No adorné nada. No intenté parecer víctima. Solo dije la verdad.

Alejandro comenzó su interrogatorio.

- Señor Bernard, ¿es usted un hombre celoso?
- Protesto señoría -intervino Mía.
- Aceptada la protesta -dijo el Juez-. No tiene nada que ver con los hechos.

Alejandro continuó.

- ¿Le molestaba que su pareja hablara con otros hombres?
- Protesto señoría -intervino de nuevo Mía.
- Aceptada la protesta -dijo el Juez-. Cíñase a los hechos letrado.
- ¡No! Déjenme contestar, no tengo que ocultar nada -intervine mirando fijamente a Alejandro.

Mía me miró seriamente, pero aceptó.

- Bien, pues conteste -dijo el Juez.
- No me molesta que mi pareja hable con otros hombres -dije.
- ¿Y no es cierto que discutieron varias veces por un tal Will?
- Sí -admití sin esconderme.

Maldito cabrón. Su hijito le ha mantenido al tanto de todo lo que pasaba entre nosotros. La cara de Mía estaba descompuesta.

- ¿Y no es cierto que esa noche usted estaba molesto?
- No.
- ¿Niega usted que pudiera haber actuado impulsivamente por despecho?
- Lo niego.
- ¿Niega que sujetó a la señorita Vanessa de la nuca?
- En la grabación se ve que la sujeto. Sí. Pero no lo recuerdo.
- ¿Y eso no es una forma de dominio?
- Es una forma en la que beso a la mujer que amo -respondí sin pensar mirando fijamente a Mía.

Un murmullo recorrió la Sala. Alejandro sonrió.

- Pero no estaba besando a la mujer que ama, señor Bernard. Estaba besando a la denunciante.
- Eso es lo que se ve, no lo que yo recuerdo. Yo solo recuerdo besar a mi mujer, a la persona que amo. En mi realidad no era Vanessa.

Intentó pillarme con contradicciones, pero yo estaba diciendo la verdad así que contesté a todo, sin titubeos.

Cuando terminó mi interrogatorio, el Juez dio paso a las conclusiones definitivas.

El Ministerio Fiscal repitió sus conclusiones provisionales. ¡No podía creerlo! Algo dentro de mí esperaba que retirase su acusación tras la confesión de Diego Beltrán en la grabación que había aportado Mía.

Llegó el turno de Alejandro.

- Señoría, ha quedado acreditado que el acusado besó a mi representada sin su consentimiento. El propio acusado admite que la sujetó por la nuca. No existe prueba alguna de intoxicación. El historial clínico no concluye consumo de sustancias. La grabación de la discoteca no muestra manipulación alguna del vaso. Y la supuesta conversación aportada por la defensa carece de garantías técnicas suficientes de autenticidad. Nos encontramos ante un intento desesperado de fabricar una conspiración inexistente para encubrir una infidelidad convertida en delito. Por todo ello, solicitamos se dicte sentencia condenatoria conforme a nuestras conclusiones provisionales que elevamos a definitivas, interesando tres años de prisión.

Tres años. Sonó como una lápida.

El turno de Mía.

- Con la venia, señoría. Esta defensa no ha intentado fabricar ninguna conspiración. Ha intentado demostrar que existen pruebas más que suficientes para destruir la acusación -su voz no temblaba-. Primero, es cierto que el historial clínico no es concluyente. Pero sí refleja desorientación y aturdimiento compatibles con la ingesta de sustancias psicoactivas. Y es incuestionable que el señor Bernard no presentaba alcohol en sangre. No estaba ebrio. Estaba alterado por otra causa. Segundo, en el minuto cinco treinta de la grabación de las cámaras de seguridad de la discoteca, se aprecia cómo el vaso desaparece del plano y vuelve a aparecer segundos después. No vemos la mano. Pero sí vemos el efecto posterior en el comportamiento del acusado. La duda existe. Y cuando la duda existe en derecho penal, favorece al reo. Y, sobre todo, señoría, hemos escuchado una grabación donde se planifica este procedimiento. Donde se habla de retirar la denuncia a cambio de dinero. Donde se reconoce un plan preconcebido entre la denunciante y Diego Beltrán. Y hemos visto hoy cómo la señora denunciante ha incurrido en contradicciones evidentes al afirmar que no conocía a dicha persona y, acto seguido, referirse a él como "mi padre".

Hizo una pausa. Miró a Alejandro.

- No sabemos cuántas personas participaron en este plan. Pero sabemos que no fue improvisado. La acusación no ha probado la ausencia de consentimiento más allá de la declaración de la denunciante. Frente a ello, tenemos contradicciones, un posible móvil económico y una manipulación acreditada. La duda es evidente. Y cuando existe duda razonable, la única sentencia posible en un Estado de Derecho es la absolución.

El Juez me concedió el derecho a la última palabra.

- No tengo nada más que añadir -sentencié, porque ya lo había dicho todo.

El Juez cerró la carpeta.

- Visto para sentencia.

CAPÍTULO 34: MÍA

Cuando el Juez pronunció ese "visto para sentencia", no sentí alivio, sentí vértigo. Como si todo lo que había sostenido durante semanas -rabia, miedo, estrategia, dolor, amor contenido-, se desmoronara de golpe dentro de mí.

La Sala seguía allí. El Juez recogiendo papeles. El Fiscal guardando su carpeta. Alejandro fingiendo compostura. Pero yo ya no estaba del todo presente. Las caras… no voy a olvidar esas caras.

La expresión de asombro cuando se escuchó la grabación. Los murmullos cuando pronuncié el nombre de mi padre. El silencio espeso cuando Vanessa dudó demasiado. Alejandro perdió esa seguridad altiva que había traído puesta como una medalla. No gritó, no gesticuló, pero lo vi. En la mandíbula tensa. En la forma en que pasaba las hojas demasiado rápido. Sabía que el tablero ya no era suyo.

Y James… Lo miré durante su interrogatorio como si mi vida dependiera de cada palabra que salía de su boca. No titubeó, no adornó, no intentó quedar bien, fue honesto. Y cuando Alejandro intentó convertir sus celos en violencia, su forma de besar en dominación, su recuerdo borroso en intención… James se mantuvo firme. Vulnerable, pero firme.

Y entonces entendí algo más. Will. Will había estado informando a su padre. Cada café, cada casualidad, cada conversación aparentemente inocente…Me hervía la sangre. Por mi padre. Por Alejandro. Por Vanessa. Por Will. Por todos los que habían jugado con la libertad de un hombre como si fuera una ficha más en su guerra de egos.

Pero todo había terminado… de momento. Hasta la sentencia. Hasta que un Juez escribiera negro sobre blanco que James era

inocente. No cabía otra opción en mi cabeza. No podía permitirme contemplar otra.

Me levanté de mi asiento y noté el temblor en mis piernas. Intenté disimularlo recogiendo la toga con calma, cerrando la carpeta con precisión milimétrica, profesional, firme, imperturbable. Mentira. Por dentro estaba hecha polvo. Estas últimas tres horas necesitarían años de terapia.

Vi como James me esperó. No dijo nada. Cuando nuestras manos se rozaron, me tomó la mía con fuerza, como si temiera que yo pudiera desaparecer. Salimos juntos al pasillo. El murmullo del Juzgado volvía a sonar normal, como si no acabáramos de dinamitar una conspiración familiar en medio de una Sala.

- Gracias, mi amor -me dijo con la voz rota-. Te debo mi vida.

Negué con la cabeza.

- Si estás aquí es por mi culpa.

Se detuvo en seco.

- ¿Qué dices?
- Si no fuera por mi padre… no estarías metido en…

No me dejó terminar. Me abrazó. Tan fuerte que durante un segundo me quedé sin aire.

- Deja de cargar con responsabilidades que no te pertenecen -me susurró con rabia contenida-. No es tu culpa. Que ni se te pase por la cabeza.

Y yo, que llevaba semanas sosteniéndolo todo, sentí cómo algo dentro de mí se rompía… pero esta vez de alivio.

Manuel se acercó serio pero emocionado.

- Mía, tú no eres responsable de cómo actúan los demás. Mucho menos de tu padre. Si no fuera por ti y por lo que

acabas de hacer ahí dentro… condenando a tu propio padre… mi hijo no habría tenido ninguna oportunidad.

Sus palabras pesaban porque era verdad. Había condenado públicamente al hombre que me dio la vida. Y, lo siento, pero no sentí culpa, sentí justicia.

Liam apareció a nuestro lado, con esa mezcla suya de intensidad y sarcasmo que siempre llega en el momento exacto.

- Bueno, vale -dijo alzando las manos-. ¿Podemos dejar de abrazarnos como si esto fuera el final de una película de sobremesa? Que todavía queda sentencia. Y yo necesito una cerveza. O tres. -dijo mi amigo que no pudo contener sus ganas de darme un abrazo también-. Gracias cariño, por todo, como siempre.

James soltó una risa breve. Yo también.

- Además -añadió Liam señalándome-, si alguien aquí es culpable de algo, es de tener el mejor bolígrafo espía del planeta. Mía, te juro que voy a comprar uno.

Por primera vez en semanas, el nudo de mi pecho se aflojó un poco.

Salir de los juzgados fue como entrar en otra batalla. Los flashes comenzaron antes siquiera de cruzar la puerta. Micrófonos, cámaras, voces superpuestas que no dejaban espacio para respirar.

- ¡Sr. Bernard!
- ¡El abogado de Averis Lawyer no ha querido hacer declaraciones!
- ¿Qué ha ocurrido dentro?

Sentí cómo el foco mediático me atravesaba la piel. Nunca me gustó estar ahí y Manuel lo sabía. Lo vi adelantarse con esa elegancia firme que siempre lo ha caracterizado.

- Todo ha sido un plan preconcebido -dijo con voz clara-. Drogaron a mi hijo e interpusieron una denuncia falsa.

Los murmullos crecieron.

- ¿Cómo han descubierto eso? -preguntó un periodista.

Y entonces James habló.

- Porque tenemos a la mejor abogada del mundo.

Lo dijo mirándome. No a las cámaras, a mí. No supe si quería llorar o desaparecer.

- Vamos al coche -me susurró.

Asentí. Caminamos rodeados de ruido hasta que, por fin, tras varios pasos, se fueron difuminando. Pero el verdadero peligro no estaba detrás de una cámara. Estaba a unos metros. Lo sentí antes de verlo. Esa mirada. Esa rabia. Esa forma de caminar que conocía demasiado bien. Mi padre.

- ¿Qué has hecho, maldita zorra? -escupió con odio puro.

No retrocedí.

- Ya te han ido con el chisme… qué rapidito -le devolví con la misma frialdad.

Sus ojos ardieron.

- Eres una hija de…

No terminó la frase. Su mano me empujó con violencia.

- ¡Ah!

El mundo se inclinó. Caí hacia atrás y sentí cómo la pierna se doblaba en un ángulo que no debía existir. El dolor me atravesó como un latigazo seco.

Y entonces todo ocurrió muy rápido. Vi a James lanzarse sobre él. Lo sujetó con una fuerza que nunca le había visto. Lo estampó contra el suelo, rodilla en las costillas, mano aprisionándole el brazo.

- Maldito cabrón -rugió-. ¡Es tu propia hija!

Un puñetazo.

- Querías arruinarme la vida.

Otro.

La furia de James no era solo rabia. Era protección. Era dolor acumulado. Era todo lo que había aguantado durante semanas explotando en segundos.

- ¡James, para!

La voz de Joselu cortó el aire. No lo vi llegar, pero bendije cada paso que dio hasta nosotros. James estaba fuera de sí. Y, por primera vez, no supe si podría frenar. Joselu lo apartó con firmeza, profesional, pero también amigo. Mi padre quedó en el suelo, descompuesto, derrotado y, aun así, lleno de veneno.

James se acercó a mí y me ayudó a incorporarme.

- ¿Estás bien? -me preguntó.

Intenté apoyar el pie. El dolor me hizo cerrar los ojos.

- Me duele mucho el tobillo… creo que me lo he doblado.
- Llévala al hospital -dijo Joselu-. Yo me encargo de que este malnacido duerma hoy calentito en los calabozos.

Mi padre intentó incorporarse.

- ¿Yo? ¡Si ha sido él quien me ha golpeado! -gritó escupiendo sangre de la boca.

Joselu ni siquiera le dedicó una mirada amable.

- Yo solo he visto cómo has agredido a tu propia hija.

El sonido de las esposas cerrándose fue seco. Definitivo.

- Vamos.

Mientras Joselu se lo llevaba, mi padre me miró. No había arrepentimiento. Solo odio.

James me sostuvo con cuidado, como si temiera hacerme más daño, me metió en el coche y nos dirigimos al hospital.

El trayecto hasta el hospital fue silencioso. No era un silencio cómodo. Era ese tipo de silencio que pesa, el que existe entre dos personas que se aman pero que han pasado por un huracán. Yo miraba por la ventanilla. James miraba la carretera.

Mi corazón siempre había sabido la verdad. Incluso aquella noche en la discoteca, incluso viendo aquella imagen que me partió en dos. Mi corazón lo sabía. Pero mi cabeza… mi cabeza estaba entrenada para desconfiar. Para protegerse. Para anticipar la traición antes de que llegara. Después de tantos errores. Después de tantas decepciones.
Después de mi padre…

Apreté los dedos sobre mi bolso.

- James… siento mucho haber desconfiado de ti -dije al fin, sin rodeos, con la voz baja pero firme.

Él no apartó la vista de la carretera.

- Mía, no te culpes -respondió con una calma que me dolió más que cualquier reproche-. Entiendo perfectamente cómo te sentiste. Me viste besando a otra mujer. Volvieron tus fantasmas del pasado… -el coche se detuvo en un semáforo en rojo y entonces sí, me miró fijamente-. Pero también sé que tu corazón confiaba en mí. Si no, no hubieras aceptado defenderme, con todo y contra todos. Sé que confiaste en mí desde el primer momento.

Me quedé mirándolo incluso cuando el semáforo cambió a verde y arrancó. Llegamos al hospital. Aparcó, apagó el motor y el silencio volvió a instalarse. Abrí la puerta para bajar, pero su mano se posó sobre la mía.

- Espera.

Me giré hacia él. Sus ojos ya no tenían rabia, ni miedo. Solo una vulnerabilidad que rara vez mostraba.

- Necesito decirte algo antes de que entremos ahí.

Asentí y él respiró hondo.

- He estado a punto de perderlo todo. Mi libertad. Mi profesión. Mi vida. Pero nada de eso me daba tanto miedo como perderte a ti. -Su voz se quebró apenas, pero lo suficiente para que lo sintiera-. Cuando te vi en esa Sala defendiendo mi vida… cuando escuché tu voz enfrentándose a todos… entendí que no hay nada en este mundo que valga más que tú. Nada.

Mis ojos empezaron a arder.

- Eres mi casa, Mía. Eres el único lugar donde me siento en paz. Incluso cuando estamos rotos. Incluso cuando discutimos. Incluso cuando crees que no puedes confiar. Yo… -se pasó una mano por la cara, nervioso-. Yo no quiero una vida en la que no estés tú. No la quiero. Ni libre, ni preso, ni nada.

Las lágrimas ya corrían sin permiso.

- James… perdóname -susurré.
- No tienes que pedirme perdón. No después de todo lo que has hecho por mí. Yo te fallé al no poder protegerte de esto antes. Yo no supe ver la trampa. Yo no supe cuidarte de todo lo que vino después…

Negué con la cabeza.

- No. Yo… yo dejé que el miedo me dominara. Dejé que mi pasado gritara más fuerte que tu verdad. Y aun así… aun así me amaste. Incluso cuando dudé -respiré hondo-. Te amo, James. Te amo incluso cuando intento protegerme de ti. Te amo incluso cuando mi cabeza me dice que huya. Te amo… y eso me ha dado miedo.

Sus ojos se suavizaron.

- A mí no me da miedo amarte -dijo en voz baja-. Me da miedo vivir sin ti.

Y ya no hubo más palabras. Me incliné hacia él. Él vino hacia mí al mismo tiempo. El beso no fue desesperado. No fue salvaje. Fue

profundo, intenso, lento. Como si estuviéramos sellando algo más grande que nosotros. Como si estuviéramos prometiéndonos, sin decirlo, que esta vez no nos soltaríamos.

Sus manos en mi rostro. Las mías en su cuello. El mundo dejó de existir unos segundos. No había juicio. No había padre desquiciado. No había pasado. Solo nosotros.

Cuando nos separamos, apoyó su frente contra la mía.

- Vamos a curarte esa pierna -susurró.

En cuanto entramos al hospital no tuve ni que explicar demasiado.
Recepción, nombre, mirada rápida a la pantalla… y de inmediato una enfermera apareció.

- Pasen, por favor.

Miré a James con el ceño fruncido.

- ¿Desde cuándo atienden así de rápido? -le pregunté.

Él carraspeó.

- Bueno… digamos que la cuota mensual que pago aquí no es precisamente simbólica.
- ¿La cuota que pagas tú? -repetí.
- Sí. Y en la que estás incluida.

Me detuve en seco.

- ¿Estoy qué?
- Te incluí hace más de un año -respondió con naturalidad-. Nunca sabes cuándo puedes necesitarlo.

Me quedé mirándolo. Hace más de un año…cuando aún estábamos "fingiendo". No era un gesto grandilocuente. No era romántico. Era práctico. Silencioso. Constante. Exactamente como él amaba cuando nadie lo veía.

Me llevaron a una camilla y empezaron a explorarme el tobillo. En cuanto el médico presionó ligeramente la parte externa,

solté un quejido.

- Ahí me duele -murmuré.
- Eso parece -dijo el doctor con voz técnica-. Vamos a hacer una radiografía para descartar fractura y después una ecografía para valorar ligamentos y posibles desgarros.

James no se separó de mi lado ni un segundo. Radiografía. Ecografía. Frío gel sobre la piel. Pantallas con imágenes que yo no entendía pero que observaba como si pudiera descifrar mi destino en ellas.

- No hay fractura -dictaminó el médico-. Pero tienes un esguince grado uno. Inflamación importante del ligamento lateral. Las muletas son recomendables las primeras 24-48 horas -continuó el médico-. Y sigan estas pautas:
  Reposo. Hielo, quince o veinte minutos cada tres o cuatro horas, sin contacto directo con la piel. Compresión con vendaje o tobillera para dar estabilidad. Elevación del pie por encima del nivel del corazón para reducir la inflamación. Y antiinflamatorios para el dolor.

Perfecto. Esta era justo lo que necesitaba.

Mientras la enfermera preparaba el vendaje, el médico abrió mi historial en el ordenador. Tecleó algo. Frunció el ceño.

- Señorita Beltrán, veo que no se realiza una analítica completa desde hace… -giró la pantalla levemente hacia sí- más de siete años.

Sentí el golpe en el estómago. Siete años. Agaché la cabeza automáticamente.

- He estado ocupada -murmuré, sabiendo lo ridículo que sonaba.

La mirada del doctor no fue amable.

- La prevención no entiende de agendas, señorita Beltrán.

Me sentí como una adolescente reprendida. Como si mi cuerpo fuera una asignatura pendiente que había decidido ignorar.

Antes de que pudiera responder, James intervino.

- Hágansela.

Levanté la cabeza.

- James…
- Hazla -repitió, más suave ahora, pero firme-. No vamos a discutir esto.

Lo miré. No era control. No era imposición. Era preocupación real.

Suspiré.

- Está bien -claudiqué.

Me dieron cita para dentro de dos semanas.

Caminamos despacio hacia la salida. Mi tobillo dolía, pero menos que antes. O quizá era que ahora el dolor tenía un lugar claro, físico y localizable, no como el otro.

Antes de cruzar la puerta automática, me detuve.

- Gracias -le dije en voz baja.
- ¿Por qué?
- Por incluirme en tu vida incluso cuando yo dudaba de quedarme.

Sus ojos se suavizaron.

- Mía… tú ya estabas incluida mucho antes que en un seguro médico.

Lo admito, me sonroje. Comencé a andar y me di cuenta que salir del hospital fue… una experiencia. Coordinar brazos, muletas y dignidad no es tarea sencilla. Di el primer paso y casi pierdo el equilibrio.

- Eh, tranquila -dijo James sujetándome por la cintura.

- No estoy hecha para esto -protesté-. Yo camino con tacones de diez centímetros, no con palos de aluminio.
- Lo tendré en cuenta para tu próxima pasarela -dijo James con risa contenida.
- Cállate.

Pero sonreí. Él no se apartó ni un segundo. Una mano en mi espalda, la otra preparada por si mi torpeza decidía traicionarme. Cada vez que dudaba, él ajustaba su ritmo al mío. Sin prisa. Sin quejarse.

Al llegar al coche, me ayudó a sentarme con cuidado, levantándome la pierna con delicadeza para no forzar el tobillo.

- ¿Te duele mucho? -preguntó cerrando la puerta.
- Lo suficiente como para justificar que me mimes -contesté sin pensar, arrepintiéndome al momento, ¿qué dices Mía?

Se inclinó hacia la ventanilla, apoyando los antebrazos.

- No necesito excusas para eso -me susurró cerrando la puerta del copiloto.

Me derretí, así que el arrepentimiento se me pasó rápidamente.

El trayecto hasta casa fue tranquilo. Silencioso, pero no incómodo. Yo miraba por la ventana, las muletas apoyadas entre mis piernas, el vendaje apretando firme, recordándome que el cuerpo también pone límites cuando la cabeza no quiere hacerlo, aunque fuera porque un ser despreciable quiso agredirme.

Pensé en el juicio. En mi padre esposado. En la grabación. En el beso en el despacho. En la noche anterior. En el "Confío en ti". Demasiado en tan pocas horas.

Llegamos a mi casa y James me ayudó a bajar del coche. Volví a enfrentarme a las malditas muletas, torpe, desequilibrada, malhumorada.

- Ven -dijo de pronto-, que parecemos peregrinos después de ver a la Virgen.

Antes de que pudiera protestar, me cogió en brazos. Abrió la puerta como si fuera lo más natural del mundo y me acomodó con cuidado en el sofá. Colocó un taburete frente a mí para que apoyara el pie, fue directo al congelador, sacó hielo, lo envolvió en un trapo y volvió a sentarse a mi lado. Se inclinó y me lo colocó con cuidado en el tobillo.

- Gracias -le dije en voz baja.
- Deja de darme las gracias -respondió sin mirarme-. Soy yo el que tendría que dártelas el resto de mi vida.
- Exagerado.
- Realista -replicó, levantando una ceja.

Nos miramos y sonreímos. Ese tono… ese maldito tono nuestro. Piques suaves, ironía cariñosa, coqueteo sin tocarse demasiado, como si ambos supiéramos que bastaría un gesto de más para desbordarnos.

- Bien -dijo mirando el reloj-, son las cinco y no has almorzado. Pediré algo.
- No hemos almorzado, querrás decir -lo corregí.

Agachó la cabeza. Lo vi. Estaba luchando consigo mismo, dándome espacio, respetándome… y yo me di cuenta de algo con una claridad incómoda: no quería ese espacio. No quería estar sola. Y lo había echado tanto de menos…

- Pide algo de comer para los dos -dije al fin.

Levantó la mirada. Su expresión cambió al instante, como si alguien hubiera encendido una luz dentro de él.

Mientras esperábamos la comida, sentí ese cosquilleo de las cosas no dichas. Había algo que llevaba minutos deseando pedir, pero no me atrevía.

- James… -empecé- me gustaría ir al baño y, bueno… -me señalé la ropa- me gustaría…

- Cambiarte -terminó James por mí.

Sonrió de medio lado.

- Lo sé. Te encanta hacerlo nada más llegar a casa -me dijo mirándome fijamente.

Me conocía demasiado bien. Sabía mis rutinas, mis manías, mis pequeñas obsesiones domésticas.

- Vamos -dijo levantándose-. Te ayudo.

Me llevó despacio hasta mi habitación. Abrió el armario sin preguntarme, sacó mi pijama corto, fresco, el que siempre usaba cuando quería estar cómoda de verdad. Me ayudó a desvestirme con una calma que me desarmó. Me quitó el vestido despacio, sin prisas, como si cada gesto tuviera un peso emocional. Me quedé frente a él en ropa interior y vi su mirada oscurecerse apenas un segundo… antes de desviarla con esfuerzo. Me puse la camiseta y, cuando James se agachó para ayudarme con los pantalones, lo hizo despacio, con cuidado, como si el mundo se hubiera reducido a ese momento.

Y yo… yo lo disfruté. No por lo que estaba pasando, sino por todo lo que significaba. Por la intimidad. Por la confianza. Por ese nosotros que, a pesar de todo, seguía respirando.

CAPÍTULO 35: JAMES

Estaba completamente obnubilado. Mía, tan cerca, tan vulnerable, tan mía y tan libre al mismo tiempo… Dios, cómo amaba a esa mujer. La tenía a centímetros. Podía sentir su respiración mezclarse con la mía, el calor de su piel, ese perfume suyo que siempre me había vuelto adicto. Quería tocarla. Quería besarla. Quería rodearla con los brazos y no soltarla nunca más. Pero no. No esta vez. Esta vez quería que fuera ella quien eligiera quedarse, que me eligiera, sin miedo, sin dudas…

Terminé de subirle el pantalón despacio y nos quedamos tan cerca… tan juntos… apenas unos centímetros separando mi boca de la suya, apenas unos centímetros de todas mis fantasías… Ding dong.

Agaché la cabeza con dramatismo.

- Tiene que ser broma… -murmuré.

Mía soltó una risa suave.

- Voy por la comida -dije resignado-. Quédate aquí. Ahora subo por ti.

Bajé las escaleras maldiciendo mentalmente la puntualidad del repartidor. Mientras pagaba, no podía dejar de pensar en lo inoportuno del momento. En cómo esperaba encontrarla exactamente igual que la había dejado. Pero cuando volví, ella ya estaba esperándome al borde de la escalera, con las muletas apoyadas a un lado, intentando hacerse la independiente.

- ¿En serio? -dije arqueando una ceja.
- No soy inválida -dijo rotunda.
- No, eres cabezota -le confirmé.

La cogí en brazos antes de que protestara y la llevé de nuevo al sofá. Coloqué el taburete, el hielo, todo en su sitio. Saqué las tapas: croquetas de jamón crujientes, calamares, ensaladilla rusa

con picos, unas mini hamburguesas que sabía que le encantaban y una tarta de queso de su restaurante favorito.

- Has pedido media carta -dijo Mía sonriendo.
- Estás débil. Necesitas energía.

Comimos. Y por primera vez en semanas, el silencio no era incómodo. Era cálido.

- Hacía mucho que no comía tan… tranquila -dijo de pronto.

Agaché la cabeza. Todo era por mi culpa.

- Mía… -empecé, dejando el tenedor-. Lo siento. Por todo.

Ella me miró, pero no habló.

- Por lo que te hice pasar. Por los secretos. Por dejar que todo se nos fuera de las manos. Por destruir nuestra vida juntos. Por hacer trizas nuestros sueños… -tragué saliva-. La boda… Dios, la boda. No paro de pensar en eso. En todo lo que hiciste a escondidas mientras yo estaba… pensando estupideces sobre Will. Dudando. Celándome. Cuando tú estabas organizando el día más importante de nuestras vidas.

La voz se me quebró.

- He sido un imbécil.

Mía respiró hondo.

- Al final tenías razón con respecto a él -dijo-. Siempre supiste que no iba de cara. Que ocultaba algo. Ya sabemos qué era… y yo no quise creerte.

Negué con la cabeza.

- ¿Qué ibas a creer? En ese momento eran paranoias mías. No tenía pruebas. Solo intuición y celos mal gestionados.
- Yo me harto de decir que tengo un sexto sentido y lo defiendo a capa y espada… -sonrió con amargura- pero esta vez me abandonó. Lo tomaste tú y no te hice caso.

La miré fijamente.

- No te abandonó. Solo estabas intentando no juzgar a alguien sin motivos. Eso dice mucho de ti.

La miré mientras dejaba el tenedor sobre la mesa y sentí cómo todo lo que llevaba meses atascado en el pecho quería salir y no me detuve.

- Y encima… -dije con la voz más baja- después de todo, aceptaste defenderme.

Mía levantó la mirada.

- A pesar de lo duro que era -continué-. Emocionalmente. Profesionalmente. Era un caso perdido, Mía. Todo el mundo lo daba por hecho. Yo el primero. Y, aun así, te pusiste delante de todos. Te expusiste. Te rompiste. Y gracias a ti… -tragué saliva- gracias a que confiaste en mí desde el principio, hoy tengo esperanza. Porque sí, Mía -añadí con firmeza-. Eso que hiciste se llama confianza. Aunque ni tú misma lo supieras.

Guardó silencio unos segundos.

- Puede ser… -dijo al fin-. Algo dentro de mí me gritaba que no podías haberme hecho eso. No podía imaginarte haciéndome eso, no tú. Luego pensaba en todo lo demás, en lo que vi, en lo que dolía, en todo lo que pasé…
- No pienses nada más -la interrumpí con suavidad.

Me acerqué un poco más.

- Piensa en el ahora. Estamos aquí. Tú y yo. Donde siempre tuvimos que estar.

Le agarré la cara con ambas manos, obligándola a mirarme.

- Mírame -le pedí-. Te amo, Mía Beltrán. Nunca he dejado de hacerlo. Y nunca dejaré de hacerlo. Porque eres mi vida.

Apoyó su frente contra la mía. La sentí respirar hondo, como si necesitara reunir fuerzas para no romperse. Cuando levantó la cabeza, sus ojos estaban vidriosos.

- Yo también te amo, James.

¡Por fin!, gritó mi subconsciente como si llevara meses esperando ese instante. Como si todo el dolor, el miedo, el juicio, las miradas, el vértigo… hubieran valido la pena solo por escuchar esas cuatro palabras.

No quise salir de esa burbuja. Quise meterme aún más dentro y la besé. Nos besamos como siempre: con amor, con pasión, con anhelo. Como si todo hubiera terminado, aunque supiéramos que aún quedaba camino por recorrer. Como si el mundo se hubiera detenido solo para darnos ese momento. Profundizamos el beso. Mía me agarró de la nuca, como solo ella sabe hacerlo, como sabe que me gusta, como sabe ponerme a mil, hasta que…

- ¡Ah! Mierda… -dijo de pronto.

Bajé la mirada al instante, a su tobillo. Sonreí con ternura.

- Tranquila -murmuré-. Todo a su tiempo.

Volví a acercarme a sus labios.

- Pero besarme sí puedes -añadí con media sonrisa-. Así que no pares.

Y, por suerte, Mía no lo hizo.

Esa noche la pasamos juntos. ¿Quién iba a negarse a su invitación indirecta?

- Con este tobillo rígido no puedo hacer nada, joder -dijo ofuscada señalando el tobillo.
- Vaya… ¡qué mala suerte! -respondí con falsa reflexión-. Entonces no me queda otra que quedarme. Alguien tendrá que asistirte en tareas básicas como… alcanzarte el agua, el mando, o abrazarte mientras duermes.
- Qué sacrificio el tuyo -sonrió.

Dormimos juntos, abrazados, como si el mundo por fin se hubiera colocado en su sitio. Y yo descansé como no lo hacía desde hacía meses, porque estaba en casa, en mi hogar, junto a ella.

A la mañana siguiente, el salón parecía una reunión de emergencia de las Naciones Unidas. Liam, Eric, Enzo, Cami y Adri estaban allí, café en mano, hablando todos a la vez. Ya sabían lo del juicio. Liam era mucho Liam y, claro, la noticia había volado.

- Yo solo digo una cosa -soltó Eric-: quiero un bolígrafo como el de Mía. Pero que grabe, acuse y, si puede ser, que haga café.
- Eso no es un bolígrafo, es un arma de destrucción masiva -remató Cami.

Los miré reírse y me acerqué a Mía para susurrarle al oído:

- Tengo que agradecerle a Joselu muchas cosas… pero esta va directa al top uno.

Ella sonrió, orgullosa y preciosa.

Mía no fue a trabajar en dos semanas y yo… bueno, decidí que mi presencia era absolutamente imprescindible para su recuperación, así que me quedé "cuidándola", como todo un caballero ejemplar… aunque, si soy sincero, el que necesitaba no separarse ni un metro de ella era yo. Y para seguir siendo sincero, ya no sólo por su tobillo -que también-, sino porque se lo merecía. Porque había cargado con el peso de todos durante demasiado tiempo.

Mientras tanto, los titulares no paraban: *"Mía Beltrán destapa la trampa contra James Bernard"*, *"La acusación por agresión sexual podría ser una denuncia falsa"*, *"A la espera de sentencia en el caso Bernard"*, *"Mía Beltrán destapa a su propio padre"*.

A mitad de junio, cuando Mía ya estaba casi recuperada, mis padres nos invitaron a almorzar a su casa. Mi madre había ido a verla tantas veces que empecé a sospechar que se había mudado oficialmente a nuestro salón. Cada vez que yo llegaba de trabajar, allí estaba. Y yo tenía que contenerme para no subir a mi chica a la encimera y pedirle que me diera la bienvenida como Dios manda.

Mientras se ponía las deportivas para ir a casa de mis padres, Mía suspiró:

- Estoy deseando volver a mis tacones.
- Yo no -respondí con una sonrisa ladeada-. Prefiero verte a ras de suelo una temporada más… por mi salud cardiovascular.

Me lanzó un cojín de la cama y ambos nos reímos.

Tras ir al hospital para que se hiciera el análisis de sangre aplazado por siete años, llegamos a casa de mis padres, y Liam y Arón ya habían llegado. Nos saludamos, nos abrazamos, almorzamos. Todo parecía… normal. Risas medidas, conversaciones ligeras, ese intento colectivo de volver a encajar las piezas como si los últimos meses no hubieran sido una bomba en mitad de nuestras vidas.

Cuando pasamos a la terraza con el café y el sol de junio calentando nuestra piel, mi padre carraspeó.

- He invitado a alguien a casa -dijo con aparente tranquilidad-. Está a punto de llegar.
- ¿A quién? -pregunté automáticamente, frunciendo el ceño.

Entonces sonó el timbre. Ding dong.

- Ahora lo sabrás -añadió mi padre.

El ambiente se tensó al instante. Lo sentí en los hombros, en el estómago, en la forma en la que Mía y yo nos miramos buscando respuestas que ninguno tenía. Ella apretó ligeramente mis dedos, un gesto mínimo, pero suficiente para decirme *estoy aquí*. Siempre lo estaba.

Mi madre se levantó para ir con mi padre a abrir la puerta.

- ¿Quién es? -preguntó mi hermano mirando a cada uno de los que quedábamos en la terraza.

Entonces escuchamos saludos formales, tonos que no me gustaron nada. Y lo vi. Alejandro. Entró en la terraza con esa sonrisa suya de superioridad, impostada, como si no acabara de intentar destruir mi vida semanas atrás. Detrás de él, Will. Sentí cómo la sangre me subía a la cabeza.

- Papá… -dije, mirándolo-. ¿Se puede saber qué significa esto?

CAPÍTULO 36: MÍA

No podía entender qué hacían esas dos personas allí. No después de todo. No en la casa de Manuel, no allí frente a nosotros como si nada hubiera pasado. Miré a Manuel, buscando una explicación.

- He llamado a Alejandro para aclarar algunas cosas -dijo Manuel con voz firme-. Sobre todo, esa rivalidad que, desde hace años, tiene contra nosotros y cuyo motivo aun no entiendo. Así que, para eso te he llamado, Alejandro. Puedes hablar.

Alejandro soltó una risa seca.

- ¿En serio, Manuel? ¿Me dices que no sabes qué es lo que pasa entre nosotros? Me arruinaste la vida. Tú, junto con esa zorra -dijo señalándome.

James se levantó como un resorte.

- Un insulto más y sales de mi casa directo al hospital -gruñó abalanzándose sobre él.

Tuve que agarrarlo del brazo.

- James, no -susurré, aunque yo misma estaba temblando de rabia.

Manuel se dirigió a Alejandro serio e implacable.

- Si vuelves a dirigir un insulto contra alguien de mi familia, te irás de aquí. Y entonces sí que tendré un motivo real para nuestra rivalidad.

Alejandro me miró con desprecio.

- Después de que esa niña pusiera mi despacho patas arriba y perdiera a un cliente como tú, se filtró todo a la prensa. El negocio se hundió. Clientes asustados. Inspecciones constantes. Denuncias. Las deudas me consumieron. Pasé de dirigir un despacho potente a suplicar

refinanciaciones para no cerrar las puertas. ¿Y ahora me miras como si fuera el villano?

Manuel negó con la cabeza.

- Deberías haber hecho mejor tu trabajo, no eches la culpa a otros por tu ineptitud -le dijo Manuel contundente ante la mirada furiosa de Alejandro-. Y yo no publiqué nada. Tal vez deberías conocer mejor a tu personal, darles una oportunidad y no abusar de ellos.
- No me vengas con lecciones -espetó Alejandro.
- Te repito: nosotros no publicamos nada.
- Mi empresa se hundió por vuestra culpa -nos señaló a Manuel y a mí-. Y sé muy bien cómo tratar a mi personal. Y más cuando parte de mi personal es mi propia familia.

Liam intervino, tenso.

- Sí, ya sabemos que Will es tu hijo -dijo mi amigo.

Will, que hasta ese momento había evitado mirarme, levantó los ojos. No supe si vi arrepentimiento u odio.

Alejandro sonrió.

- Qué avispado, Liam. Pero creo que no lo suficiente. Quizá no he podido conseguir nada directamente de ti Manuel…

Lo miré con el estómago encogido.

- ¿Te refieres al dinero que me pidió mi padre? -le pregunté.

Alejandro me miró con una media sonrisa.

- Chica lista. No pude conseguir tu dinero… -dijo admitiendo que conocía el plan de mi padre- pero al menos sí he podido darte donde más te duele… -dijo dirigiendo la mirada a Manuel-. Tus hijos.

Un silencio pesado cayó sobre la terraza.

- No cantes victoria tan pronto -replicó Manuel-. Aún no se ha dictado sentencia. Y aunque se dictara, James es más

fuerte de lo que crees y, junto a Mía, forman un equipo inquebrantable.

- Qué palabras tan bonitas hacia James -se burló Alejandro-. ¿Y qué tal tú Liam? ¿Eres feliz?
- Deja a mi hermano en paz -intervino James.

Alejandro inclinó la cabeza.

- ¿En paz? Oh… no habéis sido tan avispados entonces. Aquí el daño ya está hecho.

Sentí que el aire se volvía denso.

- ¿Qué has hecho, imbécil? -escupió James.
- No sabemos aún si mi plan B habrá funcionado contigo -señaló a James-. Pero mi plan A, al menos, sé que funcionará -dirigió su mirada a Liam y se detuvo en…

No. Mi mente empezó a formular hipótesis imposibles. No puede ser. No puede ser. Aléjalas de tu mente, Mía. Céntrate.

- Bueno -continuó Alejandro-, creo que ya hemos acabado aquí. Te dejo con tu familia destruida… y me voy con mi familia unida.

De repente, vi a Arón dar un paso al frente. No. Joder, no.

- ¿Dónde vas? -preguntó Liam, agarrándolo del brazo.

Alejandro habló antes que él.

- Se va con su familia. Ya ha hecho su trabajo.

Gloria dejó caer la taza de café al suelo.

- ¿Qué? -dijo Gloria incrédula.

Alejandro clavó la mirada en nosotros.

- Arón es mi hijo.

El mundo se detuvo.

- No puede ser -susurró Manuel.
- ¿Y la boda? -pregunté con la voz quebrada.

Arón habló, sin mirarnos.

- Fue una falsa. No firmamos nada. No estamos casados. No hubo boda.

James se lanzó hacia él.

- ¿Has estado engañando a mi hermano todo este tiempo?

Alejandro y Will se interpusieron. Hubo empujones. Creo que vi a Manuel separarlos. Gritos. Voces superpuestas. Pero yo solo podía mirar a mi amigo, Liam.

- ¿Por qué, Arón? -logré preguntar.

Gloria tenía los ojos llenos de lágrimas.

- Te queríamos como a uno más…
- ¿Por qué? -insistió Manuel elevando el tono de voz.

Alejandro respondió con frialdad absoluta.

- Por venganza.

Hubo un estruendo. No sé si fue una silla, un golpe, o mi propio corazón rompiéndose por mi amigo. Pero yo ya no escuchaba nada de lo que estaban gritándose. Liam se había quedado inmóvil. Blanco. La mirada perdida en un punto inexistente.

Me acerqué despacio.

- Liam…

Lo abracé. Tardó unos segundos en reaccionar. Luego se aferró a mí como si se estuviera ahogando.

- Me ha engañado, Mía -susurró, roto-. Mi relación ha sido una mentira.

Sentí su cuerpo derrumbarse contra el mío.

- Shhh… tranquilo… -lo abracé más fuerte-. Estoy aquí.

Mi pobre amigo. Mi hermano elegido. Deshecho por alguien que había compartido su cama, su casa, su vida.

Y entonces todo empezó a encajar. La presentación en la boda. Ser testigos juntos. Las ausencias. Las llegadas tardías junto a

Will. Los encuentros fortuitos que no eran fortuitos. La información que siempre parecía llegar demasiado pronto al otro lado… Maldito hijo de puta. Y esta vez no me refería solo a uno.

Los días siguientes fueron un cúmulo de sensaciones imposibles de ordenar. Había rabia, alivio, incredulidad… y una tristeza silenciosa que se instaló en todos nosotros por Liam.

Quedamos varias veces con él. No queríamos dejarlo solo ni un segundo. Y, sin embargo, lo que más admiraba de mi amigo era que, pese a todo, no perdía la sonrisa. Fingida a veces, sí. Forzada en ocasiones. Pero estaba ahí. Y eso decía mucho de él.

Una tarde, sentados en el salón de casa de Cami, con pizzas frías sobre la mesa y botellas de cerveza abiertas que nadie terminaba, nos lo contó.

- Arón fue a casa a recoger sus cosas -dijo, como si estuviera hablando del tiempo-. Discutimos mucho y luego… hablamos.
- ¿Y qué te dijo? -preguntó Adri.

Liam suspiró.

- Que todo fue un plan de su padre. Que accedió al principio por lealtad familiar. Que quería vengarse de Bernard Legal Group porque lo pasaron muy mal cuando todo estalló. Que infiltrarse en la familia era la mejor forma de hacerlo y por eso montó todo el espectáculo. Pero… -continuó- con el tiempo se dio cuenta de que me quería, que ya no sabía cómo salir de la mentira sin que todo explotara.
- Tarde… -dijo Adri negando con la cabeza.
- Pues claro que es tarde -dijo Liam soltando una risa amarga.
- No va a encontrar a nadie como tú -dije sincera.
- No lo perdonarás, ¿verdad? -preguntó Cami suavemente.

Liam la miró de lado.

- ¿Estás loca? Después de lo que me ha hecho a mí, a mi hermano, a mi familia… imposible. Lo quise, bueno… lo quiero, pero me quiero más a mí.
- Más te vale -gruñó Cami.

Liam y James discutían, se picaban, pero se defendían sin pensar. James podía meterse con él todo lo que quisiera, pero que alguien más lo hiciera… eso no lo permitía. Y Liam igual.

Liam dio un trago a su cerveza y, con esa media sonrisa, compartida genéticamente con su hermano, dijo:

- En fin… si algo he aprendido de todo esto es que, el día que me case de verdad, pediré árbol genealógico, antecedentes penales y test de ADN antes del "sí, quiero". Por si acaso.

Todas nos reímos.

James también quedaba mucho con su hermano. Y lo entendía. Lo veía salir de casa con esa expresión suya que mezcla determinación y culpa, como si todavía sintiera que todo aquello era consecuencia indirecta de su caso, de su apellido, de su guerra. Pero no lo era. O, al menos, no solo. Liam lo había sostenido cuando el mundo se le vino encima. Cuando la acusación lo aplastaba. Cuando él mismo había decidido rendirse. Y ahora era James quien necesitaba sostenerlo a él.

Estaba en la cocina cortando verduras sin verlas realmente. El cuchillo subía y bajaba mecánicamente mientras mi cabeza estaba en otra parte. Mañana era 4 de julio. Nuestra boda. La que había organizado en silencio. La que oculté como si fuera un tesoro. La que cancelé con el corazón en la mano. Por culpa de mi padre. Por culpa de Vanessa. Por culpa de Alejandro.

Escuché la puerta abrirse.

- Ya estoy en casa -dijo James.

Respiré hondo, sonreí y fingí normalidad. Entró en la cocina, dejó las llaves en la encimera y se apoyó a mi lado.

- ¿Estás bien? -me preguntó.
- Sí -respondí demasiado rápido.

Me miró en silencio. James siempre sabía cuándo mentía.

- Ven -dijo de repente, cogiendo mi mano.
- ¿Qué haces? Estoy cocinando.
- Ven, baila conmigo.

Antes de que pudiera protestar, sacó el móvil y empezó a sonar *"Qué haces"* de Becky G y Manuel Turizo, nuestra canción. Lo miré incrédula.

- ¿Desde cuándo bailas? -le pregunté sonriendo.
- Desde que descubrí que así puedo estar más cerca de ti -contestó sobre mi cuello.

Me hizo girar. Me atrajo hacia él. Me dio vueltas torpes, exageradas, me inclinó hacia atrás como si estuviéramos en una película barata. Reímos. Me olvidé de la comida. Me olvidé hasta del 4 de julio. Me olvidé de todo. Por un momento, solo éramos nosotros.

Hasta que su móvil empezó a sonar. La burbuja se rompió. Miró la pantalla.

- Es mi padre… tengo que cogerlo -dijo rápidamente mientras descolgaba.
- No, no estoy en el despacho, acabo de llegar a casa… -se detuvo-. ¿Qué?… ¿Cuándo?

Su expresión cambió.

- Dame el portátil, Mía, por favor. Rápido.

Sentí el corazón en la garganta. Fui al salón, lo cogí y se lo entregué. Lo abrió sobre la mesa baja y se sentó en el sofá.

- ¿Dónde está? ¿En mi correo? Espera… dime lo que dice papá… -le oía decirle a su padre.

Silencio. Más silencio. Yo estaba a punto de romper algo.

- ¿Qué pasa? -grité.

Giró el portátil hacia mí. Tiró el móvil al sofá y se dejó caer contra el respaldo, cubriéndose la cara con el antebrazo.

Mis ojos bajaron a la pantalla.

"FALLO: Que debo ABSOLVER Y ABSUELVO…"

No leí más. No pude. Las letras empezaron a temblar.

- James… -susurré.

Me acerqué a él.

- James… estás… estás absuelto…

Se quitó el brazo de la cara. Sus ojos estaban inundados.

- Estoy libre… -dijo con la voz rota.

Me lancé sobre él. Lo abracé con una fuerza que ni sabía que tenía.

- Estás libre… estás libre… -repetía como si necesitara convencer al universo.

Él me rodeó la cintura.

- Mía… -su voz se quebró-. No voy a entrar en la cárcel… no voy a perderlo todo… no te he perdido…

Lloramos, sin dignidad, sin contención.

- Gracias -dijo contra mi pelo-. Gracias por no rendirte.

Negué con la cabeza.

- Yo siempre lo supe… incluso cuando dudaba… incluso cuando me dolía…

Volvimos a mirar la pantalla. Leímos la sentencia completa. El Juez daba relevancia directa a la grabación. Hablaba de "serias

dudas sobre la veracidad del relato incriminatorio". Condenaba en costas a la denunciante. No era solo una absolución. Era una grieta enorme en su mentira. James apoyó la frente contra la mía.

- Nos quisieron destruir -me dijo con los ojos cerrados.
- Y no pudieron -respondí terminando su frase.

Respiré hondo. Ahora sí podíamos ir contra ellos por denuncia falsa. Contra mi padre, contra Vanessa y contra quien estuviera detrás.

Esta vez no iba a ser la niña que calla, ni la mujer que aguanta. Esta vez, iba a ser la abogada que responde.

La noticia corrió como la pólvora: *"James Bernard absuelto"*, *"La grabación que lo cambió todo"*, *"Denuncia falsa bajo sospecha"* …

El móvil no dejó de vibrar en todo el día. Mensajes de Cami, Adri, Eric, Enzo enviando audios gritando como si hubiéramos ganado un Mundial, incluso de Joselu. Liam mandando memes jurídicos imposibles. Incluso clientes del despacho escribiéndome para felicitarnos.

Manuel y Gloria no tardaron en llamarnos: "Mañana almuerzo en casa para celebrarlo", dijo Manuel con ese tono que no admitía discusión. No sería nuestra boda, pero al menos sería la celebración de la libertad de James. Y eso ya era mucho.

Al día siguiente me desperté con esa sensación extraña de fechas que pesan. 4 de julio. El día que debía haber sido otra cosa. Aunque a James no se le notaba nada pesado, al contrario, estaba más ligero. Se notaba. Se movía por la habitación con otra energía. Totalmente lógico. Habíamos ganado la guerra.

- He quedado con Eric y Enzo para ver un nuevo proyecto de Enzo -dijo mientras se ponía el reloj-. Será rápido.

Estupendo. Maravilloso. El día que nos íbamos a casar… te vas con tus amigos. No dije nada. Pero mi cara debió hablar por mí.

- ¿Quieres que me quede? -preguntó, acercándose.
- No, claro que no -respondí inmediatamente evitando mirarlo.
- Mía… ¿qué pasa? -me preguntó.
- Nada -respondí, encogiéndome de hombros-. Le diré a Liam si puede pasar a recogerme para ir a casa de tus padres, así no llevamos los dos coches.

Me sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario.

- Me parece una buena idea -dijo.

Se acercó, me cogió de la cintura y me estampó un beso que me descolocó. Firme. Intenso. De esos que me reinician el sistema. Por un momento, se me olvidó la pequeña desilusión que se me había instalado en el pecho, pero, en cuanto se separó y salió por la puerta… volvió. Suspiré. *"Hombres…"*, murmuré para mí.

A media mañana sonó el timbre. Liam.

- ¿Ya? Qué temprano -le dije.
- He pensado que podríamos irnos antes y disfrutar de la piscina -me dijo con una sonrisa cómplice.
- Dios, sí. Me encanta cómo piensas -le respondí eufórica.
- Perfecto -dijo frotándose las manos-. Pues vete arreglando mientras yo te preparo una bolsa con una muda.

Lo miré con cariño. Después de todo lo que había pasado, seguía siendo él. Mi amigo. Mi familia elegida.

- Te quiero, Liam.

Se llevó la mano al pecho, exagerado.

- Normal.

Y mientras subía a cambiarme, pensé que quizá el día no sería la boda que imaginé… pero tal vez podía ser algo diferente. Tal vez hoy no celebrábamos un "sí, quiero". Tal vez celebrábamos algo más importante: que habíamos sobrevivido.

Llegamos a casa de Manuel y Gloria y algo me pareció extraño. Demasiados coches.

- ¿Y esos coches? -pregunté mirando la cancela de la entrada-. ¿Hay alguien más aquí o qué?

Liam alzó los hombros con naturalidad exagerada.

- No sé… estarán organizando una fiesta los vecinos.

Lo miré de reojo. Mentía fatal. Subimos las escaleras que conducían hasta la puerta principal y, antes de que Liam pudiera tocar el timbre, la puerta se abrió. Y el mundo se detuvo.

- ¿Leticia…? -parpadeé-. ¿Qué haces tú aquí?

Leticia sonreía con los ojos brillantes. De repente, aparecieron Adri y Cami detrás de ella. Vestidas. ¡Con esos vestidos! ¡Esos vestidos! Los que se habían comprado para mi boda.

- ¿Y ustedes? -mi voz empezó a subir de tono-. ¿Qué hacéis aquí y así vestidas? ¿Es una broma…? Porque si es una broma yo me voy a cagar en vuestra...
- Estamos en tu boda, Mía -me cortó Liam en seco.

Lo miré como quien mira a un pirómano sosteniendo una cerilla encendida delante de su casa.

- ¿Cómo que en mi boda? -pregunté.

Leticia me agarró de las manos.

- Vamos a la habitación.
- ¿Qué habitación? ¿Qué está pasando? ¿James sabe esto? ¿Estáis todos locos?

Nadie contestaba. Solo sonreían. Y eso me ponía aún más nerviosa. Subimos casi corriendo las escaleras mientras yo repetía preguntas como una loca hasta que entré en la habitación… y me callé. Se me olvidó hasta respirar.

Gloria se encontraba en el centro de una habitación transformada. Flores blancas por todas partes. Peonías, rosas,

hortensias en tonos marfil y crema. Cortinas vaporosas dejando pasar la luz del mediodía. Velas encendidas sobre una cómoda antigua. Pétalos cuidadosamente colocados sobre la cama. Un aroma suave, limpio, delicado. No podía creer lo que estaba pasando. Allí estaba yo, en una habitación de ensueño, con el corazón latiéndome en la garganta, junto a Gloria, Liam, Adri, Cami y Leticia… mi wedding planner.

- Hoy te casas, amiga -dijo Liam de repente con esa sonrisa que siempre mezcla ironía y ternura.
- ¡SÍIIII! -gritó Cami dando saltitos como si la boda fuera suya-. ¡Por fin!
- Estoy muy nerviosa -añadió Adri llevándose la mano al pecho-. Imagínate tú.

No podía hablar. Sentía que si abría la boca iba a romperme en mil pedazos. Gloria se acercó despacio, me tomó las manos entre las suyas y me miró como solo miran las madres cuando aman sin condiciones.

- Hoy es el día más importante de vuestra vida -dijo con la voz quebrada-. Ya no serás familia solo de palabra, sino legalmente… aunque para mí lo eres desde hace mucho. Siempre quise una hija, Mía, y la vida me regaló una cuando te cruzaste en nuestro camino.

Eso fue el golpe final.

- Pero… ¿cómo? -balbuceé-. Se canceló todo… -miré a Liam.

Liam levantó la mano.

- Es cierto, lo cancelé -señaló a Leticia-, aquí la testigo oficial del drama.

Leticia asintió con media sonrisa.

- Pero… -continuó Liam-. James es mucho James. Y cuando se le mete algo en la cabeza… ya sabes.
- La que ha liado para conseguirlo… ¡no tienes ni idea! -intervino Cami, incapaz de contenerse.

- Bueno… -dijo Adri con falsa modestia- hemos ayudado un poco.

Las miré una a una.

- ¿James ha organizado todo esto? -pregunté con la voz entrecortada.
- Sí -respondieron casi al unísono.

Sentí que el aire empezaba a faltarme.

- Dios… necesito respirar.

El impacto era descomunal. Era como si todo el dolor de estos meses hubiera explotado en una sola emoción: felicidad. Mis ojos empezaron a derramar lágrimas, pero no eran de tristeza. Eran de alivio, de amor, de gratitud, de incredulidad, todo mezclado.

Gloria me acarició el rostro.

- Ya era hora de que los demás hiciéramos algo por ti, mi niña. Has luchado demasiado sola. Hoy solo tienes que dejarte querer.

Y entonces lloré más. Hasta que, por supuesto, Liam tuvo que romper el momento.

- Bien, cuñada -dijo cruzándose de brazos-, llora ahora todo lo que necesites porque las maquilladoras van a entrar en cinco minutos y después no quiero ni una lágrima. Tienes que estar espectacular. Que mi hermano ya está bastante nervioso.

Solté una risa entre sollozos.

- ¿Y mi vestido? ¿Cómo es? -pregunté nerviosa.

Gloria sonrió con ese brillo cómplice en los ojos.

- Es el mismo que elegiste. Aunque cancelaras la boda… yo lo compré. No sabía cuándo te casarías con mi hijo, pero sabía que lo harías. Y ese vestido… debías llevarlo.

Miré a Gloria con los ojos empañados. Ese vestido que me probé en secreto. Ese vestido que escondí en mis pensamientos. Ese

vestido que cancelé con el corazón hecho trizas. Me lancé a abrazarla. No fue un abrazo educado. Fue un abrazo de hija. Apoyé la cara en su hombro y respiré su perfume mientras sentía cómo me sostenía con fuerza. Mi familia. No la que me tocó por sangre. La que elegí. La que me eligió.

- ¿Y James? -pregunté de inmediato.
- Esperando a su novia, a no ser que tú no quieras… -contestó Liam levantando las cejas con ironía.
- ¿Me dejaríais decir que no? -dije con risa burlona.
- ¡NEGATIVO! -gritaron todos al unísono, riéndose.

Las horas pasaron volando. En algún momento la habitación dejó de ser una habitación y se convirtió en un cuartel general nupcial. Nos subieron el almuerzo allí mismo -ensaladas que nadie probó, fruta cortada con mimo, bandejas que quedaron intactas- porque nadie estaba realmente pensando en comer.

Estábamos todas histéricas. Cami daba órdenes que nadie le había concedido oficialmente. Adri lloraba cada vez que me miraba. Liam entraba y salía como si coordinara un evento internacional. Gloria observaba en silencio, con esa emoción contenida de madre que ha esperado demasiado este momento.

Y yo… yo venía desde cero. Sin ducha. Sin pelo lavado. Sin uñas arregladas. Sin nada. Las maquilladoras y peluqueras eran maravillosas. En tiempo récord organizaron una coreografía perfecta: mientras una me llevaba casi en volandas al baño y salía envuelta en una toalla, otra preparaba los productos, otra organizaba brochas, otra colocaba el vestido lejos de cualquier desastre potencial. El secador rugía, las planchas chisporroteaban, el olor a laca se mezclaba con el perfume floral que alguien había vaporizado en el aire. Una me pintaba las uñas mientras otra me maquillaba con precisión quirúrgica. Gloria sostenía el espejo. Cami sujetaba el móvil para las fotos del "antes y después". Adri me repetía cada cinco minutos que respirara. Yo estaba nerviosa. No… estaba al borde del

colapso. Me había enterado de que me casaba apenas unas horas antes.

Y ahora estaba allí, con mi vestido de boda de ensueño ajustándose a mi cuerpo como si hubiera estado esperándome toda la vida. Cuando me ayudaron a abrocharlo, el mundo se quedó en silencio. La tela caía con elegancia, el encaje abrazaba mi torso con delicadeza y la falda se deslizaba hasta el suelo como una promesa. Me miré al espejo y no supe si estaba viendo a la mujer que siempre quise ser o a la niña que nunca creyó merecer algo así.

- Estás impresionante -susurró Adri.
- Está insultantemente guapa -añadió Cami.

Yo solo pensaba en él. En James. En mi futuro marido.

Ya casi era la hora, esperaba la señal de Leticia agarrada del brazo de Manuel, el hombre que había elegido ser mi padre cuando el mío decidió no serlo. Me miró de arriba abajo y sus ojos brillaron.

- Estás preciosa, hija -dijo con esa voz firme que siempre utiliza cuando intenta no emocionarse-. Quiero que seáis muy felices. Te lo mereces. Te quiero muchísimo.

Sentí las lágrimas presionando con violencia.

- No, Manuel… ahora no… -murmuré apretando los labios.

Él entendió al instante. Sin decir nada empezó a soplarme suavemente en los ojos para que el maquillaje no se arruinara. El momento no podía ser más cómico. A punto de entrar en mi boda… y mi suegro soplándome la cara como si tuviera una mota de polvo.

Solté una risa entrecortada.

- Soy patética… -susurré.
- Eres una novia nerviosa -corrigió él.

Desde la puerta, Leticia anunció:

- Ahora. Música.

Manuel y yo nos recompusimos. Antes de dar el primer paso, me incliné ligeramente hacia él y le susurré:

- Yo también te quiero, papá.

Noté cómo su gesto cambió. Esa palabra, *papá*, para mí siempre había significado dolor, abandono, decepción. Él lo sabía. Y, aun así, con él, esa palabra había pasado a tener otro significado: protección, orgullo, amor.

Caminamos. El sendero estaba cubierto de rosas blancas. El aire olía a verano y a algo nuevo que empezaba. Y entonces lo vi.

James. Con un esmoquin negro impecable que marcaba la línea perfecta de sus hombros. La camisa blanca resaltaba el bronceado de su piel y la corbata verde -del mismo tono que mis ojos- rompía la sobriedad con un detalle íntimo, pensado para mí. Estaba firme. Seguro. Erguido como si nada pudiera tocarlo. Pero sus manos… sus manos estaban tensas. Y sus ojos azules, esos ojos que me habían roto y reconstruido, me miraban como si yo fuera lo único real en todo aquel lugar y esa forma suya de mirarme que me derretía por dentro. Y en ese instante supe que, después de todo, habíamos sobrevivido. Y estábamos exactamente donde siempre tuvimos que estar. El uno frente al otro. Él fue lo que nunca pedí, lo que nunca imaginé, pero… lo que siempre soñé.

CAPÍTULO 37: JAMES

Por fin. Después de tanto sufrimiento, de tantos engaños, de tantas tensiones, de tantas noches sin dormir. Después de organizar una boda en apenas un mes, mientras el mundo parecía empeñado en rompernos. Después de reuniones clandestinas con Leticia.
De cómplices silencios con mis padres. De Liam fingiendo normalidad a pesar de todo su dolor. De Eric y Enzo haciendo de distracción profesional. De Cami y Adri haciendo llamadas infinitas con los invitados. Por fin la vi. Mía caminando hacia mí para convertirse en mi esposa.

Y no defraudó. Ese vestido… Dios. El encaje dibujaba su cintura con una delicadeza casi indecente. El escote, elegante y sutil, resaltaba su clavícula como si hubiera sido esculpido para ella. La falda caía fluida, ligera, moviéndose al ritmo de cada paso como si flotara sobre las rosas blancas.

No era solo un vestido. Era ella convertida en luz. El sol se colaba entre las flores y hacía brillar su piel. Su pelo rubio recogido dejaba escapar mechones suaves que enmarcaban su cara. Y sus ojos… verdes, intensos, húmedos de emoción. Nunca había estado tan preciosa.

Cuando mi padre me entregó su mano, sentí el peso de todo lo vivido concentrarse en ese simple gesto.

Mía sonrió nerviosa.

- ¿Cómo has podido hacer esto? -susurró entre dientes, intentando no llorar.
- Te debía una boda secreta -le dije inclinándome apenas hacia ella.

Sus labios temblaron en una sonrisa.

La ceremonia fue mágica. Liam tomó la palabra primero, y como buen Liam, mezcló emoción con veneno elegante.

- Para los que no me conozcáis -empezó- soy el hermano pequeño del novio. El guapo, básicamente.

Las risas estallaron.

- He visto a James en muchas facetas: arrogante, insoportable, intenso… -me miró con media sonrisa- pero jamás lo he visto tan vivo como cuando está contigo, Mía. Así que si alguna vez te enfada… recuerda que no aceptamos cambios ni reembolsos.

Tuve que tragar saliva. Maldito cabrón. Me limpié discretamente una lágrima porque sabía que, si no, me lo recordaría cada Navidad. Mía no tuvo esa prudencia. Ella lloró durante toda la ceremonia sin importarle el maquillaje, como si el mundo fuera a acabarse si no dejaba salir cada emoción.

Y luego llegó el turno de Eric y Cami.

- James siempre fue muy listo… pero con las mujeres era un auténtico desastre. Hasta que llegó Mía y decidió ponerle un poco de orden judicial a su vida.

Cami le dio un codazo.

- No le hizo falta ordenarle nada. Lo que hizo fue quererlo. Y eso, señores, es más complicado que cualquier sentencia.

Los invitados rieron, algunos se emocionaron. Yo ya estaba perdido.

Y entonces llegó el momento. Nuestros votos. La miré. Y hablé desde el único sitio que nunca me falla.

- Mía… prometo elegirte cada día, incluso cuando la vida no sea fácil. Prometo ser tu refugio cuando el mundo pese demasiado y tu compañero cuando quieras conquistar lo imposible. Prometo amarte sin condiciones, sin miedo… y sin secretos, porque eres mi verdad, mi calma y mi futuro.

Sus ojos brillaron. Tomó aire.

- James… prometo no huir cuando tenga miedo, sino quedarme y enfrentarlo contigo. Prometo sostener tu mano en la tormenta y bailar contigo hasta que salga el sol. Eres el hombre que eligió quedarse, luchar y amar sin condiciones.
  Y yo te elijo hoy, mañana y siempre.

Sentí que el pecho se me abría.

- Sí, quiero -dije sin dudar.
- Sí, quiero -dijo sin dudar.

Y el mundo explotó en aplausos. La besé como si el universo entero nos estuviera mirando. Porque lo estaba.

Después vinieron las fotos, las risas, el cóctel interminable, copas que no se vaciaban, comida exquisita, música. Mis padres habían pensado en todo. Y mientras veía a nuestros amigos brindar, a mi madre llorar abrazada a mi padre, a Liam haciendo el ridículo… entendí algo. Habíamos sobrevivido. Nos habían intentado destruir. Nos habían querido separar. Nos habían querido humillar. Y, sin embargo, allí estábamos. Casados, más fuertes y, ahora sí, en paz.

Tras la cena, cuando las risas aún flotaban en el aire y las copas tintineaban bajo la luz cálida de las guirnaldas, las luces del jardín se apagaron de golpe. Un murmullo recorrió a los invitados. Y entonces… se encendió un sendero de pequeñas luces doradas, marcando un camino hasta una pista improvisada junto al escenario del DJ.

Le tendí la mano.

- Ven.

Mía me miró con esa mezcla de sospecha y emoción que tanto me gusta. La conduje por el sendero iluminado mientras empezaban a sonar unos acordes suaves, reconocibles… pero distintos.

Ella frunció el ceño.

- ¿Qué es lo que escucho?

Sonreí.

- Nuestra canción -le contesté.
- ¿Nuestra canción? ¿Vamos a bailar nuestra canción? -rio-. ¿No es un poco movidita para un baile nupcial?

Asentí.

- Sí, eso pensé. Por eso he conseguido hacerle algunos arreglillos.

Me miró fijamente, buscando respuestas en mis ojos. Pero esta vez no estaban ahí. De pronto, las luces del escenario se encendieron. Y allí estaban: Becky G y
Manuel Turizo cantando *"Qué haces"* en una versión lenta, íntima, casi susurrada. El jardín entero contuvo el aliento.

Mía abrió los ojos como si el mundo acabara de regalarle algo imposible. Me miraba a mí. Luego a ellos. Luego otra vez a mí. Asombrada. Fascinada. Totalmente en shock. La agarré por la cintura con suavidad y empecé a mecernos al ritmo pausado de la música. Nada de coreografías. Nada de pasos ensayados. Solo nosotros.

Su vestido se movía ligero al compás. Su perfume me envolvía. Sus manos se apoyaron en mi cuello. Mi frente rozando la suya. Aquella versión lenta transformaba la canción en algo nuestro. Cada palabra describía nuestra historia. Era para nosotros.

- Pero… ¿cómo has hecho…? -susurró.

La acerqué un poco más.

- Haré lo que sea por ti. Siempre.

Sus ojos brillaban bajo las luces cálidas.

- Te amo.

Sentí que el pecho se me desbordaba.

- Te amo.

Y mientras Becky G y Manuel Turizo cantaban nuestra historia en un tono hecho a medida de ese momento, entendí que no importaban los juicios, ni las venganzas, ni las traiciones, solo importaba que estaba bailando con mi esposa, que su cabeza descansaba sobre mi pecho, que su corazón latía acompasado con el mío.

Y que, si ese era el recuerdo que me acompañaría el resto de mis días… había valido absolutamente todo. Porque ella siempre fue lo que siempre soñé.

Continuará…

EPÍLOGO: *Dos semanas después…*

MÍA

Estaba terminando de preparar el equipaje para nuestra luna de miel cuando me detuve un segundo con una de mis blusas entre las manos.

Aún me parecía irreal. Era la esposa de James Bernard. Sonreí sola al recordarlo. La boda había sido… imposible de explicar. James había conseguido organizar en apenas un mes lo que yo había soñado durante años. El jardín lleno de rosas blancas, nuestros amigos llorando y riendo a la vez, Manuel llevándome del brazo como si siempre hubiera sido mi padre, y James… esperándome al final del camino. Y luego el baile. Nuestra canción. Todavía se me erizaba la piel al recordar a Becky G y Manuel Turizo cantando para nosotros mientras James me susurraba que haría cualquier cosa por mí.

Cerré la maleta con una sonrisa tonta. Entonces el móvil vibró. Un número desconocido. Fruncí el ceño, pero contesté.

- ¿Quién es?

Hubo un segundo de silencio.

- La persona a la que has arruinado la vida.

El corazón se me heló. Mi padre. Respiré hondo.

- ¿Qué quieres? -pregunté con un hilo de voz.
- Que vengas a visitarme.

Después del juicio habíamos presentado querella por denuncia falsa, extorsión y estafa. Al solicitar sus antecedentes penales descubrieron que ya había intentado estafar a más de una persona. El Juez no dudó en decretar prisión provisional. Y ahora estaba allí, en la cárcel y llamándome.

- No quiero verte nunca más -contesté seca.

- Te interesará lo que quiero decirte -añadió mi padre.
- No me interesa nada de ti -dije.

Se hizo un silencio más largo.

- ¿Estás segura? -dijo con esa calma que siempre me había puesto los nervios de punta-. ¿No quieres saber la verdad de… tu familia?

Familia. La palabra resonó dentro de mí. Durante un segundo se me llenó la cabeza de imágenes borrosas. Recuerdos lejanos. Caras que ya casi no recordaba. Historias que nunca llegué a entender.

Colgué. Pero esa palabra se quedó flotando en mi mente. Familia.

Se lo conté a James y tuvimos nuestra primera discusión como matrimonio.

- Ni de broma vas a ir -me dijo tajante.
- No pasa nada. Es una sala con un cristal de por medio -repliqué.
- No me importa, Mía -continuó James.
- Necesito escuchar lo que tenga que decir -le dije con la voz rota.
- Ese hombre no tiene nada que darte -replicó con dureza-. Solo quiere volver a hacerte daño.

Lo miré en silencio. Desconocía mi vida al completo, era solo una niña abandonada… Creo que James traspasó mis pensamientos porque, finalmente, suspiró y dijo:

- Solo irás si voy contigo.

Y así fue como terminamos allí. Sentados en una de esas salas frías de prisión. Las paredes grises. Las sillas de metal. El teléfono negro colgando al otro lado del cristal.

James estaba de pie tras de mí, con las manos apoyadas en el respaldo de mi silla, lo suficientemente cerca como para que yo pudiera sentir su presencia sin que dijera una palabra. Protegiéndome.

Levanté la vista hacia el cristal. Todavía no habían traído a mi padre. Noté cómo James me acariciaba la clavícula.

- Si en algún momento quieres irte -me susurró-, nos vamos.

Asentí.

La puerta metálica se abrió con ese sonido seco que parece que ponen a propósito en todas las puertas de prisión. Existe el aceite para puertas, dijo mi subconsciente.

Levanté la mirada. Y lo vi. Mi padre. O lo que quedaba de él.

Había envejecido años en apenas un mes. El hombre que entró en la sala no era el mismo que recordaba. Seguía teniendo ese porte frío y calculador, ese gesto duro que siempre lo había acompañado, pero ahora estaba consumido. Las ojeras marcaban su rostro, su piel parecía más gris, más apagada. El cabello, antes cuidadosamente peinado, estaba descuidado, con más canas de las que recordaba. Incluso su mandíbula, siempre firme, parecía más afilada, como si el peso de sus propias decisiones le hubiera pasado factura.

Aun así, cuando se sentó frente al cristal, su mirada seguía siendo la misma. Fría. Analítica. Calculadora. Nos miró a los dos y sonrió con una ironía que me revolvió el estómago.

- Veo que traes guardaespaldas -dijo sarcástico.

James no dudó ni un segundo.

- Soy su esposo. Y no la dejaré sola nunca.

Mi padre alzó una ceja.

- Oh… ¿os habéis casado? Qué bonito. Enhorabuena.

Sentí cómo se me tensaba todo el cuerpo.

- Déjate de formalismos baratos y dime qué quieres -respondí seca.

Se reclinó ligeramente en la silla, observándome como si estuviera estudiando un experimento.

- Como siempre… sin pelos en la lengua. Algo has heredado de mí -me dijo mirándome directamente a los ojos.
- No he heredado nada de ti -repliqué devolviéndole la mirada.

Una sombra de diversión cruzó su rostro.

- Tenemos un carácter muy parecido. Pero los ojos… los ojos son de tu madre.

Aquello fue suficiente. Me levanté de la silla. No iba a escuchar aquello. No después de todo. No después de lo que había hecho. No debería haber venido. Había sido una mala idea.

- Vale, vale -dijo rápidamente al ver que me marchaba-. Te diré por qué te he llamado.

Respiré hondo. Miré a James un segundo. Él me sostuvo la mirada con esa mezcla de preocupación y paciencia que estaba teniendo conmigo. Volví a sentarme.

- ¿Por qué me diste el cheque antes de entrar al juicio? -preguntó mi padre.

Fruncí el ceño.

- Sabías que no cancelaríamos el juicio… -confirmó.

Sonrió.

- Claro que lo sabía -le dije.
- Entonces… ¿por qué me entregaste el cheque? -volvió a preguntar.

No pude evitar reír. Una risa corta, amarga.

- ¿En serio me has llamado para esto? -pregunté incrédula.

Su expresión cambió.

- Contesta, maldita hija de… -dijo sin poder terminar la frase.
- Ni se te ocurra, cabrón -intervino James, furioso.

Mi risa se cortó de golpe. Lo miré fijamente a través del cristal. Mi rostro volvió a adoptar esa expresión que solo me provocaba él. Fría. Implacable.

- Porque no quería que tus actos se quedaran en una tentativa.

Sus ojos se estrecharon.

- Porque quiero que en el juicio no se baraje esa opción -continué-. Porque quería que fuera delito consumado. Porque no quiero que se te rebaje la pena ni un solo día -hice una pausa-. Porque quiero verte donde estás ahora mismo, en la cárcel, lejos de todos, lejos de mí.

Durante un segundo, su expresión cambió, pero luego… sonrió.

- Sí… definitivamente llevas mis genes. Vas más allá. Un paso por delante -dijo en un tono que parecía… ¿orgullo?

Negué con la cabeza.

- La diferencia es que yo tengo moral. Y lo que hago es por justicia. No para dañar a personas que no se lo merecen.

Sus ojos brillaron con algo parecido a desprecio.

- Ese es tu punto débil. Eres frágil. El amor te convierte en un ser débil… fácil de aplastar… fácil de manipular.
- Mía, vámonos -dijo James levantándose-. Se acabó. No voy a escuchar más gilipolleces de este psicópata.

Lo miré un segundo. Y supe que tenía razón. Esta visita no iba a servir para nada. Absolutamente para nada.

- Espera.

La voz de mi padre me detuvo justo cuando James apartaba mi silla para que pudiera levantarme. No me giré.

- Quiero que me saques de aquí -dijo con una frialdad que me erizó la piel-. Retirad la denuncia.

Me giré lentamente hacia el cristal.

- ¿Pero tú estás bien de la cabeza? -respondí incrédula-. ¿Qué te hace pensar que haré que James retire la querella que yo misma redacté?

Sus labios se curvaron apenas.

- Si quieres saberlo todo… lo harás.

Lo observé unos segundos más. Diez minutos habían bastado para recordar exactamente por qué había decidido borrarlo de mi vida.

- Me he dado cuenta en estos diez minutos que llevo aquí de que no me interesa nada de lo que tengas que decirme.

James ya estaba de pie. Me retiró la silla con suavidad para que pudiera salir. Di medio paso. Entonces lo escuché gritar.

- ¡¿No quieres conocer a tu hermano?!

Continuará…

AGRADECIMIENTOS

Este libro existe gracias a muchas personas. A cada uno de vosotros que habéis dedicado vuestro tiempo a leer estas páginas, gracias.

Gracias por cada mensaje, por cada palabra de ánimo, por cada "sigue escribiendo" que llegó en el momento justo. Puede parecer algo pequeño, pero no lo es. Escribir una historia que lleva tanto tiempo viviendo en tu cabeza da vértigo. Compartirla con los demás, aún más.

Durante mucho tiempo esta historia fue solo mía. Vivía en mi mente, en mis notas, en esos momentos en los que uno imagina escenas sin saber si algún día verán la luz. Y, sin embargo, cuando algunos de vosotros empezasteis a leerla y a decirme que os emocionaba, que os atrapaba, que queríais saber qué pasaba después… entendí que quizá había hecho bien en sacarla de mi cabeza y convertirla en palabras.

Gracias por recordarme que las historias están para ser contadas.

Gracias por reíros, por sufrir con los personajes, por enfadaros con ellos y por quererlos después. Porque cuando alguien siente algo al leer lo que has escrito, todo el esfuerzo merece la pena.

También gracias a quienes me animaron cuando dudaba. A los que confiaron en esta historia incluso antes de que yo misma lo hiciera.

Gracias por caminar junto con Mía y James, pero no es un adiós… los volveremos a encontrar en "**Lo que siempre soñé"**.